



Nuevas fuerzas

para cada día

Nuevas fuerzas

para cada día

David Brandt Berg

Salvo que se indique otra cosa, todos los pasajes de las Escrituras que se reproducen están tomados de la versión Reina-Valera, revisión de 1995, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995. Utilizados con permiso.

También se citan versículos de las siguientes versiones:

- Nueva Versión Internacional (NVI), © Biblica, Inc., 1999.
- Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy (NBLH), © The Lockman Foundation, 2005.
- Sagrada Biblia, Nácar-Colunga (N-C), © Biblioteca de Autores Cristianos de La Editorial Católica, S.A., Madrid, 1969.
- Versión Reina-Valera, revisión de 1909.

ISBN 13: 978-3-03730-227-9

Revisión: Keith Phillips

Diseño: Giselle LeFavre

Traducción: Gabriel García Valdivieso y Jorge Solá

Título original: *Daily Might*

© Aurora Production AG, 2012

Reservados todos los derechos. Impreso en Taiwan.

Visite nuestro sitio web: www.auroraproduction.com

Introducción

La Biblia enseña que «Dios es Espíritu» (Juan 4:24) y que al mismo tiempo «Dios es amor» (1 Juan 4:8). No solo es el todopoderoso, omnipresente y eterno Espíritu de amor, sino también nuestro bondadoso Padre celestial, que creó este hermoso mundo para que lo habitáramos y lo gozáramos.

Si bien Él trasciende los límites de nuestro entendimiento humano, movido por el amor que nos tiene y por el deseo de que lo conociéramos y lo amáramos, nos envió a Su Hijo en forma de hombre. Jesucristo vino para retratarnos a Dios y conducirnos a Él (Juan 3:16; 1 Pedro 3:18). Habló del amor y lo demostró y lo vivió todo el tiempo. Nos amó tanto que al final entregó Su vida para salvarnos.

El regalo más valioso que Dios nos ofrece es la vida eterna en el Cielo. Es lo que también se conoce como *salvarse* o *nacer de nuevo*. Recibes ese regalo en el instante en que crees que Jesucristo es el Hijo de Dios y lo aceptas en tu vida.

Ninguno de nosotros es perfecto. Todos somos pecadores por naturaleza, y nuestros pecados nos separan de Dios (Isaías 59:2). Solo podemos reconciliarnos con Él mediante la expiación de nuestros pecados; y el único capaz de hacer eso es Jesús, que fue perfecto y entregó Su vida «en rescate por todos» (Mateo 20:28). Jesús murió para que todos los seres humanos pudieran alcanzar

la vida eterna; pero igual se habría sacrificado aunque solo fuera por ti. Dios te ama tanto que ofrendó a Su único Hijo para que muriera en tu lugar; y Jesús te ama tanto que de buen grado accedió a ello.

Dios dispuso que la salvación fuera muy simple, tanto que hasta un niño pudiera entenderla y recibirla. Basta con que admitas que has cometido errores y que necesitas el perdón divino; y que luego aceptes con fe infantil Su explicación de que envió a Jesús para pagar por tus errores y le pidas perdón.

¿Quisieras saber, sin la más mínima sombra de duda, si Jesucristo es el Hijo de Dios y el camino de la salvación? Pruébalo y lo sabrás. Si aún no lo has aceptado como tu Salvador, haz ahora mismo una breve oración como esta:

Jesús, gracias por morir por mí para borrar todos mis errores y pecados. Te abro ahora la puerta de mi corazón y te ruego que entres en mí. Perdóname y concédeme la vida eterna. Amén.

Si has hecho esa oración para recibir a Jesús, puedes tener la seguridad de que Él te oyó y te respondió. Has dado el paso inicial para descubrir una nueva y magnífica vida de amor que no acabará nunca. (Si deseas entender mejor la salvación, busca en el índice lecturas sobre el tema.)

Tu nueva vida

Una vez que eres salvo, puedes empezar a disfrutar inmediatamente de muchos de los beneficios que ello conlleva. Jesús dijo: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (Lucas 17:21, N-C). Si tienes a Jesús, el reino de Dios ha entrado en ti. Puedes empezar a vivir en

el continuo cielo de Su amor, paz y alegría, no en un futuro, sino en este preciso momento.

Puedes también dar por seguro que se obrará en ti una gran transformación. Ahora eres una «nueva criatura» (2 Corintios 5:17). No te extrañe, pues, que te sientas distinto, pienses de otro modo, veas el mundo con otros ojos y seas más feliz que nunca. «He venido para que tengan vida —dijo Jesús—, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10:10).

Quizá la transformación no sea total —al menos al principio—; pero pronto notarás un cambio en tu espíritu, en tus pensamientos y en el rumbo que ha tomado tu vida. A medida que obtengas respuestas del Señor y te vayas fortaleciendo espiritualmente con Su Palabra, se harán realidad cosas que nunca habías creído posibles. Con Su ayuda podrás vencer malos hábitos y debilidades personales que antes te dominaban.

Claro que tampoco puedes pretender que todo te resulte fácil o te salga a la medida. Desde el momento en que aceptaste a Jesús hasta el día en que llegues al Cielo y veas al Señor cara a cara, tu vida espiritual será un proceso continuo de aprendizaje, crecimiento y maduración. La magnitud de la transformación que experimentarás y la rapidez con la que crezcas espiritualmente dependerán en gran medida de tus deseos de cambiar, del esfuerzo que pongas en estudiar más sobre el Señor y Sus designios para ti, de cuánto estés dispuesto a hacer por Él, del empeño con que le pidas ayuda y de cuánto recurras a Él cuando estés en apuros.

A fin de agilizar y facilitar el proceso de crecimiento, *Nuevas fuerzas para cada día* presenta en términos muy comprensibles numerosos principios bíblicos elementales. En caso de que tu nueva vida con el Señor esté en ciernes, hay algunas cosas más que debes saber para sacar el máximo provecho del libro. Las detallamos a continuación:

Pura energía

No puedes desarrollarte al máximo ni llegar a ser la persona que Dios quiere que seas si te falta el poder que Él ha puesto a nuestra disposición. Tal poder es el del Espíritu Santo.

Juan el Bautista declaró a los que acudieron a él buscando la verdad y la reconciliación con Dios que Jesús los bautizaría «en Espíritu Santo» (Mateo 3:11). Más adelante, Jesús mismo prometió a Sus seguidores que les enviaría «la promesa del Padre» a fin de que fueran «investidos de poder desde lo alto» (Lucas 24:49). El capítulo 2 del libro de los Hechos de los Apóstoles narra de qué forma recibieron poco después el Espíritu Santo.

Al aceptar a Jesús como tu Salvador, naciste de nuevo del Espíritu (Juan 3:3–8) y tienes ya una pequeña porción de ese poder del Espíritu Santo. Eso, sin embargo, no significa que hayas obtenido la plena investidura o bautismo del Espíritu Santo. Tal experiencia suele ser posterior a la de la salvación (Hechos 8:14–17; 19:2–6).

La palabra *bautismo* que aparece en el Nuevo Testamento es traducción del vocablo griego *baptizo*, que significa cubrir o sumergir por completo. De modo que ser «bautizado en Espíritu Santo» significa llenarse hasta rebosar del Espíritu de Dios.

Un vaso de agua constituye una buena ilustración: basta con que contenga una pequeña cantidad de ese líquido para que se diga que es un vaso de agua, aunque no esté lleno. Pues bien, muchos cristianos se asemejan a vasos con un poco de agua, con una porción del Espíritu de Dios, mientras que los que han sido bautizados con el Espíritu Santo son comparables a vasos llenos hasta rebosar. Recibir el bautismo del Espíritu Santo supone llenarse hasta tal punto de poder de lo alto que uno no pueda contenerlo.

La infusión del Espíritu Santo es como la salvación: un don de Dios. Para obtenerla basta con creer que está a nuestra disposición y pedirla. «Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan» (Lucas 11:13).

Alimento para el alma: nutrirse para crecer

Existen muchas semejanzas entre un recién nacido y una persona que ha nacido de nuevo en espíritu. Tendrás que crecer y aprender mucho. Por eso, no te desanimes si no lo entiendes todo de buenas a primeras. Para madurar en la fe y adquirir un buen conocimiento de los caminos de Dios y de Sus designios para ti es preciso que «desees, como niño recién nacido, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcas» (1 Pedro 2:2). Leer la Biblia, *Nuevas fuerzas para cada día* y otras publicaciones cristianas potenciará tu salud, fortaleza y crecimiento espirituales.

La guerra espiritual

En el mundo espiritual que nos rodea tiene lugar un incesante y feroz combate. El bien y el mal contienden por apoderarse de

nuestra mente y nuestro corazón, los cuales determinan nuestros actos y nuestro destino. Dios y Sus fuerzas celestiales se enfrentan al diablo y sus demonios, y los están derrotando.

Ese enfrentamiento se traslada al terreno físico y nos afecta a nosotros. «No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12). El diablo se ensaña sobre todo con los cristianos. Si no consiguió evitar que aceptaras a Cristo, intentará impedir que seas un cristiano activo y eficaz. Hará uso de todas sus artimañas para interferir tu relación con Jesús, atrofiar tu crecimiento espiritual y entorpecer todos tus esfuerzos por promover el reino de Dios.

La Biblia nos exhorta a pelear «la buena batalla de la fe» (1 Timoteo 6:12) y a no ignorar las maquinaciones del diablo (2 Corintios 2:11). Un número importante de páginas de *Nuevas fuerzas para cada día* abordan este tema, con el objeto de enseñarte a reconocer los ataques del diablo y animarte a contraatacar y vencerlo. No saldrás airoso de toda escaramuza; sin embargo, recuerda que formas parte del bando ganador y que, si permaneces en estrecha comunicación con tu Comandante en Jefe y sigues Sus instrucciones, tendrás muchas más victorias que derrotas.

Comunicación celestial: conversaciones con Dios

Dios te ama tanto que no solo quiere comunicarse contigo a través de Su Palabra escrita, sino también directamente. Es un Padre tan amoroso que se interesa personalmente por ti y quiere participar en tu vida diaria. Sabe que tienes interrogantes y problemas, y

quiere darte respuestas y soluciones. Desea dirigirte palabras de amor y aliento que incrementen tu fe y te ayuden a superar las dificultades. Más que nada, quiere hacerte saber lo mucho te ama. Para ello creó un canal de intercambio, una vía de comunicación entre Él y nosotros que nos permite hablarle en oración y captar las palabras que Él nos responde personalmente. *Nuevas fuerzas para cada día* te ayudará a establecer y mantener esa línea de comunicación de doble sentido.

Difusión de las Buenas Nuevas

En el argot cristiano, *testificar* significa hablar con otras personas de Jesús y del amor de Dios. Así como los niños crecen y con los años llegan a tener hijos propios, un hijo de Dios nacido de nuevo debe crecer y engendrar hijos espirituales: más almas salvadas para el reino de Dios. No hay en todo el mundo labor más importante y gratificadora que esta, por lo que se la conoce como la gran misión: «Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas a toda criatura» (Marcos 16:15, NVI). 27 de las 366 lecturas de este libro tienen precisamente por objeto ayudarte a entender y cumplir esa misión (v. *Testificación* en el índice temático).

El secreto para lograr un crecimiento espiritual sostenido es pasar ratos con Jesús todos los días, comunicarse con Él a través de la oración y asimilar Sus enseñanzas mediante la lectura de la Palabra. Confiamos en que *Nuevas fuerzas para cada día* te ayudará en ese empeño y contribuirá a estrechar tu relación con Él.

Estamos en las mejores manos.



«**D**IJE AL QUE GUARDABA LA ENTRADA del año: “Dame una luz para internarme sin peligro en lo desconocido”. Me respondió: “Al penetrar en la oscuridad, dale la mano a Dios. Te será más útil que una luz y te brindará más seguridad que un camino conocido”»¹.

No sabemos qué nos deparará el futuro, pero sí sabemos quién lo determina. Lo que necesitamos saber, Él nos lo indica, y a veces incluso lo que queremos saber, aunque no haya necesidad; pero generalmente tiende un velo sobre el futuro, de modo que solo Él lo conoce. Eso nos mantiene bien unidos a Él.

Ha prometido no dejarnos ni desampararnos jamás (Hebreos 13:5). «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Además nos ha entregado la antorcha de Su Palabra para que veamos adónde nos conduce el camino que hemos emprendido. «Lámpara es a mis pies Tu palabra y lumbrera a mi camino» (Salmo 119:105).

¿Para qué he de preocuparme
si conmigo está Jesús?
Él me toma de la mano
y me alumbra con Su luz.

Muchas cosas del mañana
no alcanzo a comprender;
mas quien cuida del mañana
cuidará de mí también².

¹ Minnie Louise Haskins (1875–1957).

² Ira Stanphill (1914–1994).

Lo mejor está por venir.



JESÚS PROMETIÓ A SUS DISCÍPULOS que llegarían a hacer más que Él. «El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él también las hará; y aún mayores hará» (Juan 14:12). ¡Y así fue! Los seguidores de Jesús de aquella época propagaron el Evangelio mucho más extensamente de lo que Él lo había hecho durante Su breve ministerio público en la Tierra; y las personas a quienes ellos hicieron llegar la Palabra la diseminaron todavía más. Y desde entonces no ha cesado de difundirse.

¿Hay algo que nos impida a nosotros realizar también obras mayores? Hoy en día la población mundial es mucho mayor, y también lo es la necesidad; pero las oportunidades y los medios son asimismo mucho mayores, pues contamos con la letra impresa, la radio, la televisión, los viajes aéreos, el correo, la Internet y muchísimo más. Disponemos de cantidad de medios, y se nos ofrecen las mayores oportunidades de la Historia. Si permanecemos unidos a Jesús, Él nos ayudará a vencer los obstáculos que se nos presenten, a alcanzar victorias y a cumplir Su propósito este año que comienza y siempre.

Por supuesto que el mérito de todo ello debemos reconocérselo a Jesús, por cuanto será Él quien haga esas cosas por medio de nosotros. «El Dios de paz [...] os haga aptos en toda obra buena para que hagáis Su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos» (Hebreos 13:20,21).

Jesús dijo: «El cielo y la tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán» (Mateo 24:35).



EN ÉPOCAS PARTICULARMENTE DIFÍCILES debemos refugiarnos más en la Palabra, depositar nuestra confianza en ella. Así, aunque todos los demás pierdan la fe, aunque la humanidad se vuelva loca y desaparezcan el cielo y la tierra, seguiremos adelante con Dios, porque nuestra confianza estará puesta en la Palabra. Si plantamos los pies en el firme cimiento de la Palabra de Dios, pase lo que pase no caeremos. Cualquiera de nosotros puede fallar, el mundo entero puede fallar, pero ¡la Palabra de Dios no falla nunca!

Muchas veces, si no fuera por una chispita de fe que nos queda, nos apagaríamos. Pero cuando nos llenamos de la Palabra de Dios recobramos la inspiración. Dios sopla sobre nuestro pequeño rescoldo de fe y lo reaviva. Ello depende, en gran medida, de que absorbamos la Palabra. «La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Romanos 10:17). La Palabra siempre nos alienta, aun en los momentos de mayor dificultad.

La Biblia es fiel aunque montes caigan.
Ha de perdurar aunque añicos se hagan.
Yo me plantaré sobre tal cimiento,
pues la Biblia es fiel¹.

¹ Haldor Lillenas (1885–1959).

Solo Dios puede darle auténtico sentido a la vida.



HOY EN DÍA MUCHÍSIMAS PERSONAS NO saben qué creer. No saben de dónde vienen, quiénes son ni hacia dónde se dirigen. Andan completamente confundidas porque han perdido contacto con el único marco concreto de referencia: Dios y Sus designios para nosotros, tal como vienen expresados en la Biblia. Como han perdido la fe en Dios —o nunca han tenido esa clase de fe—, no tienen fe en el amor, en la vida ni en sus semejantes. Descreen de todo.

En cambio, los que hemos descubierto el amor de Dios en la figura de Jesús hemos hallado un Dios infalible y un amor imperecedero. Conocemos a Dios, y conocerlo es la vida eterna (Juan 17:3). Hemos nacido de nuevo, por lo que ahora tenemos un concepto de la vida totalmente diferente. Al hacerse parte de nosotros, Jesús no solo purifica y regenera nuestro espíritu: también renueva nuestros pensamientos. Deshace las antiguas conexiones y reflejos y poco a poco reconstruye nuestra mente, poniéndole un nuevo cableado, hasta obtener una flamante computadora que reacciona de forma distinta ante casi todo lo que tiene su alrededor.

Además de la estupenda felicidad, vida y amor que nos brinda Jesús, hemos encontrado un auténtico objetivo en la vida y un Ser que da sentido a nuestra existencia. La fe que hemos descubierto nos resulta apasionante, la labor que realizamos por Jesús nos proporciona la mayor satisfacción, y la confraternidad de que gozamos en nuestra familia espiritual nos aporta verdadera dicha.

La Palabra de Dios es como un mapa que sirve para orientarnos en la vida.



CUANDO VIAJAS POR UNA CARRETERA, no ves sino hasta donde te alcanza la vista. Pero si llevas contigo un mapa, lo estudias y tienes confianza en él, puedes entender de dónde viene la carretera, al margen de dónde la hayas tomado tú. Y aunque nunca hayas estado en el lugar al que te diriges ni hayas viajado antes por esa ruta, el mapa te indica dónde termina. Ahora bien, si no te detienes a estudiar el mapa puedes perder muchísimo tiempo y te expones incluso a no llegar a tu destino.

Pretender hallar uno el camino en la vida por sus propios medios es comparable a emprender un viaje sin mapa. Recuerda que Dios lo ve todo. No solo sabe en qué punto te hallas en este momento y de dónde vienes —tu presente y tu pasado—, sino que también conoce cuál es la ruta más agradable, más segura y menos peligrosa para llegar a tu destino. Consulta y sigue el *mapa de carreteras* —la Biblia—, y tú también conocerás el mejor camino. Así como para llegar adonde te diriges es preciso que estudies el mapa, que estés convencido de su exactitud y que sigas el itinerario que te indica, lo mismo ocurre con el camino de la vida: si lees la Palabra de Dios, das crédito a sus enseñanzas y las acatas, terminarás en el Cielo. De eso no cabe duda.

**Si a veces te parece que no
sirves para nada, ¡anímate!
Puedes serle útil a Dios.**



LO POCO ES MUCHO cuando Dios interviene. En realidad, a Dios no le hace falta nada para empezar. Él creó el mundo de la nada (Hebreos 11:3). Quedó bastante bien, ¿no es cierto? Lo colgó en el vacío (Job 26:7); y no se cae, ¿verdad? Él puede crear algo de la nada —hasta de ti— si se lo permites.

A Dios no le interesa mucho la grandeza tal como el mundo la concibe. De hecho, se especializa en valerse de personas que tienen pocas probabilidades de hacer algo destacado. Sin embargo, por Su milagroso poder y Su gracia se convierten en luminarias para otros. Dios solo hace grandes a personas sencillas, con lo que demuestra Su grandeza (1 Corintios 1:26–29).

Atrévete a confiar en Él a pesar de ser como eres, y reconócele todo el mérito cuando haga en ti un milagro, lo que tú no podías hacer. Si eres capaz de creer en Él, todo es posible, ya que Él lo crea todo a partir de la nada. No somos nada ni podemos hacer nada bueno por nosotros mismos (Gálatas 6:3; Juan 15:5). Podría decirse que Dios es la circunferencia que rodea la nada y la convierte en algo. Con Él a tu alrededor, hasta tu nada puede ser algo. Es más, ¡puedes llegar a ser casi todo lo que te propongas!

**No es necesario entender a
Dios para amarlo.**



NADIE PUEDE LLEGAR A ENTENDER del todo a Dios. Es imposible, porque Él mismo dice que Sus caminos están muy por encima de los nuestros. «Como son más altos los cielos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:9). ¡No pretendas descifrar a Dios! Sencillamente acepta Su amor por fe.

Jesús procuró dar explicaciones sencillas. Dijo: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3). ¿Qué bebé o qué niño pequeño entiende a sus padres, y sabe cómo se produjo su propio nacimiento o cómo es la vida? Lo que sí capta intuitivamente es el más profundo de los sentimientos: el amor. Percibe el amor de sus padres y responde con amor.

La Biblia dice que «Dios es Espíritu» (Juan 4:24) y que «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Él es ese Espíritu de amor que mora en tu corazón. Resulta imposible entender plenamente a Dios y Su amor; pero sí es posible recibir Su amor y correspondérselo. Establecer un vínculo personal con el Dios del amor es algo tan simple que desconcierta a muchos. Basta con pedir con fe y recibir.

Pon a Dios a prueba. ¡Demuestra que existe!



MUCHAS PERSONAS QUE AFIRMAN no creer en Dios, en el fondo no son ateas. A lo mejor es que no han llegado a una conclusión definitiva sobre Él porque no han tenido oportunidad de conocer la verdad. Aun si tienen dudas o interrogantes no resueltos que les impiden creer, si son sinceras y realmente ansían respuestas, Él se las dará.

Aunque no creas en Dios ni en la Biblia ni en nada, puedes poner a Dios en un tubo de ensayo y comprobar Su existencia. ¡El tubo de ensayo eres tú! Ponlo en tu interior y verás qué pasa. Dile sinceramente: «Dios, si estás en alguna parte, quiero verte. Manifiéstate a mí». ¡Y Él lo hará! Una vez que admites la posibilidad de que exista, le estás dando una oportunidad. Hay una chispita de fe, que Dios premiará permitiéndote ver, sentir y conocer la prueba. Puede que no lo haga de inmediato o de la manera que tú esperas, pero tarde o temprano lo hará.

A Dios le encanta la fe. Nos ama porque creemos en Él. Y una vez que comiences a creer, te probará Su existencia por diversos medios: a través de oraciones respondidas, milagros e incluso obrando transformaciones en tu propia vida.

Primero vienen la fe y la obediencia; luego Dios responde.



EN LA PALABRA HAY CANTIDAD de casos en que Dios, antes de responder la oración de una persona, le pidió que hiciera algo. A Moisés le dijo que, si golpeaba la piedra, Él haría brotar el agua (Éxodo 17:6). Antes de devolverle la vida a Lázaro, Jesús ordenó a los dolientes que quitaran la piedra que tapaba la entrada de la tumba; luego lo resucitó (Juan 11:39–44). A un ciego le encargó que fuera a lavarse al estanque de Siloé (Juan 9:1–7), y a diez leprosos que fueran a mostrarse a los sacerdotes (Lucas 17:12–14). Esas personas manifestaron su fe mediante su obediencia, y después Dios hizo el milagro.

«Por fe andamos, no por vista» (2 Corintios 5:7). A Dios le gusta poner a prueba nuestra fe. Le gusta ver cuánto creemos en realidad, y a menudo no responde a nuestras oraciones ni nos deja ver hacia dónde nos está conduciendo hasta que hacemos lo que nos ha dicho o indicado. Muchas veces tenemos que lanzarnos por fe, aunque no veamos dónde vamos a poner el pie. Para obtener Sus bendiciones, tenemos que dar un primer paso de fe. Luego, si esa es Su voluntad, ¡Él hace por nosotros lo humanamente imposible! Paso a paso, a medida que lo vamos siguiendo, Él nos guía, nos orienta y premia nuestra fe respondiendo a cada vez más oraciones.

¿Conoces al mejor médico del universo?



LA CURACIÓN HA SIDO SIEMPRE una de las necesidades físicas más acuciantes de las personas. Jesús sanaba a todos los que se acercaban a Él, a cualquiera, fuese quien fuese, con tal de que tuviera fe y creyera que Él podía sanarlo. Lo que la gente precisaba con mayor urgencia, antes de llegar a entender la salvación, era curarse físicamente. Muchas veces Jesús sanaba a quienes acudían a Él antes de ocuparse de sus necesidades espirituales.

¡Los milagros no son cosa del pasado! Dios todavía se dedica a transformar los cuerpos que lo necesitan. Sigue siendo el mejor de los médicos. Todavía dice: «Yo soy el Señor, tu sanador» (Éxodo 15:26), «quien perdona todas tus maldades, el que sana todas tus dolencias» (Salmo 103:3). No dice algunas, o unas pocas, ni muchas, ni la mayoría, sino todas. ¡Dios puede curar cualquier dolencia!

Él es tu Padre celestial. Te ama y responde las oraciones. No solo puede, sino que quiere curarte. La sanación está a tu disposición. Basta con que creas, y Él te curará. Lo único que te pide es que lo honres demostrando fe en Él y creyendo las promesas que ha hecho en Su Palabra. Es así de sencillo.

Tú tienes poder transformador.

Tócame y cúrame, Salvador¹.

La mejor manera de averiguar la voluntad de Dios es poner tu voluntad en Sus manos.



PUEDE QUE DIOS TE DÉ a escoger, pero solo Él sabe qué es lo mejor; así que te conviene preguntarle Su parecer. ¿Cómo se sabe cuál es el deseo supremo de Dios? El primer requisito es no tener voluntad propia. Según las Escrituras, debes someterle tu cuerpo, tu mente y tu voluntad, y no conformarte a este mundo:

«Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:1,2).

Pide al Señor que te oriente y te guíe. Pídele que abra tu corazón y tu mente a Su verdad. Pídele que te ayude a entenderla y a seguirla. Debes estar dispuesto a someterte a Su voluntad, sea cual sea. Entonces sabrás qué hacer, pues cuando asumas esa actitud Dios podrá indicártelo. Si eres Su hijo y dejas que Él escoja, ¿qué elegirá para ti? Naturalmente que lo mejor.

Él sabe. Él te ama y te cuida.

Nada puede empañar Su verdad.

A los que dejan que Él elija,

lo mejor de lo mejor les da¹.

Nuestra salvación es exclusivamente por gracia, jamás por obras.



NO PODEMOS SALVARNOS por nuestra bondad o por nuestros esfuerzos por guardar las leyes de Dios. Por muy buenos que fuéramos no podríamos hacer méritos para alcanzar algo perfectamente celestial como es Su salvación. Eso solo es posible mediante la gracia, la misericordia y el amor divinos.

La salvación es gratis: Dios nos la obsequia. No se consigue a base de obras. Un regalo no se puede merecer; de lo contrario no sería un regalo. La Palabra de Dios dice: «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9).

A los ojos de Dios, la persona verdaderamente buena y recta es la que se sabe pecadora, reconoce su necesidad de Dios y depende de Él para salvarse. Según la óptica divina, la santidad está lejos de la perfección inmaculada. Para Él son santos los pecadores salvados por gracia, carentes de perfección, que no son buenos por sí mismos, sino que dependen totalmente de la gracia, el amor y la misericordia de Dios. Esos son los únicos santos que hay; no hay otros. No tienes más justicia que la de Cristo, y Él es el único que puede hacerte partícipe de ella (Filipenses 3:9).

No puedes evitar que los pájaros revoloteen sobre tu cabeza, pero sí impedir que aniden en ella.



EL DIABLO NO DESCANSA NUNCA; siempre nos tienta a desobedecer al Señor. Si bien nadie puede evitar la tentación, no hay por qué ceder a ella. Dios, por medio de Su Espíritu, nos da discernimiento para distinguir entre el bien y el mal, y una vez que hemos advertido la diferencia nos deja escoger entre lo uno y lo otro. El diablo no puede anular nuestra facultad de elegir. Haga lo que haga, tenemos libre albedrío. Cada uno de nosotros tiene voluntad propia y puede optar por no hacerle caso y resistir sus tentaciones. «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

El demonio no puede vencerte a menos que dobles la rodilla ante él, pues «mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo [Satanás]» (1 Juan 4:4). Solo puede derrotarte si cedés, si abandonas, si te das por vencido o dejás de luchar. Mientras sigas combatiendo, ¡seguirás venciendo! Así pues, cuando el diablo te induzca a deprimirte y desalentarte, ¡pelea! Ponte la armadura de Dios, para que puedas estar firme contra las asechanzas del diablo (Efesios 6:10–17). No le prestes atención, ¡y mucho menos te rindas!

«Dice el necio en su corazón: “No hay Dios”» (Salmo 14:1).



NADA MÁS OBSERVANDO LA NATURALEZA se hace patente la existencia de un Creador. Es lógico, razonable y evidente que Dios existe. Solo un necio puede creer de veras que todo surgió por casualidad. Basta con observar los árboles y los pájaros para convencerse de que no son obra del azar: alguien lo ideó todo hasta el último detalle. La totalidad de la gloriosa creación de Dios da testimonio constante de la existencia de un artífice divino. «Lo invisible de Él [...] se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas» (Romanos 1:20).

Aunque toda la naturaleza manifiesta la acción de un Dios invisible, actualmente son muchos los que rechazan ese testimonio porque prefieren ignorarlo. No quieren admitir que Dios existe. Les gustaría prescindir de Él, pero para eso necesitan disponer de una explicación de cómo se formó todo. De ahí que el diablo los ayudara a inventar la descabellada teoría de la evolución. «Como ellos no quisieron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente depravada» (Romanos 1:28).

En cambio nosotros, los creyentes, nos maravillamos contemplando la obra de Sus manos. Lo reconocemos en Su creación. Lo entendemos mejor por medio de las cosas que hizo. Y por eso lo glorificamos y le damos gracias.

Los retrasos de Dios no son rechazos.



DIOS RESPONDE A NUESTRAS ORACIONES, pero no siempre como queremos o esperamos. Él rara vez tiene prisa, lo cual se evidencia en Su creación: le toma tiempo hacer un bebé, una flor, un árbol, un atardecer e incluso una brizna de hierba. No se le puede apurar. Hay que armarse de paciencia, pues cada cosa tiene su tiempo.

A veces Él aguarda a que se den las condiciones propicias para el resultado que quiere obtener. Como en el caso de un hombre de la Biblia que era ciego de nacimiento. Tuvo que ser ciego toda la vida para que todos lo supieran y para que cuando Jesús lo sanara prodigiosamente, Dios fuese glorificado (Juan 9). Tal vez tardes años en averiguar por qué Dios no te respondió como esperabas o en el momento en que se lo pediste; pero un día lo sabrás y te convencerás de que Dios actuó acertadamente.

La oscuridad más densa se produce justo antes del alba. La más profunda desesperanza nos asalta justo antes de la salvación, del rescate. Por eso, no dudes ni por un instante de que Dios te contestará, ¡y ya verás que lo hará! Confía en Él y dale las gracias por Su respuesta, aunque no la veas de inmediato. ¡Mañana te alegrarás de haber confiado en Él!

La creación de Dios evidencia el amor que Él te tiene.



¿TE AMA DIOS? Eso es algo que se ve y se palpa en el hermoso mundo que hizo para nosotros. Mira a tu alrededor, fíjate en las maravillas de la naturaleza y te convencerás de que Dios te ama. Su amor se evidencia en todo lo que hizo para tu deleite (Romanos 1:20).

Considera la paciencia y misericordia de Dios. A todo ser humano que ha vivido en la Tierra le ha enviado en algún momento Su luz, para iluminar su entenebrecido corazón y expresarle Su amor (Juan 1:9). Él prodiga toda esa belleza y todas esas bendiciones no solo a los justos, sino también a los injustos, aunque no merezcan Su amor y Su misericordia. Aun así Él les regala sol casi todos los días, lluvia para hacer crecer las flores, magníficos árboles, la hierba, el cielo, las nubes, la luna, las estrellas y todas las demás maravillas del universo (Mateo 5:45).

Si no crees que Dios te ame, fíjate en todo lo bueno que te ha dado. ¿Qué más puede decir para convencerte? No tenía por qué hacer la vida tan placentera ni el mundo tan hermoso, pero lo hizo. ¡Y lo hizo pensando en ti!

Que los demás vean en ti a Jesús.



ACTUALMENTE HAY MUCHA GENTE PERDIDA, sola, oprimida, débil, agotada. Hay muchos pobres, muchos perseguidos, víctimas de la guerra, el crimen y la explotación, gente a la que nadie quiere, gente desposeída y por la que nadie da un céntimo.

Por otra parte están los que gozan de una situación acomodada y aparentan vivir de maravilla, pero que andan perdidos y solos y son prisioneros de sus propios intereses egoístas y prioridades mal establecidas. Viven cansados y agobiados por los problemas, el estrés, los temores y las fobias. Lucen una sonrisa, mas sufren por dentro. Miran el futuro con aprensión. Se sienten vacíos, culpables. Son presa del dolor, la amargura o el remordimiento.

El mundo actual está lleno de gente perdida y desesperanzada. Me recuerda lo que decía una vieja canción de los Beatles: «All the lonely people, where do they all come from?» (¿De dónde sale toda esa gente solitaria?) Te diré por qué hay tanta gente así: son el fruto de un mundo egoísta que se ha apartado de la luz del amor de Dios y que ahora anda sumido en tinieblas.

Es esencial que resplandezca el amor de Dios. Pongámoslo de manifiesto para que todos lo vean. Alumbremos con él a los demás, y Dios se encargará del resto. Se ocupará de que ese amor cumpla Su propósito en la vida de esas personas (Juan 12:32). ¡Dejemos que todo el mundo vea a Jesús en nosotros!

Todo lo que hay que hacer es seguir a Jesús.



AUNQUE ESTEMOS CONFUNDIDOS Y

DESORIENTADOS, Jesús siempre sabe lo que hay que hacer. Con tal de que obedezcamos y sigamos Sus pasos, Él nos dirigirá. Al poco tiempo entenderemos hacia dónde nos dirigimos, como le ocurre al rebaño que sigue a su pastor. Jesús dijo que cuando el buen pastor saca a sus ovejas, va delante de ellas, y las ovejas lo siguen (Juan 10:4). Jesús es el Buen Pastor. Él sabe lo que hay más adelante. Conoce dónde están los verdes prados y los pasos de montaña y por dónde corren aguas refrescantes. Sabe dónde se hallan los rediles y en qué parajes estaremos a salvo. Conoce incluso los sitios peligrosos. Por eso te conviene no separarte de Él.

Siempre debes guiarte por lo que te indique la mano de Dios. No te puedes fiar de tu propia prudencia, ni apoyarte en tu propio entendimiento o experiencia. Es preciso que busques la orientación sobrenatural, milagrosa y eficaz del Señor, que te dejes guiar por la mano de Dios. Si sigues a Jesús, ¡nuncaerrarás el camino! Él está al lado tuyo y sabe exactamente qué hacer. No te precipites, no intentes adelantarte ni señalarle a Él el camino que a ti te parece conveniente. Es Él quien debe dirigir. Al fin y al cabo, no hay nadie más capaz de hacerlo.

Que nuestra oración siempre sea: «Señor, te seguiré; muéstrame el camino».

El bautismo del Espíritu Santo es un bautismo de amor.



¿EN QUÉ CONSISTE EL BAUTISMO del

Espíritu Santo? Es ante todo un bautismo de amor, de amor a Dios y al prójimo. Todo el que está salvado posee cierta medida del Espíritu. Si se comparara la salvación con un poquito de agua en el fondo de un vaso, el bautismo del Espíritu Santo sería como llenar ese vaso hasta rebosar. Jesús dijo sobre el Espíritu Santo: «El que cree en Mí, [...] de su interior brotarán ríos de agua viva» (Juan 7:38). Dios vierte Su Espíritu creando en nosotros un aluvión de amor y felicidad que no solo nos llena el alma, sino que se desborda sobre los demás de manera que también ellos encuentren el amor de Dios y se sacien de él.

No nos llenamos del Espíritu Santo una sola vez; cada día nos volvemos a llenar cuando leemos la Palabra y le pedimos a Dios más amor. Cuanto más amor recibamos de Él, más rebosará nuestro corazón y menos capaces seremos de contenerlo. Luego, a medida que lo derramemos sobre los demás, ellos también se empaparán de él, y de esa manera crecerán y florecerán espiritualmente.

Tener fe es hacer lo que Dios te pide hoy y creer que Él se encargará del mañana.



BASTA CON TENER FE para el día de hoy.

Dios nos da fuerzas para el día de hoy nada más. «Como tus días serán tus fuerzas» (Deuteronomio 33:25). Te da la unción para la ocasión y gracia para soportar la prueba, en el momento preciso en que la necesitas, no antes. No necesitas fe hoy para el día de mañana. ¡Confía en Dios! Tu Padre celestial te ama. Así como te cuida hoy, te cuidará mañana.

Jesús dijo: «No os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6:34). ¡No te preocupes más por el día de mañana! Es un mandato, no es optativo. No es tan solo un buen consejo; ¡es una orden! Llegado el día de mañana, Dios se encargará de todo.

El mañana ya no me atormenta.
Mi Dios se encarga de él.
Aunque hoy yo sin fuerzas me sienta,
confío en que Él me las dé¹.

La Palabra de Dios es la verdad más poderosa de la Tierra.



LA ESPADA VENCE, LA PLUMA CONVENCE.

Los hombres de fe rara vez rigieron imperios; sin embargo, conquistaron extensas naciones con sus palabras, creencias e ideas. Las palabras de los profetas de Dios trascienden los tiempos. Se han difundido por toda la Tierra y han alterado el curso de las naciones. Han cautivado corazones y conciencias y liberado para siempre a multitudes. Su mensaje de vida y amor por medio de Jesús ha captado a incontables millones de personas para el reino eterno de Dios, un reino mucho más extenso, duradero y feliz que los simples imperios de este mundo forjados por la espada. Las palabras de inspiración divina han salvado a millones de seres humanos de una tumba sin Cristo y sin esperanza, y han hecho llegar el amor de Dios a quienes se morían por conocerlo.

La Palabra de Dios es muy superior a todo ingenio o arma de los hombres. Es capaz de transformar corazones, algo que ninguna bomba atómica ha conseguido aún. Puede cambiar las ideas de la gente, algo que las balas, por muchas que sean, jamás han hecho. Puede dar verdadero sentido a la vida de las personas y llenarlas de amor, algo que ningún ejército conquistador ha logrado nunca. Las Palabras de Dios son espíritu y son vida (Juan 6:63). ¿De quién más se podría decir eso? ¡Así de poderosa es la Palabra de Dios!

Puedes conocer tu futuro.



¿TE DA LA IMPRESIÓN, como a muchas personas, de que tenemos los días contados? ¿Te has preocupado alguna vez por el futuro del mundo? ¿Te has preguntado qué nos sucederá a todos? Pues bien, es posible conocer el porvenir.

¿Cómo es eso? ¿Cómo pueden los mortales trascender los límites del tiempo y vislumbrar el futuro? Sintonizando con Dios y Su maravillosa Palabra. En el espíritu, la esfera en la que habita Dios, se confunden el pasado, el presente y el futuro. A Sus ojos, todo es igual. A Él no le cuesta nada revelar a Sus profetas y videntes los misterios del futuro.

Te sorprenderá lo clara y explícita que es la Palabra de Dios con respecto a muchos acontecimientos que están próximos a suceder. Tal vez no revele todos los pormenores, pero sí nos señala los principales sucesos que nos aguardan. En algunos casos hasta describe a los protagonistas de ciertos hechos venideros y nos indica cuándo y dónde tendrán lugar.

¿Qué induce a Dios a revelarnos estas cosas por adelantado? Él no quiere que nos preocupemos ni que temamos el futuro. Hombre prevenido vale por dos. Entender lo que va a ocurrir significa estar preparado para afrontarlo y sobrellevarlo cuando se presente, con plena confianza en Dios y en el amor y desvelo con que nos cuida.

«No [...] se adiestrarán más para la guerra» (Isaías 2:4).



UN DÍA DE ESTOS, BASTANTE PRONTO, el Rey de reyes regresará para reclamar Su reino. «Él juzgará entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos. Convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces» (Isaías 2:4). Será el primer desarme completo y duradero del mundo, ¡ya que se reciclarán las armas destructivas para hacer instrumentos de paz!

Por fin habrá armonía en la Tierra, bajo el dominio de Jesucristo, Hijo de Dios y Príncipe de Paz. A los malvados y vengativos belicistas de la actualidad no se les permitirá más hacer de las suyas. Desaparecerán las grandes potencias, y no habrá más pobres avasallados. «[Dios] hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra, [...] quiebra el arco, corta la lanza, y quema los carros en el fuego» (Salmo 46:9). Se quemarán todos los aviones de guerra, tanques y proyectiles balísticos, ¡gracias a Dios!

Entonces y solo entonces, bajo la autoridad suprema del Príncipe de Paz y el enérgico gobierno de los amantes de la paz, cesarán por fin todas las guerras. Solo entonces el mundo será bien gobernado, con verdadera justicia, equidad, libertad, paz, abundancia y felicidad para todos. ¡Aleluya! ¡Será una época magnífica!

«Primeramente apóstoles» (1 Corintios 12:28).



AUNQUE TODOS QUEREMOS SER HUMILDES, no nos gustan las experiencias que nos enseñan humildad. Y dar a conocer nuestra fe puede ser doloroso para el orgullo, sobre todo al principio. Como dijo una señora cuando le pidieron que saliera a hacer apostolado: «¡Ay, esto me mata!» Mata nuestro orgullo, y así debe ser. Cuanto más logra Dios despojarnos de nuestro ego, mejor reflejamos Su amor.

Cuando salgas a dar testimonio y te sientas cohibido o te dé la impresión de que la gente te mira con desdén, recuerda que Dios se enorgullece de ti, y que tienes motivos de sobra para enorgullecerte de Él y de ser Su mensajero. La palabra *apóstol* que aparece en el Nuevo Testamento es traducción del vocablo griego *apostolos*, que literalmente significa enviado. Pues bien, en el capítulo 12 de la 1.ª epístola a los Corintios, Pablo enumera las funciones y cargos que hay dentro de la Iglesia. En ese pasaje él dice que Dios pone a los apóstoles en primer lugar: «Primeramente apóstoles». Puede que en la lista de alguna otra persona estén en lo más bajo, ¡pero en la de Dios figuran en primer lugar! No debemos ser orgullosos en el sentido de considerarnos estupendos, pero sí podemos enorgullecernos de servir a Dios Todopoderoso, de ser mensajeros del Altísimo que difunden fielmente Sus palabras.

«Muchas son las aflicciones del justo» (Salmo 34:19).



¿LAS AFLICCIONES DE QUIÉN? Hasta los justos padecen aflicciones. «Pero de todas ellas lo librará el Señor». El Señor permite que suframos enfermedades y que pasemos apuros y dificultades. Lo hace para poner a prueba y fortalecer nuestra fe, y para propiciar que saquemos victorias aún mayores de lo que parecen derrotas. A veces nos pasan cosas *malas* solo para que nos aferremos al Señor. En otros casos, sirven para unirnos más unos a otros. A veces nos ocurren para mantenernos humildes. Otras, para que oremos. Es decir, que hasta los reveses y las tribulaciones nos hacen bien si permitimos que cumplan el propósito divino.

Es importante recordar que Dios lo hace todo con amor. «A los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien» (Romanos 8:28). Dios nunca dejará que a un hijo Suyo que lo ama le suceda algo que a la postre no sea para su propio bien. Por eso, aunque «muchas son las aflicciones del justo», el Señor te librará de todas ellas, sin importar cuántas ni cuáles sean. ¡De TODAS! No de algunas, ni de unas pocas, ni de la mayoría, ni de muchas, ¡sino de todas! Así, pues, la próxima vez que te aqueje una enfermedad o que atraveses un momento difícil, confía en que Dios te ayudará, tal como nos promete en Su Palabra.

Uno de los factores más importantes para curarse es la fe.



TU SALUD FÍSICA DEPENDE sin duda alguna de tu estado emocional, y tu salud emocional depende en gran medida de tu estado espiritual. De hecho, algunos médicos estiman que el 90% o más de todas las enfermedades responde a causas emocionales.

El temor, la tensión y el odio generan diversos trastornos psicológicos y nerviosos. También hay muchas enfermedades físicas, como las afecciones cardíacas, la artritis y las úlceras estomacales, que pueden ser provocadas por la preocupación, el temor, el rencor, el odio o una actitud negativa frente a la vida. Esos sentimientos pueden dar lugar a una verdadera acumulación de toxinas en el organismo, las cuales causan enfermedades. En definitiva, ¡un estado de ánimo negativo puede envenenar tu cuerpo!

De ahí que la fe sea un remedio tan extraordinario. La certeza de que tu Padre celestial te ama y cuidará de ti y de los tuyos, de tu familia, de tu futuro, de tu trabajo y de todo, elimina el temor, serena la mente, comunica paz a tu corazón y te produce una sensación de bienestar espiritual que da reposo a tus órganos vitales, lo cual contribuye a eliminar las toxinas. ¡La mejor medicina que hay es la fe sencilla en el amor de Dios!

Los triunfadores nunca se rinden, y los que se rinden nunca triunfan.



CUANDO TODO SE PONE DIFÍCIL, hay que pelear con más pujanza en el espíritu. Si lo haces y no te rindes, obtendrás mayores victorias.

El ejemplo del escocés John Paul Jones (1747–1792), capitán de navío del siglo XVIII, es aleccionador. En una batalla en que tomó parte, resulta que su nave fue alcanzada por el fuego enemigo y corría peligro de zozobrar. La mitad de su tripulación había muerto, y tanto él como muchos otros estaban heridos. Cuando el capitán del otro barco le preguntó si estaba dispuesto a rendirse, Jones respondió a voces: «¿Rendirnos? ¡No, maldita sea! ¡Ni siquiera hemos empezado a pelear!» ¡Jones continuó luchando y terminó ganando la batalla!

Es posible que ni siquiera hayas empezado a luchar contra el demonio. Quizás «aún no has resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado» (Hebreos 12:4), como hizo Jesús. Aunque le costó la vida, ¡escasos tres días más tarde salió triunfante de la tumba!

Así que no te canses de hacer el bien, porque a su tiempo segarás, si no desmayas (Gálatas 6:9). «Sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo, [...] a fin de agradar a Aquel que [te] tomó por soldado» (2 Timoteo 2:3,4). Pelea la buena batalla, guarda la fe y acaba la carrera; en premio, Jesús te concederá una corona de vida (1 Timoteo 6:12; 2 Timoteo 4:7,8; Apocalipsis 2:10).

Años de entrega y constante desvelo... Haber vivido con amor es un cielo.



LA VEJEZ DEBERÍA SER LA MEJOR ETAPA de la vida. Quien ha procurado amar, ha vivido intensamente y ha hecho todo lo posible por agradar a Dios puede ver entonces el buen fruto de sus esfuerzos. Eso debería ser motivo para que uno se sienta auténtica y permanentemente realizado, seguro de que le aguardan recompensas eternas.

Es una verdadera lástima que tanta gente tenga un mal concepto de la ancianidad, cuando lo cierto es que todo debería ir de bien en mejor a medida que avanzamos en edad. La vejez solo es sinónimo de desilusión cuando descubrimos que el paso de los años no nos ha servido para acercarnos a Dios, que no hemos hecho otra cosa que dar vueltas a la noria, que todo nuestro trajín no ha supuesto ningún progreso. Pero Dios no nos regaló la vida con la idea de que la primera mitad fuera la mejor. Él concluye y perfecciona todo lo que comienza (Salmo 138:8; Filipenses 1:6). De manera que no temas la vejez ni te resistas a ella; encárala bien y procura que sea una etapa hermosa de tu vida.

La vejez es tanto una oportunidad,
con otro vestido, como la mocedad.
Y en el crepúsculo se viste el firmamento
de estrellas invisibles hasta ese momento¹.

¿El secreto del éxito? Optar por someterse a la voluntad de Dios.



DIOS NOS HA DADO LIBRE ALBEDRÍO; pero para servirle con eficacia e incluso para ser tan felices como Él quiere que seamos, debemos rendirle continuamente nuestra voluntad. Hemos de preguntarle qué desea que hagamos —lo que Él sabe que es mejor para los demás y para nosotros— y optar por eso.

Una vez que hayas averiguado y abrazado lo que Dios quiere que hagas, Él te tomará y te pondrá en el sitio donde quiere que estés. Cada persona tiene su lugar y su función en la obra del Señor, como las piezas de ajedrez en una partida. Las piezas no tienen voluntad propia. Cuando el jugador toma una y la mueve a otro escaque, la pieza no protesta; se somete y va a donde la envían, ¿no es cierto? Pues bien, tú estás en manos del Maestro. Él te va a colocar donde quiera, así que confía en Él.

No hace falta que tú tomes todas las decisiones; solo tienes que avenirte a Sus jugadas y dejar que sea Él quien piense y escoja. Tu visión es muy limitada. En cambio, Él ve toda la partida, todo el tablero con todas las piezas. Es fantástico dejar que Dios decida, pues Él siempre se preocupa por nosotros y sabe lo que más nos conviene.

**Jesús, libranos del excesivo
ajetreo, de esa sensación de
que no disponemos de tiempo
para Ti y para Tu Palabra.**



SI QUIERES APRENDER LO QUE EL SEÑOR desea enseñarte, tienes que parar, mirar y escuchar. De lo contrario, te verás arrollado por todos los afanes de esta vida en vez de irradiar Su verdad, Su amor y Su gozo. Si te exiges demasiado y te impones mucha presión, ¡tus esfuerzos pueden acabar en frustración! Perderás tu conexión con Jesús y con la central celestial. Me recuerda lo que dijo una niña de su gatito: «Mami, el minino se durmió y dejó el motor encendido». Es posible que andes de un lado para otro y que aun así estés dormido espiritualmente, que hagas mucho y no logres nada, «como quien golpea el aire» (1 Corintios 9:26).

Sin las fuerzas del Maestro no puedes llevar a cabo Su obra. Y para obtener esas fuerzas debes dedicarle tiempo. Jesús dijo que solo una cosa es necesaria: sentarse a Sus pies y aprender de Él. Quienes hacen eso han escogido la mejor parte, la cual nunca les será quitada (Lucas 10:39–42). Si llevas un ritmo de vida de tanto ajetreo que no puedes dedicar unos momentos a orar y comulgar con Jesús, andas demasiado atareado.

Tómate un tiempo para consagrarte al Señor. «Estad quietos y conoced que Yo soy Dios. En la quietud y en confianza estará vuestra fortaleza» (Salmo 46:10; Isaías 30:15).

**Cristo está a la puerta de tu
corazón, rogando que lo dejes
entrar.**



JESÚS ES LA VIVA IMAGEN de la paciencia, la calma, el amor y la dulzura. Es la encarnación de la ternura: nos arrulla suavemente como una paloma. Se dirige a las personas abiertas y receptivas que tienen sed de Él. Busca a los humildes y contritos, pero resiste a los soberbios. Aguarda amorosa y mansamente a la puerta de tu corazón, sin imponer Su presencia ni forzar la entrada. Se queda esperando a que le abras tu corazón y lo invites.

Él prometió: «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él» (Apocalipsis 3:20). Cuando le abres la puerta, Él siempre entra. Desea ocupar todo espacio que se le ofrezca. En el momento en que le abras tu corazón, Su Espíritu de amor entrará en ti.

Si todavía no lo has aceptado como tu Salvador, pídele que entre en tu corazón y te dé amor, vida, libertad, verdad, paz, abundancia y felicidad ahora y para siempre. Dile simplemente: «Jesús, ven a mi corazón. Te reconozco como Hijo de Dios. Te ruego que me perdones mis pecados y me ayudes a amarte, a amar a mis semejantes y a hablarles de Ti. Amén».

No tenemos por qué temer al diablo o a los demonios. ¡Jesús está con nosotros!



DE LA MISMA MANERA que el temor de Dios lleva a la vida (Proverbios 19:23), el miedo a Satanás conduce a la muerte. Temer a Dios es una manera de adorarlo. Es mostrarle el respeto que se merece. Pero temer al Enemigo, temer a Satanás, es darle justamente el tipo de adoración que él quiere. En el fondo es adorar al diablo, ¡de modo que no lo hagas ni por un instante!

No hay que temer —y mucho menos adorar— los poderes de Satanás, ¡sino resistirlos, rechazarlos y eliminarlos! Tienes que luchar contra el temor igual que se lucha contra el diablo. Resístelo con tu fe y con la Palabra de Dios. «No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Timoteo 1:7). Pon tu fe en Dios y témelo a Él, y todos los otros temores desaparecerán.

Si del infierno una legión
quisiera aniquilarnos,
¡no temeremos porque en Dios
y en Su verdad triunfamos!
¡El príncipe del mal
no nos hará temblar!
¡Luchemos sin cuartel,
que pronto va a caer!
¡Una palabra [Jesús] basta!¹

No cambies lo mejor por lo que es apenas bueno.



MUCHAS PERSONAS SE EXCUSAN

argumentando que han tomado lo que llaman «una segunda opción que les dio Dios». Huyen del máximo llamamiento de Dios porque no están dispuestas a hacer los sacrificios que les exigiría.

No hablemos de la segunda mejor opción que Dios nos ofrece. Para Él hay una sola opción que es mejor, el «supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:14). Si escoges otra vía, en realidad no es la segunda mejor opción que Él te ofrece, sino lo que a ti te parece mejor.

¿Qué es el pecado? Es errar el blanco, no dar en el clavo, no acertar en la diana. Es no hacer lo más importante que Dios quiere que hagamos. De modo que «despojémonos de todo peso y del pecado» (Hebreos 12:1), de todo lo que nos impida cumplir la suprema voluntad de Dios, de todo lo que nos aleje del lugar donde Él sabe que le seremos más útil y podremos ayudar más al prójimo.

(Oración:) Señor, bendícenos y ayúdanos a todos a permanecer en el centro de Tu voluntad. Ayúdanos a perseguir con resolución nuestro objetivo. No tenemos ni idea de la magnitud de Tu propósito, pero hemos acudido a Tu llamado. Ayúdanos a realizar lo que Tú sabes que es mejor con la mayor dedicación de la que somos capaces, y a no conformarnos con hacer menos que eso.

Vivir por fe significa poner la fe en práctica.



ALGUNOS CREEN QUE VIVIR POR FE quiere decir vivir de nada, o para nada, o sin nada. Pues están equivocados. Vivir por fe significa acompañar de acciones nuestras oraciones. Significa hacer lo máximo posible, orar como si todo dependiese de la oración, y actuar como si todo dependiese de nuestros actos. La fe verdadera no es pasiva, sino que nos lleva a actuar.

Dicen que al que se ayuda, Dios lo ayuda, y es cierto. También ayuda a los que no pueden ayudarse, pero rara vez a los que se pueden ayudar y no lo hacen. Él se rige por el principio de que «todo lo que el hombre siembre, eso también segará» (Gálatas 6:7). El éxito llama al éxito, y Dios bendice a los que son productivos, a los diligentes, a los que se esfuerzan, a los que confían y obedecen de verdad. Él siempre recompensa con creces la dedicación, la diligencia y la fidelidad. Si hacemos lo que está a nuestro alcance, Él hará todo lo posible por ayudarnos.

En cualquier caso, no practiques una religión de inactividad, sino una de acción, de hacer todo lo que el Señor te indique. Practica una religión de colaboración: haz lo que puedas, y Dios hará lo demás.

Sé una fiel operadora: ora.



CUANDO DIOS TE HACE PENSAR EN ALGUIEN, te está enviando un mensaje. Está solicitando una llamada telefónica con esa persona, y quiere que hagas como las antiguas operadoras y le comuniques.

Dios inicia la llamada. Tú haces de operadora y pasas la llamada. Al hacer tu parte, que consiste en orar por la persona, comunicas a Dios con esa persona a la que Él desea ayudar. Tu fe es como la mano que acciona el interruptor para que los demás reciban un mensaje de parte de Dios. Eres el enlace entre Dios y ellos; o sea, que si no pasas la llamada, no les llega.

También es cierto que la persona en el otro extremo de la línea tiene que levantar el auricular cuando suena el teléfono, escuchar y aceptar la llamada. No puedes obligarla a aceptar la llamada, ni a contestar el teléfono cuando suena. Eso es asunto suyo. Hay infinidad de razones por las que, al hacer de operadora, te puede resultar difícil comunicarte, pero debes seguir intentándolo.

Tú eres la operadora. Tu responsabilidad es pasar el mensaje. Sé fiel en orar por las personas que te vienen a la memoria. Por lo que más quieras, no falles, o alguien se perderá una importante llamada de Dios.

Dar de verdad es dar con alegría.



A DIOS LE GUSTAN LOS DADORES ALEGRES, que dan voluntariamente sin esperar nada a cambio porque saben que eso agrada al Señor y que de esa manera ayudan al prójimo. Dar así, dar de verdad, puede proporcionar el mayor de los placeres, pues conforme se vacía la cartera, se llena el corazón. «El alma generosa será prosperada: el que sacie a otros, también él será saciado» (Proverbios 11:25). «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20:35).

Pero cuando no se hace con alegría, no tiene mucho valor. Como el caso del hombre rico que pensó que estaba arrojando una moneda de cobre en la bolsa de las ofrendas de la iglesia, y de repente, al dejarla caer, se dio cuenta de que se trataba de una de oro. Cuando vio lo que estaba perdiendo, intentó recuperarla, pero el sacristán cubrió la bolsa con la mano y le dijo: «¡Lo siento! Una vez caído, delo por ido».

Entonces el rico comentó: «Bueno, al menos en el Cielo se me recompensará por haber dado una moneda de oro». «No, de ninguna manera —repuso el sacristán—. Se lo contarán como si hubiera dado una de cobre».

«Dios ama al dador alegre» (2 Corintios 9:7). Debemos dar alegremente y con amor si queremos que lo que damos sirva de algo y si esperamos que el Señor nos lo reconozca.

¿Nutres tu cuerpo pero no tu alma?



HAY QUIENES ALIMENTAN SU CUERPO y pierden su alma, como aquel hombre de la Biblia que abarrotó de grano sus graneros. Dios le dijo: «Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será?» (Lucas 12:16–21).

Llenarte el estómago, la cartera o la cabeza no te servirá para llenar tu corazón. Si pones los deseos de la carne por encima de tus necesidades espirituales, verás que nada te satisfará. Te ocurrirá como a Lord Byron (1788–1824), poeta inglés de fama mundial que, cuando se hallaba en la cúspide del éxito, exclamó: «He bebido de todas las fuentes del placer y he vaciado con ansia las copas de la fama; mas ay de mí, ¡muero de sed!»

Del mismo modo que necesitas comer para conservar tu salud física, debes alimentarte con la Palabra de Dios para tener fortaleza espiritual. A menos que nutras tu alma, espiritualmente no te desarrollarás bien ni madurarás. Si de veras quieres crecer en espíritu, necesitas leer la Palabra todos los días.

«Aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día» con el alimento de Sus Palabras vivificantes (2 Corintios 4:16, NVI).

Somos ciudadanos de este mundo por nacimiento, pero ciudadanos del Cielo por renacimiento.



CUANDO RECIBIMOS A JESÚS, el Rey de reyes, en nuestro corazón, automática e instantáneamente pasamos a ser ciudadanos del magnífico reino de Dios.

Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36), y la Biblia explica: «Su reino es un reino eterno» (Daniel 4:3, NVI). «Lo dilatado de Su imperio y la paz no tendrán límite [...], disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre» (Isaías 9:7).

Ya no somos solo ciudadanos de un mundo temporal, sino ciudadanos de un nuevo y eterno mundo de amor, vida, verdad, justicia y felicidad con Jesús. Nuestro país es el único que jamás ha hecho nada malo, ni librado guerras injustas, ni perseguido a los pobres, ni oprimido a los débiles, ni contaminado la tierra. Nuestro país está tratando de salvar el mundo, poner fin a las guerras, auxiliar a los pobres, alimentar a los hambrientos, sanar a los enfermos y liberar a los cautivos. Somos ciudadanos de la única nación justa del universo: el reino de Jesucristo. Esa es nuestra patria, y el Cielo es nuestro hogar.

¿Eres ciudadano del Cielo? ¿Has recibido tu pasaporte? ¿Has reclamado tu constancia de ciudadanía? Tu pasaporte es Jesús; y tu constancia de ciudadanía, las promesas de Dios sobre tu salvación.

«Nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra [...] fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales» (Efesios 6:12, NVI).



ESTAMOS EN GUERRA, no contra hombres carnales, sino contra fuerzas espirituales. Se trata de una guerra que se libra constantemente en la invisible esfera de lo espiritual que está a nuestro alrededor e inclusive en nuestro interior. En esa guerra se enfrentan Dios y el diablo, las fuerzas del bien y las del mal, los ángeles del Cielo y los demonios del infierno, los santos de Dios y los agentes del diablo en la Tierra.

«Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas» (2 Corintios 10:4). Para ganar esta guerra necesitamos mucho más que simples armas físicas. Si queremos tirar abajo las fortalezas espirituales de las huestes del mal que se oponen a Dios, a Su pueblo y Sus propósitos, debemos blandir las potentes armas espirituales del amor de Dios y Su Palabra.

Es algo serio pelear contra el diablo, pero es una lucha que estamos destinados a ganar. Mientras nos mantengamos en guardia en el espíritu y no nos apartemos de Jesús y de Su Palabra, no podemos ser vencidos. ¿Cómo podemos estar tan seguros de eso? Porque Aquel que está en nosotros —Jesús— es mayor que el que está en el mundo —el diablo— (1 Juan 4:4).

No sucede nada que Dios no disponga, y menos a un hijo Suyo a quien Él ama.



A UN CRISTIANO NO LE SUCEDE nada *malo* sin un buen motivo. «Todo esto proviene de Dios» (2 Corintios 5:18), y «a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien» (Romanos 8:28). No te preocupes de los tiempos de pruebas y debilidad, pensando que debes de haber hecho algo terrible y por eso Dios se ha desentendido de ti. Lo que sientes sobre ti es la amorosa mano de Dios, que te está transformando en la persona que Él sabe que puedes llegar a ser. Por duros que sean esos quebrantamientos y esas metamorfosis, son inevitables. Él te hace débil para que dependas de Su fortaleza. También tiene que volverte humilde, y tiene que hacerte desear con toda el alma Su ayuda.

Estás en Sus manos, y Él cumplirá Su propósito en ti (Salmo 138:8). No te enojés ni te resientas con Dios por causa de estas pruebas. Son pasajeras. El día en que mires atrás y te des cuenta de que todo esto fue necesario para que Él cumpliera Su buen propósito, te alegrarás y lo agradecerás.

Todo lo que ocurre a los hijos del Señor
a un designio ajustado está.
Con cada problema, revés, castigo o dolor
el Escultor forma nos da¹.

Con Juan 3:36 se acabaron todas nuestras preocupaciones. «El que cree en el Hijo tiene vida eterna».



NO TE ANGUSTIES PENSANDO que puedes perder tu salvación, ni andes preocupado por cómo te las puedes arreglar para evitar eso, porque la salvación es por gracia y es eterna, o sea, que te salvas para siempre. Una vez que has aceptado a Jesucristo como tu Salvador, ya no hay más condiciones, requisitos ni peros. ¡Eres un hijo de Dios salvado! «El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (Juan 3:36). Ese versículo debería ser suficiente para acabar con todas tus preocupaciones. Tienes vida eterna ahora mismo, y no la puedes perder.

Además, así como no te ganaste la salvación, no haya nada que puedas hacer para conservarla. Seguro que no eres perfecto y que cometes equivocaciones, pero aun así Dios te salvará. Una vez que recibes a Jesús, a los ojos de Dios quedas totalmente purificado y redimido por el sacrificio de Cristo en el Calvario. En este preciso momento estás salvado porque Dios lo ha prometido y Su Palabra es veraz.

La salvación es para siempre. El Señor ya te la ha concedido, y no te la quitará. ¡Te pertenece!

¡Ser sencillo es de sabios!



MUCHOS SON LOS QUE SE ESFUERZAN por aumentar cada vez más sus conocimientos; pero serían más sabios si conservaran la sencillez. Para llegar al corazón de las personas, a Jesús le toca franquear todos esos conocimientos. La Biblia nos advierte que no nos desviemos de la sencillez de Cristo (2 Corintios 11:3), y Jesús mismo dijo: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos» (Mateo 18:3). ¡Admitir que delante del Señor somos como niños ignorantes y que Él es el único que sabe lo que hace es señal de gran inteligencia!

Un recién nacido no trata de analizar racionalmente a sus padres y hermanos, el nuevo mundo en que está y la vida que lo rodea. Sencillamente acepta a sus seres queridos y los disfruta, y poco a poco aprende a vivir y a gozar de la vida. No es preciso tener respuesta para cada pregunta y saber explicarlo todo. Solo necesitas conocer a Jesús. Él te brinda amor, le confiere sentido a tu existencia, te hace feliz y satisface ampliamente todos tus deseos. ¿Qué más importa?

Jesucristo me ama a mí.
En la Biblia lo aprendí.
Con los niños siempre está
¡y al que es débil fuerzas da!¹

No te preocupes, Dios proveerá.



DIOS ES MUY BUENO CON NOSOTROS cuando lo amamos y nos esforzamos por servirlo y agradarlo. De hecho, procura ser tan bueno con nosotros como le es posible. Nos da «todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20). «No quitará el bien a los que andan en integridad» (Salmo 84:11). «Deléitate [...] en el Señor y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). «Mi Dios [...] suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19).

Si lo complaces, Él resolverá todos tus problemas, satisfará todas tus necesidades y hasta te concederá todos tus deseos. Lo ha prometido. Te dará lo que le pidas, conforme a tu fe. Tenemos un Dios de milagros, que puede cubrir tus necesidades recurriendo a las fuentes más insospechadas. Si procuras agradarlo, no solo te dará todo lo que necesites, sino también muchas de las cosas que deseas.

Si eres fiel a Dios y te mantienes en el centro de Su voluntad, Él cuidará sin falta de ti.

«Toda Biblia debería estar forrada en cuero de zapatos»¹.



MUCHOS NO QUIEREN LEER LA BIBLIA, pero sí están dispuestos a *leer* a un cristiano. El único amor de Dios que ven es el que observan en ti. Si no les muestras un amor que puedan ver y sentir, les costará mucho creer que exista Alguien en las alturas a quien no conocen y que los quiere mucho.

Al tratar de captar a una persona, es frecuente que, para que llegue a creer en Dios, primero tengas que inspirarle fe en ti. Puede que esa persona no entienda o no crea lo que le dices de Dios a menos que le manifiestes Su amor mediante algún acto visible y tangible con el que pongas tus palabras en acción, traduzcas tu fe en hechos y pases de la teoría a la práctica, del sermón a las obras. Hazle ver el verdadero amor de Dios, manifiéstaselo con gestos que lo demuestren genuinamente.

Es solamente por intermedio de ti que los demás descubrirán el Cielo y la alegría, la paz, el amor y la felicidad que da Dios. Por eso, en todo lo que hagas, recuerda que Dios quiere que le muestres a este mundo lo maravilloso que es ser hijo Suyo (Mateo 5:16).

El amor es...



AMAR ES CREEER, CONFIAR, AYUDAR, compartir, alentar, comprender, proteger, sentir, acariciar, dar, orar. El amor es comunicación. Es una emoción. Es apasionado, vivo, vibrante y cálido, ¡y se vuelve cada vez mejor!

El amor es la mayor necesidad humana, y por eso es también el mayor servicio que se le pueda prestar a una persona. El amor es espiritual, pero se manifiesta en lo físico. Se aprecia cuando se pone en acción. El amor es consideración. El amor es constante; no sabe de horas ni de días. Amar es hallar siempre una salida. Es darlo todo. El amor, el amor desinteresado, es poco común. El amor no tiene precio. El amor tiene recompensa en sí mismo.

El amor es sacrificio. Amar es preferir la felicidad ajena a la nuestra. El amor es paciente. Es amable. Es misericordioso. Puede sortear todo obstáculo y curar toda herida. El amor perdona sin vacilar. El amor es humildad.

El amor nunca se desperdicia. Tarde o temprano, siempre surte efecto. El amor es eterno.

Amor es el nombre de Dios. El amor es el poder de Dios. El amor es Dios, ¡porque Dios es amor! La máxima expresión del amor de Dios es Jesús (1 Juan 4:8,9).

Si quieres de verdad ahuyentar al diablo y sus dudas, ponte a alabar al Señor, pase lo que pase.



EL DIABLO ES CAPAZ DE decirte muchas verdades horribles acerca de ti, eso sin hablar de las mentiras que puede contarte. Una de sus tácticas favoritas, cuando quiere convencerte de que te des por vencido, es lanzarte un aluvión de dudas, pensamientos desalentadores y sentimientos de autocompasión. Cuando sucede eso, si no fijamos la mirada en el Señor y nos concentramos en Su Palabra, inevitablemente sufriremos una derrota, nos veremos acosados por las dudas y el desánimo, y terminaremos fracasando.

Cuando te desanimas, el diablo procura que te enojas con la verdad, pues teme que esta lo derrote. Si escuchas sus mentiras, se te olvidarán las Palabras de Dios. Si te pasas el tiempo prestando oído a sus dudas y entonando sus lóbregos cantos, te olvidarás de las alabanzas a Dios.

Por eso, reprende al Enemigo en el nombre de Jesús cuando te tiente con pensamientos negativos. Ponte a alabar al Señor, y muchas veces la alabanza te librará del hoyo al que el diablo quiere arrojarte. Cuando se te acerque sembrando dudas, mentiras y temores, no te quedes inmóvil; ¡haz algo! ¡Canta, alza la voz, alaba al Señor, cita las Escrituras! ¡Pégale duro con la Palabra! El diablo no la soporta. ¡Indefectiblemente se dará la vuelta y echará a correr!

Por el amor de Dios, no alabes al hombre. ¡Alaba a Dios! Dale a Él toda la gloria.



EN LA TORRE DE BABEL, la gente dijo: «Hagámonos un nombre. ¡Fíjense en lo importantes y fuertes que somos! ¡Somos lo máximo!» En lugar de reconocerle la gloria a Dios, se la dieron a sí mismos, y Dios descendió, los esparció y dejó su torre desolada (Génesis 11:1–9).

Uno de los mayores peligros que corres es el de tener un concepto demasiado elevado de ti mismo. En cuanto empieces a congratularte, Dios se encargará de humillarte (Romanos 12:3; 1 Corintios 10:12; Santiago 4:6). Él es un Dios celoso; quiere y se merece toda la gloria (Éxodo 20:5; Isaías 42:8).

Todo lo que hagas, de palabra o de hecho, hazlo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31; Colosenses 3:17). Que esa sea tu oración: complacer al Señor haciéndolo todo para Su gloria. «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14). ¡A Él sea la gloria por los siglos de los siglos!

La perfecta sincronización de este grandioso universo demuestra la existencia de su divino Arquitecto.



LAS ASOMBROSAS MARAVILLAS de nuestro universo, los cuerpos astrales del Sistema Solar —el Sol, la Tierra, la Luna, los demás planetas y sus satélites—, así como las estrellas de todas las galaxias, están en perfecta sincronía. Cada cual permanece en su sitio y se desplaza en la órbita que le corresponde, según la trayectoria que le ha sido trazada y la velocidad que se le ha asignado, de manera que no se estrellan y su recorrido se puede calcular con absoluta precisión.

¿Cómo pueden decir que todo esto es producto de la casualidad? Si uno tiene un poco de sentido, le basta con contemplar la creación para darse cuenta de que Alguien tuvo que diseñarlo y armarlo todo, trazar el plan y echarlo todo a andar.

En lo que ha llegado a ser una conocida analogía, el teólogo y filósofo británico William Paley (1743–1805) comparó el origen del universo con la fabricación de un reloj: «Al inspeccionar un reloj, nos percatamos [...] de que sus diversos componentes se configuraron y juntaron con un propósito. [...] La inferencia que hacemos es automática: el reloj necesariamente tuvo un fabricante. [...] [El universo] necesariamente tuvo un diseñador. Ese diseñador necesariamente fue una persona. Esa persona fue Dios»¹.

«¿Me amas? Pastorea Mis ovejas».



UNO DE LOS ÚLTIMOS MENSAJES que dio Jesús a Sus discípulos fue: «Pastoreen Mis ovejas» (Juan 21:16). Lo que quiso decir con eso es que amemos de verdad a los perdidos, que les hablemos de Su amor y que los alimentemos espiritualmente con Su Palabra.

La experiencia más hermosa que puede tener una persona es la de descubrir el amor de Dios en Jesús y transmitírselo a sus hijos, a su cónyuge, a sus seres queridos, a sus amigos e incluso a los desconocidos. Solo Jesús puede salvarte, pero no te salva a ti solo. Si de verdad te has salvado y amas a Jesús, hablarás de Su amor, se lo darás a conocer a otros.

¿Qué puedes hacer por Jesús? Ayudar a los perdidos, apacentar Sus ovejas, comunicar Su amor a los demás. Eso es lo que Él quiere que hagas, y es la tarea más importante que hay: pastorear Sus ovejas, dar testimonio de la Palabra de Dios, predicar el Evangelio, hablar a todos del inmenso amor de Dios, mostrarles el amor de Jesús. Sigue, pues, amando a Jesús, buscando Sus queridos corderitos y manifestándoles amor para que se integren a Su rebaño, hasta que el gran Pastor regrese a recoger a los Suyos (Isaías 40:10,11; 1 Pedro 5:2–4).

Vive en la Palabra.



LA BIBLIA ES UN LIBRO MUY PROFUNDO. Si la lees, te revelará constantemente más y mayores verdades. Verás que es un campo de estudio tan enorme, fascinante, amplio y profundo que, tal como afirmó el profeta Ezequiel, es como «aguas que se han de pasar a nado» (Ezequiel 47:5). De modo que ¡zambúllate y comienza a nadar! Deléitate en las profundidades de Su Palabra, en esas refrescantes aguas que alimentarán tu alma, fortalecerán tu cuerpo, renovarán tu mente, elevarán tu espíritu, reanimarán tu corazón y purificarán todo tu ser.

Debes desear tanto la leche pura de la Palabra como un recién nacido desea la leche materna (1 Pedro 2:2). Existe un refrán sobre la salud que afirma: «De lo que se come se cría». Y así es también en el aspecto espiritual: según lo que leas o asimiles por cualquier medio, así será tu espíritu. Procura, pues, que tu alimentación espiritual sea sana: la buena, saludable, nutritiva, edificante, alentadora, reconfortante y alimenticia verdad de la Palabra de Dios. Si te empapas de Su Palabra, Él te bendecirá.

(Oración:) Ayúdanos, Jesús, a recordar lo que dijo el rey David acerca de Tu Palabra: el secreto para que nos bendigas en todo lo que hagamos es que vivamos en Tu Palabra día y noche (Salmo 1:2,3). Ayúdanos a hacer eso. Amén.

Si no se reconocen aquí tus esfuerzos, se apreciarán en el Cielo.



MUY GRANDE SERÁ NUESTRA SORPRESA cuando el Señor reparta las recompensas y se vea quién fue verdaderamente el mayor. Algunas personas llevan a cabo su servicio de forma desinteresada y sacrificada, se entregan por completo, sin reservas, pero nunca se les reconoce su labor. Pasan prácticamente inadvertidas. Sin embargo, Dios tiene un libro muy grande, y Él sí se entera. Lo apunta todo y recompensará a cada uno conforme a sus obras. «Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia Su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndolos aún» (Hebreos 6:10). «Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Corintios 5:10).

La salvación es gratuita, pero las recompensas hay que ganárselas. En el Tribunal de Cristo y en la cena de las bodas del Cordero, Jesús premiará grandemente a todos los que hayan tenido la fe y la perseverancia de permanecer en Su escuela hasta que sonó la campana. (Apocalipsis 19:6–9; 20:4; 2:26–28). Sé fiel hasta el final para que, cuando llegue ese momento, tengas la seguridad de haber cumplido tu misión lo mejor posible. Así podrás «gozarte y alegrarte porque tu recompensa es grande en los cielos» (Mateo 5:12). ¡No siempre aquí, pero allá sí, con toda seguridad!

«Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia» (Mateo 5:10).



«**T**ODOS LOS QUE QUIEREN VIVIR

piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Timoteo 3:12). La persecución demuestra que estás pegándole al diablo donde le duele. Jesús sufrió una persecución terrible y finalmente fue crucificado por decir la verdad y mostrar al mundo el amor de Dios, y nos advierte que a nosotros nos espera lo mismo: «El siervo no es mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán» (Juan 15:20). Pero también dice: «Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que vivieron antes de vosotros» (Mateo 5:12). «Si sufrimos [por Jesús y el Evangelio], también reinaremos con Él» (2 Timoteo 2:12).

El mensaje del amor de Dios se lo debemos a todos, pero especialmente a los que crean y lo acepten. No debemos temer la persecución, pero tampoco hay necesidad de buscarse problemas comunicando el mensaje a personas que sabemos no lo van a recibir y que posiblemente hasta nos quieran perjudicar a consecuencia de ello. El propósito de testificar es conquistar a otras personas con el amor de Dios, no antagonizarlas u ofenderlas. El Señor espera que seamos prudentes. «Yo os envío como a ovejas en medio de lobos —dice Jesús—. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mateo 10:16).

Tu tarea más importante es escuchar al Rey.



NO LE CORRESPONDE AL REY andar detrás

sus súbditos dándoles voces y gritos para que sigan sus instrucciones. Al contrario: sus súbditos deben acudir a Él callada y respetuosamente, presentarle sus peticiones y aguardar en silencio la respuesta real. Pues debemos tratar a Jesús como el Rey que es.

Si estamos en una habitación llena de gente, con el televisor encendido, y todos hablan tan alto que ahogan el sonido del televisor, por mucho que subamos el volumen no entenderemos nada. Jesús, al contrario que la TV, se calla cuando no lo escuchamos. Cuando el pueblo de Israel dejó de escuchar y de creer y hacer lo que Dios le mandaba, Él dejó de hablarle por espacio de casi cuatrocientos años, en el período intertestamentario. A Dios no le gusta hablar a oídos sordos, incrédulos o desobedientes. Simplemente se calla.

Sin embargo, si buscas al Señor y deseas escucharlo, Él te hablará y te guiará paso a paso. Él ha dicho: «Clama a Mí y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3).

Para Dios, la perfección está en el amor.



EL CONCEPTO QUE TIENE DIOS de la

perfección es con mucha frecuencia muy distinto del nuestro. Dios tomó a un hombre que persiguió a muchos de los primeros cristianos y lo convirtió en el apóstol Pablo. Jesús tomó a una mujer que era una de las ramera más notorias de la ciudad y la convirtió en una de Sus discípulas favoritas, María Magdalena. El rey David mandó matar a uno de sus soldados para robarle a su esposa; pero fue también uno de los mayores héroes de la Biblia, porque tuvo un gran arrepentimiento.

Según la óptica divina, la santidad está lejos de la perfección inmaculada. Para Él son santos los pecadores carentes de perfección, que no son buenos por sí mismos, sino que dependen totalmente del amor y la misericordia de Dios. Esos son los únicos santos que hay; no hay otros.

Cuando nos sentimos muy buenos es solo porque nos creemos moralmente superiores a los demás; y no estamos más cerca de Dios, sino de nosotros mismos. Así que dejemos de intentar ser perfectos, porque jamás lo conseguiremos. Simplemente sigamos a Dios y hagamos lo que podamos por Él y por los demás.

Hay un solo criterio de justicia o perfección: ¿Te apoyas totalmente en el Señor? ¿Confías solo en Él, en Su amor y en Su misericordia? La verdadera bondad consiste en estar lleno del Señor y de Su amor, pues solo Él obra bien siempre en todo.

No dudaré aunque todos mis planes naufraguen.



CUANDO TODO VA MAL y parece contrario

a la Palabra y a lo habitual, solo los que tienen gran fe pueden decir como Job: «Aunque Él me mate, en Él esperaré» (Job 13:15). Si bien el Señor permitió que el diablo casi lo matara, Job no se rindió. Siguió confiando y obedeciendo, y por ello al final recibió una bendición el doble de grande.

Pero muchas personas desfallecen cuando van rumbo a la victoria. Se debilitan, se cansan y se dan por vencidas. Padecen muchas cosas en vano (Gálatas 3:4). Sufren un montón y aun así se quedan sin la victoria. Se rinden con excesiva facilidad, como Esaú, que menospreció su primogenitura y se contentó con algo que podía ver y creer fácilmente en vez de aferrarse a algo invisible para lo que necesitaba mucha fe (Génesis 25:33,34).

Por eso, cuando las cosas se pongan muy negras, no mires abajo. ¡Mira hacia arriba! No temas, sino cree. Sigue creyendo y obedeciendo pase lo que pase. No pongas cara larga, sino alaba al Señor y agrádecele por fe las gloriosas victorias que habrá en el futuro, aunque todavía no se vean. ¡Mañana te alegrarás de haber confiado en Él!

**«Ya no ardo yo,
mas arde Cristo en mí».**



CUANDO UNA VELA SE CONSUME, en realidad lo que arde no es la mecha, sino la cera. Y en las lámparas de aceite el principio es el mismo: tiene que arder el aceite, no la mecha, pues sin aceite, la mecha se quema. La mayor parte de la mecha debe estar inmersa en el aceite, y solo una pequeña parte expuesta al aire para dar llama. Así, lo que más se consume es el aceite, y casi nada de la mecha. El aceite fluye libremente por la mecha empapada de aceite, y al arder da una luz clara y brillante.

Muchas veces nos esforzamos demasiado tratando de hacerlo todo cuando debemos dejar que Jesús obre a través de nosotros. Cuando ardemos nosotros, echamos mucho humo y tizne, y nos consumimos enseguida. Pero cuando permitimos que el aceite del Señor, el Espíritu Santo, fluya a través de nosotros y arda, entonces duramos mucho más.

«Ya no ardo yo, mas arde Cristo en mí» (paráfrasis de Gálatas 2:20). «Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:16).

**El secreto para tener calma,
paz, serenidad, paciencia y
amor es reposar en el Señor.**



JESÚS DIJO: «VENID A MÍ todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad Mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque Mi yugo es fácil y ligera Mi carga» (Mateo 11:28–30).

Jesús promete que Su yugo es fácil y Su carga liviana, pero puso una condición: «Venid a Mí». Cuando te sientas agotado por las tensiones de esta vida, vuela hacia Jesús en alas de la oración y la fe, y hallarás así el alivio que solo Él puede darte. Él sabe qué es lo que más necesitas: descanso, paz y comunión con Él, y el alimento de Su Palabra.

«Hallaréis descanso para vuestras almas». Pocos entienden que el alma es la suma del cuerpo y el espíritu. Si no reposas en el Espíritu, tu cuerpo termina por agotarse.

Toma Su yugo; no el de este mundo, ni tu propio yugo, sino el yugo del amor de Jesús y Su carga de amor por los demás.

¡Que se preocupe el Señor!



LAS DOS CAUSAS PRINCIPALES de temor y preocupación son el pasado y el futuro, los remordimientos por el pasado y el miedo al futuro; y la Palabra de Dios nos prohíbe preocuparnos tanto de lo uno como de lo otro. Si has recibido a Jesús, eres hijo de Dios, y nada te debe inquietar.

La preocupación es señal de temor, y si tienes miedo es porque no tienes fe. La ausencia de fe puede ser algo terrible y espantoso, porque el temor lleva en sí castigo (1 Juan 4:18). En cambio, la fe en Dios, la confianza en Él, produce una sensación de reposo físico, paz interior, alegría de corazón y bienestar espiritual. La fe evita las preocupaciones y aleja el temor. Jesús dijo: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí» (Juan 14:1). El principio de la fe es el fin de la preocupación. Cuando confías en el Señor, sabes que Él se encargará de ti y que no tienes que preocuparte por nada.

«No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Timoteo 1:7). Por eso, encomienda tus caminos, tu vida, tu mente, tus pensamientos, tu tiempo, tu todo, al Señor. «Echa sobre el Señor tu carga y Él te sostendrá» (Salmo 55:22). ¡Sus hombros son bien anchos y pueden llevar cualquier carga!

¡Dios quiere que seas feliz!



NO TENEMOS UN DIOS TRISTE, ¡sino un Dios alegre que quiere que seamos felices! La Biblia dice: «¡Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor!» (Salmo 144:15, NVI). Precisamente ese es el propósito de la salvación: librarnos del sufrimiento, el dolor, la muerte y las lágrimas que el diablo y los pecados de la humanidad introdujeron en el mundo. Dios no es un monstruo que quiera negarnoslo todo para hacernos desgraciados. Él ama la vida y la creó para que la disfrutemos. Hizo este mundo tan hermoso para que fuera nuestro hogar, y nos dio un cuerpo, una mente y un corazón maravillosos para que lo disfrutáramos. Hasta promete concedernos los deseos de nuestro corazón si nos deleitamos en Él (Salmo 37:4).

Dios es muy sagaz y sabe que cuanto más felices seamos, más lo amaremos, más dispuestos estaremos a obedecerlo simplemente por amor y mejor llevaremos a cabo la tarea de darlo a conocer a los demás. Él quiere hacernos felices con Su amor y ayudarnos a llevar felicidad a otras personas mediante Su amor y el nuestro. Nuestro principal objetivo en la vida, como dijo Martín Lutero (1483–1546), debe ser amar a Dios y disfrutar de Él eternamente; a lo que yo añadiría procurar animar a los demás a hacer lo mismo.

**Para que nuestra testificación
tenga mucho alcance,
debemos instruir a personas
que puedan enseñar a otras.**



COMO CRISTIANOS ACTIVOS que dan testimonio de Jesús, nuestro objetivo es predicar el Evangelio en todas partes, a todo el mundo (Marcos 16:15). Pero si queremos cumplir esa tarea, no lo podemos hacer todo nosotros. Debemos instruir a personas que sean capaces de enseñar. Esa es la manera de potenciar nuestros esfuerzos y multiplicar los resultados.

El apóstol Pablo escribió: «Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros» (2 Timoteo 2:2). Para ser productivos y propagarnos, no solo debemos testificar y ganar almas, sino también convertir esas almas en discípulos que sean capaces de enseñar a otros que enseñen a otros que enseñen a otros, desencadenando una interminable reacción en cadena para predicar el Evangelio. Así quería Jesús que se difundiera.

Jesús no predicó personalmente a millones de personas. Estuvo la mayor parte del tiempo enseñando y preparando a los apóstoles para que ellos continuaran Su obra. A ellos y a unos pocos más dirigió la mayor parte de Sus sermones, y para cuando se fue estaban bien capacitados para seguir adelante con la inspiración del Espíritu Santo. ¡Hicieron un trabajo formidable!

Que cada uno enseñe a alguien. Nuestro objetivo es multiplicar el número de ciudadanos del reino de Dios.

**Debemos aprender a vivir con
las fuerzas que nos da Jesús;
las nuestras son insuficientes.**



PRETENDER REALIZAR LA OBRA DEL

MAESTRO sin Su poder es una empresa imposible. No llegaremos a ninguna parte bregando con nuestras propias fuerzas. Si no acudimos al Señor y oramos fervientemente para que nos dé las fuerzas, el espíritu y la inspiración que nos hacen falta para lograr nuestro cometido, terminaremos agotados.

Me recuerda una anécdota de un niño que se esforzaba mucho por levantar un objeto bastante pesado. Su padre entró al cuarto y le preguntó:

—¿Estás empleando todas tus fuerzas?

—Claro que sí —exclamó el niño impaciente.

—Yo creo que no —contestó el padre—. ¡No me has pedido que te ayude!

Lo mismo sucede entre Jesús y nosotros. ¿No hacemos muchas veces lo que ese niño? Un poquito de ayuda de Jesús es el mejor apoyo que podemos recibir. No necesitamos nada más. Con eso basta para que todo salga bien. Sin Él no somos nada, pero con Él lo podemos todo (Juan 15:5; Filipenses 4:13).

«Dame una tarea muy difícil, humanamente imposible. Así por fin a Ti acudiré; y apoyado en Ti, fuerzas hallaré»¹.

¹ Wilbur Fowler.

**Dios dijo: «No es bueno
que el hombre esté solo»
(Génesis 2:18).**



APESAR DE QUE ADÁN TENÍA A DIOS y el mundo entero para sí en el Edén, no se sentía del todo feliz y contento. Se fijó en todos los animales, no solo para ponerles nombre, sino buscando uno que pudiera hacerle compañía. Sin embargo, ninguno podía satisfacer realmente sus necesidades. Por eso Dios creó una ayuda idónea —y encantadora— para él, tal como naturalmente había sido Su intención desde el principio. Por lo visto Dios tuvo que permitir que Adán realizara todo ese esfuerzo y esa búsqueda para que, cuando apareciera Eva, la apreciara de verdad.

Dios durmió a Adán, le sacó una costilla y de ella creó una mujer. Ahora bien, ¿por qué no la creó a partir de un hueso del cráneo de Adán? A lo mejor porque entonces ella habría querido ser la cabeza del hogar. Y ¿por qué no la hizo a partir de un hueso del pie de Adán? Porque entonces él tal vez la habría despreciado, la habría considerado inferior. En vez de eso, Dios tomó una parte de Adán situada muy cerca de su corazón, para que Eva estuviera siempre cerca del corazón de él.

Dios sabe que todos necesitamos compañía, una persona que nos ayude y esté a nuestro lado. Si esperamos y somos pacientes, Él siempre nos da la pareja adecuada. Y entonces sí que la valoramos.

Espera a que el Señor obre.



CUANDO NO SEPAS QUÉ HACER, deténlo todo. Lo peor que uno puede hacer en este mundo es seguir adelante cuando no sabe qué rumbo tomar. Ese fue justamente el error del rey Saúl, y le costó la corona.

Darle a Dios tiempo para obrar resuelve muchísimos problemas. Unos minutos, unas horas, unos días, y nos encontramos con que Dios lo ha resuelto todo sin ayuda nuestra. Dale una oportunidad. Concédele tiempo. «Espera en el Señor» (Salmo 27:14). Tómate tiempo para escucharlo, y Él se tomará tiempo para solucionar el problema (Jeremías 33:3). Si te detienes a consultar con Él antes de pegar un salto, tal vez ni siquiera te haga falta saltar.

Cuando no sepas adónde ir, lo mejor es que te quedes quieto. Digamos que conduces un automóvil en medio de una niebla tan espesa que no ves nada. En vez de seguir la marcha como si nada, lo recomendable es detener el vehículo a un lado de la carretera donde no haya riesgo de que te choquen y esperar a que se disipe la niebla y vuelvas a tener visibilidad.

Aminora la marcha. No servirá de nada que te abras paso a empujones y trates de forzar la situación. El Señor dice: «Estad quietos y conoced que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). «Reconócelo en todos tus caminos y Él hará derechas tus veredas» (Proverbios 3:6).

No conocerás el verdadero poder del amor hasta que descubras el poder de rendirte a Dios.



SOLO ALCANZAREMOS LA PLENITUD de la fe cuando accedamos a rendir a Dios nuestro orgullo y voluntad. Jesús imploró en el Huerto de Getsemaní: «Padre Mío, si es posible, pase de Mí esta copa; pero no sea como Yo quiero, sino como Tú» (Mateo 26:39). Eso mismo debemos decir nosotros. Dios necesita de nuestra cooperación, y el primer paso consiste en entregarnos a Él de lleno. Si no estamos dispuestos a dar ese primer paso, no podremos dar los siguientes. Él a cambio nos ofrece fuerzas, sabiduría, vida y amor. Pero la decisión es nuestra. Todo lo que Jesús nos pide es compromiso. A Él le gusta que escojamos motu proprio y nos rindamos voluntariamente a Él, motivados por el amor.

Amar de verdad es entregarse por entero. No obstante, si le entregamos todo a Dios, Él lo da todo por nosotros. Por medio de Jesús puedes gozar de una paz y unas fuerzas sin precedentes; basta que con le cedas el control de tu vida.

Un gozo profundo llena hoy mi vida.
Una razón secreta a orar me anima.
Es un manantial que fluye en mi interior:
¡por fin Jesús tomó de mí pleno control!¹

El cumplimiento de las profecías de la Biblia demuestra que toda ella es de inspiración divina.



JESÚS DIJO: «OS LO HE DICHO antes que suceda, para que, cuando suceda, creáis» (Juan 14:29).

«Consultad el libro del Señor y leed si faltó [alguna profecía]; ningún[a] faltó con su pareja. Porque Su boca mandó» (Isaías 34:16). La pareja de cada profecía es su cumplimiento. Cientos de profecías de la Biblia —que a veces se dieron con siglos y hasta milenios de antelación— se han cumplido hasta el más mínimo detalle; y las que aún no se han cumplido lo harán con igual seguridad. Todo lo que Dios determinó y predijo, lo cumplirá. Él se cerciorará de que se cumpla cada profecía.

Es fascinante estudiar las profecías cumplidas. Uno se llena de fe al darse cuenta de que otras profecías relativas al futuro se cumplirán con la misma exactitud e infalibilidad. «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. ¿Acaso dice y no hace? ¿Acaso promete y no cumple?» (Números 23:19). «Antes que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la [Palabra], hasta que todo se haya cumplido» (Mateo 5:18).

Dios nos ofrece un indulto.



TODOS ESTAMOS ACUSADOS de haber obrado mal, y se nos ha declarado culpables. Todos somos pecadores (Romanos 3:23). Dios es el juez; y el diablo, el fiscal, que exige que se cumpla la ley y se aplique la sentencia (Job 1:6–12; Apocalipsis 12:10). Pero Jesús es nuestro abogado defensor, y ya ha comprado nuestro indulto para que Dios nos deje libres.

Cuando el diablo le recuerde a Dios tus muchos pecados, simplemente acude a tu abogado defensor, Jesús (1 Juan 2:1). Él, a su vez, apela al Padre, diciéndole: «Dios, perdona a este hombre. Es otro de los Míos. Me ha recibido y ha creído en Mí, que soy su intercesor, su abogado defensor, y que lo auxiliaré. Ha aceptado Mi defensa, ha reconocido el sacrificio que hice por él y cree en Mi redención. Por esa razón es merecedor de Tu indulto». Dios te concede entonces la absolución y Jesús te la transmite, mientras el diablo, con el rabo entre las piernas, se escabulle derrotado una vez más.

Por grave que haya sido una falta que cometiste, Dios te concede el indulto, porque Jesús sufrió en la cruz el castigo que tú te merecías. «La sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1:7).

Si quieres disfrutar de un libro maravilloso, lee la Biblia.



LA BIBLIA ES UNA FUENTE INAGOTABLE de conocimientos y sabiduría, en la que uno encuentra continuamente tesoros nuevos y tesoros viejos (Mateo 13:52).

Si eres aficionado a la hermosa poesía y a la oratoria deslumbrante, lee los Salmos y los libros de los profetas. ¿Prefieres los debates filosóficos? Seguramente te interesará el libro de Job. En el Cantar de los Cantares se exalta el amor romántico. ¿Te interesa la ficción científica? Nada se compara con las predicciones sobre el futuro que hay en los libros de Daniel, Ezequiel y el Apocalipsis. La Biblia es más fascinante que la mitología griega y romana, y que todas las leyendas, mitos y cuentos creados por los hombres. Si tu interés se inclina hacia los acontecimientos milagrosos y sobrenaturales, simplemente lee la Biblia. Es mucho más emocionante y cautivante que ninguna otra obra escrita, y además es veraz. Narra relatos verídicos, y no contiene falsedades. ¡Todos los pasajes sin excepción expresan la verdad de Dios!

Al margen de eso, lo más extraordinario de la Biblia es que mediante sus palabras vivificantes —sobre todo las contenidas en los cuatro Evangelios— podemos llegar a conocer a su Autor, el único capaz de garantizarnos vida, amor, felicidad y el Cielo para siempre. El secreto es muy sencillo: leer y dar crédito a las palabras de amor que Dios nos ha comunicado (Juan 20:31).

**Aunque todo a tu alrededor
haya guerra y confusión, en tu
corazón puede reinar la paz
gracias a Jesucristo, el Príncipe
de Paz.**



PASE LO QUE PASE A TU LADO, puedes gozar de paz interior. ¡No tienes nada de qué preocuparte! Jesús tiene poder para guardarte aun en medio de disturbios y del caos (Salmo 91). Él nunca duerme. Vela por nosotros en todo momento. Conoce cada cabello de nuestra cabeza. Todo está en Sus manos. Un poeta lo describió certeramente:

Que la mar se traspase, que la tierra retumbe,
que los montes se corran... un refugio tenemos.
El Señor nos ampara cuando el mundo sucumbe.
¿Por qué temeremos?¹

Jesús puede protegerte estés donde estés. Y aunque decida que lo mejor es llevarte al Cielo, de igual manera te irá bien. «Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Colosenses 3:3). Jesús te guardará en completa paz si tus pensamientos perseveran en Él, porque en Él confías (Isaías 26:3).

En brazos de Jesús,
bajo Su tierna faz,
encontrarás la dicha,
¡y tu alma tendrá paz!²

**La vida no está en el
sembrador, sino en la semilla.**



LLEVAR A LAS PERSONAS A CONOCER a Jesús es muy parecido a cultivar: plantamos semillitas de la verdad en el terreno de los corazones, y el grande y cálido sol del amor de Dios, combinado con el agua de Su Palabra, hace que se produzca un milagro y que de esas semillas brote vida nueva.

Por supuesto que nuestro deseo es ganar a muchos a la fe en Cristo; pero esa en realidad es tarea de Dios y obra del Espíritu Santo. Nosotros solo podemos ofrecerles la verdad y manifestarles el amor del Señor; no nos corresponde forzar el resultado ni decidir por ellos. Cada persona debe optar por creer, recibir y seguir la verdad. La decisión queda entre cada individuo y Dios.

Puede que uno siembre la semilla y otro la riegue; pero el que da el crecimiento es Dios (1 Corintios 3:6). Nosotros nos limitamos a preparar la tierra, ablandarla con nuestras oraciones y depositar en ella la semilla; de la persona depende si la recibe o no, y solo Dios puede hacer que eche raíz, crezca y dé fruto.

Nuestra misión consiste en ir andando y llevando la preciosa semilla y plantarla en corazones fértiles, fructíferos y receptivos. Puede que no siempre lleguemos a ver la cosecha; pero si hacemos fielmente la parte que nos corresponde, podemos dejar el resto en manos de Dios.

¹ Arturo Gutiérrez Martín (1923–1998).

² Fanny Crosby (1820–1915).

Dios te dará soluciones que harán desaparecer las montañas de problemas.



RENDIRÁS MUCHO MÁS si sencillamente dedicas más tiempo a la oración en privado. Adquirirás más perspicacia y recibirás más instrucciones e inspiración del Señor a solas y en silencio que de ninguna otra manera. Esos momentos de quietud te ofrecen la oportunidad de reverenciarlo como se merece y dedicarle tu completa atención. El propio Jesús se levantaba al alba, antes que Sus discípulos, y buscaba un lugar tranquilo donde retirarse a escuchar a Su Padre (Marcos 1:35).

Para oír claramente la voz del Señor es necesario guardar silencio en algún lugar, de alguna manera, en algún momento. Es imposible que resuelvas los problemas por tu cuenta. Tienes que acudir con afán al Señor para que te dé Sus soluciones; y para ello es preciso que te desentiendas unos momentos de todo lo demás y te detengas a escucharlo.

(Oración:) Jesús, ayúdanos a tener presente que no podemos seguir adelante sin la visión celestial que Tú nos brindas. Todos necesitamos pasar más ratos a solas contigo, acurrucarnos en Tus brazos, renovarnos y revitalizarnos por la acción de Tu Espíritu, concentrarnos enteramente en Ti, hablarte en oración y acercarnos a Ti sin que medie ninguna distracción.

De rodillas, ¡el más débil de los santos puede hacer huir al diablo!



TÚ NO ERES MÁS FUERTE QUE EL DIABLO, pero Dios sí (1 Juan 4:4). Con Él de tu lado, eres un temible adversario para el demonio. Por eso, cuando Satanás te ataque o busque entorpecer tu labor, ora y pide a Dios que te libre de sus garras.

El diablo no tiene poder alguno sobre ti cuando oras e invocas las promesas de Dios. Él no resiste la Palabra ni el nombre de Jesús: ¡se da media vuelta y huye despavorido! Recuerda que Jonás salió del vientre del pez cuando exclamó: «¡La salvación viene del Señor!» (Jonás 2:9).

«No temas, porque Yo estoy contigo; no desmayes, porque Yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de Mi justicia» (Isaías 41:10). «No os dejéis intimidar por los que se oponen» (Filipenses 1:28). «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

Si oras, estás destinado a ganar, y el diablo a perder, porque Dios está contigo. Él te ha concedido poder para invocar la ayuda de las huestes celestiales y dominar todas las fuerzas del mal, al diablo y sus esbirros. Haz uso de ese poder.

La salvación se obtiene mediante la gracia, la fe y nada más.



JESÚS, EL REGALO DE AMOR DE DIOS, es precisamente eso: un regalo. Basta con que lo recibamos humildemente. Jamás podríamos costear nuestra entrada al Cielo, la vida eterna ni la felicidad que nos brinda Jesús. Aceptar la salvación por medio de la Palabra es obra de la gracia de Dios. «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Efesios 2:8). Un obsequio no se puede merecer; de lo contrario, dejaría de ser un obsequio.

La salvación no es un premio, no es un sueldo, no es una paga; es un regalo. No nos la podemos ganar con nuestra fidelidad ni por nuestras obras. Las buenas obras no tienen la virtud de salvarnos, ni las malas de condenarnos. Nos salvamos única y exclusivamente por la fe en Jesús, el don de Dios, mediante Su gracia. El peor de los pecadores puede irse al Cielo por su fe, mientras que la mejor persona puede irse al infierno por su incredulidad. El Cielo está lleno de pecadores salvos por gracia mediante la fe.

¿Dependes totalmente de la gracia y la misericordia divinas? ¿Le reconoces toda la gloria y todo el mérito a Dios? Es maravilloso comprender que tú no tienes que hacer nada. ¡Jesús ya lo hizo todo por nosotros!

Para ser «fiel hasta la muerte», basta con ser fiel hoy.



LA MEJOR CUALIDAD QUE PODEMOS PEDIRLE al Señor es la fidelidad. «Sé fiel hasta la muerte —nos dice— y Yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10).

Puede que te parezca imposible permanecer fiel durante el resto de tu vida. «Es una meta demasiado ambiciosa, nunca lo conseguiré». Pero ¿qué me dices del día de hoy? Puede que hayas tenido dificultades y contratiempos. A lo mejor estás desanimado. Es posible que te hayas equivocado. Pero ¿todavía tienes fe para el día de hoy? Entonces estás lleno de fe. Has sido fiel hoy.

Si solo se puede vivir un día a la vez, tampoco se puede ser fiel más de un día a la vez. No te preocupes si no fuiste fiel ayer, ni te angusties pensando que no lo serás mañana; esfuérzate por ser fiel hoy. Sé fiel un día a la vez. Ni siquiera precisas tener fe para un día entero. La única fe que necesitas es la que tienes en este preciso instante. Simplemente ten fe para el presente, para este instante, para cada momento. Sé fiel cada momento, cada hora, un día a la vez, y heredarás una corona eterna de vida.

Para aprender todo lo que Dios quiere enseñarnos, debemos pedirle que nos lo muestre claramente.



PODEMOS PASAR POR LA VIDA y perdernos muchas lecciones que el Señor quiere enseñarnos. Hay cosas que son obvias, pero otras no, y se nos pueden escapar si no le preguntamos y no abrimos los ojos a lo que Él quiere indicarnos.

Dios quiere hablarnos a través de muchas cosas que nos suceden; pero si no las reconocemos como mensajes del Señor, puede que se nos pasen y no las captemos, que no aprendamos de ellas y terminen siendo en vano. Lo que Dios quiere enseñarnos puede quedar en nada si no nos detenemos a preguntarle: «Señor, ¿qué quieres mostrarme?»

Mientras más oremos por las cosas de antemano, más puede el Señor ayudarnos y más éxito tendremos; pero la misma importancia tiene orar acerca de los resultados, sobre todo cuando las cosas no se dan como esperábamos o deseábamos. Cuando nos tomamos tiempo para reflexionar y consultar al Señor, Él nos ayuda a aprender algo de cada experiencia. Las lecciones están a nuestra disposición si acudimos al Señor; pero por la misma razón, si no le preguntamos, muchas veces no recibimos nada (Mateo 7:7; Santiago 4:2).

¿Por qué permite Dios que el diablo nos ponga a prueba?



ES VERDAD QUE DIOS PROTEGE a Sus hijos; sin embargo, ¿no te han sucedido cosas malas desde que aceptaste a Jesús como tu Salvador? ¿Ha permitido Dios que el diablo te toque por medio de algún accidente, enfermedad, error o dificultad? Si Dios lo controla todo, ¿por qué permite esas cosas?

Fijémonos en el caso de Job: ¿Fue él quien se acarreó todos sus infortunios? ¿Fueron culpa suya? ¿Había pecado? No. Le sobrevinieron esas calamidades porque el diablo le pidió a Dios que le dejara probar y tentar a Job, con el ánimo de doblegarlo y llevarlo a negar la bondad divina. El Señor dejó que el diablo despojara a Job de todas sus riquezas; luego, de su familia, y finalmente de su salud. Fue todo una prueba, preparada por el diablo pero con el permiso de Dios, con el fin de demostrar que, a pesar de todo, Job amaba de verdad a Dios.

Dios no nos dejará ser tentados más de lo que podamos resistir (1 Corintios 10:13). Él no consiente en que el diablo nos eche encima más de lo que podemos soportar, pero sí le permite poner a prueba nuestra fe para ver si corremos a refugiarnos en Él, invocamos Su Palabra y asumimos una postura de fe. El Señor se vale de ello para evitar que nos alejemos de Él y mantenernos constantemente dependientes de Él y de Su protección. Y cuando superamos la prueba, siempre nos libra, como lo hizo con Job.

¡Lo único que tenemos que saber es que Dios funciona!



AUNQUE TODOS EMPLEAMOS la energía eléctrica a diario, en realidad nadie la ha visto en su estado puro. Lo único que percibimos es su efecto. De igual manera debemos aceptar la existencia de Dios aunque no lo veamos. Simplemente sabemos que existe, que es omnipresente, omnisciente y omnipotente.

Lo único que la mayoría de nosotros sabe sobre la electricidad es que funciona. Al accionar el interruptor, hacemos contacto con esa energía invisible, que entonces aprovechamos para algún fin práctico. Igualmente debemos aprender a establecer contacto personal con el poder de Dios a través de la oración, buscar la conexión con Su Espíritu mediante la obediencia a las leyes de Su Palabra. Debemos valernos de Dios como lo hacemos de la electricidad, y dejar que Su luz y energía inunden las recámaras de nuestra vida, proporcionándonos luz, fuerza y alegría, y que hagan por nosotros muchas cosas que no podemos hacer por nuestros propios medios.

Basta con que extiendas la mano de la fe y acciones el interruptor de la decisión, que establece el contacto y hace circular en tu vida esa corriente de energía. No es preciso que lo sepas todo. Simplemente acciona el interruptor, y Dios empezará a actuar.

¿Te has llenado del Espíritu del amor de Dios?



EN TIEMPOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO, antes de la venida de Cristo, Dios solo ungía con Su Espíritu a ciertos dirigentes, reyes y profetas. Sin embargo, ahora todos los que aceptan a Jesús tienen acceso al Espíritu Santo.

Desde el día de Pentecostés, cuando los primeros discípulos se llenaron del Espíritu Santo, Jesús ha hecho posible que, mediante dicho Espíritu, todo cristiano tenga una conexión directa con Él. Ahora todos podemos poseer el Espíritu Santo y ser guiados individualmente por el Señor. Podemos disfrutar de Él juntos, donde sea y cuando sea, en todo momento, y acceder a todo Su poder y plenitud. El Espíritu Santo puede comunicarse con todos nosotros simultánea y equitativamente.

Todo el que acepta a Jesús como su Salvador obtiene cierta medida del Espíritu. No obstante, recibir la plena infusión o bautismo del Espíritu Santo suele ser una experiencia posterior a la salvación. De ahí que el apóstol Pablo indagara luego de conocer a ciertos discípulos: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo después que creísteis?» (Hechos 19:2, RVR1909).

Si estás salvado, tienes ese poder divino a tu entera disposición. «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lucas 11:13).

«Por fe andamos, no por vista» (2 Corintios 5:7).



EN LA ACTUALIDAD HAY MUCHA GENTE

que dice: «Si no lo veo, no lo creo. Hay que ver para creer». Pero la fe no es así. Para el cristiano, creer es ver. Dios quiere que primero confiemos en Él y creamos; luego nos revela la solución. Nos hace pasar por un período en que no nos queda otra que creer y confiar por fe, y lo hace para ver si de verdad lo amamos y estamos dispuestos a confiar en Él. Quiere comprobar si efectivamente tenemos fe. Valora que tengamos fe para creer lo que no vemos.

No podemos esperar que Dios nos dé fe para hacer frente a determinadas circunstancias si fijamos la vista en nosotros mismos o en las condiciones que nos rodean en vez de poner los ojos en Él. El hombre dice: «Quédate amarrado en el puerto. No intentes lo imposible. ¡Naufragarás!» Dios dice: «¡Boga mar adentro! Echa las redes, y Yo te daré una pesca tan grande que no sabrás ni dónde ponerla» (Lucas 5:4–9). El hombre dice: «¡Mira las olas! ¡Mira en qué condiciones está tu barca! ¡No puedes hacerlo!» Dios dice: «Mírame a Mí. Para los hombres es imposible, mas para Dios nada es imposible, y al que cree todo le es posible» (Mateo 14:29–31; Lucas 1:37; 18:27).

Fija en Él los ojos,
en Él y Su verdad.
Fija en Él los ojos.
¡Jamás te fallará!¹

Dios sigue en el trono, y la oración surte efecto.



MUCHA GENTE RELEGA LOS HECHOS de

Jesús y Sus discípulos a un pasado remoto. Los consideran cuentos, fábulas desconectadas de toda realidad. Dios está muy lejos; el Cielo está muy lejos; Jesús hace mucho que murió, y todo parece muy distante. Sin embargo, ¡la época de los milagros no ha pasado!

Dios sigue vivo, disfruta de excelente salud y obra con tanto poder como siempre entre los que confían en Él. Ha dicho: «Yo, el Señor, no cambio» (Malaquías 3:6). «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). La Palabra de Dios no ha sufrido alteraciones. Sus promesas siguen libres de restricciones y limitaciones, y el único requisito para acceder a ellas es la fe.

Lo único que Dios nos pide es que lo honremos con nuestra fe, dando crédito a las promesas de Su Palabra. Cuando nos disponemos a orar, debemos premunirnos de esas promesas para recordárselas. Al recordarle a Dios Su Palabra demostramos tener fe en ella. Esas declaraciones explícitas de nuestra fe lo complacen y lo mueven a obrar en favor nuestro. Por lo tanto, invoca las Escrituras y hazle cumplir Su Palabra. «No ha dejado de cumplir ni una sola de las gratas promesas que hizo» (1 Reyes 8:56, NVI).

Sigue creyendo, pues el Señor
siempre responde a la oración¹.

No es de necios entregar una vida pasajera a cambio de un amor imperecedero.



LO QUE ESTA VIDA Y ESTE MUNDO NOS ofrecen es temporal. En cambio, la salvación, las almas y el servicio al Señor son para siempre, eternos. «El mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2:17). «Las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Corintios 4:18).

Moisés tuvo por mayor riqueza el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios —que podrían haber sido suyos—, porque tenía puesta la mirada en el galardón (Hebreos 11:26). Miró más allá del presente, de las dificultades y tentaciones, y vio a Jesús. Puso los ojos en la eternidad y en las grandes recompensas que le esperaban. Valoró más las riquezas espirituales de Cristo que las materiales de la nación egipcia, la más poderosa e importante de la Tierra en aquella época, de la cual pudo haber sido amo y señor (Hebreos 11:24–27).

Por el mismo precio y con los mismos sacrificios, nosotros también podemos obtener un día recompensas y gloria eternas. Si se lo entregamos todo al Señor, eso nos será correspondido dándonos mucho más. ¡Qué precio tan módico por todo lo que recibiremos a cambio!

Pasó el invierno. Llegó la primavera.



ES UNA PENA CONFORMARSE con una vida desdichada cuando a la vuelta de la esquina tu existencia puede cobrar emoción y brindarte satisfacciones inimaginadas.

Más allá del horizonte me aguarda un bello día.
No más aburrimiento, me espera inmensa alegría.
He hallado un nuevo mundo, mi vida apenas comienza.
¡Más allá del horizonte azul el sol despierta!¹

Sin duda que eso se nos aplica a todos los que hemos encontrado a Jesús. Nuestra vida es una sucesión de nuevos horizontes, y el Sol naciente —Jesús— ilumina todos nuestros días.

Él vino para que tuviéramos vida, y para que la tuviéramos en abundancia (Juan 10:10). Desea que gocemos de la vida al máximo, ahora mismo, no solo en un hipotético futuro, en el Cielo, en el más allá. Promete darnos «cien veces más ahora en este tiempo [...], y en el siglo venidero la vida eterna» (Marcos 10:30). Todo esto y encima el Cielo. ¡Cielo en la Tierra y Cielo en el más allá! Para nosotros descubrir a Jesús fue el fin de un frío y riguroso invierno y el comienzo de un hermoso despertar primaveral del espíritu de vida. ¡Aleluya! ¡Ya tenemos cielo en nuestro corazón!

Verdad y bríos nos da Dios
y gran felicidad.
Acepta el gozo que te ofrece,
¡y vivirás en libertad!

¹ Leo Robin (1895–1984).

El secreto de la victoria está en la Palabra.



¿CUÁL ES LA CORRIENTE VIVIFICADORA que nos llega de Dios? La Palabra. Su Palabra nos brinda vida y alimento; nos nutre y nos proporciona fuerzas y salud espiritual. El propio Jesús dijo: «Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63).

Algunas personas terminan separadas de la vida de Dios (Efesios 4:18). ¿A qué se debe eso? A que se apartan de la Palabra, porque Jesús es la Palabra (Juan 1:14). En cuanto las demás cosas no te dejan tiempo para leer la Palabra es señal de que estás demasiado atareado. Si no vives inmerso en la Palabra —si no la lees, la asimilas y la practicas—. ¡ten cuidado! A la postre perderás confianza en ella. Tendrás sentimientos encontrados. Estarás dividido interiormente, y te apartarás más y más del Señor. Descuidar la Palabra es descuidar al Señor, y a partir de ese momento es solo cuestión de tiempo hasta que te autodestruyes espiritualmente.

¡No hay nada más poderoso que la Palabra! Es la clave de la fortaleza, la superación, la productividad, el entusiasmo, la vida, el afecto y la luz. ¡El secreto de todo lo bueno está en la Palabra!

«Dios es Espíritu» (Juan 4:24).



DIOS ES EL ESPÍRITU DEL AMOR, el Gran Espíritu, el Creador. No es un anciano de barbas que viva por allá lejos, ni un ogro feroz que no acertamos a entender; es la luz guía del universo, el espíritu todopoderoso, omnipresente y omnisciente que está presente en todo. Está en todas partes, y en cierto sentido todo forma parte de Él (Hechos 17:28; Colosenses 1:16,17).

Dios está en la vida. Está más presente en un gorrioncito que en todos los templos y monumentos supuestamente dedicados a Él. «El Altísimo no habita en templos hechos de mano» (Hechos 7:48). Él incluso dijo que ni los cielos de los cielos pueden contenerlo. Así y todo, paradójicamente el Alto y Sublime habita en el corazón de los mansos y humildes (Isaías 57:15), y vivirá también en tu corazón si lo convidas a entrar.

Se encuentra en todas partes. Es la esencia misma del amor que hay en tu corazón. Está dentro de ti, muy unido a ti. Dondequiera que estés, allí está Su amor, siempre que lo pidas. El rey David lo expresó en los Salmos con estas hermosas palabras: «Si subiera a los Cielos, allí estás Tú; y si descendiera al abismo, allí Tú estás. Dondequiera que esté, Tú me acompañas. Jamás podré apartarme de Tu Espíritu» (Salmo 139:7–12).

Solicita oración.



DIOS NOS ANIMA A PEDIR AYUDA y

solicitar a otras personas que oren con nosotros, y promete que si lo hacemos obtendremos mayores resultados. «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por Mi Padre que está en los cielos, porque donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mateo 18:19,20). «Orad unos por otros [...]. La oración eficaz del justo puede mucho» (Santiago 5:16). «Uno puede perseguir a mil, y dos hacer huir a diez mil» (Deuteronomio 32:30. NBLH). Por eso es importante dar a conocer nuestras peticiones, no solo al Señor, sino también a nuestros hermanos.

Si Dios conoce nuestras necesidades antes que se las presentemos (Mateo 6:8), ¿por qué no las satisface sin que tengamos que pedírselo? Porque quiere que reconozcamos que dependemos de Él y que manifestemos fe en Él. Por lo mismo, una persona puede orar por sí sola, y Dios le responderá; sin embargo, la respuesta no tendrá tanta resonancia. Cuando pedimos a otras personas que oren por nosotros, no solo manifestamos fe en Dios, sino que además confesamos nuestra necesidad y dependencia de Él, de manera que cuando Él nos responde, el testimonio es mucho mayor. Eso, por supuesto, lo complace enormemente.

Por muy bueno que seas, Jesús puede hacerte mejor.



UNO EN REALIDAD NO PUEDE transformarse

a sí mismo, pero Jesús sí puede transformarnos mediante Su milagroso poder. Él logra cosas que para nosotros son imposibles.

Al hacerse parte de nosotros, Él no solo renueva, purifica y regenera nuestro espíritu; también renueva nuestros pensamientos. Deshecha las antiguas conexiones y reflejos y poco a poco nos da un concepto totalmente nuevo de la vida y reacciones distintas ante casi todo lo que nos rodea (Efesios 4:23; Romanos 12:2). Eso es lo que significa nacer de nuevo en espíritu y convertirse en una nueva criatura en Cristo Jesús, para la cual las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas (Juan 3:3; 2 Corintios 5:17).

Para nosotros es imposible realizar un cambio así por nuestra cuenta. «Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible» (Mateo 19:26). Si quieres transformarte es preciso que le pidas a Jesús que entre en tu vida. Él es el que hace nuevas criaturas. Lo único que tienes que hacer es pedirle que entre en ti, y entonces Él obrará el milagro.

Algunos cambios son instantáneos; otros tardan un tiempo. Pero si verdaderamente estás salvado y deseas que Él te transforme, serás transformado, ¡ya que Él tiene poder para cambiarnos!

«Mejor es [...] el que domina su espíritu que el conquistador de una ciudad» (Proverbios 16:32).



NO PODEMOS CULPAR AL DIABLO de todos nuestros problemas. Nuestro principal problema generalmente está en nosotros. Los espíritus malignos nos están sujetos (Lucas 10:19,20); es nuestro espíritu el que no está siempre sujeto al Señor como debería.

Una vez que aceptamos a Jesús, Él nunca nos deja ni nos desampara (Hebreos 13:5), pero sí podemos perder Su poder por causa de nuestra desobediencia y nuestras malas actitudes. Nuestro espíritu tiene libre albedrío y por tanto debe someterse voluntariamente al control del Señor. De lo contrario puede descarriarnos tanto como un mal espíritu. Es más, nuestro propio espíritu se vuelve malvado cuando desobedecemos y no permanecemos en comunión íntima con Dios y Su Espíritu (Romanos 6:16). Al no controlar nuestro espíritu, nos exponemos a sufrir un ataque espiritual. «Como ciudad destruida y sin murallas es el hombre que no pone freno a su espíritu» (Proverbios 25:28).

Dios nos deja escoger el rumbo que queremos tomar. Si elegimos bien y tomamos el camino que Él nos indica, Él a menudo interviene y nos ayuda a superar nuestras debilidades. Es preciso que nos sometamos al Espíritu Santo; entonces el Señor nos ayuda a gobernar nuestro espíritu.

Quien confía cuando se halla en tinieblas triunfará al amanecer.



LA PALABRA DE DIOS DICE: «Gozaos profundamente cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Pero tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Santiago 1:2–4). Dios se vale de cada dificultad que tienes para formarte y moldearte. Por tanto, confía en Él.

Confía en Él como les tocó hacerlo a todos Sus siervos. Eso fue justamente lo que los convirtió en siervos de Dios: que confiaron cuando vivieron momentos sombríos, confiaron cuando se desataron tormentas, confiaron cuando se enfrentaron a pruebas, confiaron cuando sufrieron aflicciones. Y gracias a que depositaron en Él su confianza, Él los sacó de esos trances oscuros y los condujo a la luz de un día glorioso. En definitiva, esas pruebas de fe resultaron no ser tan terribles como pensaban, pues significaron para ellos «un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Corintios 4:17).

Así pues, cuando la situación se ponga fatigosa y arrecie la tormenta, cuando las noches se tornen más lóbregas y te invada el desánimo, ¡no te des por vencido! Pon los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe (Hebreos 12:2). Él está a tu lado, presto a ayudarte. Te acompaña en la oscuridad. Te sostiene en las pruebas. Desciende contigo a las profundidades. Nunca te abandonará, porque te ama. Siempre está presente para salvarte.

Pide a Dios que te dé revelaciones directas y te indique exactamente qué hacer.



DIOS AÚN HABLA HOY EN DÍA. Sigue hablando y revelando, y a ti mismo puede hablarte directamente y darte revelaciones explícitas. Todos podemos recibir instrucciones directas del Señor.

Sin embargo, ¿qué puedes hacer para verificar tu inspiración? La Escritura es el patrón de medida, la máxima autoridad para evaluar toda revelación. Las revelaciones auténticas jamás contienen nada que se oponga a la Palabra; en cambio, pueden llenar muchas lagunas y orientarte en tus circunstancias particulares. Comprueba que las revelaciones que te vengan armonicen con la Palabra de Dios y no la contradigan. Pídele versículos que confirmen lo que Él te haya comunicado directamente.

Es maravilloso poder acudir directamente al Señor para obtener las respuestas, instrucciones y guía que necesitamos. Cuando el Señor se pronuncia sobre una situación, podemos tener la certeza de que vamos por buen camino y así seguir avanzando y actuar con convicción y fe, sin vacilar. El Cielo nos ha hablado, y con eso todo queda decidido.

La alabanza atrae las bendiciones de Dios.



EN EL CIELO LA ALABANZA tiene gran importancia, porque allí todo el mundo alaba al Señor continuamente. Es parte fundamental de la vida celestial. Por lo mismo, cuando alabamos al Señor en la Tierra, nuestro espíritu se transporta al Cielo y participa de esa atmósfera de alabanza. «Entrad por Sus puertas con acción de gracias, por Sus atrios con alabanza» (Salmo 100:4).

La alabanza es una de las energías más potentes del Cielo. Cuando alabamos al Señor, desciende de lo Alto Su bálsamo sanador, que nos aclara las ideas, reduce las tensiones y renueva nuestro espíritu. En la alabanza hay fortaleza y poder, y ese poder no solo eleva nuestro espíritu, sino que atrae aún más poder de la esfera celeste. La alabanza abre un conducto hacia los Cielos que permite que de allí desciendan sobre nosotros bendiciones. Alabando no solo nos aseguramos la victoria, sino que hacemos que lluevan sobre nosotros las bendiciones de Dios.

La alabanza es una expresión de amor. Es decirle al Señor cuánto lo amamos y lo agradecidos que estamos por todo lo que hace por nosotros. En la medida en que lo alabamos y le expresamos nuestro amor, Él a Su vez nos demuestra Su amor y nos colma de bendiciones. Así que cantemos alabanzas, elevemos oraciones de alabanza, derramemos nuestras alabanzas ante el Señor. ¡Las bendiciones descienden conforme suben las alabanzas!

Señor, ayúdanos a mantener una relación muy estrecha contigo y con otras personas de fe.



ESTÁ VISTO QUE DIOS SIEMPRE BENDICE la armonía, el que las personas convivan en paz, se demuestren mucho afecto y colaboren entre sí. Dios ha dispuesto una dinámica del espíritu que funciona de manera sorprendente: dice que mientras uno puede perseguir a mil, dos pueden hacer huir a diez mil (Deuteronomio 32:30). Es decir, que al estar con otra persona tus fuerzas no se duplican, ¡sino que se multiplican por diez! La unión tiene una fuerza extraordinaria.

En una de Sus últimas oraciones Jesús expresó el deseo de que Sus seguidores fueran uno, así como Él y Su Padre son uno (Juan 17:21–23). Si nuestro amor por el Señor es auténtico, debemos esforzarnos —por el bien de Su reino— por trabajar en unión con otros cristianos, sin rivalidades, unidos bajo el yugo del amor y tirando entre todos de la carga.

Bendiga el Señor nuestra unión fundada en amor fraternal.
Es nuestra armonía y comunión igual que la celestial¹.

«Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y un mismo parecer» (1 Corintios 1:10).

Hay cosas que Dios no puede hacer.



HAY COSAS QUE DIOS NO PUEDE HACER

porque se ha impuesto a Sí mismo ciertas limitaciones a fin de no entorpecer nuestro libre albedrío. Al igual que Adán y Eva en el Paraíso, a cada uno se le da la oportunidad de elegir. Es más, esa es la razón principal por la que estamos en este mundo: para aprender a tomar decisiones bajo la guía de Dios. Las decisiones las tomamos nosotros; Él no nos obliga a hacer Su voluntad. «El que quiera, tome» (Apocalipsis 22:17).

Dios nunca le impone a nadie Su parecer. Simplemente ofrece a los seres humanos la oportunidad de recibir Sus bendiciones. Si las rechazan, los que salen perdiendo son ellos. «Cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14:12). No podemos delegar en nadie nuestra soberana facultad de elección. Dios quiere que cada uno tome sus propias decisiones conforme a su fe y no la de otra persona. Quiere que aprendamos a confiar en Él como individuos y a no apoyarnos siempre en los demás. Nadie puede elegir por ti, ni siquiera Dios. «Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mateo 9:29).

¡Jesús ya no está en la cruz!



CUANDO PENSAMOS EN JESÚS, no debería venirnos automáticamente a la memoria la imagen del crucifijo. Esa escena de sufrimiento y tragedia, con el temor que a veces inspira, no es para tenerla siempre presente. ¡Nuestro Jesús ya no está en la cruz! No sigue crucificado. «¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?» (1 Corintios 15:55). Jesucristo no se encuentra en Su tumba, sino que vive en nuestro corazón.

Cristo la muerte venció.
Triunfador salió de Su prisión.
Derrotó a las tinieblas de maldad
y por siempre con Sus santos reinará.
¡Revivió! ¡Gloria a Dios! ¡El Señor resucitó!¹

Resucitó victorioso, gozoso, libre, para nunca más morir, a fin de redimirnos a nosotros y evitarnos la angustia de la muerte espiritual. ¡Qué alegría debió de sentir cuando resucitó y se dio cuenta de que ya estaba todo hecho! Había triunfado, el mundo estaba salvado. ¡Había cumplido su misión! ¡Había sufrido por nosotros los horrores del infierno y de la muerte, y ya todo había terminado!

La oración es algo más que decirle a Dios todo lo que uno piensa y quiere; consiste más que nada en permitirle hablar a Él.



SI DE VERDAD QUEREMOS SER SEGUIDORES de Dios y complacerlo, debemos vivir compenetrados con Él, ¡y más nos vale prestarle oído y dejarlo hablar! Algunos cristianos consideran que pueden calentarle la oreja a Dios y tratar de imponerle el programa que ellos han trazado. Practican la oración unidireccional: solo hablan ellos. Les interesa más que Dios escuche lo que le quieren decir que prestar atención a lo que Él les pide. Pretenden que Dios estampe Su firma en los planes que tienen ellos. Pero sería preferible que ellos firmaran el programa que Dios les quiere presentar, y mejor aún que firmaran una hoja en blanco, dejando que Dios la rellene después con Su programa.

Ante todo necesitamos aprender a escuchar al Señor. En vez de decir: «Escucha, Señor, que tu siervo habla», deberíamos hacer como Samuel, el niño profeta, que dijo: «Habla, que tu siervo escucha» (1 Samuel 3:10).

Dios siempre sabe qué es lo que más nos conviene, y eso es lo que escoge para nosotros, la mejor opción. Así que no cometas el error de decirle tú lo que debe hacer o cómo hacerlo. Si aprendes a escuchar Sus indicaciones, te darás cuenta de que Su programa es inmejorable.

Si algo bueno hay en nosotros, eres Tú, Jesús.



¡JESÚS ES NUESTRA ÚNICA ESPERANZA!

Todos estamos llenos de faltas, y si no fijamos la vista en el Señor y centramos nuestros pensamientos en Su Palabra, estamos abocados a la derrota, las dudas, la decepción y por último el fracaso. Cuando Pedro caminó sobre el agua, apenas apartó la mirada de Jesús, empezó a hundirse (Mateo 14:28–31). Solo Jesús puede evitar que caigas. Aférrate a Su mano, y no mires las olas.

Dios sabe que distas mucho de ser perfecto y que nunca alcanzarás la perfección. De hecho, lo más probable es que seas un desastre, como lo somos todos. La pregunta clave es esta: ¿Pones tu confianza en Jesús, en Su gracia, Su amor y Su misericordia, y le reconoces a Él todo el mérito? Cada vez que haces algo bien o aciertas en algo, ¿dices: «¡Gracias a Dios! No me den a mí las gracias, dáselas al Señor. Es Él quien lo hace todo»?

(Oración:) Ayúdanos a tener los ojos puestos en Ti, Jesús. Recuérdanos siempre que si logramos algo positivo o damos la impresión de ser buenos es únicamente porque Tú obras en nosotros y por medio de nosotros (Filipenses 2:13). En realidad Tú lo haces todo. Nosotros no somos nada. Tenemos que depositar nuestra confianza en Ti, Jesús, ¡y eso es lo que hacemos!

Deja que la Palabra de Dios te hable.



PUEDES PASARTE LA VIDA LEYENDO UN

texto de las Escrituras y no captar su sentido hasta que el Espíritu Santo te lo revela y las palabras cobran vida. Cuando el Señor aplica unos versículos a tu caso en particular o a una situación por la que has estado orando, es como si de pronto ese pasaje adquiriera vida propia, y por primera vez entiendes profundamente lo que antes eran meras palabras.

¿Te ha sucedido alguna vez que, mientras leías un pasaje, de repente un versículo te llamó la atención y pensaste: «¡Este mensaje es justo para mí! ¡Es la respuesta o solución que buscaba!»? ¿Dios no te podría haber hablado más claramente, ni aunque te hubiera gritado al oído! Puede que esas palabras se escribieran para otra persona hace miles de años, pero de pronto te impactan a ti personalmente. El Espíritu Santo toma esa flecha, tensa el arco y te la clava en el corazón.

Con una palabra el Señor es capaz de arrojar luz sobre toda una situación y darte la llave que abre la puerta y te revela toda la verdad. Si hay algún versículo que encaje bien en ese asunto, probablemente se valdrá de él para darte una respuesta. ¡Gracias a Dios por Su Palabra!

«Por Sus llagas fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5).



¿QUÉ QUIERE DECIR eso de que «por Sus llagas somos curados»? En el texto hebreo original, la palabra que se tradujo como *llagas* significa literalmente cardenales, magulladuras, heridas. Así como Jesús derramó Su sangre para la salvación de nuestro espíritu, Su cuerpo fue quebrado para la curación de nuestro cuerpo.

Para redimir nuestros pecados no era preciso que Jesús padeciera físicamente; bastaba con que derramara Su sangre y muriera. No obstante, para salvar nuestro cuerpo tuvo que ofrecer el Suyo. Su cuerpo sufrió y fue quebrado por nosotros de varias maneras —con la corona de espinas, los azotes que recibió y las heridas causadas por los clavos y la lanza—, con el fin de que hiciera expiación también de nuestras enfermedades.

¿Qué significa expiar? Es borrar una culpa mediante un sacrificio. Con Su sangre, Jesús adquirió nuestra alma, a fin de que pudiéramos salvarnos; y con Sus sufrimientos compró también nuestro cuerpo. De modo que si estás enfermo, invoca por fe tu curación. ¡Está a tu disposición!

¿Crees que Jesús sufrió por ti, no solo para salvarte, sino también para que tu cuerpo se curara? De ser así, puedes reivindicar el milagroso poder sanador de Dios.

¡Qué maravilloso es conocer a Jesús y estar salvado!



«DIOS, NUESTRO DIOS, HA DE SALVARNOS» (Salmo 68:20), y se trata de una salvación total, de cuerpo, mente y espíritu. Nos ha rescatado de las mismísimas puertas de la muerte y del infierno. Si has aceptado a Jesús, la batalla en la que se decidía el destino de tu alma ya está ganada, con un triunfo permanente. Nunca tendrás que preocuparte de si vas a ir o no al Cielo. Tienes vida eterna gracias a Jesús. Es un regalo que Dios te ha hecho, y no puedes perderlo (Juan 3:36; Efesios 2:8). Él prometió que te guardaría. Ahora eres uno de los Suyos.

Dios dice que ha borrado tus faltas como se disipa la niebla, que las ha dejado atrás, olvidadas (Isaías 44:22). Ahora estás completamente limpio y libre del dominio del pecado (Romanos 6:14). Puedes comenzar una nueva vida con el Señor, pues eres un nuevo ser en Cristo Jesús. «¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo» (2 Corintios 5:17. NVI).

Has nacido de nuevo, eres una nueva persona, un nuevo hijo de Dios. Tu vida tiene un nuevo plan, un nuevo propósito. Él te dará una mente serena, un corazón puro, paz interior y felicidad espiritual, ahora y para siempre.

Soy feliz, soy feliz,
pues te conocí, mi Amante y Salvador,
y lo que fui, eso sí,
ni me importa ya, Señor. ¡Qué gloria!¹

¹ Anónimo.

Solo le das una oportunidad a Dios cuando te quitas de en medio.



CUANDO MOISÉS, A LOS 40 AÑOS DE EDAD, muy soberbio y seguro de sí mismo, trató de liberar a su pueblo por su cuenta, fracasó estrepitosamente y tuvo que salir huyendo y hacer su éxodo particular. Una vez en el desierto, a Dios le tomó 40 años enseñarle a ser humilde y a depender totalmente de Él, ¡hasta que Moisés ya ni quería realizar ese trabajo! No estuvo listo para él hasta que entendió que no era capaz de hacerlo. Nuestras situaciones límite le dan una oportunidad a Dios. Cuando hemos agotado nuestras posibilidades, Él tiene ocasión de intervenir.

A veces Él tiene que quebrantarnos, y ese proceso no resulta nada agradable. Casi te dan ganas de morir, pero así luego estás dispuesto a vivir por Jesús. Solo después de la muerte del ego puede renacer la vida (Juan 12:24,25). Pues ya no eres tú quien vive, sino que Cristo vive en ti (Gálatas 2:20). Tú estás muerto, y tu vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3:3).

De modo que si te sientes incapaz o incompetente, ¡ánimo! Es precisamente en esas circunstancias cuando Dios tiene ocasión de intervenir y obrar como le parece mejor. A fin de cuentas, solo Él puede lograrlo, así que dale una oportunidad. ¡Tú despreocúpate y déjalo obrar! Entrégale hoy mismo tu voluntad.

Todos necesitamos el aliento y las oraciones de los demás.



CUANDO UNO TIENE UN PROBLEMA o una dificultad, nunca debe quejarse ni pregonar sus dudas y temores; pero eso no quiere decir que no pueda solicitar consejo u oración.

Algunos se guardan las cosas y sufren en silencio, sin pedir ayuda ni oración. Tal vez eso sea admirable, pero ¿no sería mejor que confesaran francamente que necesitan apoyo y oración? Desahogándose se evitan muchos malentendidos. Además así los demás le dispensan a uno un poco de oración y comprensión, justo lo que a uno le gusta cuando está pasando por una dificultad.

En muchas ocasiones hace bien hablar del problema, aunque por supuesto conviene acudir a alguien que sea espiritualmente maduro, para no hacer tropezar, deprimir o desanimar a nadie.

«Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho» (Santiago 5:16). «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo» (Gálatas 6:2).

«Haced frutos dignos de arrepentimiento» (Mateo 3:8).



EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO es algo más que sentirse triste por lo que uno ha hecho; es una *metanoia*, que en griego significa un cambio total de rumbo. Hay muchos que siempre se están arrepintiendo, pero nunca cambian de verdad, como el rey Saúl. El pobre nunca aprendía. Se arrepentía y pedía perdón a menudo; pero no se enmendaba, no cambiaba, no daba media vuelta para tomar la dirección opuesta. Se echaba a llorar delante del profeta Samuel, pero no de arrepentimiento, sino porque le dolía el hecho de que estaba a punto de perder el reino (1 Samuel 15:24–30). No es que confesara y abandonara su pecado, la raíz maligna que se ocultaba tras aquella fachada de pesar (Proverbios 28:13).

El rey David también cometió grandes pecados, pero se arrepintió profundamente y cambió de verdad. Por eso Dios le concedió un gran perdón. David buscaba el corazón de Dios (1 Samuel 13:14; Salmo 51). Amaba mucho al Señor y tenía un gran deseo de glorificarlo y complacerlo. Todos sus pecados y traspies no fueron obstáculo para que Dios le manifestara Su amor, porque se mostró dispuesto a confesarlos y enmendarse, y así llegó a convertirse en uno de los grandes personajes de la Biblia, a pesar de sus defectos.

Nuestros seres queridos no se esfuman para siempre.



LA MUERTE CONSTITUYE una dolorosa separación, hasta para los cristianos. Lo es para los que quedamos aquí, y en cierto modo también para los que se marchan, que tienen que abandonarnos por un tiempito. Pero gracias a Dios, nuestro dolor no es como el de los que no tienen esperanza, pues sabemos que pronto volveremos a estar juntos. Aunque nos separemos temporalmente, cuando volvamos a vernos en el Cielo nos apreciaremos más que nunca. ¡Que dicha sentiremos ese día!

¿Crees que Jesús se conmueve al ver
que a quien amo he dicho adiós?
¿Me comprende Él, o sabrá tal vez
del dolor de mi corazón?

Ay, sí, yo sé que al verme Él
se compadece de mí.
Si la noche es larga, y el día una carga,
mi Salvador lo ve¹.

Nuestros seres queridos están con Jesús, de modo que si no nos apartamos de Él, no podemos alejarnos mucho de ellos.

La muerte oculta, mas no aparta.
Con Dios del otro lado aguardas.
Tú con Cristo, y Cristo conmigo.
Juntos en Él los dos seguimos².

¹ Frank Graeff (1860–1919).

² Anónimo.

Una de las funciones del diablo es mantenernos a raya.



EL DIABLO, EN CIERTO MODO, es un adversario amistoso. Claro que no tiene muy buenas intenciones, pero aún así cumple el propósito de Dios si sirve para mantenernos a raya. Satanás se muestra bastante indulgente con los suyos, o al menos ésa es la impresión que les da para ejercer sobre ellos un férreo control; ¡pero a los cristianos activos no les tolera nada! Es el acusador de los santos (Apocalipsis 12:10).

El Señor es como un pastor; nosotros somos Sus ovejas, y el diablo y sus demonios hacen de perros ovejeros. Los perros ovejeros cumplen la función de ayudar al pastor evitando que las ovejas se aparten del rebaño. Mientras las ovejas no se separen, no las molestan. Pero en cuanto una se va por su lado y se aleja del pastor, le gruñen, le ladran y le mordisquean los talones para hacerla volver con el rebaño, ¡y la ovejita regresa corriendo junto al pastor!

Debes permanecer junto al Señor, como se queda un corderito al lado del pastor; porque si te despegas de Él, ¡el diablo se te pegará y comenzará a lanzarte dentelladas! Por eso, no te separes del Señor.

«¡Cantad al Señor cántico nuevo!» (Salmo 98:1).



A LO LARGO DE LA HISTORIA, los hijos de Dios han empleado la música y los cantos con muy diversos propósitos. De hecho, no solo tocaban y cantaban; también registraban sus composiciones, no con los avanzados métodos de grabación de que disponemos en la actualidad, pero sí con los recursos que ellos tenían. En la Biblia figura la letra de algunos de los primeros cánticos de los hijos de Dios.

Moisés cantaba y componía. David escribió un montón de cánticos, muchos de los cuales se encuentran en el libro de los Salmos. Jeremías escribió un canto conocido actualmente como las Lamentaciones. Ana, la madre de Samuel, compuso al menos un cántico (1 Samuel 2). Débora y Barac interpretaron un dúo ante los hijos de Israel (Jueces 5). El Señor hasta se sirvió de instrumentos musicales para librar a Sus hijos de sus enemigos, como las bocinas de cuernos de carnero que derribaron los muros de Jericó (Josué 6) e hicieron que los madianitas huyeran ante el risible ejército de Gedeón, de tan solo 300 hombres (Jueces 7).

En muchos pasajes de la Biblia se habla de que los hijos de Dios cantaron alegres al Señor (Salmo 100:1). Hasta Jesús y Sus discípulos cantaban (Mateo 26:30), y Pablo nos exhorta a cantar himnos y cánticos espirituales (Colosenses 3:16). El apóstol Juan hasta oyó cantar en el Cielo el cántico de Moisés (Apocalipsis 15:2,3).

«Vengan, ¡cantemos con gozo al Señor!» (Salmo 95:1, NBLH).

En la mano que mece la cuna está el destino del mundo.



¡QUÉ TRABAJO TAN IMPORTANTE tienen

las madres! Son ellas las que moldean el futuro. Puede decirse que la maternidad es la vocación más sublime del mundo. Aunque cuidar de un bebé no siempre parezca una misión de gran trascendencia, no la tengas en poco. Sabe Dios la influencia que puede llegar a ejercer algún día ese niño en muchas personas.

Ser madre requiere la fuerza de Sansón, la sabiduría de Salomón, la paciencia de Job, la fe de Abraham, la percepción de Daniel, y el valor y la capacidad administrativa de David. ¡E indudablemente también el amor de Dios! ¡Qué tarea!

Es maravilloso ese espíritu abnegado que tienen las madres y que las lleva a sacrificar su tiempo, sus energías y si es preciso hasta su salud por el bien de sus hijos. Cualquier mujer puede tener un hijo, pero hay que ser una madre de verdad para «instruir al niño en su camino» (Proverbios 22:6).

La batalla más fiera que ha habido nunca
en los mapas no la hallarás.
«¿Dónde y cuándo tuvo lugar?», preguntas.
La libran todas las mamás¹.

Dios es capaz de abrir puertas que nadie puede cerrar (Apocalipsis 3:8).



AUNQUE LAS CIRCUNSTANCIAS y

condiciones no siempre son el mejor criterio para determinar la voluntad de Dios, sí pueden servir de indicador. A veces es así como Dios va guiando: abriendo unas puertas —presentándonos ciertas oportunidades— y cerrando otras.

Si procuras complacer a Dios, Él te ofrecerá magníficas oportunidades. Él obra de formas misteriosas para llevar a cabo Sus maravillas, y a veces Su corriente simplemente nos arrastra. Cuando Él nos lleva a un lugar, se encarga de facilitarnos lo que haga falta; y si nos pone delante unas puertas abiertas, es porque quiere conducirnos en esa dirección. ¡Entra por ellas sin vacilar! Aprovecha las ocasiones únicas que Él te presenta.

Por otra parte, si Él no te abre puertas, no te impacientes ni trates de derribarlas. Forzar la situación y meterte a como dé lugar no funcionará. A veces tenemos que aceptar que Él nos está negando algo para llegar a descubrir lo que nos quiere dar. Sé paciente, espera, y Él te abrirá camino.

(Oración:) Señor, guíanos conforme a lo que Tú sabes que es mejor. Tenemos la seguridad de que si seguimos Tus indicaciones y deseamos hacer Tu voluntad, Tú nos abrirás puertas y lo resolverás todo.

Si deseas agradar al Señor, Él por lo general te dejará hacer lo que te agrada.



NUESTROS DESEOS PERSONALES SUELEN SER un indicador bastante acertado de lo que el Señor quiere, porque si nuestra motivación es buena, Él nos da lo que deseamos, conforme a nuestra fe. «Deléitate en el Señor y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). «Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mateo 9:29).

El Señor es capaz de hacerte desear lo que Él quiere que hagas. Si algo encaja con Su voluntad, y tú tienes una mentalidad abierta y una actitud sumisa, Él te infundirá una convicción interior para hacerlo. Es lo que se llama a veces el «testimonio del Espíritu». Dios obra a menudo de esa manera: pone en cada persona el deseo de dedicarse a una misión particular, en un sitio específico, y luego le comunica a cada una la fe para llevar a cabo eso que ella y Él desean.

Cuando amas al Señor, tus deseos personales son generalmente acertados, pues solo quieres complacerlo. Así pues, deléitate más que nada en el Señor y procura cumplir Su voluntad. Si lo haces, Él disfrutará concediéndote los deseos de tu corazón, puesto que Él mismo es quien te los inspira cuando tu conducta le agrada.

«Os doy potestad [...] sobre toda fuerza del enemigo [del diablo]» (Lucas 10:19).



NO SUBESTIMES EL PODER que ha conferido Dios a cada uno de Sus hijos. «Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4). Es como si Dios dijera: «El poder Mío que hay en ustedes es superior al que el diablo ha concedido a sus seguidores, ¡mucho mayor!» De hecho, el poder de los hijos de Satanás es insignificante en comparación. Es como si fueran chiquillos jugando con fósforos, ¡mientras que nosotros blandimos rayos! ¡No hay mayor poder en esta Tierra que el del Santo Espíritu de amor de Dios!

Si te entregas humildemente a Dios, Él te dará poder y te llenará de Su Espíritu. Te convertirás así en una central de energía, en un generador del Espíritu de Dios. Será como si tuvieras en las manos un enorme cable eléctrico y estuvieras tan integrado con él que pudieras sostenerlo y utilizar su energía para crear, restaurar, sanar y amar. «Nada hay imposible para Dios» (Lucas 1:37). «Al que cree todo le es posible» (Marcos 9:23). ¿Te sientes fuerte «en el Señor y en Su fuerza poderosa» (Efesios 6:10)? Si no es así, recibe poder ahora mismo pidiéndole a Dios que te llene y te renueve con Su Espíritu Santo (Hechos 1:8; Tito 3:5).

**«Aunque [Jesús] era Hijo, a través del sufrimiento aprendió lo que es la obediencia»
(Hebreos 5:8).**



¿QUÉ TENÍA QUE APRENDER JESÚS?

¿Acaso no era el Hijo de Dios? (Juan 5:18; Filipenses 2:6). ¿No lo sabía todo?

Su Padre celestial quería enseñarle principalmente a amar tanto a los pecadores que estuviera dispuesto a morir por ellos. Quería que entendiera su sufrimiento, que se compadeciera de ellos, que deseara sanar a los enfermos y salvar sus almas. Eso fue lo que Jesús aprendió cuando estuvo en la Tierra.

¿Para qué tuvo que aprenderlo? ¿Para olvidarlo luego al marcharse de este mundo? ¡No! Para llevarse consigo todo ese conocimiento y esa experiencia y tener así más compasión y más amor por nosotros y poder ayudarnos más, tanto aquí como en el más allá. «No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Hebreos 4:15,16). «Puede también salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (Hebreos 7:25).

Dedícate a perder tu vida para servir al prójimo. Esa es la clave para salvarla.



JESÚS DIJO: «TODO EL QUE QUIERA SALVAR

su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de Mí y del evangelio, la salvará» (Marcos 8:35). «Buscad primeramente el reino de Dios» (Mateo 6:33). Y ¿qué es Su reino? Su reino se compone de almas. Su reino consiste en llevar el Evangelio a los perdidos. Jesús no nos encargó que nos salváramos a nosotros mismos; nos encomendó la misión de salvar a otros.

¿Quieres salvar tu vida? Pues piérdela por Jesús, divulgando la Buena Nueva. Entrégale tu vida, y Él cuidará de ti. Obedécele, cumple Su voluntad, habla de Él, conquista a otras personas para el reino de Dios y luego ayúdalas a hacer lo mismo que tú.

La forma más segura de perder tu vida es ser egoísta, como el hombre que se propuso construir graneros más grandes para guardar todos sus bienes. «Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será?”» (Lucas 12:20). ¡Menuda advertencia!

¡Cuánto mejor es atender a Su llamado, aceptar el reto y hacer todo lo posible para comunicar Su amor a los demás! Así un día lo oírás decirte: «Bien, buen siervo y fiel [...]. Entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25:21).

No le des ninguna oportunidad al diablo (Efesios 4:27).



SI AMAMOS AL SEÑOR y nos entregamos de lleno a Él, toda nuestra vida queda en Sus manos, a Su cuidado, y no hay nada que el diablo pueda reivindicar, que pueda utilizar para censurarnos o hacer que nos sintamos alejados de Dios.

Lo sucedido en la localidad de Huddersfield ilustra este principio: Un acaudalado terrateniente se propuso comprar la totalidad de un pueblo, y con el tiempo fue adquiriendo cada uno de los lotes, todos menos una parcelita. Un campesino testarudo se negó a vender su terreno, y nada lo hizo cambiar de parecer. El hacendado hasta llegó a ofrecerle mucho más dinero del que valía en realidad la parcelita; pero el campesino, muy encariñado con su terrenito, se negó en redondo a venderlo. El terrateniente al fin se dio por vencido, y se confortó diciendo:

—¡Qué importa! No es más que una parcelita. He adquirido todos los demás terrenos, así que Huddersfield es mío, me pertenece.

El obstinado campesino alcanzó a oírlo y le recordó:

—Nada de eso. Los dueños de Huddersfield somos usted y yo. Es de los dos.

No permitas que el diablo le diga a Dios eso de ti:

—¡Ajá! Fíjate, Dios. Aunque él es mayormente Tuyo, una partecita todavía me pertenece a mí.

«Somos insensatos por causa de Cristo» (1 Corintios 4:10).



ALGUNAS PERSONAS no parecen entender el milagro de la conversión, o que alguien pueda tener el deseo idealista de dedicarse a servir a Dios. «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura» (1 Corintios 2:14). Como muchas personas, al hacerse cristianas, cambiaron bruscamente de forma de vivir, se pensó que de pronto habían perdido el juicio, como en el caso del apóstol Pablo, o que la religión los había enloquecido (Hechos 26:24; Marcos 3:21; Juan 10:20).

En realidad, casi todos los profetas y siervos de Dios que aparecen en la Biblia y de todas las épocas fueron considerados unos chiflados por el resto del mundo, unos soñadores inadaptados que oían voces, sufrían alucinaciones y prácticamente habían perdido la chaveta por culpa de la religión.

Todo depende de quién llame loco a quién. Si algunos piensan que nosotros somos un poco excéntricos o que estamos descentrados, no es porque sea así, sino porque ellos andan desorientados, muy apartados del único y auténtico centro, Jesucristo. Todo hombre que no tiene a Dios vive descentrado. Son ellos los que no están en sus cabales. Si no conocen a Jesús, ¡es imposible que entiendan cómo son las cosas!

¿Cuál es el deber de todo cristiano? Amar a los demás y conducirlos al reino de Dios.



SI EL ÚNICO PROPÓSITO de nuestra existencia fuese descubrir y aceptar el amor de Dios en la figura de Jesús, ¿cómo es que el Señor no nos lleva con Él al Cielo en cuanto hacemos eso? Porque una vez que nos salvamos, se nos encomienda una labor, adquirimos una responsabilidad: hay muchas personas más que necesitan saber de Jesús, y Él ha escogido darse a conocer por medio de Sus seguidores.

Solo Jesús salva; pero no quiere salvarnos solo a nosotros. Desea salvar a toda la humanidad, y para ello es preciso que nosotros hablemos a los demás de Su amor, que manifestemos Su amor y comuniquemos el mensaje de la salvación al mundo entero.

Jesús dijo a Sus seguidores más cercanos: «Como me envió el Padre, así también Yo os envío» (Juan 20:21). Y lo mismo dice actualmente a Sus seguidores, a quienes llama a ofrecer su vida a diario en amoroso y desinteresado servicio a los demás, a comunicar Su amor y Sus sentimientos a quienes buscan «el camino, la verdad y la vida» (Juan 14:6). Él vino a manifestar amor al mundo, y nos pide a nosotros que hagamos lo mismo.

¿Responderás a Su llamamiento? ¿Harás cuanto puedas por acercar a Él a otras personas? ¿Divulgarás la Palabra? ¿Propagarás el mensaje? ¿Difundirás Su amor?

Solo el Señor puede mantenernos fieles.



MUCHAS PERSONAS CONSIDERAN que deben esforzarse por ser fieles. Sin embargo, la fe es un don de Dios. Debemos confiar en que el Señor se encargará de que le seamos fieles.

Si te parece que te falta fe, lee la Palabra de Dios, la cual aumentará tu fe. Nosotros debemos colaborar un poco con Él: tenemos que escuchar, leer y obedecer la Palabra. Pero esa parte es la más fácil. A Dios le corresponde mantenernos fieles, llenos de fe. ¡La fe la da Él!

¡Deja, pues, de esforzarte tanto! ¡No te inquietes! ¡No hace falta que te afanes! ¡Ni siquiera lo vas a lograr a base de oraciones! Confía en el Señor, y no te preocupes. ¡Él te dará toda la fe que te haga falta!

«A Aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios» (Judas 24,25), ¡encomiéndale tu camino, tu vida, tus ideas, tus pensamientos y tu tiempo! «Sé en quién he creído, y estoy seguro de que tiene poder para guardar hasta aquel día lo que he dejado a Su cuidado» (2 Timoteo 1:12, NVI). ¡Alabado sea el Señor! ¡Solo Él puede hacerlo!

Una forma de averiguar la voluntad de Dios es pedir una señal, una indicación visible, poner un vellón.



CUANDO GEDEÓN SE DISPONÍA a llevar a cabo la misión que Dios le había encomendado, puso un cuero lanudo de oveja en el suelo y dijo: «Señor, si este vellón amanece mojado mañana, y todo el suelo a su alrededor está seco, sabré que tal cosa es Tu voluntad». Después que Dios le dio la señal que le había pedido, Gedeón aún no estaba seguro, de modo que a la noche siguiente dijo: «Señor, si el vellón amanece seco esta vez, y el suelo mojado, entonces lo creeré». Dios lo hizo así, y Gedeón tuvo la certeza de que Dios estaba con él. Si Dios no le hubiera dado esas señales por medio del vellón, posiblemente Gedeón se habría desanimado y se habría echado atrás. Pero cuando Dios le respondió, se convenció de que iba bien encaminado (Jueces 6:36–40).

Poner un vellón es como hacer un trato con Dios. Uno especifica la señal que desea, como hizo Gedeón. Luego, cuando Dios responde, uno debe creer que el resultado fue determinado por Dios. Si has hecho un trato con Él, más te vale respetarlo, pase lo que pase. Tan importante es que tú cumplas tu parte como que Él haga la Suya. Es una prueba de fe. Así que, cuando sea necesario, pon un vellón prudente y atente a él.

¡Tú eres la prueba de la eficacia de Jesús!



EL APÓSTOL PABLO siempre daba testimonio de Jesús. Prácticamente todas las veces que compareció ante gobernadores, magistrados y reyes para refutar los cargos de quienes se oponían a él y a su mensaje, aprovechó para procurar ganarlos para la causa de Cristo y comenzó su defensa contando su testimonio: «¡Fíjense en lo que me sucedió!» (Hechos 26).

A la gente le interesan las historias de la vida real. Los relatos personales son mucho más persuasivos que las discusiones teológicas y los sermones. Cuando empiezas a contar tu vida, la gente enseguida te presta atención y se queda fascinada. Si hablas de tus experiencias con sinceridad y con el poder del Espíritu, los demás creerán que les dices la verdad. Tu testimonio es innegable. Y si admiten que tú tuviste esa experiencia, tienen que aceptar la posibilidad de que a ellos les suceda lo mismo. Primero conquistáteles y convénceles de tu felicidad, y querrán tener lo que te hace ser de esa manera.

Tú eres la prueba. Eres el resultado del Evangelio y del amor de Jesús. Cuéntales la transformación que ha obrado en tu vida Su milagroso poder, como prueba y ejemplo viviente de lo que Él es capaz de hacer.

«Todo lo que gastes —dice Dios—, Yo te lo pagaré».



¿RECUERDAS QUIÉN MÁS DIJO ESO? El buen samaritano. Viene de la parábola que contó Jesús sobre un pobre viajero que fue golpeado y desvalijado por unos ladrones. Luego un samaritano bueno lo recogió, lo llevó a un mesón, lo cuidó y lo dejó a cargo del mesonero, a quien dijo: «Todo lo que gastes, yo te lo pagaré» (Lucas 10:30–37).

El buen samaritano representa al Señor; y el mesonero, a Su administrador, como podemos ser nosotros. Todo lo que gastemos en Su obra, rescatando vidas y salvando almas, Él nos lo pagará con creces. Es más, ha prometido que si le obedecemos y somos generosos, lo que demos nos será devuelto por completo: apretado, sacudido para que haya lugar para más, desbordante. La cantidad que demos determinará la cantidad que recibiremos a cambio (Lucas 6:38).

Dios es así. Lo que damos, Él nos lo devuelve. Nunca permite que demos más que Él. Y lo que nos devuelve es muchísimo más de lo que podríamos llegar a dar. Mientras sigas dándote a los demás, Dios continuará derramando Sus bendiciones sobre ti. Cuanto más des, más te dará Él, en todo sentido.

Cuando aprendemos de nuestros errores, estos tienen un buen efecto en nosotros.



LA VIDA ES UNA LARGA EXPERIENCIA didáctica. Para quienes conocemos y amamos a Jesús, Él es nuestro Maestro. Más que ninguna otra cosa, quiere enseñarnos todo lo que necesitamos saber sobre Él y Su amor, de forma que las cosas anden mejor y seamos más felices.

Casi todas las personas de las que Dios realmente pudo valerse tuvieron que llegar a sentirse acabadas. De lo contrario, se habrían vuelto tan soberbias y seguras de sí mismas que se habrían atribuido todo el mérito. Dios se vale de lo débil y de lo necio (1 Corintios 1:25–29).

Él no siempre ve las cosas como nosotros. Sus pensamientos y Sus caminos difieren de los nuestros (Isaías 55:8,9). No nos juzga conforme a nuestros éxitos o fracasos, sino según cuál haya sido nuestra motivación. Llegará el día, en el Cielo, en que dirá a quienes le hayan sido leales: «Bien, buen siervo y fiel» (Mateo 25:21). No dirá siervo *exitoso*, sino siervo *fiel*.

Así, aunque no siempre entendamos por qué tenemos problemas, aprietos, dificultades y quebrantos, no olvidemos que Dios se propone algo con todo ello y sabe bien lo que hace. Él consigue algunas de Sus victorias más resonantes de aparentes derrotas, pues los fracasos nos vuelven más dóciles, más humildes y totalmente dependientes de Él. No tenemos por qué abatirnos cuando cometemos errores. Es cuestión de caer hacia arriba.

¡Dios puede convertir en un verdadero santo a cualquiera!



MUCHOS CRISTIANOS EXALTAN hasta tal punto a los grandes siervos de Dios de otras épocas que se olvidan de que eran seres humanos como cualquiera. «Hoy en día no se puede ser como ellos —arguyen—. Los cristianos normales y corrientes ni siquiera deberían intentar imitarlos. ¡Es imposible!»

¡Mentira! El apóstol Pablo escribió en el capítulo 3 de la Epístola a los Romanos: «No hay justo, ni aun uno» (versículo 10), y: «Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (versículo 23). ¿A quién se refiere? No solo a nosotros, sino también a los santos, a los apóstoles, a todos excepto al Señor.

¡Eso cambia las cosas! Quiere decir que es posible parecerse a ellos. Si pensabas que nunca llegarías a hacer gran cosa para el Señor porque eres muy imperfecto, ¡ya ves que no tiene por qué ser así! A pesar de tus errores, tus fallos, tus supuestas limitaciones o lo que sea, el Señor se puede servir grandemente de ti si deseas trabajar para extender Su reino y estás dispuesto a hacer las cosas a Su manera.

Dios puede valerse de ti por muy débil o malo que seas. Y cuando lo haga, le darás a Él toda la gloria, pues sabrás que todo lo bueno que logres se debe a que Él está obrando por medio de ti.

Dios es nuestro sol.



ÉL CREÓ EL SOL, LA LUNA, las estrellas y los planetas en parte para ilustrar Sus verdades espirituales, para que entiéramos mejor nuestra relación con Él y lo fundamental que es Él en nuestro sistema solar espiritual.

La vida misma no sería posible sin el Sol. Sin la luz solar estaríamos en total oscuridad en la Tierra, salvo por el resplandor de las estrellas; asimismo nosotros, sin el Señor, estaríamos en casi completa oscuridad espiritual. Sin el calor de los rayos del Sol nos moriríamos de frío; del mismo modo, sin el Señor estaríamos espiritualmente congelados. Sin los rayos solares, las plantas que nos sirven de alimento no crecerían; asimismo, sin el Señor y Su Palabra moriríamos de hambre espiritual. Si no fuera por la fuerza de gravedad del Sol, la Tierra, en lugar de seguir su órbita bien trazada, andaría por el espacio sin rumbo; de igual modo, sin la guía de Dios —la atracción que ejerce sobre nosotros en el espíritu—, indudablemente nos saldríamos de la perfecta órbita de Su voluntad y andaríamos vagando por las tinieblas del espacio espiritual.

Piensa en el tremendo efecto que tiene el Sol, ¡e imagínate el poder de Dios, que es nuestro sol espiritual, y cuánta falta nos hace!

¡Por el amor de Dios, ten convicciones y lucha por ellas!



PARA QUE LA VIDA TENGA verdadero

sentido y propósito, uno tiene que creer en algo; y además tiene que estar dispuesto a luchar por lo que cree, con convicción.

A Dios le gusta la gente entusiasta y tenaz. ¿Tienes el valor de ser así con respecto a tu fe en Él? Si vas a servir a Dios, convéncete de lo que crees y sírvele sin hacer caso de lo que te digan los demás. Tienes que estar preparado para asumir una posición de fe, como hizo Martín Lutero (1483–1546) ante el concilio religioso de su época con relación a la salvación por gracia, cuando dijo: «A menos que me convenza por el testimonio de las Escrituras, no puedo ni quiero retractarme. Me mantengo firme. No puedo hacer otra cosa. ¡Que Dios me ayude!»

Es imposible detener a una persona que tenga mucha fe. No se la puede disuadir ni distraer de su objetivo. Seguirá adelante contigo o sin ti, aunque tenga que pasar por encima de los obstáculos que tú le pongas. Está resuelta a avanzar por fe porque ha hallado la verdad. Tiene una idea fija, una intención clara, una voluntad firme, un único pensamiento, un único propósito, ¡y no se rinde!

«[Dios] no quitará el bien a los que andan en integridad» (Salmo 84:11).



¿QUÉ ANHELA TU CORAZÓN? El Señor ha prometido que si te deleitas en Él y disfrutas sirviéndolo, te concederá los deseos de tu corazón (Salmo 37:4).

Por lo visto Él considera que nada es demasiado bueno para Sus hijos obedientes. Cuando lo complacemos, no solo conseguimos lo que necesitamos, sino por lo general también lo que deseamos, por encima de lo estrictamente necesario, «mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20).

Él está dispuesto a darnos cualquier cosa que sea beneficiosa para nosotros, aunque no siempre nos deja tener lo que sabe que no nos conviene. A los hijos de Israel les concedió en varias ocasiones los deseos de su corazón cuando eso no era bueno para ellos, pero luego tuvo que enviarles males para escarmentarlos (Salmo 106:15).

(Oración:) Señor, ayúdanos a ponerte a Ti primero y a deleitarnos ante todo en Ti y en los Tuyos, a fin de que nos puedas confiar otras cosas —todo lo que necesitamos e incluso bienes que deseamos— porque no se van a interponer entre Tú y nosotros. Lo que nos vaya a ser de provecho, dánoslo; y lo que no nos vaya a hacer bien, no nos lo concedas. Amén.

De nada sirve todo tu talento si no manifiestas amor.



PUEDES LEER LA BIBLIA todo lo que quieras, pero si no cobra vida en ti por obra del Espíritu, ¿de qué te sirve? Aunque seas capaz de recitarla palabra por palabra, si no sigues sus enseñanzas con amor, bien poco te aprovecha. Podrás tener todos los dones del Espíritu; pero sin amor no significan nada. Podrás destacar en tu profesión; pero si no manifiestas el amor de Dios, es todo en vano, porque lo primordial es el amor (1 Corintios 13).

Tu diligencia es importante. También lo es que soportes las fatigas como buen soldado y que te esfuerces en tu trabajo (2 Timoteo 2:3). Pero si no tienes amor, te falta lo principal. Si no tratas con amor a los demás, a los ojos del Señor tus buenas obras carecen de valor.

¿Qué demuestra que somos discípulos de Jesús? ¡Nuestro amor! Él dijo: «En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros» (Juan 13:35). «Este es Mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como Yo os he amado» (Juan 15:12). ¡Es una orden! Él manda a Sus seguidores que se amen unos a otros. Por tanto, ¡jama!

Jesús es la máxima expresión del amor de Dios.



LA BIBLIA DICE: «DIOS ES AMOR» (1 Juan 4:8). Es el gran Espíritu de amor que nos creó, que dio origen a este hermoso mundo y al universo entero. Luego, para demostrarnos Su amor y ayudarnos a comprenderlo, envió a Su propio Hijo, Jesucristo, en forma de hombre.

Jesús es la viva imagen de Dios, un hombre que a todos amó, aun a los más pobres y a los peores elementos de la sociedad. Vino por amor, vivió con amor y murió por amor, para que nosotros pudiéramos vivir y amar eternamente. Su muerte da vida, perdón y felicidad perpetua a quienes corresponden a Su amor.

Si bien Dios comunicó Su amor a toda la humanidad, también es cierto que ama a cada persona individualmente. Te ama tanto —sí, a ti— que entregó Su bien más preciado, lo que más quería, «Su Hijo unigénito», para que pudieras disfrutar de vida eterna (Juan 3:16). Te ama tanto que envió a Jesús a expiar tus pecados, a cambio de que le abras tu corazón y se lo agradezcas.

Te ama profundamente, más de lo que se puede expresar con palabras. Es imposible comprender Su amor. Es demasiado grande, excede a todo conocimiento (Efesios 3:19). Solo se puede recibirlo y sentirlo en el corazón.

¡Jesús viene pronto!



APESAR DE TODAS LAS ADVERTENCIAS de los profetas de Dios y de los numerosos sucesos de actualidad que indican la proximidad de la segunda venida de Cristo, hoy en día la mayoría de las personas se niegan a creerlo. Piensan: «¡Bah! Llevan siglos anunciando el regreso de Jesús, y todavía no ha vuelto». Sin darse cuenta, ellos mismos cumplen una profecía sobre el Tiempo del Fin: «En los últimos días vendrán burladores, [...] diciendo: “¿Dónde está la promesa de Su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación» (2 Pedro 3:3,4).

Jesús dijo que sería como «en los días antes del diluvio», en que «estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca; y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos». ¿Qué quiso decir con eso de que «no entendieron»? ¡Noé llevaba 120 años diciéndoselo! En realidad lo que quiso decir es que no lo creyeron hasta que ocurrió. «Así será también la venida del Hijo del Hombre» (Mateo 24:37–39).

¿Estarás preparado cuando se produzca la segunda venida de Jesús? Así no te pillarás por sorpresa, sino que estarás aguardando ese gran día con mucha fe y esperanza.

¡Se acerca el día en que hasta los campos y los árboles se regocijarán!



MUCHOS DE LOS SONIDOS de la naturaleza están en tonos menores y tienen un dejo de tristeza, como el susurro del viento entre los árboles. «La creación entera —dice Pablo— gime y sufre hasta ahora dolores de parto. [...] Aun nosotros mismos gemimos en nuestro interior, aguardando ansiosamente la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo» (Romanos 8:22,23, NBLH).

Pero el reinado de mil años de Cristo en la Tierra será de ensueño. El mundo volverá a ser como el Jardín del Edén, solo que mejor. Habrá paz en todo el planeta, Satanás y sus huestes habrán sido encadenados, la maldición será levantada, y recuperaremos el Paraíso. Se acabará la crueldad del hombre para con el hombre, no se permitirá más salvajismo entre seres humanos. Por fin Dios redimirá la Tierra (Apocalipsis 20:1–4).

Esta florecerá, y toda la creación de Dios estará en perfecta paz, en bella armonía. «Con alegría saldréis y con paz regresaréis. Los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso» (Isaías 55:12). ¿Te lo imaginas? ¡Qué hermoso!

Amor es lo que más necesita el ser humano y la gran solución que Dios nos ofrece.



EL CORAZÓN HUMANO ES IGUAL en todas partes del mundo: todos necesitamos amor. La mayoría de las personas buscan amor verdadero, y no lo encuentran. Saben que tiene que existir, lo anhelan, les hace falta; pero muchas no lo descubren porque no encuentran a Dios. ¡Qué tristeza!

Dios tiene una solución para cada problema humano. Y en este caso es de lo más sencilla: ¡el amor! El amor es la clave, el remedio, y Jesús es el camino, la verdad y la vida (Juan 14:6). Solo en Él puede uno hallar amor, alegría, paz y dicha celestial, ahora y para la otra vida.

(Oración:) Jesús, danos fuerzas para manifestar Tu amor a los demás, para confortarlos, ayudarlos, sanarlos y levantarles el ánimo comunicándoles el mensaje de Tu amor, que tiene poder para resolver todos sus problemas y curar su cuerpo, su mente y su espíritu. Gracias por la oportunidad de ayudar a otras personas ofreciéndoles Tu solución, que es tan sencilla, Jesús: ¡simplemente Tú y Tu amor!

Para descubrir la voluntad de Dios, hay que recurrir antes que nada a Su Palabra.



LA PALABRA ESCRITA DE DIOS constituye Su voluntad conocida y revelada, totalmente segura. Cuando no sepas bien qué hacer o cómo hacerlo, fíjate en todo lo que Él ha indicado en Su Palabra. Aunque Él no te diga nada más y no te dé ninguna revelación, aunque no tengas ninguna visión ni recibas ningún mensaje del Cielo en profecía, aunque no se te conceda el don de conocimiento, ni el de sabiduría, ni el de discernimiento, ni tengas el don de curación, ni el de hacer milagros, si simplemente te conduces con arreglo a lo que dice la Palabra escrita de Dios, lograrás grandes resultados.

Jesús prometió: «El cielo y la tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán» (Mateo 24:35). La Biblia dice también: «Para siempre, Señor, permanece Tu palabra en los cielos» (Salmo 119:89). Sabemos que lo que Dios nos haga ver por medio de Su Libro tiene que estar bien. ¡No hay posibilidad de error, no hay ninguna duda! ¡Es infalible!

¡Cuán firme cimiento, santos del Señor,
tenéis en la buena Palabra de Dios!¹

¹ John Rippon, *A Selection of Hymns*, 1787.

**«Se siembra en debilidad,
resucitará en poder»
(1 Corintios 15:43).**



EL NUEVO CUERPO QUE TENDREMOS en el Cielo se parecerá al que tenemos ahora, solo que será más maravilloso todavía, y mucho más bello. Será eterno, glorioso, y tendrá posibilidades emocionantes (Filipenses 3:21).

Diríase que al establecer el ciclo vital de las mariposas Dios quiso ilustrar la resurrección. Cuando la larva de la mariposa sale del huevo, se parece más bien a un gusano. Tras un breve período, la oruga se envuelve en un capullo, algo así como un ataúd, y se puede decir que muere. Pero dentro del capullo se transforma en crisálida. Al llegar la primavera, de pronto se abre el ataúd, y de él sale una mariposa preciosa. Lo que antes era un simple y vil insecto rastrero, de repente sale del capullo y echa a volar con la forma de una llamativa mariposa, ¡una de las criaturas más bellas que hay!

Así como hay una diferencia entre un grano de trigo y la espiga madura que se forma a partir de él, o entre una flor y la diminuta semilla de la que procede, ya te puedes imaginar cómo será nuestro nuevo cuerpo celestial: muchísimo mejor que el actual (1 Corintios 15:35–38, 42–58). Seremos como los ángeles de Dios (Lucas 20:36).

**Merece la pena servir a Jesús,
llevar cada día Su cruz¹.**



SI AMAS A JESÚS, te deleitas en Él y procuras amar a los demás y ayudarlos, Él hará cualquier cosa por ti. Te dará todo lo que necesites, conforme a Sus espléndidas riquezas (Filipenses 4:19). Te concederá incluso los anhelos de tu corazón; no solamente lo que te haga falta, sino también tus deseos (Salmo 37:4). Eso dicen las promesas que te ha hecho. Solo es preciso que las creas, las invoques, te lances por fe, pongas de tu parte y cuentes con que Dios las cumplirá.

La mayor parte de las bendiciones y recompensas del Señor dependen de nuestra obediencia y merecimiento, de que seamos diligentes y llevemos a cabo una buena labor. Él no premia a los holgazanes, sino a los trabajadores y cumplidores. Verás que en cuanto te pongas a obedecer y a trabajar, ¡Él a Su vez comenzará a bendecirte!

Fíate de Sus promesas, de Sus garantías, y pon tu fe en acción. Sé un buen y fiel servidor. Él te recompensará en esta vida y, llegado el momento, también en el Cielo.

Acude a Mi viña. Hay que trabajar.
Yo te daré fuerzas y muy buen jornal.
Termina la obra que te encomendé.
Por tu diligencia te bendeciré².

¹ Frank Huston (1871–1959).

² Tullius Clinton O’Kane (1830–1912).

¡Alabando se supera el desaliento!



HASTA LAS PERSONAS que mejor sirvieron a Dios, como el rey David, se desanimaban a veces. David fue un gran salmista, y por lo general cantaba bellas alabanzas al Señor. Pero en una oportunidad, antes de ser coronado, estaba tan seguro de que el rey Saúl iba a matarlo que dijo: «Cualquier día de estos voy a morir a manos de Saúl» (1 Samuel 27:1). ¡Gracias a Dios que jamás escribió un salmo con esa letra! ¿Qué música le podía haber puesto? ¿Acaso pereció David a manos de Saúl? No, eso nunca llegó a ocurrir. El diablo lo quería desmoralizar, eso es todo.

Si dejas que el diablo te desanime y le prestas tu boca para sembrar en los demás dudas, desaliento y mentiras, estás predicando las doctrinas del diablo, ni más ni menos. No lo hagas. Eso es dejar entrar al Enemigo. Plántate firme contra sus ataques. Combátelo. Rechaza sus dudas. En cuanto notes que estás desanimado, ponte a alabar al Señor. ¡Lanza un ataque! Mientras tengamos una alabanza en los labios, es imposible que nos quejemos y esparzamos dudas.

El diablo detesta la alabanza. No aguanta las canciones que exaltan al Señor, y por encima de todo aborrece la Palabra de Dios. Así que mantengámonos bien llenos de todo eso.

Dios nos concede el privilegio de escoger entre Su voluntad y la nuestra.



DE HABER QUERIDO AUTÓMATAS, Dios habría podido programar a todos los seres humanos para que lo amaran. Sin embargo, nos dio libre albedrío, nos creó con la capacidad de escoger, a fin de que lo amáramos por elección. Estamos en la era de la gracia, en la que cada uno lo ama y lo sirve por decisión propia. Tenemos que optar voluntariamente por seguir a Dios y hacer Su voluntad, tal como nos ha sido revelada en Su Palabra.

Uno de los principales motivos por los que hay seres humanos en la Tierra, desde el paraíso terrenal hasta el presente, es precisamente para que aprendamos a tomar decisiones con la guía de Dios. Toda la vida es así. Nos vemos constantemente en la necesidad de tomar decisiones y elegir. Si conocemos y amamos a Dios, si deseamos complacerlo y obrar bien, eso nos lleva a buscarlo en oración y pedirle soluciones. Nos hace acudir a Él para procurar tomar decisiones acertadas y encaminarnos bien.

Él nos puso en este mundo para que tomáramos decisiones. Nos dice lo que está bien y lo que está mal, pero no nos obliga a nada. Deja que nosotros elijamos. ¿Tú sueles escoger lo que Dios quiere?

El que la salvación sea eterna y por gracia significa que uno se salva para siempre.



«**E**L QUE CREE EN EL HIJO *tiene* vida eterna» (Juan 3:36). ¡Inmediatamente! ¡Sin peros ni condiciones! Si has aceptado a Jesús, ya la tienes. No hace falta que te preocupes por si seguirás teniéndola, por si perderás la gracia divina, por si te las arreglarás para seguir salvado, por si lograrás que al final se te premie con la salvación por haber sido fiel. La salvación en sí no es una recompensa. No es una paga; no es una remuneración. Es un regalo. No es que uno se la puede ganar con su fidelidad, con su integridad, ni con sus obras (Tito 3:5). Nada de eso sirve para mantener salvado a nadie, de la misma manera que no le consigue a nadie la salvación. Es algo que solo Jesús nos puede dar. «La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos 6:23).

Una salvación por obras no sería salvación. No nos la podemos merecer por nuestra bondad. Las buenas obras no nos salvan, por muchas que hagamos. «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Efesios 2:8). Nadie puede salvarse a sí mismo. Tenemos vida eterna, que es un don de Dios, y no la podemos perder, porque Él nos guardará. ¡Somos del Señor para siempre!

Conviene que «esperemos en el Señor».



SI INSISTIMOS EN ACTUAR por nuestra cuenta, empleando nuestras energías carnales, no lograremos gran cosa para Dios. Ese parece ser un defecto que tenemos muchos de nosotros: nos apresuramos a sacar conclusiones, tomamos decisiones precipitadas, o simplemente confiamos en nuestra propia capacidad y hacemos lo que nos parece natural o lógico, sin detenernos a orar para cerciorarnos de lo que el Señor quiere que hagamos y de cómo quiere que actuemos.

Tenemos que aprender a hacer una pausa y decir: «Dios, ¿qué quieres que haga?» Busca al Señor. No te apoyes en tu propia inteligencia, ni siquiera cuando cierta línea de actuación te parezca obviamente la mejor. Consulta al Señor y asegúrate de que es así (Proverbios 3:5–7).

Recuerda que Dios casi nunca está apresurado. Sus mayores obras son pausadas. Le toma tiempo crear un bebé, hacer crecer una flor e incluso pintar una puesta de sol. Mientras no estés convencido de que algo sea la voluntad de Dios, lo mejor que puedes hacer es aguardar a que el Señor te lo revele o confirme de alguna manera.

«¡Espera en el Señor! ¡Esfuézate y alíentese tu corazón!» (Salmo 27:14). «Los que esperan en el Señor tendrán nuevas fuerzas, levantarán alas como las águilas» (Isaías 40:31).

Recuerda que todos ansiamos que nos elogien y valoren.



TODOS NECESITAMOS ALIENTO. La mayoría sufrimos de cierto complejo de inferioridad y tendemos a sentirnos decepcionados con nosotros mismos; por eso es fundamental animarnos unos a otros. Si bien a todos nos viene bien que nos levanten la moral, con excesiva frecuencia muchos cometemos el error de no manifestar aprecio a quienes nos rodean. Así como daremos cuenta de toda palabra inconsiderada que digamos, también tendremos que rendir cuenta de todo silencio ocioso (Mateo 12:36,37).

El Señor sabe que es muy importante dar aliento. Él nos valora, nos elogia y promete premiarnos por nuestra buena labor. Eso no tiene nada que ver con nuestra salvación. La salvación es un regalo que nos hace por Su misericordia, gracia y amor; pero eso no quita que considere muy digno de elogio que lo sirvamos. Dios agradece mucho nuestros servicios, nuestros sacrificios y lo que hacemos por Él por encima de lo que marca el deber. Y desea que nosotros también elogiemos a los que hacen cosas por Él y por los demás.

«Todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8). Eso lo debemos aplicar a nuestra relación con las personas que nos rodean, procurando pensar bien de ellas, darles las gracias por lo que hacen y elogiarlas por sus buenas cualidades, como hace el Señor con nosotros.

«A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió vacíos» (Lucas 1:53).



JESÚS BUSCABA Y AMABA a las ovejas perdidas, a las que tenían sed, a los pecadores que sabían que necesitaban ayuda y la agradecían, no a los que se creían superiores a los demás y consideraban que no tenían «necesidad de médico» (Mateo 9:12). Pocas esperanzas hay para los que están satisfechos con la vida que llevan.

No hay en este mundo persona más difícil de convertir al Señor que el hombre íntegro que se cree suficientemente bueno y considera que no necesita a Dios. A veces los más culpables están tremendamente engañados y se creen inocentes y rectos. Se alegran de «no ser como el pecador», cuando la verdad es que son peores debido a su orgullo santurrón, contrario al espíritu de amor de Dios (Lucas 18:11).

Otros tienen el corazón sediento y ansían oír la verdad; y si se la ofreces, la escuchan, la creen, la aceptan y siguen a Jesús. Como reconocen que necesitan respuestas a sus interrogantes, el Señor tiene oportunidad de dárselas. A los desdichados, a los que buscan, que están insatisfechos y anhelan lo espiritual, Él les ha hecho esta promesa: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados» (Mateo 5:6).

¡La Palabra de Dios es como un hermoso collar de perlas!



LA PALABRA DE DIOS ES una fuente verdaderamente inagotable de sabiduría y conocimientos. Constantemente descubre uno tesoros en ella. Aguanta mil lecturas, y el que con más frecuencia la repasa es quien mayores probabilidades tiene de descubrir en ella nuevas maravillas. ¡Cada vez que ahondamos en ella extraemos montones de inapreciables verdades!

Pero esas perlas de conocimiento no son nada sin el Espíritu Santo. Por mucho que uno estudie, hace falta el Espíritu y la mano de Dios para ensartar las perlas de Su Palabra en su debido orden, a fin de formar un magnífico rosario de verdades que adornen la mente y el corazón, correctamente dispuestas con arreglo a su tamaño, importancia y belleza. Existe una diferencia entre conocimiento y sabiduría. La sabiduría es la capacidad de aplicar con buen tino los conocimientos que se poseen; y en este caso en particular, el conocimiento de la Palabra de Dios.

No desprecies, pues, la belleza, la riqueza y los tesoros de la Palabra de Dios. Pídele a Dios sabiduría. «Sabiduría ante todo, ¡adquiere sabiduría! Sobre todo lo que posees, ¡adquiere inteligencia!» (Proverbios 4:7). Es mejor que el oro (Proverbios 16:16).

¡El Cielo está aquí!



EL INVISIBLE REINO CELESTIAL DE DIOS ya existe, ya es una realidad. No solo nos rodea, sino que está dentro de nosotros. El propio Jesús dijo: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (Lucas 17:21, N-C). Si conoces a Jesús y estás lleno del Espíritu Santo, ya ha entrado en ti. Si vives en un paraíso continuo de amor, paz y alegría, en espíritu ya estás en el Cielo. Todo aquel que busque el reino de Dios en la Tierra, de momento solo lo encontrará en su propio corazón y en la comunión con los hijos de Dios.

Los que conocemos a Jesús y tenemos fe en Dios hemos hallado dentro de nosotros un paraíso, la tierra prometida de Su reino, pues Él ha creado en nuestro corazón un lugar de ensueño. En cambio, los que no conocen a Dios ni tienen fe no albergan más que temor, y algunos viven en un infierno.

¿Tienes un cachito de Cielo en tu corazón? Si no, acepta a Jesús, ¡y disfrutarás del Cielo ahora mismo!

Dentro de mí el Cielo está.
Dentro de mí... ¡qué felicidad!
Tengo a Jesús. Me alumbra Su luz.
Dentro de mí... ¡es la verdad!¹

¡Ora! ¡Jesús tiene la solución!



PARA JESÚS, TODOS NUESTROS

INTERROGANTES son de fácil respuesta, y nuestros problemas de sencilla solución. Es más, a veces Él permite que tengamos contratiempos para poder darnos la solución. Quiere que nos demos cuenta de que no siempre podemos resolver las complicaciones por nosotros mismos, para que le pidamos ayuda a Él. Al fin y al cabo, si fuéramos capaces de solucionar todas nuestras dificultades, ya no lo necesitaríamos. Le encanta darnos soluciones para recordarnos que no podemos prescindir de Él. Le gusta que le agradezcamos Su intervención y que le correspondamos con nuestro amor.

Él sabe lo que nos hace falta antes de que se lo pidamos (Mateo 6:8), aunque por lo general espera a que le expresemos nuestra necesidad. Una vez que acudimos a Él, es capaz de solucionar nuestros problemas con mucha facilidad; pero le gusta que hagamos eso primero. A veces nuestra soberbia y nuestro afán de independencia nos estorban: no queremos pedir ayuda porque eso sería admitir que ignoramos la solución, así que nos esforzamos por arreglárnoslas solitos y terminamos frustrados cuando podríamos recibir Su solución si se la pidiéramos.

Lo más prudente es adoptar la actitud del hombre que dijo: «Puede que no conozca todas las soluciones, ¡pero conozco al que las tiene todas!» Dios las sabe todas. ¡Él es la solución!

«Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres».



CUANDO JESÚS SE DIRIGIÓ a unos

pescadores que acababan de hacer la mayor pesca de su vida y les dijo: «Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres», estos al instante lo dejaron todo —los peces, las redes, la barca, su medio de sustento y su vida anterior— y lo siguieron (Mateo 4:18–20; Lucas 5:1–11).

¿Cómo hicieron algo así? ¿Cómo es que renunciaron sin previo aviso a su trabajo, a su familia y a sus amigos para seguir a una persona con la que no tenían ninguna relación y pasar a formar parte de Su variopinto grupo de adeptos? Porque les ofreció una vida mejor, un trabajo mejor, en un lugar mejor, con un jefe mejor y mayores recompensas. Aquellos sencillos pescadores se marcharon tras un desconocido e hicieron historia, y ese acto contribuyó a salvar a millones de almas para la eternidad.

Hoy en día sería ridículo comparar los pescaditos, la barca y el negocio —todo lo cual era temporal— con los millones de almas inmortales que se han salvado para siempre a raíz de la decisión que tomaron aquellos simples pescadores de poner primero a Dios, dejarlo todo y seguir a Jesús. Ahora que se pueden ver los resultados, ¡está claro que fue una buena decisión!

Dios no acepta quedar en un segundo lugar, ni siquiera detrás de Su servicio.



AVECES ESTAMOS TAN ATAREADOS sirviendo al Señor que nos olvidamos de amarlo. Esa es una de las mayores tentaciones que tienen los que trabajan para Él, y uno de los principales peligros a los que se exponen. Descuidar nuestra comunicación con el Rey de reyes por estar muy ocupados con los asuntos del reino puede tener un efecto desastroso en nuestra vida espiritual y nuestra comunión con Él.

Por muy nobles que sean nuestros motivos y muy grande que sea nuestra dedicación a Su obra, Él va primero; no la obra, ni siquiera el prójimo. Dios no encaja en un segundo lugar, no lo tolera. «No tendrás otros dioses delante de Mí. Porque Yo, el Señor tu Dios, soy Dios celoso» (Deuteronomio 5:7,9, NBLH). Ese es probablemente el mayor error que cometen los cristianos consagrados: hacer un dios del servicio a Dios.

Tu servicio no vale nada si no le das al Rey tu atención, tu amor, tu tiempo, en comunión con Él. Él anhela tu amor, y quiere que antes que nada y por encima de todo lo ames. Sin Su poder y Su guía no podrás llevar a cabo Su obra, y para obtenerlos debes pasar tiempo con Él.

Nada que hagamos por Dios puede ser un sacrificio.



LA MAYOR MANIFESTACIÓN de nuestro amor a Dios y al prójimo no es la simple entrega de bienes materiales, sino nuestra entrega personal y los servicios que prestamos directamente a nuestros semejantes.

Cuando comienzas a vivir entregado a los demás, te puede parecer que eso supondrá una pérdida o un sacrificio; pero a la larga te darás cuenta de que en realidad no es así. Se trata de una simple inversión, cuyos beneficios superarán con creces todo lo que pongas de tu parte y cubrirán ampliamente cualquier sacrificio que puedas haber realizado. Como dijo el Dr. David Livingstone (1813–1873), el misionero y explorador escocés que exploró las selvas de África y murió allá: «No fue ningún sacrificio». Él lo dio todo, pero sabía que lo que recibía a cambio valía mucho más que todo lo que él pudiera dar. A pesar de que entregó su vida, cosechó vida eterna, y beneficios en forma de almas inmortales, millares que se salvaron para siempre.

Así que invierte tu vida y todo tu ser en la Roca, Cristo Jesús, y en la obra de Dios. Obtendrás beneficios eternos, que jamás perderás; los percibirás a perpetuidad. ¡Dios te bendecirá por ello!

En la cruz, Jesús cargó con los pecados del mundo entero (1 Pedro 2:24).



SOLO JESÚS FUE PERFECTO. Por eso pudo expiar nuestros pecados, sufrir el castigo que nos correspondía a nosotros, a fin de que Dios nos perdonara. Así cumplió la Ley, que exigía la muerte de los pecadores; murió en nuestro lugar para que nosotros no tuviéramos que morir. Se entregó voluntariamente para que lo crucificaran. ¡Ya ves cuánto nos ama!

Lo que le ocasionó más angustia en la cruz no fueron nuestros pecados, pues sabía que obtendríamos perdón y nos salvaríamos. Lo que le causó tanto pesar fue que Su Padre pudiese volverle la espalda. Tuvo una experiencia por la que, gracias a Dios, nunca tendremos que pasar nosotros: no fue solo la crucifixión o el dolor físico, sino la agonía mental y espiritual de sentir que Dios en efecto lo había desamparado. «Dios Mío, Dios Mío — clamó—, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo 27:46). ¿Lo había abandonado Dios? Sí, momentáneamente, para que muriera como un pecador, separado de Dios.

Jesús nos amó tanto que dio la vida por nosotros y aceptó ser castigado por nuestros pecados en la cruz, para que fuéramos perdonados y nos salváramos (Romanos 5:8; 1 Juan 4:10). ¡Qué amor tan grande!

Orar por una persona es lo mejor que podemos hacer por ella.



DIOS TIENE SUS MOTIVOS para permitir los avatares de la vida. Uno de los principales es que quiere enseñarnos a orar. Deja que toquemos fondo, que lleguemos al límite de nuestras fuerzas y agotemos nuestros recursos intentando resolver los problemas que se nos presentan, a fin de que nos demos cuenta de que nos hace falta Su intervención y oremos para que Él actúe mediante Su poder.

Si hay algo que podemos hacer para remediar la situación y le preguntamos qué es y cómo debemos proceder, Él nos lo indica y nos ayuda a hacerlo. En definitiva, sin embargo, lo que contribuye a la solución más que ninguna otra cosa, sin lo cual todo lo que hagamos se queda corto, es que oremos, que recemos para que Él obre desde el plano espiritual.

Él es el único que puede transformar el corazón y la mente de un ser humano, el único que puede predisponer a alguien para que cambie o haga lo que sea preciso para lograr avances o resolver el problema. Así que lo mejor que podemos hacer para ayudar a una persona que tiene dificultades es orar por ella. Nosotros no podemos obrar un milagro, pero el Señor sí. Nuestras oraciones mueven Su mano y producen cambios a nivel espiritual que a su vez repercuten en el plano físico.

El que pide el Espíritu Santo, lo recibe.



¿CÓMO PUEDES SABER si has recibido el Espíritu Santo? Muy sencillo. Jesús dijo: «Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. Si vosotros [...] sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lucas 11:10,13). Al igual que la salvación, es algo que no te puedes ganar ni merecer. Se trata de un regalo que se recibe por fe.

A veces, cuando el Espíritu Santo no viene acompañado de alguna señal evidente, la gente se decepciona, porque no hubo en el momento de recibirlo ninguna manifestación sobrenatural o física. Pero da igual cómo uno se sienta: quien le pide a Dios el Espíritu Santo, lo recibe.

Podemos tener esa certeza porque Él lo prometió. Es como la salvación. ¿Cómo sabes que te salvaste cuando aceptaste a Jesús como tu Salvador? No es por lo que sentiste en ese momento, por la experiencia que tuviste, sino por lo que Dios dice en Su Palabra. Tu fe se apoya en algo bien concreto —la Palabra de Dios—, no en una sensación.

Ora y pídele a Jesús que te llene de Su Espíritu Santo, y lo hará. Lo ha prometido.

Comienza bien el día: ¡consulta a Jesús!



HAZ LA PRUEBA: tómate todos los días un rato de oración temprano en la mañana. Antes de iniciar la jornada de trabajo, pídele ayuda a Jesús. Ni bien te despiertes, antes de hacer ninguna otra cosa, habla con Él. Escucha las instrucciones que te quiera dar para ese día. Te sorprenderá la cantidad de complicaciones que resolverá o que te evitará antes de que comience siquiera la jornada, si tan solo le prestas atención.

Zambullirte en todos los problemas, las dificultades y el trajín cotidiano sin detenerte a hablar con Él y escuchar Sus indicaciones es como si un músico decidiera dar un recital sin afinar su instrumento. Comienza el día leyendo la Palabra de Dios y orando. Antes que nada, ponte en armonía con Él.

Aparta de tus pensamientos la idea de que orar es algo engorroso o de que no dispones de tiempo. Cuanto más intensa se presente la jornada, más motivos tienes para orar, y por más tiempo deberías hacerlo. Verás que esos minutos de más que dediques a la oración te ahorrarán después muchísimo trabajo. Si pespuntas la jornada con oración, es menos probable que se te descosa. Así de sencillo es.

Jesús puede darte toda la ayuda que necesitas para vencer tus flaquezas.



TODOS TENEMOS DEFECTOS, y todos nos equivocamos. Forma parte de la vida. Sin embargo, no es cuestión de resignarnos a fallar, a incurrir una y otra vez en los mismos errores: hay que tratar de mejorar. Con nuestras faltas, equivocaciones, debilidades y fracasos lo mejor que podemos hacer es reconocerlos abiertamente y procurar superarlos.

El primer paso es aceptar la realidad. Para poder combatir un defecto, hay que comenzar por admitirlo. El segundo paso —y en esto los cristianos tenemos una gran ventaja— consiste en sincerarnos con el Señor y pedirle ayuda. No hace falta que luchemos solos para superarlo. Si estamos dispuestos a abrirle nuestro corazón a Jesús, Él interviene y nos ayuda como nadie.

También es una maravilla el hecho de que Él siempre nos da esperanzas. No nos echa fuera cuando nos equivocamos. De lo contrario, ya nos habría echado a todos hace mucho, pues todos cometemos muchísimos errores. Pero no, Él procura que aprendamos de nuestras faltas, nos dice cómo podemos mejorar y nos anima a seguir esforzándonos.

La vida es una, y pasará. ¡Lo hecho por Cristo quedará!



TODO CRISTIANO DEBERÍA ENTREGAR SU vida, tomar su cruz y seguir a Jesús con el fin de dar fruto: otros cristianos como él (Lucas 9:23,24; Juan 15:8). Jesús dijo: «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24). Si plantamos nuestra vida en la tierra del servicio a Dios, si morimos cada día por Él entregando nuestra vida para ayudar al prójimo (1 Corintios 15:31), daremos mucho fruto: más cristianos que anuncien el Evangelio a más personas perdidas y las acerquen a Jesús, para que Él tenga mucho fruto.

¡Nos pide bien poco a cambio de todas las bendiciones, la felicidad y las recompensas eternas que ha prometido que tendremos en el Cielo! Si tú lo das todo, Dios te dará cien veces más (Mateo 19:29). No hay mejor inversión. Ningún negocio de este mundo te garantiza beneficios de esa magnitud.

¿A qué te dedicas? ¿Para quién lo haces? ¿Es por Jesús y el prójimo? ¿Perdurará para siempre? ¡No desperdicies ni un día más! ¡Dedica el valioso tiempo de que dispones al Señor y a los Suyos, pensando en la eternidad!

Si no puedes ser misionero, apadrina a uno.



JESÚS DIJO QUE DEBEMOS BUSCAR

«primeramente el reino de Dios» (Mateo 6:33). ¿Qué es el reino de Dios? Las personas que Él ama y que lo aman. Puesto que el reino de Dios se compone de seres humanos, debemos dar testimonio de Él y conquistar a más personas para Su reino, o ayudar a otros a hacerlo.

Promover Su reino y ayudar a Su gente es una misma cosa. Él con frecuencia presta ayuda a unos por intermedio de otros. Le gusta hacerlo a través de nosotros para que nos beneficiemos de Sus bendiciones, participemos en Su obra y Sus frutos, y recibamos una porción de las recompensas. Ese es Su plan.

Al principio de su carrera profesional, R. G. LeTourneau (1888–1969), que terminó siendo multimillonario, se encontró en la ruina. En ese momento le preguntó a Dios qué podía hacer, y Él le dijo que quería que produjera dinero para Su obra. LeTourneau comenzó por prometerle a Dios el 10% de sus ingresos si Él le echaba una mano para salir de deudas. Dios cumplió y le ayudó a tener mucho éxito. LeTourneau ganó millones. Hacia el final de su vida daba el 90% de sus ganancias a las misiones del extranjero y vivía muy holgadamente con el 10% restante; ¡y todo porque puso primero el reino de Dios!

¿Pudiera ser tu llamamiento recaudar fondos para las misiones?
¿Tendrás participación a perpetuidad en las recompensas eternas por las almas ganadas gracias a tus aportes?

«Tomad, comed; esto es Mi cuerpo que por vosotros es partido» (1 Corintios 11:24).



EN LA COMUNIÓN, EL PAN REPRESENTA el

cuerpo de Jesús, que fue partido por nosotros de diversas maneras: con la corona de espinas, los golpes, los azotes, las heridas y el dolor que sufrió. Para expiar nuestros pecados no era necesario que Él padeciera todo eso; para borrar nuestras faltas bastaba con que derramara Su sangre y muriera. Pero con el sufrimiento de Su cuerpo expió también nuestras enfermedades: «Por Sus llagas fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5). Tuvo que entregar Su cuerpo para salvar el nuestro.

La mejor medicina del mundo es el cuerpo de Jesucristo, que sufrió tormento para que tuviéramos sanidad. Al tomar el pan manifestamos nuestra fe en que Su cuerpo fue partido por nuestra salud, así que es un buen momento para invocar Su curación por fe. Si lo tomamos por fe, nos curamos por fe. Es parte de Su expiación para lograr la salvación de la totalidad del hombre: cuerpo, alma y espíritu.

(Oración:) Gracias, Jesús, por el pan eucarístico. Representa Tu cuerpo, que fue partido por nosotros y por nuestra salud física. Danos fe para participar de él con plena conciencia de lo que simboliza. Lo pedimos en Tu nombre. Amén.

La gracia para morir es una serenidad, una paz total, una ausencia de ansiedad, de temor.



EN UNA OCASIÓN LE PREGUNTARON a Dwight Moody (1837–1899):

—Dr. Moody, ¿tiene usted la gracia necesaria para afrontar la muerte?

—No —respondió—. ¡Todavía no me estoy muriendo!

Mas cuando le llegó la hora, sí la tuvo. Sus últimas palabras fueron:

—Veo retirarse la Tierra. El Cielo se aproxima. Dios me está llamando. Este es mi triunfo. Es el día de mi coronación. ¡Qué maravilla! Dios me llama, y debo marcharme.

Si conoces a Jesús y tienes Su amor en tu corazón, cuando llegue el momento te dará también a ti la gracia necesaria para morir. «Como tus días serán tus fuerzas» (Deuteronomio 33:25). Te infundirá paz y fe.

Ni los mártires de la iglesia primitiva murieron tristes o apesadumbrados, sino cantando en voz alta y alabando a Dios. Él nunca permitirá que te sobrevenga nada —ni siquiera la muerte— que no puedas soportar (1 Corintios 10:13).

Cuando te llegue la hora, te dará una gracia, una paz, un amor, una confianza y una fe tan grandes que no sentirás temor; solo alegría y gratitud por el Cielo y todo lo que te aguarda. Será el final de una vida y el comienzo de otra. ¡El Cielo para siempre! ¡Felicidad eterna!

Hazlo todo para la gloria del amor.



TODO LO QUE HAGAMOS, de palabra o de hecho, debemos hacerlo para glorificar a Dios (1 Corintios 10:31). Y como Dios es amor (1 Juan 4:8), debemos hacerlo todo para la gloria del amor. En Su reino no hay otra ley que el amor (Gálatas 5:14). Actualmente Dios solo nos juzga según si obramos o no con amor, según si nuestros actos están motivados por el amor o más bien denotan egoísmo y falta de amor. Todo lo que se haga con el amor de Dios está bien.

La ley de Moisés exponía en detalle lo que uno debía hacer o abstenerse de hacer si amaba a Dios y al prójimo y quería conducirse con amor. Pero una vez que aceptamos la salvación que Jesús nos ofrece, una vez que recibimos el Espíritu de amor y nos dejamos gobernar por él, ya no necesitamos la antigua Ley, porque no vamos a hacer algo que no debemos, y si vamos a hacer voluntariamente lo que conviene. «Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la Ley» (Gálatas 5:18). Si tus acciones, palabras, obras y pensamientos están motivados y guiados por el amor, no te vas a descaminar.

Lo que importa es el amor. Dios es amor. Su ley es el amor. Nuestra fe es el amor, y la llevamos a la práctica con amor. ¡Qué religión tan maravillosa!, ¿verdad?

**Si quieres que tu
testificación tenga éxito,
llena tu corazón del amor
de Dios y de Su Palabra.**



SOMOS VASIJAS QUE VIERTEN el amor de Dios sobre los demás. El amor viene de Dios, pero Él actúa por intermedio de nosotros. Somos los conductos por los que trabaja. Somos instrumentos en Sus manos.

Dios dice: «Abre tu boca y Yo la llenaré» (Salmo 81:10). Pero ¿de dónde saca Él con qué llenarla? De tu corazón. «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34). Si has llenado tu corazón de antemano, si estás rebosante de amor y del conocimiento de Su Palabra, del mensaje que quieres comunicar, cuando abras la boca Él te la llenará con lo que haya en tu corazón. Te saldrá automáticamente, por inspiración.

Dios no espera que lo hagas tú todo. Solo pide que te abandones a Él y le permitas obrar por medio de ti. Cuando abres una llave de agua, la llave no hace ninguna fuerza. La presión externa es la que hace que el agua salga sin esfuerzo por el grifo. El grifo es un simple conducto, un agujero que deja salir el agua. Si estás lleno del Espíritu, lleno de Jesús y Su amor, lleno de la Palabra, no tienes más que pedirle a Dios que gire la llave, y todo empezará a fluir.

**Jesús quiere que lleguemos
a ser cristianos adultos y
maduros.**



CUANDO NOS SALVAMOS y nacemos de nuevo (Juan 3:3-8), al principio somos como bebés en el espíritu: necesitamos alimento y ejercicio espiritual todos los días, así como los niños pequeños tienen que comer y ejercitarse a diario para desarrollarse bien y disfrutar de buena salud. Pero muchos cristianos dejan de crecer a los pocos meses. No llegan a grandes, no maduran. Consideran que ya no tienen nada que aprender; por eso no llegan a convertirse en cristianos maduros capaces de asumir mucha responsabilidad y de hacer sacrificios cuando es necesario, la clase de cristianos que Jesús querría que fueran.

La Palabra de Dios dice que hasta Jesús «a través del sufrimiento aprendió lo que es la obediencia» (Hebreos 5:8), y que «crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres» (Lucas 2:52). Cada día aprendemos a obedecer en algo; y si bien ciertas cosas se ponen más difíciles, otras se vuelven más fáciles, exactamente igual que en el desarrollo físico. ¡Así es la vida!

La madurez espiritual no es solo cuestión de años; depende más que nada de nuestra relación con Jesús y Su Palabra y de nuestra obediencia y humildad. Un niño se convierte verdaderamente en adulto cuando aprende a comportarse de forma responsable y a pensar en los demás. Para los cristianos es lo mismo. Eso es madurez espiritual.

Solo nosotros, los seres humanos, conocemos el gozo de la salvación.



EN CIERTOS ASPECTOS, somos más importantes que los ángeles. Dios no envió a Su Hijo a morir por los ángeles, sino por nosotros.

«Santo, santo», entonan los serafines.

A ellos me sumaré en los celestes jardines.

Mas cuando exprese en canto el gozo de mi redención, callarán, pues ellos no han conocido lo que es la salvación¹.

Ya querrían ellos ser portadores del mismo mensaje que nosotros; pero no pueden, porque nunca han estado perdidos. Desconocen la alegría de la salvación: solo pueden ser testigos de ella.

Ni aun los ángeles de Dios
os traen las nuevas que yo os doy:
«Reconciliaos ya
—os dice mi Señor—,
reconciliaos ya con Él»².

¿Cuál es nuestro mensaje? Sálvate, reconcílate, es decir, haz las paces con Dios. Y eso solo se logra por intermedio de Jesús (Hechos 4:12; 1 Pedro 3:18; Apocalipsis 5:9). La salvación conduce a una vida sin fin, eterna. No tiene sentido decir: «Ese es el final feliz», ¡pues no es más que el feliz principio! En todo caso, podemos tener la seguridad de que viviremos felices para siempre.

¹ Johnson Oatman Jr. (1856–1922).

² E. Taylor Cassel (1849–1930).

Dios deja que mucho dependa de nosotros, de nuestro interés y nuestras oraciones.



TE SORPRENDERÁ CUÁNTO DEPENDE DIOS de nuestras oraciones. Cuando nos vemos ante una situación de necesidad, Él quiere que demos nuestro interés personal rogando específicamente por ella. Si de veras tenemos fe, cada oración es escuchada y respondida. Pero si no oramos, no ocurre nada. Dios puede hacer cualquier cosa que haga falta, pero nos ha encomendado a nosotros la labor de orar.

La intensidad, sinceridad y anhelo con que oramos se ven reflejados en la respuesta. Los destinatarios de nuestras oraciones no van a recibir más de lo que nosotros les enviemos. Tenemos que visualizar a las personas o situaciones por las que oramos y rezar con esa imagen en nuestro corazón, pidiendo a Dios concretamente lo que queremos que haga.

Así como un haz de luz enfocado sobre un espejo se refleja con la misma intensidad con que se emitió, las oraciones son respondidas con la misma fuerza con que se originan. Si ponemos solo medio corazón en la oración, recibimos una respuesta a medias; en cambio, si rezamos de todo corazón obtenemos una respuesta bien contundente.

¿Haces uso del poder que puedes ejercer por medio de la oración? ¡En el Cielo se sabrá cuánto bien hicimos —y cuánto más pudimos haber hecho— por medio de nuestras oraciones!

Por el amor de Dios, la gente no necesita ver perfección



NO TE PREOCUPES SI TE PARECE que eres un desastre; todos lo somos. ¡Pero Jesús es el no va más! Simplemente hablemos de Él. Olvidémonos de nuestros enredos y hablemos de Él. Alabémoslo y amémoslo, y todo nos irá bien. Cuando los demás vean que eres como ellos, que tú también tropiezas y caes pero dejas que Jesús te levante, que le encomiendas todas tus batallas y conflictos y cuentas con que Él te sostenga, su fe se reavivará.

Lo importante es que, aunque te consideres una calamidad, sigas adelante por Jesús. El hecho de que le encomiendes todos tus problemas una y otra vez y continúes confiando en Él es un testimonio mucho más contundente que si fueras perfecto; de esa manera haces pensar a los demás en Jesús y lo glorificas a Él en vez de a ti mismo.

Por eso, sigue amando a Jesús. Sigue acudiendo a Su Palabra. Sigue dependiendo de Él cada minuto de cada día, para todo, momento a momento. Mantente en sintonía con Su voz y haz lo que te indique. Eso es lo que los demás deben ver, y los animará a hacer lo mismo. Si se dan cuenta de que Jesús te ayuda a ti, creerán que puede ayudarlos a ellos.

Dios puede hacer por ti lo que ha hecho por otras personas



LA BIBLIA NARRA CANTIDAD DE CASOS en que Dios confirió poder a Sus hijos y los protegió sobrenaturalmente. Pues bien, esos mismos milagros de poder y protección de los tiempos bíblicos pueden suceder hoy en día. «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). Si Jesús en Su época obró milagros, y posteriormente también por medio de los apóstoles, ¡está claro que en la actualidad todavía los puede hacer! Dios sigue siendo un Dios de milagros; ¡para Él no es difícil repetir lo que hizo en el pasado! Es más, Jesús dijo: «El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él también las hará; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre» (Juan 14:12).

En otra ocasión Jesús declaró: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18). Por tanto, si has aceptado a Jesús, ¡tienes acceso a todo ese poder! Dios no solo te lo promete, sino que te lo promete para ahora mismo si lo necesitas y tienes fe para invocarlo y ejercerlo. ¡Piensa en todo el bien que puedes hacer en Su nombre!

¡No es un secreto lo que Dios hará!
Lo que hizo antes, ¡lo hará otra vez!
¡Te abrirá Sus brazos, te acogerá!
¡No es un secreto lo que puede hacer!¹

¹ Stuart Hamblen (1908–1989).

Nuestra actitud es contagiosa.



HAY VECES EN QUE TAN SOLO una palabra o una sonrisa —nuestra expresión, nuestro tono de voz, la impresión que causamos— pueden suponer una gran diferencia. Si no tenemos una disposición alegre, victoriosa y optimista, es inevitable que hundamos a los demás. Los que nos rodean participan de nuestro estado de ánimo; nuestra actitud tiene un efecto en ellos. Por eso es tan importante que sea positiva, y no negativa. Pensemos en lo bueno (Filipenses 4:8). Seamos alentadores, amorosos y joviales. El amor engendra amor. Si tenemos una actitud serena, confiada, paciente, tranquila, llena de fe, los demás reaccionarán de la misma manera. ¡No te imaginas lo lejos que llega un poco de amor verdadero!

Ningún hombre es una isla. Todo el mundo influye en su entorno. Quien se conduce con amor impulsa a otros a hacer lo propio. Si manifiestas amor, otro ser humano seguirá tu ejemplo. El amor de Cristo en acción es muy contagioso. Se transmite de corazón a corazón.

Si pasamos suficiente tiempo con Dios, como hacía Moisés, a nosotros también se nos pegará un poquito de Dios: andaremos contentos y con la cara resplandeciente por la alegría y el Espíritu de Dios (Éxodo 34:29–34; Números 6:25,26). ¡Esa es la clave! Si irradiamos amor en medida suficiente, los demás lo reflejarán.

«Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad» (Filipenses 2:13).



DEMASIADOS SON LOS CRISTIANOS a los que se les han inculcado dos doctrinas contradictorias: por un lado, que no pueden llegar a ser santos y perfectos; y por otro, que a menos que lo sean, no irán al Cielo. ¡Ambas doctrinas son diabólicas! ¡Con razón tantos cristianos ni siquiera intentan hacer nada para el Señor!

¡Por supuesto que para nosotros es imposible! ¡Está claro que no podemos salvarnos por nuestros propios esfuerzos, que no podemos llevar una vida cristiana perfecta y que somos incapaces de ser buenos ni de hacer nada bueno por nosotros mismos! Jesús dijo: «Separados de Mí nada podéis hacer» (Juan 15:5). Pero lo cierto y lo estupendo es que si contamos con Su ayuda podemos hacer cualquier cosa. «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13). Con Su ayuda podemos hacer lo que sea, ir a donde sea y ser lo que Dios quiera.

Dios no desea que intentemos o simulemos ser algo que no somos y jamás llegaremos a ser. No obstante, Su Palabra enseña que casi cualquiera puede llegar a desempeñar prácticamente cualquier función si tiene fe y eso se ajusta a la voluntad de Dios. Cualquiera puede llegar a ser alguien; y viceversa: alguien puede llegar a ser cualquier cosa, porque nada hay imposible para Dios, y al que cree, todo le es posible (Lucas 1:37; Marcos 9:23).

«No nos cansemos de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gálatas 6:9).



A VECES NO TENEMOS INCONVENIENTE en comenzar una buena obra; sin embargo, al caer en la cuenta de cuál va a ser el costo final, se nos van las ganas de terminarla. Empezar con buen pie es importante; pero un trabajo a medias no vale nada. Jesús dijo que antes de dar inicio a un gran proyecto —desde construir una torre hasta emprender una guerra— conviene sentarse a calcular los gastos, para ver si uno va a poder terminar (Lucas 14:28–32). Si comenzamos algo para el Señor, tenemos que acabarlo. De lo contrario, mejor ni empezar.

Debemos recordar que las personas que más han hecho por Dios eran en su mayoría hombres y mujeres comunes y corrientes que perseveraron en su labor en las duras y en las maduras. Lo que Dios puede hacer por medio de nosotros no tiene límites; basta con que seamos fieles y persistamos en nuestro empeño.

(Oración:) Ayúdanos, Señor, a tener presente que eres Tú quien comenzó en nosotros una buena obra y que has prometido terminar lo que empezaste (Filipenses 1:6). Danos fe, paciencia y perseverancia para seguir con lo que nos has encomendado hasta terminarlo o hasta que Tú nos encargues otra cosa. Amén.

Sin la Palabra es imposible tener fe.



LA BIBLIA DICE QUE LA FE nace de la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Esa es una ley espiritual elemental, tan cierta como que todo lo que sube cae. Por eso, si te falta fe es porque te falta Palabra.

El remedio para las dudas es la Palabra. La fe nace en nosotros y va aumentando a base de oír la Palabra de Dios. No surge de repente. Se va acrecentando mediante el estudio de la Palabra de Dios.

La fe no es algo que se pueda conseguir, alcanzar o perfeccionar a fuerza de empeño. Es un don gratuito que Dios nos comunica a través de Su Palabra. Lo único que nosotros tenemos que hacer es desearla y aceptarla. Jesús nos da hasta la fe necesaria para creer Su Palabra. Él es el «autor y consumidor de la fe» (Hebreos 12:2).

No descuides la Palabra. Es alimento para el alma y nos infunde fuerzas para las luchas diarias. Es lo que nos tonifica, por obra de Su Espíritu y Su amor. Si la lees en oración y le pides a Dios que incremente tu fe, Él lo hará. ¡Él nunca falla! Siempre responde a quienes acuden a Él con avidez.

Todo lo que Dios creó es para nuestro bien y nuestro deleite.



DIOS HIZO QUE TODAS LAS FUNCIONES esenciales de la vida fueran agradables, como respirar, comer, dormir, hacer ejercicio físico y hacer el amor. Quiso que nuestra existencia nos resultara amena y nos equipó con lo necesario para disfrutar de ella. Nos dio los sentidos y los nervios que nos permiten sentir placer. Nos dio la vista para que viéramos cosas bellas, el gusto para que saboreáramos comidas deliciosas, el oído para que escucháramos los cautivantes sonidos de la naturaleza y de la música hermosa, el tacto para que percibiéramos gratas sensaciones y el olfato para que gozáramos de la encantadora fragancia de las flores, por ejemplo.

El placer fue creado por Dios para nuestro bien; pero a algunas personas se les ha inculcado que el placer es pecaminoso, que está mal disfrutar de ciertas cosas que nos deleitan. Según la Biblia, simplemente no es así. El placer solo es condenable cuando uno cae en prácticas que contravienen los designios o las intenciones de Dios, cuando uno incurre en perversiones y excesos o lo antepone al Señor y a Su voluntad.

La regla general es simple: Pon primero a Dios, y así podrás disfrutar con plena fe de todos Sus agasajos, ¡de todo esto y además del Cielo!

Deja que Jesús guíe tus pasos.



PARA TENER ÉXITO CON EL SEÑOR debemos seguirlo de cerca y estar convencidos de que estamos obrando conforme a Su voluntad. La fórmula más simple y segura para lograr eso es: «Confía en el Señor de todo corazón, y no en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él allanará tus sendas» (Proverbios 3:5,6, NVI).

Ni siquiera podemos lanzarnos a hacer cosas que parecen buenas o sensatas a menos que tengamos la certeza de que eso es lo que el Señor desea. Si confiamos en nuestra propia inteligencia y no lo tenemos presente a Él, si no prestamos oído a Su Espíritu para que Él nos oriente en todo momento, puede que nos desviemos del camino o que caigamos en alguna trampa del diablo. Es imposible precaverse contra todo, pero sí podemos mantenernos tan cerca de Jesús que estemos siempre dentro de Su mágica esfera de bendiciones y protección. «Tus oídos oirán detrás de ti estas palabras: “Este es el camino, anden en él”, ya sea que vayan a la derecha o a la izquierda”» (Isaías 30:21, NBLH).

(Oración:) Gracias, Jesús, por ser nuestro fiel compañero, ¡el mejor colaborador que se puede tener! Ayúdanos a hacer nuestra parte, a ser sensibles a Tu voz y seguirla. Así podremos actuar con plena fe, y Tú podrás bendecirnos y valerte de nosotros al máximo. Amén.

¡El nombre de Jesús tiene poder!



HAY GENTE QUE PREGUNTA: «¿Por qué no se puede omitir el nombre de Jesús? ¿Para qué mencionarlo? ¿No basta con hablar del amor de Dios y obrar en nombre de Dios?» La respuesta es que Dios lo ha dispuesto así.

Solo por Jesús se puede llegar a Dios. Él hace las veces de mediador y Sumo Sacerdote (1 Timoteo 2:5; Hebreos 4:14). Es el único que resucitó de los muertos y puede darnos el poder para hacer lo mismo. La Biblia dice: «En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). Debemos orar en Su nombre, sanar en Su nombre, echar fuera demonios en Su nombre, bautizar en Su nombre y predicar en Su nombre. Sin ese nombre no hay poder alguno. Todo lo que tenemos es en el nombre de Jesús. «Todo cuanto pidáis al Padre en Mi nombre —dijo Jesús—, os lo dará» (Juan 16:23). ¡Cuenta con milagros, y en el nombre de Jesús los obtendrás!

Fíjate en la importancia que daban los primeros discípulos, en el libro de los Hechos, al nombre de Jesús. Toda su prédica estaba centrada en Él; ¡no hablaban de otra cosa! En ese nombre obraron cantidad de milagros y convirtieron a todo el mundo. Y solo en ese nombre —Jesús— lo lograremos nosotros.

¡Fíate de lo que dice Dios!



DEBEMOS CREER LO QUE DICE la Palabra de Dios sencillamente porque viene de Él! Él quiere que tengamos fe en ella sin necesidad de que nos esté dando siempre señales.

¿Por qué insiste en que creamos en algo que no podemos ver ni tocar, puramente por fe en Su Palabra, y en que confiemos en Él como confía un niño en sus padres? ¡Porque le encanta la fe! Nos ama y le encanta que demos crédito a lo que nos dice, por el solo hecho de que Él lo dice. Esa es una manifestación de nuestro amor y confianza en Él. «Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe y que recompensa a los que lo buscan» (Hebreos 11:6).

Un niño no siempre entiende por qué se debe hacer o no hacer esto o lo otro. Simplemente hace lo que le dicen. Como confía en sus padres y con ellos se siente amado y protegido, les hace caso. Pues así deberíamos comportarnos nosotros con Dios. Debiéramos exclamar: «¡Sí, lo que Tú digas!», por el simple hecho de que es Él quien nos lo dice y confiamos en Él.

Volvamos al Edén.



SOLO HAY UNA MANERA DE RECUPERAR la libertad de que gozaban Adán y Eva en el paraíso: descubrir a Dios y Su verdad. Los que hemos aceptado que Jesucristo es nuestro Salvador y Rey ya tenemos un paraíso en el corazón. Él ha perdonado nuestros pecados y nos ha dado una paz, un amor y una dicha que no teníamos antes.

¿Te gustaría vivir en el Edén, disfrutar del paraíso, de auténtica libertad y de todas las maravillas y placeres que Dios creó para nuestro deleite, de toda Su creación? Pues no tienes más que invitar a Jesús a entrar en tu corazón. Reconoce en Él a tu Salvador, ¡y te transportará a ese lugar! Convertirá tu corazón en un jardín del amor de Dios en el que siempre brillará el sol y habrá felicidad, porque toda falta que hayas cometido te habrá sido perdonada, y serás inmaculado, puro y perfecto a los ojos de Él.

Además, una vez que descubras el paraíso de Dios, querrás conducir allí a otras personas para que disfruten de sus alegrías. Y ¡nada más fácil! Puedes llevar el Edén a cada corazón. ¿Cómo? Hablando de Jesús e invitando a la gente a aceptarlo.

Puedes estar orando constantemente.



LA PALABRA DE DIOS DICE: «Orad sin cesar» (1 Tesalonicenses 5:17). Para que se te oiga no es necesario que te postres en el suelo y reces frenéticamente. Orar es algo que puedes y debes hacer en todo momento, mientras realizas otras actividades. Es como pensar mientras caminas. Puedes contar con el ungimiento y la guía de Dios para todo. Si piensas y oras sobre lo que estás haciendo y le pides sabiduría, Él te la dará (Santiago 1:5).

Antes de emprender cualquier tarea o proyecto, consulta al Señor. Comprueba que eso es lo que Él quiere que hagas. «Reconócelo en todos tus caminos, y Él allanará tus sendas» (Proverbios 3:6). Cuando haces una pausa para pedir ayuda al Señor, demuestras tener confianza en Él. Además, así tu espíritu se sosiega. El Señor quiere que lo tengamos en cuenta y que nos acordemos de que lo necesitamos.

(Oración:) No permitas que me aparte de Ti, Señor. Ayúdame a permanecer en el centro de Tu voluntad, a obedecerte y seguirte paso a paso. Que en todo momento mi corazón, mi mente, mi motivación y todo lo que haga sea aceptable delante de Ti. Amén.

No podrás llevarte tu dinero al más allá, pero sí puedes enviarlo anticipadamente.



EN LO REFERENTE A DIOS Y SU OBRA, dar

es un buen negocio, una buena inversión, la que paga los más altos intereses, la que mayores beneficios reporta: cien veces más en esta vida, y en el mundo venidero, la vida eterna (Marcos 10:30). ¡Él lo prometió!

En el reino de Dios, las personas más ricas serán las que más hayan compartido con Él y con Sus hijos. Pero también está la otra cara de la moneda, que viene ilustrada por el relato sobre la mujer adinerada y egoísta a la que un ángel condujo a su hogar celestial. Pasaron frente a muchas mansiones hermosas donde vivían otros cristianos, hasta llegar a un barrio del Cielo de casas pequeñas y humildes.

Cuando el ángel se detuvo frente a una casita diminuta, ella protestó:

—Pero ¿qué es esto? ¡Yo estoy acostumbrada a vivir por todo lo alto!

—Lo que sucede —explicó el ángel— es que aquí las viviendas se construyen con los materiales que cada uno envía por adelantado. Con lo que usted envió no pudimos edificar nada mejor. Otros, en cambio, se sacrificaron y procuraron servir al Señor y al prójimo, y grande es su recompensa.

¿Cuánto das tú para la obra de Dios? ¿Inviertes en Su reino?

«La sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1:7).



DIOS DECLARÓ POR BOCA DE MOISÉS que

sin derramamiento de sangre no hay expiación de pecados (Levítico 17:11). Eso decía la ley antigua, y por eso murió Jesús por nosotros.

Entregó Su vida sobre el altar de Dios, la cruz, un acto aceptado por todo cristiano, por todo hijo de Dios que accede a la salvación por intermedio de Jesús. Representa el máximo sacrificio que se haya hecho para remitir nuestras faltas: el Cordero de Dios por excelencia fue inmolado para hacer propiciación por nuestros pecados. En la cruz tomó sobre Su cuerpo el castigo que merecíamos; y para Dios, ese fue el último sacrificio expiatorio con derramamiento de sangre.

La salvación es un regalo que Dios nos hace (Efesios 2:8); pero a Jesús le salió bien cara. No se podría haber pagado más por nuestra salvación. Además, fue algo que solamente Él podía hacer. Por más que te sacrifiques y trates de comprar tu salvación con tus propias obras, no lo lograrás: ¡el precio es demasiado elevado! Pero Dios no vaciló en entregar a Su Hijo, Jesucristo. Lo dejó morir en la cruz para poder luego darnos gratuitamente todas las cosas (Romanos 8:32).

No hay verdadero amor sin humildad, ni verdadera humildad sin amor.



HAY QUE ADMITIR QUE LA HUMILDAD es parte vital del amor. Asimismo, es indispensable para demostrar y recibir afecto. Si quieres enamorarte y ser amado de verdad, debes tener la humildad para deponer tu orgullo y aceptar el amor que se te ofrece.

Esto se aplica incluso a nuestra relación con el Señor. Cuando entendemos que Dios nos ama tanto que envió a Su único Hijo, Jesús, a morir por nosotros, debemos tener la modestia de aceptar Su amor. La salvación requiere humildad. Los humildes no solo reciben perdón, sino además una infusión de amor que supera lo imaginable. Los orgullosos, en cambio, se pierden ambas cosas, porque «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (Santiago 4:6).

La humildad y el amor son inseparables. Es imposible amar de verdad sin ser humilde, o tener auténtica humildad y no amar mucho. El temor al fracaso o al rechazo es fruto del orgullo, y nos impide abrirnos a los demás y amarlos como deberíamos. No así la humildad, que está envuelta en amor y fe, y no conoce el temor (1 Juan 4:18). El amor no se preocupa del qué dirán, no hace caso de lo que piense la gente. Así pues, ¡sé humilde, y ama!

Jesús es la puerta.



¿HAS CRUZADO LA PUERTA de la salvación, que es Jesús? ¿Has descubierto una existencia nueva en Él? Se trata de un mundo celestial y maravilloso. Es como pasar de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, gracias al amor, la misericordia y la salvación que Dios nos ofrece en Su Hijo.

Jesús se llamó a Sí mismo «la puerta» (Juan 10:7,9). Dijo: «Mira, Yo soy la puerta por la que se accede a la casa de Mi Padre. ¡Soy la única entrada!»

Es una puerta abierta; no está cerrada ni trancada. Ni siquiera es preciso que seas capaz de alcanzar la manilla: está abierta de par en par. Solo tienes que verla, creer que está abierta para que tú pases por ella, cruzarla por fe, ¡y estarás salvado! ¡Nada más atravesar esa puerta abierta entrarás en la esfera celestial de la salvación, el reino de Dios, un paraíso en la Tierra y en el más allá!

Desde el momento en que crees que Jesucristo es el Hijo de Dios y lo aceptas como tu Salvador, Él ya te conoce a ti, y tú a Él. Cada vez que acudas a Su puerta, la hallarás totalmente abierta, y Él te dirá: «¡Bienvenido! ¡Pasa! ¡Te amo!»

¿Cuál es la Buena Nueva? Que «Dios es amor» (1 Juan 4:8).



PARA DAR A CONOCER EL AMOR DE DIOS

basta con tener una fe sencilla en una salvación y un Evangelio sencillos, de forma que la gente simplemente crea, acepte y se salve. La Buena Nueva viene sintetizada en un hermoso versículo: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Ese es el mejor versículo de la Biblia para explicar el concepto de la salvación a una persona de casi cualquier origen y formación. En realidad, solo tienes que ayudarla a comprender cada parte de ese versículo: «“De tal manera amó Dios al mundo...” ¿Quién es Dios? El Espíritu del amor. ¿Tú formas parte del mundo? Pues entonces: “De tal manera te amó Dios a ti —di su nombre—, que ha dado a Su Hijo unigénito...” ¿Quién es Él? Jesús. “...para que todo aquel que en Él cree...” ¿Tú crees en Él? “...no se pierda...”, no vaya al infierno, “...sino que tenga vida eterna”».

No hace falta saber más que Juan 3:16 para salir a conquistar a los perdidos. No hace falta más preparación para ser misionero. ¡Sencillamente ve donde se encuentran y dales a conocer el amor de Dios y la Buena Nueva de la salvación en Jesús!

Lo fundamental es tener fe y confianza a pesar de todo.



AVECES DIOS PERMITE QUE NUESTRA FE

sea probada hasta el límite para que se vea que es fe verdadera. Hasta puede que nos dé la impresión de que Él nos está tratando con dureza y nos inclinemos a pensar: «¿Cómo es posible que Dios permita algo así!» El diablo anda siempre sembrando dudas. Se empeña en hacernos criticar a Dios, como hizo con Job.

Debemos estar dispuestos a confiar en Dios pase lo que pase, cualesquiera que sean las consecuencias, como hizo Job, el cual, a pesar de que perdió todo lo que más quería, siguió confiando en Dios. Al final salió adelante; Dios le dio más de lo que tenía en un principio y había perdido. Su testimonio es uno de los más impresionantes de toda la Biblia. Su fe le ayudó a superar el sufrimiento, el fracaso y el desaliento.

Esa es la mayor victoria de todas: seguir confiando en Dios a pesar de estar aparentemente vencido. A Él le debe de agradar mucho esa clase de fe. «Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4). A Dios le gusta vernos triunfar sobre las dificultades. ¡Disfruta observando cómo corremos y ganamos la carrera, soportamos las desgracias y peleamos hasta alcanzar la victoria!

Para Dios los milagros no tienen nada de particular.



POR LO GENERAL CONSIDERAMOS

SOBRENATURALES o milagrosos los fenómenos que rebasan nuestro entendimiento; pero para Dios no lo son, porque Él se mueve en el ámbito espiritual, y ahí todo es natural para Él. Es lo mismo que decir que no hay nada imposible para Dios (Lucas 1:37). Muchas obras que Él hace exceden nuestra capacidad de comprensión y están por encima de lo que nosotros consideramos natural. Por eso cuando se producen nos parecen sobrenaturales. Pero como para Dios no hay nada imposible, ¡tampoco hay nada que sea sobrenatural para Él!

Dios puede hacer cosas que contravengan a las que nosotros consideramos Sus leyes naturales. Cuando alguien, por ejemplo, sana de una enfermedad incurable, decimos que se trata de un milagro, porque estamos viendo la prueba o manifestación de unas leyes de Dios que conectan el mundo espiritual con el físico, leyes que no conocemos bien. Para Dios, en cambio, ¡es muy simple! Sabe deshacer el daño causado por la dolencia y así producir lo que para nosotros es un milagro, es decir, un hecho sobrenatural que supera nuestra capacidad.

Dios está siempre dispuesto a obrar milagros en favor nuestro, milagros de curación, de provisión, de protección o de lo que haga falta. Basta con que se los pidamos con fe e invoquemos las promesas de Su Palabra. No está en nosotros obrar esos milagros; pero sí podemos pedirle a Él que los haga y maravillarnos cada vez que se manifiesta Su poder.

La fe es el título de propiedad.



«**E**S, PUES, LA FE LA CERTEZA de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Hebreos 11:1). En este versículo la palabra *certeza* es traducción del vocablo griego *hypóstasis*. Cuando se tradujo del griego el Nuevo Testamento, esa palabra desconcertó a los lingüistas. Por lo visto era un término comercial que no aparece en la literatura clásica griega. Todo lo que se logró determinar es que parecía indicar algo bastante concreto, por lo que se tradujo con palabras como *certeza* o *garantía*.

Cientos de años más tarde, unos arqueólogos descubrieron en Palestina las ruinas calcinadas de una vieja posada. Allí encontraron un cofrecito de hierro, el cual contenía documentos de una noble romana que tuvo propiedades en la zona. Casi todos ellos venían con un encabezamiento escrito en letra grande que decía: «Hypóstasis». ¡Eran títulos de propiedad!

Tal vez aquella mujer jamás había visto sus fincas antes de aquella visita; pero sabía que eran suyas y lo podía probar porque tenía en su haber los títulos de propiedad.

¿Qué es, pues, la fe? ¡El título de propiedad! De haberse sabido entonces lo que ahora se sabe, ese versículo bien hubiera podido traducirse: «La fe es el título de propiedad de lo que se espera».

Dios puede hacer cualquier cosa menos fallar.



LO DIFÍCIL LO LLEVA A CABO DE INMEDIATO; lo imposible le puede tomar un poco más. De modo que si te hace falta un milagro, nunca te des por vencido ni te conformes con un no. Para Dios no hay nada difícil (Jeremías 32:27). Si le das una oportunidad, puede hacer cualquier cosa.

Todo Dios puede hacer; fácil es para Él.
Tú ten fe, y Él no fallará.
Te dará salvación y también curación,
tú ten fe, y Él no fallará¹.

Si la tarea que Dios te encomienda
excede mucho tu capacidad,
no olvides nunca que Él mueve montañas
y lo imposible es Su especialidad².

(Oración:) Sabemos, Señor, que Tú puedes hacer cualquier cosa que sea precisa, y que la harás si creemos y confiamos en Ti. Cuando obedecemos y nos conducimos como a Ti te agrada, siempre nos das una salida. Nosotros hacemos todo lo que podemos, y Tú te encargas del resto. Además, eres experto en lo imposible (Lucas 1:37). Ayúdanos a hacer todo lo que está a nuestro alcance y dejar lo imposible en Tus manos. Tú nunca fallas, ¡y nosotros tampoco fallaremos si confiamos en Ti!

¹ Ira Stanphill (1914–1994).

² Oscar Eliason (1902–1985).

Cada vez que te asalte un pensamiento negativo sobre ti mismo, da gracias a Dios por algo bueno.



ERES UNA CREACIÓN ÚNICA del amor de Dios, así que no te preocupes por unos cuantos defectos. ¡Imagínate lo creídos y orgullosos que seríamos si Dios nos hubiera hecho perfectos! Por eso nos dejó con algunas imperfecciones. Todos las tenemos. Pero Dios no quiere que nos concentremos en ellas, sino en lo bueno.

Cada vez que te venga un pensamiento negativo acerca de ti mismo o tu situación, da gracias a Dios por algo con lo que te haya bendecido: tu buena salud, tus facultades intelectuales o alguna cualidad o talento tuyo que otros admiran. ¡Hay tantas cosas que se le pueden agradecer a Dios!

Piensa en lo mucho peor que podrías estar y acuérdate de los que están peor que tú. Ora por alguien que esté luchando contra una enfermedad crónica o lidiando a diario con algún defecto físico. Job se libró de sus aflicciones cuando rogó por sus amigos (Job 42:10).

Adopta una actitud positiva, y pronto el instigador de tus pensamientos negativos —el propio diablo o alguno de sus agentes— se dará por vencido. Cuando tu enemigo espiritual vea que tus alabanzas y oraciones lo derrotan vez tras vez, no tendrá tantas ganas de inspirarte pensamientos negativos; ¡y eso será algo más que podrás agradecer!

El amor es superior a la moral; y la misericordia, a la justicia.



ACTUALMENTE, LA LEY DE CRISTO es el amor. «Toda la ley en esta sola palabra se cumple: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”» (Gálatas 5:14).

En realidad, el amor es más estricto que la ley mosaica, porque te exige más. En la ley mosaica prácticamente no existía el perdón; era todo «ojo por ojo y diente por diente». En cambio Jesús dijo que si nuestro hermano nos ofende hasta 70 veces 7, pero se arrepiente, debemos perdonarlo (Mateo 5:38,39; 18:21,22). Ahora todo debe hacerse con el amor de Dios. ¡Hay que tener más misericordia y más amor del que requería la Ley!

La antigua ley era obedecida solo por obligación; la mayoría de la gente no hacía sino lo mínimo para cumplir. Pero el amor no conoce límites. Nos impulsa a obrar bien y hasta a sacrificarnos por otras personas. El Espíritu de Dios que está en nuestro interior nos capacita para amar al prójimo más de lo que nos amamos a nosotros mismos.

Esa ha sido siempre la intención de Dios: convencernos para que actuemos motivados por el amor a Él y a los demás y el deseo de obrar con rectitud.

Llena tu corazón y tu mente de la verdad de Dios.



DIOS TE HA DOTADO de la mejor computadora que se haya inventado jamás: tu mente. Ahora bien, la información que pongas en ella depende de ti. De algo se va a llenar, sea bueno o malo; todos tenemos reflejos condicionados que nos llevan a reaccionar de determinada manera según lo que hayamos aprendido o vivido. Por eso, difícilmente puede haber algo más importante que memorizar la Palabra de Dios.

Dios mismo es como un gigantesco banco de datos. Puedes conectarte a Él para recibir mediante Su energía, Su Espíritu, toda la información, la sabiduría y las soluciones que necesites. Si lees, estudias y memorizas aplicadamente Su Palabra, Su Espíritu te la recordará cuando sea preciso. La hará aparecer en tu pequeño terminal cada vez que hagas la conexión justa en tu programa (Juan 14:26).

Una vez que hayas transferido a tu corazón y tu mente la Palabra de Dios, solo te hará falta ser un instrumento dócil. De esa manera, Dios podrá sentarse frente al teclado y extraer de tu computadora la información que quiera, puesto que en tus microchips estarán almacenados los datos necesarios, según la buena programación que tú hayas hecho.

La fe en el poder sanador de Dios nace de las promesas que incluyó en Su Palabra.



CON FRECUENCIA LA FALTA DE FE se debe a la ignorancia. Si dudas que Dios pueda curarte, puede que sea porque careces de una base suficiente de fe y conocimiento de la Palabra de Dios. Pero está plenamente a tu alcance. En la Biblia, que contiene las palabras de Dios para cada uno de nosotros, Él hizo muchas promesas de curación.

No tiene sentido decir: «Me fío del médico, pero no pienso seguir sus indicaciones». Tienes que ser consecuente y acatar lo que te diga la autoridad en que has depositado tu confianza. Si la pones en Dios, debes tomar las píldoras de las Escrituras y seguir el tratamiento que Él te prescribe. Debes invocar por fe Sus promesas:

«Yo soy el Señor tu sanador» (Éxodo 15:26).

«Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas lo librará el Señor» (Salmo 34:19).

«Envió Su Palabra, y los sanó» (Salmo 107:20).

«He aquí que Yo soy el Señor, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para Mí?» (Jeremías 32:27).

«A vosotros, los que teméis Mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en Sus alas traerá curación» (Malaquías 4:2).

«Jesucristo te sana» (Hechos 9:34).

Enciéndete y sintonízate.



DIOS ES COMO UNA EMISORA que transmite a toda hora. Así como en este instante el aire está poblado de ondas radiales invisibles, también el Espíritu de Dios está siempre presente, esperando que hagamos contacto con Él. Nosotros somos como radios: hemos sido dotados por nuestro Creador de la capacidad de captar esas señales. La estación de Dios siempre está emitiendo. El mensaje siempre está en el aire. Pero para captarlo, hay que encenderse y sintonizar Su frecuencia.

En comparación con la extraordinaria potencia y la complejidad de la emisora, tú, el aparato receptor, no necesitas mucha energía; solo unos componentes básicos. La oración es la mano de la fe, que acciona el interruptor y pone en marcha el poquito de potencia que tienes. Luego la mano de la esperanza busca con ilusión la frecuencia en la que transmite Dios. De golpe Su gran emisora retumba a todo volumen, con una potencia tremenda, y el mensaje se oye con toda claridad.

Si te concentras, te armas de fe y paciencia y procuras no distraerte, captarás mensajes contundentes, sobrecogedores, asombrosos, que te impulsarán a la acción. Sus palabras siempre infunden fe, alegría, esperanza, amor y ganas de alabar. Bailarás al son de Sus melodías, te moverás de acuerdo con Sus indicaciones y sabrás que estás cumpliendo el propósito para el que fuiste creado.

**¿Por qué nos perdona Dios?
¡Por el amor tan sublime,
sobrenatural, milagroso,
infinito y maravilloso que
siente por nosotros!**



LA MISERICORDIA DE DIOS no se acaba nunca: es desde la eternidad y hasta la eternidad. Su amor, compasión, perdón y salvación no se agotan jamás. Nunca deja de amarnos, hagamos lo que hagamos. Nunca nos rechaza, nunca nos niega Su amor. Siempre tiene esperanza en nosotros, por mucho que nos descarriemos (Salmo 103:3–14).

Cualesquiera que hayan sido nuestros tropiezos, fallos, fechorías o delitos, la sangre de Jesús cubre todos nuestros pecados, habidos y por haber. Si dejamos nuestros pecados y nos volvemos al Señor, Él es generoso para perdonarnos (Isaías 55:7). La Biblia dice: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar», independientemente de lo que hayamos hecho (1 Juan 1:9). El único pecado imperdonable es negarse a creer en Jesús, rechazarlo como Salvador. Pero en realidad la mayoría de las personas sufren a causa de pecados perdonables por los que no piden perdón.

Dios es tan magnánimo que nos perdona no solo nuestros errores, sino también nuestros pecados. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará, por los siglos de los siglos. Su amor y misericordia fluyen continuamente, como un río, sean cuales sean las circunstancias.

**Piensa menos en ti mismo
y más en Cristo.**



EN LA TIMIDEZ SE COMBINAN dos elementos: el temor y el orgullo. Nos da miedo el qué dirán. Hasta cierto punto no tiene nada de malo procurar que la gente tenga un buen concepto de nosotros. Por otro lado, la Biblia dice que no deben preocuparnos las opiniones de las personas ni debemos temer lo que la gente piense o diga de nosotros si sabemos que nuestra forma de obrar está bien (Proverbios 29:25; Juan 12:42,43).

La timidez, el retraimiento y la vergüenza son manifestaciones de temor, y el temor es lo contrario de la fe. Es decir, que el miedo se vence teniendo más fe. El remedio es la fe, una fe firme en Dios, la cual se obtiene leyendo Su Palabra y llenándose de Su Espíritu. Cuando tenemos presente lo mucho que Él nos ama, nos olvidamos de nosotros mismos y pensamos más en Él. Esa es la cura.

Piensa en Jesús. Él te guardará en perfecta paz si tus pensamientos perseveran en Él (Isaías 26:3). Sumérgete en el Señor, y Él hará que te olvides de ti mismo. Entrégate de lleno a la tarea de agradar a Jesús y darlo a conocer, y Él te ayudará a librarte de tus inhibiciones.

¡Un día el Cielo vendrá a la Tierra!



EL LUGAR DONDE MORAREMOS

ETERNAMENTE con Dios y con Jesús no será ningún mundo de hadas en algún punto remoto del universo, sino una ciudad de ensueño más asombrosa todavía que descenderá de Dios, del espacio, a la Tierra. Dios bajará a vivir con nosotros. ¡Imagínate lo que será estar con Él! Dios habitará entre los hombres (Apocalipsis 21:2,3).

Primero limpiará, depurará y renovará toda la Tierra para que quede perfecta y hermosa como el paraíso terrenal. Luego descenderá la ciudad celestial. Jesús será instaurado para siempre como Rey de reyes, y por fin Su reino quedará establecido así en la Tierra como en el Cielo (Mateo 6:10). ¡Será una ciudad de indescriptible belleza, magnífica a más no poder, hecha de piedras preciosas y, lo que es aún mejor, llena de almas preciosas!

¿Estarás tú en esa ciudad? La Biblia dice que solo los salvos entrarán en ella (Apocalipsis 21:24). No querrás perdértela, ¿verdad? Pues entonces acepta a Jesús como tu Salvador, si es que aún no lo has hecho.

«Hay quienes reparten y les es añadido más, y hay quienes retienen más de lo justo y acaban en la miseria» (Proverbios 11:24).



A DIOS LE ENCANTA SER MÁS GENEROSO

que nosotros. Cuanto más damos, más nos da Él a cambio. Pero si no estamos dispuestos a dar algo, no debe extrañarnos que Él nos lo quite. Si no le haces una ofrenda a Dios cuando puedes, es posible que Él te pase a cobrar y que te salga mucho más caro.

Me recuerda aquella parábola de la Biblia sobre un hombre rico que obtuvo una cosecha enorme y acumuló muchos bienes, y que en vez de compartirlos con los demás resolvió edificar graneros más grandes para poder almacenar más para sí (Lucas 12:16–21). Su pecado no fue la gran cosecha que Dios le concedió, sino su egoísmo, la avaricia de su alma, el no querer compartir con sus semejantes lo que había recibido. Dios le dijo que moriría esa misma noche y que no podría llevarse nada consigo, ¡así que lo perdió todo! Para que veas cómo es el egoísmo y cuáles son sus consecuencias. En cambio, si estás dispuesto a dar, Dios te recompensará, te bendecirá y te devolverá con creces lo que des. ¡Lo ha prometido!

¿Cómo eres tú? ¿Tacaño o generoso? «Con la medida con que midan —grande o pequeña—, se les volverá a medir» (Lucas 6:38, NBLH).

Si podemos confiarle a Dios nuestra vida, ¿por qué no confiarle también nuestra muerte?



PARA UN SEGUIDOR DE JESÚS, pensar en la muerte no es motivo de pesar ni de preocupación. Es un triunfo, una liberación, una graduación. «¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?» (1 Corintios 15:55). Para quien ha accedido a la salvación y tiene prometida la resurrección, la muerte no tiene aguijón y el sepulcro no supone ninguna derrota. Nuestra muerte será un triunfo sobre la tumba, el pecado y el diablo, una gloriosa victoria y una entrada brillante en el Cielo.

Dios sabe cómo y cuándo debemos morir, y más vale que le permitamos tomar esa decisión, que la dejemos en Sus manos. «Este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará aún más allá de la muerte» (Salmo 48:14). Cuando nos llegue la hora, si amamos al Señor, Él nos dará la gracia para morir. Igual que ponemos todo lo demás en Sus manos, ¿por qué no dejar que Él determine también el momento, el lugar y la causa de nuestra muerte?

Que Dios te bendiga y te ayude a confiar en Él hasta más allá de la muerte. No te preocupes, que así será. Morirás como has vivido: ¡confiando!

Nada puede detenernos, ¡solo Jesús!



LAS FUERZAS DEL MAL no conseguirán jamás derrotar por completo a los hijos de Dios. Innumerables persecuciones a gran escala nunca han logrado acabar con ellos. Y a pesar de la furia y las atrocidades que desatarán hombres brutales durante la Gran Tribulación —tres años y medio de terror para las gentes de todas las confesiones durante la diabólica dictadura mundial del Anticristo y su régimen—, cuando se produzca el reingreso triunfal de Cristo en la atmósfera terrestre habrá todavía multitudes de cristianos jubilosos para darle la bienvenida (Mateo 24:21, 29–31). Él es el único capaz de quitarnos de en medio, y lo hará entonces por un breve tiempo para llevarnos a una fiesta en el Cielo, la de la cena de las bodas del Cordero, después de lo cual regresaremos para poner fin al dominio de los impíos en la Tierra (Apocalipsis 19).

Alabemos, pues, al Señor. No te sientas derrotado, no te desanimes ni te preocupes. Por más que se esfuercen, los enemigos de Cristo nunca conseguirán detenernos totalmente. Como dijo Martín Lutero (1483–1546) en una canción: «¡No temeremos, porque en Dios y en Su verdad triunfamos!» No podemos fracasar, porque Jesús está de nuestra parte. ¡Siempre habrá hijos Suyos en algún lugar del mundo para dar testimonio hasta el mismísimo fin!

Parte de nuestra formación consiste en esperar, para aprender a ser pacientes.



EN LA BIBLIA ABUNDAN LOS EJEMPLOS de paciencia, como Job, Moisés y David.

Job lo perdió todo: su familia, su fortuna, y al final su salud; pero no por eso dejó de creer y de obedecer. «Aunque [Dios] me mate —dijo—, ¡en Él esperaré!» (Job 13:15). Aguantó y se negó a rendirse. La paciencia de Job ha constituido un maravilloso ejemplo para generaciones de cristianos.

Cuando Moisés intentó liberar a toda prisa a los hijos de Israel, mató a un capataz egipcio y tuvo que escapar solito para salvar el pellejo. Pero tras 40 años de apacentar ovejas en el desierto humilde y pacientemente, con tiempo de sobra para prestar oído a Dios en vez de escuchar sus propios impulsos, por fin estuvo preparado para la labor lenta, larga y laboriosa del éxodo. ¡Fue un proceso lento, pero seguro!

David se pasó 17 años a las órdenes del rey Saúl y aprendió de los errores que le vio cometer. Saúl se alteraba y tomaba decisiones prescindiendo de Dios; no tardó en hacerse evidente que de esa manera no daba la talla. David, en cambio, entendió que tenía que dejar que Dios lo dirigiera todo y esperar a que Él actuara.

La paciencia es una de las enseñanzas que Dios más frecuentemente desea impartirnos a todos. Así pues, «tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Santiago 1:4).

¡Solo Dios es capaz de satisfacer tu profundo deseo de llegar a ser amado y comprendido plenamente!



¿TE SIENTES A VECES SOLO, vacío, insatisfecho? ¿Ansías un amor que hasta ahora no has conocido, un amor auténtico, sincero, genuino, el verdadero gran amor de tu vida, un amor que no te deje jamás? Pues ¡está a tu disposición si estás dispuesto a aceptarlo!

Hay algo más que la carne: el espíritu, tu ser interior, que habita dentro de tu cuerpo y nunca se sentirá satisfecho con las cosas de este mundo. Lo que ansía son cosas espirituales, necesita a Dios. Dentro de cada corazón, Dios ha creado un vacío que solo se puede satisfacer con lo espiritual. ¡Solo Dios y Su amor verdadero son capaces de llenar ese doloroso vacío espiritual que tienes en el alma y que Él creó exclusivamente para Sí!

Si todavía no has conocido el amor de Dios, toma ahora mismo la decisión personal de aceptar en tu corazón el Espíritu de Su Hijo Jesucristo. Él puede darte todo lo que siempre has ansiado, incluido perdón de tus pecados, fe en Dios, paz interior, salud física, alegría, felicidad, amor y dicha por toda la eternidad. Satisfará todas tus necesidades y resolverá todos tus problemas. ¡Así de maravilloso es Él, y así de sencilla Su propuesta!

Tú pon de tu parte y deja lo demás en manos de Dios.



DIOS ESPERA QUE HAGAMOS todo lo que podamos, para luego Él hacer lo que está fuera de nuestro alcance. Cuando Jesús acudió a resucitar a Lázaro, dijo a la gente: «¡Quitad la piedra!» (Juan 11:39). Hubiera podido hacer que la piedra se moviera sola, o que Lázaro la atravesara; ¿para qué tenían que quitarla? Resulta que sacar la piedra de la entrada de la tumba era algo que los presentes podían hacer. No podían resucitarlo, pero sí podían apartar la piedra.

Jesús dijo que debemos pedir, buscar y llamar. «Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mateo 7:7,8). Pero si no te pones a buscar, no conseguirás nada. Quizá de diez puertas te encuentres con nueve cerradas y una sola abierta; pero igual tienes que probarlas. No te quedes de brazos cruzados diciendo: «¡Dios, dame una revelación!» Él espera que acompañemos de acción nuestras oraciones, que salgamos, nos movamos un poco y busquemos.

Si te esmeras para complacer y obedecer a Dios, Él hará prácticamente de todo por ti, ¡cosas impresionantes que ni te imaginas!

No nos creamos tan buenos.



SI VAS A SER TAN SANTITO, farisaico e hipócrita que te vas a creer mejor que otro por el hecho de que ha pecado contra ti, mientras que tú, claro, nunca cometes pecados, y te vas a escudar en eso para no perdonarlo, ¡en realidad eres más pecador que él! Si te crees moralmente superior a los demás y los desprecias, como el fariseo que dijo: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres» (Lucas 18:9–14), esa actitud es en sí un pecado peor. De hecho, creerse bueno es uno de los peores pecados que hay.

Debemos ser amables, afectuosos, comprensivos y tolerantes, y manifestar a los demás la misma misericordia que deseamos para nosotros. Si alguien comete un error, debemos tratarlo como queremos que el Señor nos trate a nosotros cuando nos equivocamos. Debemos perdonar a los que nos han agraviado, pedir perdón a los que hemos ofendido, y luego volver a incluirlos en nuestro círculo de amor y amistad.

Procuremos ser todos más bondadosos, humildes, pacientes, cariñosos, tolerantes y sufridos, y recemos sinceramente: «Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (Lucas 11:4, NVI).

Cuidado con transigir.



EL DIABLO HARÁ LO QUE SEA para inducirte a abandonar los caminos de Dios. Y si no logra detenerte, intentará convencerte para que transijas en algo. Suele tentarnos con verdades a medias que nos hacen cuestionar nuestras convicciones o no vivir enteramente de acuerdo con ellas.

Muchos no se dan cuenta de que al negarle aunque solo sea una cosita a Dios, al conformarse con algo que no está verdaderamente a la altura de lo que Él espera, se distancian de Él. Una pequeña desobediencia da pie a otra, un pequeño acto de rechazo o de negación conduce a otro, un poco de egoísmo lleva a más. Pensarás: «Bah, es un pecado insignificante, un detallito, no tiene importancia». Pero el diablo no necesita más que esa rendija para penetrar tu armadura. Enseguida su gas de engaños comienza a colarse y a envenenar tu mente, por no haber hecho lo que sabías que Dios esperaba de ti, y en poco tiempo terminas completamente descarriado.

No permitas que te suceda eso. Sé fiel al Señor. Sé fiel a la voz de Su Espíritu cuando te indique que hagas tal cosa o que no hagas tal otra. Sé constante. «Resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7). No le des la mano, o se tomará hasta el codo y luego todo el brazo. No le des entrada (Efesios 4:27).

En el fondo, cada uno cree en el amor en la medida en que ama.



SI TIENES VERDADERO AMOR, serás incapaz de presenciar impasiblemente una situación de necesidad. No pasarás de largo junto al pobre hombre del camino de Jericó, sino que actuarás, como el buen samaritano (Lucas 10:30–37). No basta con decir: «Lo siento mucho. ¡Qué pena!»

En una ocasión en que Jesús estaba muy cansado, quiso alejarse del gentío para descansar un poco; pero consta en la Biblia que, al ver a la multitud, tuvo compasión, y se puso a sanar y a enseñar (Marcos 6:31–34; Mateo 14:13,14). La compasión se manifiesta con actos.

No puedes decir que crees en algo si no lo practicas. Debemos manifestar amor tal como Dios quiere que lo hagamos: de todo corazón, con toda el alma y con toda nuestra mente (Mateo 22:37–39); es decir, con interés genuino. No se trata de soltarle a una persona necesitada: «Te quiero mucho», y luego marcharse y olvidarse de ella. No es decir: «Calentaos y saciaos», y no dar a las personas lo que necesitan cuando tienes con qué ayudarlas (Santiago 2:16; Proverbios 3:28). El amor sin aplicación física es como la fe sin obras, que está muerta (Santiago 2:26). Demuestra amor y compasión agregando gestos de bondad a tus bondadosas palabras (1 Juan 3:18).

Señor, ayúdanos a ser humildes y a no endurecernos ni amargarnos.



EN OCASIONES DIOS NOS HACE PASAR justo por lo que no queremos. Lo hace porque sabe que nuestra renuencia tiene su origen en el orgullo. Permite ciertas situaciones para enseñarnos humildad, situaciones que a veces van seguidas de otras similares con las que se cerciora de que continuamos siendo humildes. Eso representa una gran prueba para nosotros, y con frecuencia terminamos quejándonos y resintiéndonos contra Dios: «Dios no me quiere, porque no hizo lo que le pedí».

Esa semilla de rencor o de amargura muchas veces germina y se convierte rápidamente en un hiebro bastante grande y feo. Por eso la Palabra de Dios nos advierte que tengamos cuidado, «para que no brote ninguna raíz de amargura que [nos] perturbe y contamine a muchos» (Hebreos 12:15). ¡Es una seria advertencia en contra del resentimiento! Si dejamos que eche raíz en nosotros, puede envenenar todo nuestro espíritu.

A veces nos parece que la única manera de soportar un dolor es endurecer el corazón. Sin embargo, esa no es la solución que el Señor recomienda. Su Palabra dice: «Echa sobre el Señor tu carga y Él te sostendrá» (Salmo 55:22).

(Oración:) Señor, ayúdanos a aprender lo que quieres enseñarnos y a convertirnos en mejores personas. No permitas que nos amarguemos. Más bien haz que te demos las gracias a pesar de nuestras dificultades, tribulaciones, tristezas y decepciones. Que sirvan para volvernos más humildes y nos acerquen a Ti. Amén.

¡Toda labor es importante si se desempeña de corazón y para la gloria de Dios!



DIOS ES CAPAZ DE DARNOS INSPIRACIÓN en todo lo que hagamos. Sea lo que sea, podemos hacerlo en el Espíritu. Él puede rodear de gloria cualquier actividad. Aunque no seamos muy talentosos ni tengamos mucha experiencia, igual podemos serle útil. Es más, Dios suele escoger a personas que no son ni fuertes, ni sagaces, ni están especialmente dotadas, para demostrar lo que Él es capaz de hacer (1 Corintios 1:26–29). Aunque para el mundo tú no seas gran cosa, si Dios te ha llamado a servirlo de alguna forma y tú has accedido, a los ojos de Él eres lo máximo, y eso es lo que importa. Cuando te sientas débil, Él puede acudir en tu auxilio, demostrando así Su fortaleza y Su poder milagroso (2 Corintios 4:7; 12:9).

Pero antes de que Dios obre prodigios en tu vida y en tu trabajo, debes comprender que esos milagros no se deben a ti, sino que son regalos que Él te hace. Lo que verdaderamente te engrandece es la grandeza que Él te da, el Espíritu, la inspiración. Él es quien está detrás de todo, detrás, encima, debajo y por todos lados. Él es quien hace todo lo bueno a través a ti. Cuando reconoces eso interiormente y ante los demás, ¡Él tiene oportunidad de demostrar las maravillas que es capaz de hacer!

Si sigues de cerca al Señor, por lo general tus primeras impresiones serán acertadas.



SI AMAS A JESÚS, estás lleno del Espíritu Santo y procuras sinceramente hacer Su voluntad, normalmente tus primeras reacciones estarán atinadas. Dios es el primero en hablar. Puede que solo lo haga con ese «silbo apacible y delicado» (1 Reyes 19:12) que percibes en tu interior; a veces ni siquiera emplea palabras; te viene una impresión nada más. Pero es que Dios no necesita comunicarse verbalmente. Puede sugerirte un sentimiento, una imagen o una idea.

Si estás en sintonía con el Espíritu Santo y te esfuerzas por obedecer al Señor y cumplir Su voluntad, tu comunicación con Él será bien nítida, y captarás Sus señales —Sus respuestas e indicaciones— de forma clara y precisa. No basta con orar; hay que adentrarse en el Espíritu. Apunta tu antena hacia Él, sintonízate, y verás que te dirá exactamente lo que debes hacer.

Cuando pidas al Señor que te hable acerca de una pregunta o un problema que tengas, debes tener fe. Si le pides una respuesta, cuenta con que la recibirás y toma lo primero que te venga. Si realmente crees y acudes al Señor, Él no te defraudará. Lo que oigas o veas con los oídos u ojos de tu espíritu, esa es Su respuesta. ¡Cuenta con ella!

¡Respira hondo!



PARA MANTENERSE VIVO, nuestro organismo, como la llama de una vela, necesita continuamente oxígeno. Se trata de una necesidad fisiológica que ilustra una importante verdad espiritual: que si queremos seguir brillando para el Señor (Mateo 5:16), necesitamos respirar en todo momento el Espíritu Santo, el cual viene a ser nuestro oxígeno espiritual, el aire que tenemos que inhalar para mantenernos vivos espiritualmente.

La palabra hebrea empleada a lo largo del Antiguo Testamento para referirse al espíritu es *ruach*, que también significa aire o aliento; en el Nuevo Testamento se utiliza el vocablo griego *pneuma*, que significa lo mismo. Si no respiras todo el tiempo el aire del Espíritu, te asfixiarás y morirás espiritualmente. Como la llama de una vela, tu fuego espiritual se apagará.

Para mantenernos vivos no nos basta con comer; nos hace falta también el aire para poder digerir la comida, para extraer de ella energía. Del mismo modo, el alimento espiritual que es la Palabra de Dios no es suficiente; necesitamos también el oxígeno del Espíritu para asimilarla y sacar de ella fuerzas y energía espirituales. Lo uno sin lo otro no basta. Necesitamos ambas cosas: ¡la Palabra de Dios combinada con Su Espíritu!

¡Gracias a Dios por el Cielo y por la esperanza de las maravillas que nos aguardan!



¿NO TE ENCANTARÍA DISFRUTAR de todo lo que tienes ahora, pero sin sufrimientos ni enfermedades ni muerte ni cansancio ni ninguna de las dificultades de nuestra existencia actual? Mientras el pecado y sus consecuencias tengan presencia en este mundo, no lograremos sacarle de verdad todo el jugo a la vida; pero en el Cielo no habrá nada de eso (Apocalipsis 21:4). Allí se cumplirán todos los deseos de nuestro corazón.

Será un mundo nuevo, libre de pecado, en el que todo será una alegría y un placer, todo perfecto. Habrá paz, armonía, cooperación y amor. En el Cielo todo será verdad... ¡toda la verdad y nada más que la verdad! Todos seremos como Jesús: buenos, íntegros, amorosos, comprensivos y amables. Será una sociedad ideal, en la que habrá perfecta concordia entre todos y con el Señor. Fantástico, ¿verdad?

El plan de Dios no se malogrará. Él se encargará de que alcancemos la perfección, tal como Él la concibió desde el principio. Gozaremos de felicidad eterna y de una alegría maravillosa. Será como vivir en el paraíso, algo parecido a lo que tenemos ya los que amamos al Señor, ¡solo que mucho mejor, y para siempre!

«He aquí que para justicia reinará un rey [Jesús] y príncipes presidirán en juicio» (Isaías 32:1).



EL RETORNO DE CRISTO SERÁ ni más ni menos que una invasión extraterrestre. Cuando por fin regrese a poner orden en la Tierra, tomará el mando «con poder y gran gloria» (Mateo 24:30). En la gran batalla de Armagedón, las huestes celestiales, con Jesús a la cabeza en un caballo blanco, vendrán del Cielo para derrotar al Anticristo y acabar con su régimen (Apocalipsis 19). Jesús y Sus santos —Sus seguidores de todas las épocas— conquistarán el mundo con el poder de Dios y harán que sus habitantes vivan como hubieran debido hacerlo siempre (Apocalipsis 20:4).

La Palabra de Dios dice que entonces reinaremos sobre las naciones y las regiremos con vara de hierro (Apocalipsis 2:26,27). Estas se verán obligadas a reconocer la autoridad de Dios y acatar Sus amorosas leyes. A los que queden en la Tierra se les someterá a un control férreo; de lo contrario, muchos no obedecerían. Solo entonces se pondrá por fin coto a la gente mala, vengativa y belicosa, y los amantes de la paz, el Dios de paz y el Príncipe de Paz tomarán el poder e instaurarán la paz en la Tierra.

¡Príncipe de paz eterna!
¡Nuestro Sol, Señor Jesús!
Al resucitar nos diste
salvación y vida y luz¹.

En nuestra religión lo esencial es el amor.



LA BIBLIA PROPUGNA EL AMOR, el amor de Dios por medio de Su Hijo Jesucristo. Dios nos bendice también con otros tipos de amor, y todos son importantes; pero el Suyo más que ninguno. Esa es la piedra angular de la religión que debemos practicar los cristianos: el amor a Dios y al prójimo. Jesús mismo centró Sus enseñanzas en el amor, la Buena Nueva de que Dios es amor (1 Juan 4:8). No nos hace falta más religión que practicar el amor verdadero, auténtico, desinteresado, abnegado, el amor de Dios.

«Amarás al Señor tu Dios [...] y [...] amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas» (Mateo 22:37–40). ¡El amor engloba la totalidad de las leyes de la Biblia! Quien practica el amor las observa todas. Quien se rige en todo por el sincero amor a Dios y a sus semejantes cumple todas las leyes de Dios.

Esa es la base de nuestra salvación y de nuestro mensaje: el amor, el amor auténtico, el amor a Dios y a los demás. El amor de Dios obra en nosotros y nos ayuda a cumplir Su gran mandamiento de amarnos unos a otros. ¡Podemos sentirnos muy agradecidos por ese tierno amor que tenemos en el Señor!

¿Verdad que es maravilloso disfrutar del amor? Si tienes a Dios, tienes amor, porque Él es amor (1 Juan 4:8).

«¡Mirame, siénteme, tócame, sáname!» ¡Ese es el clamor del mundo!



MUCHÍSIMAS PERSONAS ANDAN SIEMPRE buscando amor y rara vez lo encuentran. En algunos casos, nunca. En todas partes hay gente que busca un rayito de esperanza, un destello de luz, una migaja de amor, un poco de comprensión, una muestra de misericordia, alguna salvación, algo que alivie su soledad y su dolor. Los que hemos hallado a Dios y Su amor tenemos lo que otros han anhelado toda la vida y necesitan urgentemente.

Lo mejor que podemos dar a los demás es amor, demostrarles que los amamos. Si logramos convencerlos de que el amor existe, les resultará más fácil creer que Dios existe. Aun los pequeños gestos significan mucho. ¡Un poquito de amor llega lejísimos! La luz de nuestra sonrisa y la expresión de bondad de nuestro rostro pueden tener un efecto sorprendente en los demás, incluso en los que nos parecen más inmovibles. Cuando perciben nuestro amor y les decimos que se trata del amor de Dios, no pueden evitar pensar: «¡Tal vez sea cierto que hay Alguien allá arriba que me quiere mucho!» ¡Y eso puede transformar todo su enfoque de la vida!

La habilidad más preciada es la disponibilidad.



DIOS NO CREA SANTOS DE LA NADA. Los crea a partir de personas de carne y hueso. Son gente normal y corriente que lo ama y se pone a Su servicio. La mayoría de los grandes santos que ha habido simplemente hicieron lo que les pareció necesario, aunque nadie se enterara o supiera siquiera de su existencia. Siempre estaban accesibles cuando alguien requería su ayuda; siempre se percataban de las necesidades que surgían y respondían adecuadamente.

Si amas de verdad a Dios y al prójimo, serás consciente de las necesidades que hay a tu alrededor y harás lo que sea preciso. Y si Dios ve que realizas bien, con cariño y diligencia, las labores más sencillas, sabrá que puede confiarte tareas de mayor envergadura (Lucas 16:10). Pero no te obligará a nada. Todo depende de ti, de tu sumisión a Él y de tu buena voluntad para servir. La sumisión exige humildad, que es una manifestación de amor; un amor que te motiva a ir adonde sea, en cualquier momento, para hacer lo que sea y por quien sea, como un don nadie, simplemente para agradar a Dios y ayudar a los demás.

¿Estás preparado para cualquier cosa que Dios te pida?
«Hermanos, os ruego [...] que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto» (Romanos 12:1).

Estamos toda la vida superando dificultades con las que Dios nos pone a prueba.



DIOS JAMÁS PERMITE que nos sobrevengan tentaciones irresistibles (1 Corintios 10:13); pero sí autoriza al diablo a poner a prueba nuestra fe para ver si acudimos a Él y a Su Palabra y nos plantamos firmes.

Al pasar de un grado al siguiente, las pruebas resultan más exigentes y las decisiones más difíciles. Cuanto más considere Dios que eres capaz de soportar, más difícil será la prueba. Pero por muy dura que sea, si confías en que Él te sacará adelante, no murmurarás ni te quejarás. Más bien te alegrarás, alabarás a Dios y le darás las gracias por los contratiempos, sabiendo que Él te puede rescatar, igual que salvó a Job. Job demostró su fe y su amor a Dios aguantando el sufrimiento, y cuando dio la respuesta correcta —«aunque Él me mate, en Él esperaré»—, superó la prueba y se ganó el diploma (Job 13:15).

No es que Dios permita que nos sobrevengan dificultades y sufrimientos solo para determinar si tenemos fe; en definitiva eso Él ya lo sabe. Es también para que nosotros y los demás lo veamos. La prueba se convierte así en un testimonio. Y al superarla nos fortalecemos en el Señor y salen a relucir nuestras mejores cualidades.

La única diferencia entre nosotros y otros pecadores es que estamos salvados por haber aceptado a Cristo.



SEAMOS REALISTAS, TODOS SOMOS

PECADORES. «Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). No es que Dios esté disgustado con los pecadores porque quebrantan las normas, pues sabe que son pecadores y que no pueden ser perfectos. La gran condenación no es que seamos pecadores, lo cual Dios puede perdonar y en efecto perdona si aceptamos Su indulto por medio de Jesús; sino que «esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Juan 3:19).

El único pecado imperdonable es rechazar a Jesús como Salvador, repudiar el amor de Dios después de que se te ha dado a conocer. Eso es una blasfemia contra el Espíritu Santo (Marcos 3:28,29). Dios perdona cualquier pecado del mundo menos ese.

O eres de Jesús, o no eres Suyo. Esa es la única distinción que hace Dios. Lo único que Él ve es la sangre de Jesucristo y las almas lavadas en ella.

Prodigaré alabanzas
al Cordero [Jesús] inmolado.
Limpió todas mis manchas
y expió mis pecados¹.

«Esta ha hecho lo que podía».



¿RECUERDAS EL COMENTARIO DE JESÚS

SOBRE la buena mujer que le ungió la cabeza con un costoso aceite aromático poco antes de Su muerte? Dijo: «Esta ha hecho lo que podía» (Marcos 14:3–9).

Aunque sientas que no eres capaz de gran cosa, ¡al menos puedes hacer algo! Si llevas a cabo diligentemente, lo mejor posible, la labor que Dios te ha encomendado que hagas para Él, sea esta grande o pequeña, Él te recompensará con creces dentro de poco, cuando comparezcas ante Jesús en el «tribunal de Cristo» (Romanos 14:10). Cosecharás galardones eternos y gloria perpetua, y sentirás una satisfacción auténtica y permanente por haber invertido en Su obra. «Bien, buen siervo y fiel —le oirás decirte—; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25:21).

¿Has hecho lo que has podido? ¿O crees que más adelante te pesarán tus pecados de omisión? No pierdas tu recompensa ni dejes que otro te arrebate la corona que Dios tiene para ti (Apocalipsis 3:11).

Cristo a mí me satisface; pero a veces yo me digo
al pensar en el Calvario: «¿Cuán satisfecho está Él conmigo?»¹

Antes de la unción viene la obediencia.



NO SE RECIBE LA UNCIÓN para obedecer, sino como resultado de la obediencia. El Señor da mucha importancia a que hagamos lo que Él nos manda simplemente porque Él lo dice. Aunque no entendamos todas las razones, es importante obedecerle sin más. Claro que una vez que acatamos Su voluntad, por lo general se hace evidente el motivo detrás de Sus indicaciones, o Él se encarga de explicárnoslo.

Jesús ordenó a Sus discípulos que se quedaran juntos en Jerusalén hasta que fueran «investidos de poder desde lo alto» para llevar por todo el mundo el evangelio del amor de Dios (Lucas 24:49; Hechos 1:4,5,8). Al cabo de diez días de obediencia ocurrió el tremendo estallido del día de Pentecostés, cuando todos fueron llenos del Espíritu Santo. Fue tal la conmoción que millares de personas acudieron para averiguar qué pasaba, y aquel día se salvaron tres mil (Hechos 2).

Si crees en la Palabra de Dios, Él te dará fe para dar el primer paso de obediencia. En el instante en que lo hagas, recibirás la unción para seguir. La prueba consiste en ver si vas a obedecer; pero en cuanto lo hagas, Dios intervendrá y te dará sin falta Su apoyo.

¡Todos los días pueden ser festivos en honor de Jesús!



TODOS LOS DÍAS PUEDEN SER de fiesta si vivimos para Jesús. Cada día puede ser santo, sagrado, puro y estar consagrado al servicio de nuestro Señor.

Hay quienes dan más importancia a un día que a otro; pero nosotros deberíamos considerarlos todos iguales (Romanos 14:5). Todos pertenecen al Señor, así que todos son días benditos. No hay que amar más a Dios en cierto día de la semana. Se lo debe amar y adorar todos los días por igual.

Cada día puede ser un día de acción de gracias: debemos estar agradecidos y valorar cada instante, alabando y dando gracias al Señor continuamente. Cada día puede ser Navidad: si la Navidad está presente en nuestro corazón y nuestros pensamientos, podemos vivir cada día como si fuera Navidad. Cada día deberíamos amarlo con más intensidad, aparte de procurar ser más cariñosos y prestar más ayuda a los demás. De esa manera todos los días serán como el de Navidad, como el de Acción de Gracias, como el de nuestro cumpleaños y como el de Año Nuevo, ¡todo a la vez!

Siempre me proteges.
En Ti espero yo.
¡Cada día juntos
es mejor que el anterior!¹

«Temo que [...] las mentes de ustedes sean desviadas de la sencillez [...] de la devoción a Cristo» (2 Corintios 11:3, NBLH).



LA PRIMERA VEZ QUE EL DIABLO tentó al hombre lo sedujo con algo que presuntamente lo haría más sabio: el conocimiento (Génesis 3:1–6). Hoy en día ocurre algo similar: se escriben muchos libros inspirados en la maligna sabiduría del mismísimo diablo, astutamente concebidos para engañar, descarriar, corromper, pervertir y viciar el espíritu de las personas, hasta el punto de que no son capaces de reconocer la verdad.

«Dios no es Dios de confusión» (1 Corintios 14:33). A Él le gusta expresarlo todo en términos muy sencillos. Por eso es maravilloso contar con la guía de la Biblia. Nos permite distinguir entre lo pervertido y lo normal, entre el bien y el mal. «La sabiduría de este mundo es insensatez ante Dios» (1 Corintios 3:19). No es posible llenarse la mente y el corazón de conocimientos mundanos, de tonterías de los hombres, sin que ello afecte nuestro espíritu, del mismo modo que no puede uno meterse en un basural o una alcantarilla sin ensuciarse (Colosenses 2:8).

¿Para qué perder el tiempo con complejas y confusas teorías y filosofías humanas teniendo a la mano la Palabra de Dios, que es tan sencilla y directa? ¡Opta por las aguas refrescantes de la Palabra, que alimentan el alma, renuevan el pensamiento, elevan el espíritu, dan aliento y purifican todo el ser!

Cuando Dios considera necesario corregirnos, siempre lo hace con amor.



DIOS ES JUSTO, CLEMENTE Y AMOROSO.

Trata a Sus hijos con mucho cariño, tolerancia y paciencia. No obstante, cuando ve que nos estamos descarriando, actúa con firmeza. A veces nos da a probar Su vara para apartarnos del mal camino, tal como hace un pastor con una oveja díscola. Es amoroso, sí, pero también un excelente Padre que sabe castigarnos cuando es preciso.

Y aunque en ocasiones Sus azotes nos resultan dolorosos, son muestras del amor que nos tiene, desagradables gentilezas que nos hacen bien si escarmentamos y de ese modo recuperamos la armonía con Él y decidimos hacer lo que Él sabe que es mejor para nosotros y para los demás. Por lo tanto, no olvidemos la exhortación que como a hijos se nos dirige: «Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor ni desmayes cuando eres reprendido por Él, porque el Señor al que ama, disciplina» (Hebreos 12:5,6). Con Sus castigos, Dios nos demuestra Su amor.

Si dejas entrar la luz, la oscuridad se desvanecerá.



EL DIABLO ES EL ACUSADOR DE LOS SANTOS (Apocalipsis 12:9,10). Nos censura por nuestras omisiones, lo que hubiéramos podido o debido hacer y no hicimos. Nos echa en cara todas nuestras insuficiencias y defectos, nuestras debilidades y fallos. Si le prestas atención, estás perdido, porque siempre habrá algo más que podrías haber hecho o que desearías no haber hecho. Siempre habrá algo —alguna negligencia, algún descuido, un error, una falta, un mal hábito— que el diablo podrá reprocharte si quiere, ¡y ganas no le faltan!

Pero ¡gracias a Dios por Jesús! Él es el antídoto. Siempre nos señala las cosas buenas. Nunca deja de creer en nosotros, nunca deja de amarnos, aun cuando nos equivocamos. Por eso, cuando el diablo te acose con pensamientos negativos sobre ti mismo o sobre otras personas, no le hagas caso. Escucha más bien a Jesús. ¡Deja entrar la luz! Piensa en algo positivo. Haz memoria de lo bueno, una y otra vez. Al pensar en lo bueno de ti mismo y de los demás ahuyentarás las dudas, los temores y las acusaciones con que el diablo nos da la lata. Llena tu corazón, tu mente y tu lengua de cosas buenas. Espanta al diablo y todas sus sombras tenebrosas dejando entrar la luz. Piensa en todo lo bueno de que disfrutas, ¡y el diablo saldrá despavorido!

¡Lo que todos necesitan es amor!



LA GENTE TIENE SED DE AMOR. Ansía un amor que hasta ahora no ha conocido, un amor auténtico, sincero, genuino, el verdadero gran amor de su vida, un amor superior a todos los demás, el cual solo nos puede brindar el Amante por excelencia, ya que Él es el único capaz de satisfacer el profundo deseo que tiene toda alma humana de llegar a ser amada y comprendida plenamente.

El corazón de las personas es igual en todas partes del mundo. Nuestros anhelos, nuestros amores, nuestra ansia de alegría, felicidad y paz interior, nuestra hambre de Dios y de Su verdad son universales. Él mismo puso todo eso en nosotros. No podemos ser felices mientras vivamos apesadumbrados, turbados, decaídos y espiritualmente perdidos. El alma humana no puede sentirse del todo satisfecha a menos que esté perfectamente unida al gran Espíritu de amor que la creó. La carne encuentra satisfacción en la carne; pero el espíritu, solo en el Espíritu.

¿Quieres la llave que te permitirá abrir cualquier corazón?
¡Prueba el amor! ¡Nunca falla, porque Dios es amor, y Él no puede fallar!

¡He hallado el dulce misterio de la vida!
¡Al fin la razón de todo he descubierto!
Todo el mundo anhela amor y solo amor,
¡y por amor seguiré mi llamamiento!¹

¹ Paráfrasis de *Dulce misterio de la vida*, de Rida Johnson Young (1869–1926).

Dios tiene que limpiarnos diariamente.



QUIZÁ TE SUENE RARO, pero según la Biblia todo el que cree en Jesús es un santo. La mayoría de las personas cree que la santidad es un estado de perfección permanente; pero en realidad la antigua palabra griega *hagio*, traducida como *santo* en el Nuevo Testamento, significa limpio, separado y guardado para un futuro uso. El mismo sentido tenía el verbo correspondiente, *hagiazó*, traducido como *santificar*. Es posible que no seamos perfectos o inmaculados, pero la sangre de Jesús nos lava y nos santifica. Él nos toma y con Su sangre limpia nuestras manchas de pecado y con Su Palabra nuestros malos pensamientos (1 Juan 1:7; Apocalipsis 7:14; Efesios 5:26).

La santificación no es un hecho único que ocurra una sola vez al aceptar la salvación. Es un proceso continuo. Cuando Jesús lavó los pies a Sus discípulos en la Última Cena (Juan 13:4–12), quiso ilustrar que, aun después de que Él nos salva y nos limpia de nuestros pecados, es necesario que nos lavemos un poco cada día, porque en el curso de nuestro servicio a Él es inevitable que nos metamos en la mugre de este mundo. ¿Transcurre acaso un solo día sin que pequemos? No. Somos humanos, por lo que Él tiene que purificar a diario nuestra mente, nuestros pensamientos, nuestro cuerpo, nuestras acciones y nuestras palabras. Si queremos seguir siéndole útiles, debemos permitir que nos lave y nos vuelva a separar vez tras vez.

Si queremos progresar y madurar espiritualmente, debemos crecer en amor.



EL AMOR ES LO MÁS IMPORTANTE

(1 Corintios 13). De hecho, todo el propósito de la existencia es amar a Dios y al prójimo. No solo conquistar a los perdidos donde sea que estén, sino también a los hermanos en Cristo que tenemos a nuestro lado. El amor es la razón de ser de todo.

Tenemos una relación directa con el Señor mediante la alabanza, la oración y la obediencia a Su Palabra; pero en el plano personal nos relacionamos mayormente con otros seres humanos, y lo principal que debemos aprender es a amarlos. Si no sabemos trabajar bien en colaboración con los demás y tratarlos con amor, es señal de que no hemos asimilado una de las grandes enseñanzas de la vida.

No conseguiremos avanzar ni progresar mucho a menos que aprendamos a relacionarnos armoniosamente con los demás, lo cual no siempre es fácil, pues requiere paciencia, amor y humildad. Jesús nos dio una pauta muy sencilla para lograrlo cuando nos exhortó a tratar a los demás como deseamos que ellos nos traten (Mateo 7:12). Llevar eso a la práctica exige bastante aplicación, pero para eso estamos aquí. ¿Quieres hacer progresos? Pues entonces, ama.

La vida misma es prueba de que Dios existe, porque toda ella es un milagro.



UNA INSIGNIFICANTE GALLINITA en el corral de un humilde campesino demuestra que Dios existe, porque produce cada día una maravilla de la creación: un huevo, nueva vida procedente de la mano de Dios.

La fabulosa creación de Dios está viva. Es creativa, vivificadora, regenerativa. Está continuamente multiplicándose, renaciendo y reparándose. Todas las especies vegetales y animales son así. Cuando Dios creó el mundo, ordenó que cada variedad y cada especie «cuya semilla está en ella» (Génesis 1:12,21,22) produjera más vida del mismo género.

El sistema productivo de Dios es lo más eficiente que hay. Él tiene un plan para todo, un plan perfecto. No se desperdicia nada, ni hay contaminación. Todo lo que Él produce es puro y bueno. De no ser por el pecado, ni siquiera habría muerte (Romanos 5:12). No habría ningún desecho, y nada se destruiría. Solo existiría el sistema original de Dios, en el que todo era vida, no había muerte y no se perdía nada. Así volverá a ser un día para todos los que acepten el amor de Dios en la figura de Jesús y le correspondan con el suyo. Magnífico, ¿verdad?

Que se te conozca siempre por tu amor.



¿CON QUÉ EXHORTACIÓN SE DESPIDIÓ JESÚS de Sus apóstoles en la Última Cena, antes de ser arrestado, azotado y muerto? «En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros» (Juan 13:35). Les habló del amor, de que el amor era lo más importante.

Los primeros cristianos revolucionaron el mundo con el amor de Dios que habían descubierto en Jesucristo. Hasta los gobernantes romanos se maravillaban del amor de los cristianos y decían: «¡Mirad cómo se aman!» Los romanos se convencieron de que la fe de los cristianos era auténtica viendo su modo de vivir, y se preguntaban: «¿Quién es ese tal Cristo? ¿Cómo los hace tan felices? Ustedes, sin tener nada, ¡lo poseen todo! ¿Qué puedo hacer para alcanzar esa felicidad que a mí me falta?» Y al cabo de 200 años, cuando el cristianismo estaba todavía proscrito en el Imperio romano, ¡una persona de cada cinco se declaraba cristiana, y todo el mundo civilizado estaba saturado con el Evangelio de Jesucristo!

Un poquito de amor puede llegar muy lejos, más de lo que te imaginas. ¡Ama, pues, al Señor y a los demás, y no dejes de dar testimonio del amor de Jesucristo!

«Bienaventurados los mansos, porque recibirán la tierra por heredad» (Mateo 5:5).



EL MUNDO ENTERO ES DE DIOS. En cierto sentido, el diablo se lo ha robado por un poco de tiempo, pero pronto volverá en su totalidad a las manos de su legítimo dueño. Entonces por fin los mansos heredarán la Tierra. Ahora mismo hay fuerzas impías que dominan el planeta con su cruel filosofía egoísta, competitiva y brutal que entrega el mundo a los más fuertes; pero durante el reinado de Cristo en la Tierra será dado a quienes tienen auténtico derecho a gobernarlo a causa de su amor, mansedumbre, perdón y fe en Dios y en Su Palabra. Entonces, bajo la autoridad suprema del propio Jesús, los lastimosos grupillos de cristianos y creyentes perseguidos heredarán la Tierra y la regirán con amor y con el poder de Dios (Daniel 7:27).

Los más mansos y humildes se convertirán en las personas más influyentes de la Tierra y gobernarán el mundo con amor y con «vara de hierro», haciendo uso, cuando sea necesario, de la fuerza combinada con el amor para obligar a las naciones a acatar las leyes de Dios y seguir Sus normas de vida, amor, salud y felicidad. Entonces habrá por fin paz en la Tierra para los hombres de buena voluntad (Apocalipsis 2:26,27; Lucas 2:14).

Nuestras obras no son en vano; perdurarán mucho más de lo que algunos nos imaginamos.



NUESTRO TRABAJO ACTUAL ES IMPORTANTE, y no caerá en saco roto. Toda la preparación por la que pasamos ahora nosotros, los hijos de Dios, forma parte de Su plan y tiene como objeto capacitarnos para tareas mejores y más trascendentales.

En el más allá muchas cosas serán iguales, especialmente durante los mil años en que Cristo reinará en la Tierra, período que se conoce como el Milenio. Quizá te resulte decepcionante, pero en el otro mundo no seremos del todo perfectos. Tendremos algunas características humanas y otras divinas, y aprovecharemos gran parte de los conocimientos, la experiencia, las destrezas, los idiomas y las habilidades que hayamos adquirido en esta vida. Dios no desperdiciará todos estos años de preparación.

Lo que hacemos ahora tiene valor eterno. «Haced tesoros en el cielo» (Mateo 6:20). ¿Qué tesoros? La Biblia dice que nada trajimos a este mundo, y nada podremos llevarnos de él, es decir, nada material (1 Timoteo 6:7). Nos llevaremos nuestros hijos y las almas que ganemos para Jesús, y eso no es todo. También nos llevaremos los conocimientos y la experiencia que adquiramos en esta vida.

¿Estás haciendo ahora preparativos para lo que vendrá más adelante? Ya verás que no serán inútiles, sino que se aprovecharán eternamente.

No subestimes la ventaja de tener un impedimento físico.



DIOS SABE LO QUE HACE. En todo tiene una razón y un propósito. Nosotros no siempre lo entendemos, pero no hay necesidad. Basta con que dejemos que todo lo que Él nos envíe cumpla Su propósito.

«A los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien» (Romanos 8:28), sean cuales sean, aunque a nosotros no nos parezcan muy buenas. A la larga, Dios suele sacar las mayores victorias de aparentes derrotas, por mucho que en el momento no parezca que vaya a ser así. Tal vez se te ha dado un impedimento físico con el objetivo de fortalecerte en otros aspectos, como en la fe y en el amor, y habilitarte para impartir esas cualidades a los demás.

Cuando el inglés William Moon (1818–1894) se quedó ciego, dijo: «Dios me dio el talento de la ceguera a fin de que lo empleara para Su gloria. Sin mi ceguera, jamás habría visto las necesidades de los ciegos». Seguidamente Dios lo ayudó a crear el alfabeto Moon para ciegos, mediante el cual miles de invidentes pudieron leer la Palabra de Dios y muchos se salvaron de formas maravillosas.

¡Así que no te des por vencido! No te hundas en tus pesares. Convierte tu impedimento en una ventaja. Construye un puente con las ruinas de tus sueños. Hazte de nuevo a la mar. Ese impedimento físico no tiene por qué ser tu fin. Es más, ¡quizá no sea sino el comienzo!

Los detalles pueden determinar tu éxito o tu ruina; ¡así de importantes son!



Ciertas cosas que a nosotros pueden parecernos intrascendentes pueden ser importantísimas para Dios y cruciales para nuestra felicidad y nuestro éxito. No hay más que ver el efecto que tuvo una decisión desacertada en el Jardín del Edén (Génesis 3:7–11), o un barquito en medio del diluvio universal (Génesis 7), o un pequeño arreglo económico que condujo a la muerte del Salvador (Mateo 26:14–16).

Un pequeño error —la ausencia de una sola cosa— puede salir caro. Es como esa máxima que dice: «Por un clavo se perdió una herradura, por esta un caballo, y por este un jinete»¹. ¡Todo por un clavito! «Un poco de levadura fermenta toda la masa» (Gálatas 5:9), y son las zorras pequeñas las que echan a perder las viñas (Cantar de los Cantares 2:15).

Por otra parte, una minucia puede conducir también a algo grande. Una piedrecita derribó a un gigante (1 Samuel 17), un simple pesebre cambió el destino de la humanidad (Lucas 2:7) y una fe del tamaño de una semilla de mostaza puede mover montañas (Mateo 17:20).

«El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto» (Lucas 16:10). Sé diligente y minucioso con los detalles, y Dios se valdrá de ti para grandes cosas.

¹ Incluida en el *Almanaque del pobre Richard* de 1757, de Benjamin Franklin.

Diviértete, disfruta de la vida, ¡y por encima de todo disfruta del Señor!



DIOS QUIERE QUE GOCEMOS DE LA VIDA. Lo ha creado todo para nuestro deleite y nos ha dado los sentidos para apreciarlo. Todo lo bueno y perfecto que Dios nos envía de lo alto fue creado para que nosotros, Sus hijos, lo disfrutáramos (Santiago 1:17).

Disfruta tanto como quieras, en la medida en que lo necesites, de los placeres que Dios te regala; pero no disfrutes más de ellos que de Él. Desear desmedidamente ciertas cosas es como rendirles culto, lo cual es pecado. «No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo —nos advierte la Biblia—. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Juan 2:15). No permitas que las bendiciones que Dios te concede se vuelvan lo más importante de tu vida, pues Él no acepta quedar en un segundo lugar. Quiere que lo ames por sobre todas las cosas. Dice: «No tendrás otros dioses delante de Mí» (Éxodo 20:3, NBLH).

No te olvides de poner primero a Dios. Ámalo y adóralo por encima de todo y agradécele todo lo que te ha dado para tu deleite. ¡Así podrás disfrutar de todo ello y por añadidura del Cielo!

Cuando decides servir a Dios, ¡se desata un infierno!



SI EL DIABLO CONSIGUE ASUSTARTE antes de que empieces a hacer lo que Dios quiere, nunca lo harás. Por eso, para evitar que te pongas a servir a Dios, saca toda su artillería y prueba contigo su repertorio de jugarretas, porque se imagina que si logra impedir que comiences, jamás llegarás a hacerlo.

Lo que el diablo teme es tu testimonio. Sabe que por causa de ti, por tu influencia, otros se escapan de sus garras. Cada persona que logras que acepte a Jesús se convierte en una amenaza para cientos que él considera suyos; de ahí que haga todo lo posible por paralizarte.

En los días de prueba por los que pasó Jesús antes de iniciar Su ministerio, fue llevado al desierto por el Espíritu Santo y, tras ayunar 40 días, fue tentado por el diablo. ¡Imagínate! ¡Al diablo se le permitió poner a prueba al propio Jesús! Pero este no cedió ante sus ataques, sino que los resistió con la Palabra de Dios. Al final el diablo, viendo que Jesús respondía con las Escrituras y que no se iba a rendir, lo dejó.

Por el amor de Dios, por el bien de los demás y por ti mismo, no permitas que el diablo te engañe para que no hagas lo que Dios quiere. «Resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

Con amor es mejor.



DIOS SIEMPRE HA BUSCADO MOTIVARNOS, convencernos de que hagamos las cosas porque lo amamos a Él, amamos al prójimo y por tanto queremos conducirnos bien. Siguiendo Su ejemplo, nosotros también debemos tratar de persuadir a los demás para que actúen correctamente movidos por el amor.

Hay caballos que aman y obedecen a sus dueños, y otros que son tercos y rebeldes. Requiere mucho más tiempo y paciencia amansar un caballo con cariño; pero de esa manera se obtiene un caballo mucho mejor y más dócil que el que ha sido domado por la fuerza y obligado a someterse por temor al castigo.

Si le enseñas a un caballo a obedecerte voluntariamente y a seguir toda instrucción que le des porque te ama y confía en ti, tendrás la mejor montura que podrías desear. En cambio, un caballo testarudo al que fue necesario domar por la fuerza querrá infringir las reglas cada vez que se le presente la oportunidad. Lo mejor es proceder con suavidad, no por la fuerza.

Así como está claro que Dios necesita de mucha paciencia y amor con nosotros, también nosotros debemos ser pacientes y amorosos con los demás. «Sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (Efesios 4:32).

Los santos pecadores nos dan esperanza.



DIOS HA PERMITIDO QUE TENGAMOS algunos grandes santos como modelos; pero casi todos los hombres y mujeres de la Biblia que se destacaron por su fe fueron héroes con pies de barro, tan humanos como nosotros.

Muchos consideran que eso prueba que la Biblia fue escrita por Dios y no por hombres, pues cuando los hombres narran la Historia encubren todos los errores y pecados de sus héroes, mientras que el Libro de Dios, la Biblia, cuenta los hechos tal como ocurrieron, no solo lo bueno. La Palabra de Dios dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. En ciertos pasajes Dios pinta las cosas tan negras como realmente fueron, para hacernos ver lo malos que pueden llegar a ser los seres humanos cuando no lo conocen o cuando se apartan de Su voluntad. Debemos aprender de lo que Él les enseñó a otros. Dice que muchos incidentes que les ocurrieron no solo tuvieron un propósito relacionado con ellos, sino que se escribieron para nosotros, para que comprendiéramos mejor los caminos de Dios (1 Corintios 10:11).

La Palabra de Dios siempre presenta a sus héroes tal como fueron: personas comunes y corrientes. Al igual que nosotros, cometieron tremendos errores, y algunos hasta pecados espantosos. Sin embargo, cuando se arrepintieron, Dios los perdonó, ¡lo cual nos da esperanzas a todos los que somos pecadores!

«¿Acaso no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios está en vosotros?» (1 Corintios 3:16).



SOMOS EL MISMÍSIMO TEMPLO DE DIOS, nosotros que somos Sus hijos, vivimos con Él día tras día y lo adoramos en nuestro corazón.

La verdadera iglesia de Dios siempre ha sido el conjunto de creyentes, la comunidad de los santos, la asamblea de los santos. La palabra *iglesia* proviene del antiguo vocablo griego *ekklesia*, que significaba «los llamados afuera» o «los separados». La iglesia no es el templo, sino la gente. En sus inicios, el culto cristiano no necesitaba edificios ni grandes templos construidos por manos humanas, los cuales de todos modos no pueden contener a Dios (Hechos 7:48). Lo adoraban en casas particulares, en aposentos altos, en sótanos, en el mercado, en la ribera del río, en el bosque, dondequiera que estuviesen. Y en poco tiempo el cristianismo se extendió por toda la tierra, porque los apóstoles obedecieron y salieron a cumplir su misión. En lugar de hacer construcciones, salieron y edificaron la verdadera Iglesia de Jesucristo en los corazones de las personas, un templo constituido de «piedras vivas», como nos llama Pedro (1 Pedro 2:5).

Dios mora en el corazón de las personas. Los templos no pueden contenerlo, pero si has aceptado al Señor Jesucristo, Él vive en tu interior (Gálatas 4:6).

Nuestra conciencia es la presencia de Dios en nosotros.



ES ASOMBROSO Y MARAVILLOSO que en el mundo entero, prácticamente en todas las culturas, aun en los sitios más remotos, todos parezcan saber la diferencia entre el bien y el mal. La gente comprende que ciertas cosas son pecado y tiene leyes que las prohíben. Los principios morales de Dios son bastante universales.

El Espíritu Santo es fiel en hablarle a cada persona al corazón y avisarla cuando actúa mal. La gente sabe distinguir el bien del mal. Tal vez no conozca a su Señor, no conozca toda la verdad y la Buena Nueva de la salvación, pero sabe discernir lo bueno de lo malo. «Llevan escrito en el corazón lo que la Ley exige, como lo atestigua su conciencia, pues sus propios pensamientos algunas veces los acusan y otras veces los excusan» (Romanos 2:15, NVI). Dios revela a todos algo de luz, y juzgará a cada uno según cómo se haya conducido con relación a la luz que se le dio.

Dios nos concedió libertad como agentes morales. Nos da a todos la soberana facultad de escoger entre el bien y el mal, entre seguir la guía de Dios y hacer caso de la voz de Satanás. ¿Qué harás tú?

Para dar lo que tienes no necesitas ser millonario.



NO HAY UN SOLO HIJO DE DIOS que no pueda dar algo para Su obra. Tal vez pienses que no te lo puedes permitir, y es posible que al principio no puedas dar mucho; pero Dios bendice a todos los que son generosos. Si no eres rico, con mayor razón deberías practicar la generosidad, para que Dios pueda bendecirte y llevarte a tener más.

La economía de Dios y la del mundo se rigen por principios contrarios. La gente del mundo dice: «Cuando tenga millones, entonces comenzaré a dar». El Señor dice: «Comienza dando lo que tienes ahora, y te daré más». Las personas dicen: «Primero voy yo. La primera ley de la naturaleza es el instinto de conservación». Pero Dios dice: «Preocúpate primero de Mí y de los Míos, y Yo luego cuidaré de ti» (Mateo 6:33).

Con Dios, para llegar a disfrutar de abundancia tienes que sacrificar y dar de lo que tienes. «Hay quienes reparten y les es añadido más, y hay quienes retienen más de lo justo y acaban en la miseria» (Proverbios 11:24). Cuanto más rápido regales y compartas lo que tienes, más te prodigaré el Señor, y más rico te volverás para que puedas compartir más. La codicia y la tacañería empobrecen; la caridad y la generosidad enriquecen.

Es preferible esforzarse por conservar la salud que tener que recuperarla.



RECUERDA QUE MÁS VALE PREVENIR que curar. Más vale valla en lo alto del precipicio que hospital en el fondo. La mejor manera de evitar enfermedades es obedecer las leyes naturales de Dios: vivir bien, comer bien, trabajar bien, solazarse bien, descansar bien, amar bien y mantener una buena relación con Él.

No podemos incumplir las leyes de salud que Dios ha fijado o abusar de nuestro cuerpo y luego pretender estar sanos, porque Dios ha creado en nosotros ciertos mecanismos de autodestrucción para sancionar nuestras desobediencias. No es que Él se complazca en castigarnos o en vernos sufrir. Todo lo contrario: dispuso esas pautas de salud porque nos ama y quiere guardarnos del mal. Son normas concebidas para que seamos más felices y le saquemos más provecho a la vida haciendo lo que está a nuestro alcance para mantenernos saludables. A esto se aplica muy bien el versículo que dice: «Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hacéis» (Juan 13:17).

Dios nos creó. Él sabe lo que más nos conviene. Procuremos prevenir, y no tendremos que preocuparnos por curarnos más adelante. Cuidemos de Su creación siguiendo Sus normas de sentido común. Así Él nos bendecirá con buena salud.

¡Qué magnífico lugar para reunirnos, a los pies de Jesús!



JESÚS DIJO QUE DEBÍAMOS SENTARNOS a Sus pies y aprender de Él, como hizo María en las Escrituras (Lucas 10:39–42). Ella deseaba Sus palabras de amor y sabiduría y le prestaba toda su atención, por lo que Él le hizo el siguiente elogio, acompañado de una promesa: «María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada».

Jesús nos garantiza: «Donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mateo 18:20). Él está entre nosotros cada vez que nos juntamos en Su nombre, o sea que siempre nos reunimos a Sus pies.

Él premia indefectiblemente el hecho de que nos congreguemos en Su amor, le prestemos atención y dediquemos tiempo a Su Palabra. Disfruta dándonos las soluciones que necesitamos cuando nos ve unidos en amor, en oración, en objetivos, en armonía de pensamiento, mente, corazón y espíritu (1 Corintios 1:10). Eso fue lo maravilloso del día de Pentecostés: Jesús estaba en medio de los discípulos, y el Espíritu Santo se derramó sobre ellos (Hechos 2).

Al leer juntos Su Palabra, estudiarla, orar acerca de ella y seguir la luz de su verdad, nos fundimos en Su amor y quedamos hermanados en Su verdad, unidos como un solo cuerpo, ligados de acuerdo con Su Palabra.

¡A Dios le encantan los misterios!



DIOS HA LLENADO LA VIDA DE ENIGMAS, problemas, jeroglíficos y suspenso para poner a prueba nuestro intelecto, nuestra fe y nuestra confianza en Él, y espolearnos a buscar soluciones.

Al indicarnos Su voluntad, a veces nos pone delante rompecabezas desconcertantes. Hay ocasiones en que nos habla por medio de acertijos y misterios difíciles de descifrar, con los que nos fuerza a pensar y orar. Casi siempre nos da una pista inicial y luego nos va conduciendo paso a paso; pero nunca sabemos lo que va a suceder hasta que damos un paso más.

Le gusta obligarnos a buscar Sus soluciones, porque eso nos lleva a ejercitar nuestra fe en Él, en Su Palabra, en Su orientación divina, en Su magnanimidad y en Su amor paternal. Cuando lo obedecemos sin saber lo que nos espera al final del camino demostramos que confiamos en Él. Aunque no veamos la salida, aunque ignoremos la solución, adónde nos lleva o qué encontraremos allá, confiamos en que Él cumplirá Sus promesas; como cuando Abraham obedeció a Dios y salió sin saber adónde iba (Hebreos 11:8).

**«Hay gozo delante de los
ángeles de Dios por un
pecador que se arrepiente»
(Lucas 15:10).**



CADA VEZ QUE ALGUIEN ACEPTA A JESÚS como su Salvador y nace un alma en el reino de Dios, es comparable al nacimiento de una criatura. En el caso de un bebé, aunque el alumbramiento sea doloroso, ese sufrimiento luego se olvida ante el gozo de que haya venido un nuevo ser a este mundo. Pues ese mismo gozo, solo que en mayor grado, hay en el reino de Dios cuando nace un bebé espiritual. Una sola alma salvada es motivo para que todo el Cielo festeje, y desde luego es retribución suficiente por todo el esfuerzo, los sacrificios y las dificultades que haya podido costar.

Todo el Cielo y todos los ángeles se alegran más por una oveja perdida que haya sido hallada —un alma rescatada— que por las noventa y nueve restantes, que ya habían sido encontradas, salvadas y rescatadas (Lucas 15:7).

Si los ángeles del Cielo se regocijan por cada alma que se salva, sin duda se alegran también por nuestro servicio al Señor, ya que eso, en definitiva, es lo que nos permite ganar más almas para el reino de Dios. En la ceremonia celestial para condecorarte y reconocer todo lo que hayas hecho, ¿brincarán de gozo los ángeles del Cielo por cómo te entregaste abnegadamente para que otros descubrieran el amor de Dios en Jesús y se integraran a Su reino por la eternidad?

Sigue creyendo.



MUCHOS DE NOSOTROS HEMOS PASADO por áridas y desoladoras experiencias, hemos vagado por los páramos espirituales de este mundo, sintiéndonos perdidos y separados de Dios. Si te encuentras en esa situación, en vez de lamentarte por no haber acertado la voluntad de Dios, sigue creyendo y alabándolo. Aviva tu fe con Su Palabra. Arrepiéntete de lo que hayas hecho mal y pídele que te perdone, para que tengas otra oportunidad de llevar a cabo lo mejor que Él tiene para ti. Así, al igual que el ave cuya ala rota ya se curó, quizá vuelas hasta más alto que antes.

¡No te rindas! ¡No desistas! ¡No te desalientes! Tal vez te perdiste la primera oportunidad, pero no la última.

Sigue creyendo, aquí está Jesús.

No hay peligro bajo Su luz.

Sigue creyendo, estés donde estés.

Nunca abandones, ni pierdas la fe¹.

Pídele a Dios otra chance, y te enviará una excelente oportunidad para animarte y transportarte, mediante el poder de Su Espíritu, hasta la gloriosa victoria de tu destino celestial. Sigue aferrándote a Sus promesas. Y pase lo que pase, ¡sigue adelante por Jesús!

¹ Milward Booth-Hellberg (1868–1953).

Un árbol es una imagen de perfección.



¿SABES POR QUÉ ES PERFECTO UN ÁRBOL?

Porque no hace otra cosa que obedecer a Dios. Vive solo para glorificarlo, crece como Dios quiere y produce justo lo que Dios le ordena. Da flores y frutos, es fuerte y hermoso, y cumple su misión en la vida. Nunca opone resistencia, sino que cede, se inclina y acepta la voluntad de Dios. Sonríe todo el día y alza sus frondosos brazos en alabanza al Señor.

«Dichoso el hombre [...] que en la ley del Señor se deleita. [...] Es como el árbol plantado a la orilla de un río que, cuando llega su tiempo, da fruto y sus hojas jamás se marchitan. ¡Todo cuanto hace prospera!» (Salmo 1:1-3, NVI).

(Oración:) Ayúdanos, Señor, a ser como árboles sanos y robustos, firmemente plantados en Tu suelo, regados con Tu Palabra y abonados con el alimento de Tu propio cuerpo. Tú eres como la tierra en la que estamos hincados y sobre la que nos erguimos. Sin Ti no podríamos existir. Ayúdanos a ser fuertes y leales como los árboles, a vivir solo para exaltarte, ser productivos y llevar a cabo la misión que nos asignaste: dar fruto y ser una bendición para los demás. Amén.

«Permaneced en Mí, y Yo en vosotros» (Juan 15:4).



EN EL HERMOSO CAPÍTULO 15 DE JUAN,

Jesús dice: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de Mí nada podéis hacer. El que en Mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego y arden» (Juan 15:5,6). Si tú, que eres un sarmiento, dejas de permanecer en la Vid, que es Cristo, si te apartas de Su amor, de Su Palabra y de Su servicio, te volverás improductivo, te secarás y serás podado como una rama muerta. No perderás tu salvación, pero sí serás desechado, porque ya no tendrás ninguna utilidad para Dios y Su reino.

Sin la savia del Espíritu de Dios no es posible la vida. Tienes que estar firmemente implantado en la Vid para recibir directamente del Señor la savia, la vida y el alimento que necesitas. En gran parte tu crecimiento depende de ti, de cuánto alimento recibas. Así que no te apartes de la Vid.

Jesús dijo: «Separados de Mí nada podéis hacer» (Juan 15:5). Pero si permaneces unido a la Vid como una rama puedes dar hermosas hojas y frutos para que Él y el Padre sean glorificados y tengan mucho fruto (Juan 15:8).

«¡Espera en el Señor!» (Salmo 27:14).



¿QUÉ SIGNIFICA «ESPERAR EN EL SEÑOR»?

Muchos lo interpretan como que tienen que quedarse sin hacer nada y esperar a que Dios intervenga. Se quedan aguardando a que Dios actúe por ellos en vez de con ellos. Esa es una forma de esperar en Dios, y hay un tiempo para eso; pero pudiera ser que Dios está a la espera de que ellos pongan manos a la obra.

Con mucha frecuencia, el mejor procedimiento para descubrir la voluntad de Dios consiste en comenzar a hacer lo que uno puede y sabe que debe hacer. Hay que verlo de esa manera. Sé como el criado que sirve a su patrón, o como el mozo que atiende a un cliente en el restaurante, donde el cliente es rey. No te quedes parado; ponte a Su servicio. Empieza a servirlo, y Él te dirá lo que quiere que hagas a continuación.

Esa es nuestra función: ser criados en la casa de Dios, ocuparnos en Sus asuntos, cuidar de Sus hijos y ejecutar Sus instrucciones. Él está muy agradecido por nuestra ayuda y admira nuestra lealtad, fidelidad y buena disposición para servirlo. Nunca le faltan tareas que encargarnos, y encantado nos indica cómo quiere que las realicemos.

Jesús nos da mejor trato que el que se dio a Sí mismo.



«LAS ZORRAS TIENEN GUARIDAS, y las aves

del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar Su cabeza» (Mateo 8:20). Jesús nunca fue dueño de una casa, no tuvo esposa ni hijos, y da la impresión de que Sus únicos bienes materiales en la Tierra fueron Sus prendas de vestir.

Él dijo que bastaba con que un discípulo fuera como su maestro (Mateo 10:25), y Pablo dijo: «Teniendo sustento y abrigo, estemos ya satisfechos» (1 Timoteo 6:8). Sin embargo, ¡hay que ver cuánto se nos ha dado por añadidura! Todo lo demás son extras.

Jesús nos ama. Quiere que seamos felices y nos sintamos a gusto. Está al tanto de lo que necesitamos y lo que nos conviene. Es muy sagaz y sabe que si nos trata súper bien, querremos manifestarle nuestra gratitud trabajando y esmerándonos más.

Le gusta tener contentos a Sus empleados. Para Él, nuestra felicidad no tiene precio. No le importa concedernos casi cualquier deseo siempre y cuando le reservemos a Él el primer lugar (Mateo 6:33). Ya ves cómo se esfuerza para que nos resulte fácil portarnos bien y servirlo. Si nos deleitamos en Él, nos da las peticiones de nuestro corazón (Salmo 37:4).

Para persuadir a alguien hay que ser atrayente.



NO PUEDE HABER BUENA COMUNICACIÓN

entre dos personas si no tienen nada en común. Por eso, cuando des testimonio de Jesús aborda a la gente con una actitud y un enfoque positivos. Establece puntos de contacto. Busca una compenetración.

Sé amigable, amoroso, cordial, comprensivo y compasivo. Busca tantos puntos de coincidencia como puedas. El apóstol Pablo dijo que se había hecho de todo para todos a fin de ganar a algunos (1 Corintios 9:22).

Cuando sabes que tienes toda la razón y que tu interlocutor está muy equivocado, puedes tener la tentación de echar por tierra los falsos sistemas de pensamiento y las doctrinas erróneas; pero esa es una prédica negativa, que no expresa amor ni conquista a nadie. La mejor estrategia para lidiar con los puntos de desacuerdo no consiste en refutar lo que dice la otra persona, sino en escucharla y luego presentarle la verdad de una manera amorosa y positiva. «Honren en su corazón a Cristo como Señor. Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto» (1 Pedro 3:15,16, NVI).

Concéntrate en lo positivo, no en lo negativo. En vez de argüir en contra de esto y aquello, predica a Jesús. Ya se encargará Él de atraer a todos hacia Sí mismo (Juan 12:32).

La curación es un anticipo de la resurrección.



EL DOLOR ES UN PELLIZCO DEL INFIERNO;

la curación, una caricia del Cielo. La sanación es una pequeña muestra de la vida eterna, de la renovación del cuerpo y la erradicación de las enfermedades. Es un adelanto de la resurrección.

La experiencia de la salvación nos permite hacernos una idea de cómo serán la vida eterna y el Cielo: hemos gustado del don celestial y de los poderes del mundo venidero (Hebreos 6:4,5). De igual modo, cada vez que nos curamos de una dolencia experimentamos a escala reducida lo que Dios hará pronto por nosotros. Todavía no es la resurrección total, sino tan solo un pequeño anticipo que tenemos de vez en cuando (Romanos 8:11). El poder curativo de Dios ya se hace presente en nuestro cuerpo; pero no se manifestará completamente hasta que se nos entregue nuestro cuerpo eterno, el cual será sobrenatural e indestructible. La muerte no tendrá poder ni derecho alguno sobre él.

La mejor curación de todas tendrá lugar cuando Jesús venga a buscarnos. En ese momento seremos transformados y recibiremos nuestro nuevo cuerpo. Será una curación definitiva. Después de eso ya no tendremos más enfermedades, malestares ni dolores. Y será permanente, la resurrección final (1 Corintios 15:51-57).

La vida es como un jardín.



EN EL PRINCIPIO, ADÁN FUE el primer jardinero. Por muy perfecto que fuera el Huerto del Edén, hacía falta alguien que se ocupara de él, y Dios le encargó esa tarea a Adán. Dios esperaba que el ser humano cuidara de Su creación y, en cierto sentido, la mejorara.

En un jardín, el trabajo nunca se acaba. Hay que combatir continuamente las malas hierbas, los bichos, las sabandijas, las plagas, la descomposición, los hongos, el moho, las enfermedades de las plantas y toda clase de ataques del diablo. El jardín de Dios está en permanente lucha contra el del diablo. El diablo pretende trasladar su infernal jardín a la Tierra, para crear aquí un infierno. Se ha propuesto frustrar el plan divino invadiendo y destruyendo el jardín de Dios, pero no lo logrará.

La vida es como un gran jardín, sobre el cual todos tenemos mucho que aprender. Ningún jardinero lo sabe todo; solo Dios, que plantó el jardín. Los jardineros tenemos que estudiar y aprender de otros jardineros y de Dios, el dueño y administrador de la propiedad. Hay muchos conocimientos que asimilar y trabajo en abundancia, suficiente para mantenernos ocupados por la eternidad.

El amor de Dios no conoce límites.



EL AMOR DE DIOS ES TAN GRANDE que descende a cualquier profundidad para salvar a alguien, va hasta donde sea para rescatarlo. Él ama a las personas incluso cuando han caído a lo más bajo, y las salva en su momento de mayor necesidad, cuando se encuentran en su estado más lamentable. Para Él no hay límites: no hay extremo al que no llegaría para rescatar a una pobre alma perdida con Su infinito amor y misericordia. Se rebaja a ponerse al nivel de nuestra necesidad.

¡Qué gran amor nos tiene Dios!

¿Quién lo podrá bien comprender?

De él llenó la creación.

No hay un lugar donde no esté¹.

Fíjate en la misericordia de Cristo: descendió hasta las entrañas de la Tierra para predicar el Evangelio de liberación a los espíritus allí encarcelados (Mateo 12:40; 1 Pedro 3:18–20).

«¿Adónde me iré de Tu Espíritu? ¿Y adónde huiré de Tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás Tú; y si en el seol hiciera mi estrado, he aquí, allí Tú estás. Si tomara las alas del alba y habitara en el extremo del mar, aun allí me guiará Tu mano y me asirá Tu diestra» (Salmo 139:7–10).

¹ Frederick Lehman (1868–1953).

Es imposible alumbrarle el camino a otra persona sin iluminar también el nuestro.



NUNCA SUBESTIMES LA EFICACIA de dar testimonio de tu fe, tanto para acercar a las personas a Jesús como para mantenerte vivo espiritualmente, para tu propia inspiración y ánimo. «El alma generosa será prosperada: el que sacie a otros, también él será saciado» (Proverbios 11:25). Testificar es una actividad muy gratificante. Al ver obrar al Señor, te llenarás de entusiasmo. No solo vale la pena por lo satisfecho que te sentirás cuando compares ante Jesús, sino también por los maravillosos y emocionantes resultados que verás que tendrá tu labor.

Al testificar a una persona estamos cautivándola en el Espíritu, atrayéndola, enamorándola y sembrando en ella la simiente de la Palabra de Dios. Es imposible convencer a todos, ¡pero vale la pena intentarlo por los que reciben el testimonio! Como el pastor que se alegra al encontrar su oveja perdida, o los ángeles del Cielo que se regocijan por cada pecador que halla perdón, participarás de la felicidad de los demás y celebrarás sus victorias como si fueran tuyas.

No sentirás soledad
si de ti mismo te olvidas
y buscas de amor llenar
a alguien solo en esta vida¹.

A lo largo de la Historia, los científicos sinceros y objetivos han admitido la existencia de Dios.



LA VERDADERA CIENCIA RECONOCE que detrás de la creación del universo tuvo que haber algo, alguien, un planificador o diseñador.

James Clerk Maxwell (1831–1879), matemático y físico escocés que realizó una labor revolucionaria en el tema de los campos electromagnéticos y la teoría electromagnética de la luz, dijo: «La ciencia es incompetente para pronunciarse sobre si la materia se creó de la nada».

William Thomson (1824–1907), otro matemático y físico escocés que inventó la escala de temperatura absoluta Kelvin, declaró: «Debemos detenernos a contemplar cara a cara el misterio y el milagro de la creación de los seres vivos».

William Herschel (1738–1822), astrónomo alemán descubridor del planeta Urano, afirmó: «Todos los hallazgos del género humano parecen no haber tenido otro propósito que el de confirmar cada vez más fehacientemente la verdad contenida en la Biblia».

En la actualidad, Dios está dando a la humanidad cada vez más pruebas de Su existencia por medio de las maravillas de Su creación. ¡Todo lo que vemos nos enseña a confiar en el Creador con respecto a todo lo que no hemos visto!

Para tu salud y vida espiritual no hay nada más importante que la Palabra.



SEGÚN REZA UN VIEJO DICHO sobre la salud física: «De lo que se come, se cría». Y lo mismo sucede con nuestro espíritu. Espiritualmente somos el producto de lo que absorbemos por medio del intelecto. Hoy en día nos llega cantidad de información por los medios de comunicación, los anuncios publicitarios y la Internet; pero la mayor parte es comida basura para nuestro espíritu, o peor aún, veneno espiritual.

Por eso es muy importante vigilar que nuestra alimentación espiritual sea sana, que esté basada en la verdad buena, saludable, nutritiva, edificante, alentadora, reconfortante e inspiradora de la Palabra de Dios. Jesús manifestó: «Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63). El profeta Jeremías dijo: «Fueron halladas Tus palabras, y yo las comí. Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón» (Jeremías 15:16). Job declaró: «Guardé las palabras de Su boca más que mi comida» (Job 23:12). Y el apóstol Pedro nos exhorta: «Deseen [...] la leche pura de la Palabra, para que por ella crezcan» (1 Pedro 2:2, NBLH).

Así como necesitas comer para mantenerte vivo y tener energías, debes alimentarte con la Palabra para seguir vivo espiritualmente y tener la fortaleza para superar los problemas cotidianos. Una dieta equilibrada de la Palabra de Dios es esencial para progresar y gozar de buena salud espiritual.

Un bebé ilustra muy bien lo que es la fe.



¿CÓMO PODEMOS RECIBIR DE DIOS el alimento espiritual que necesitamos? Muy sencillo: solo nos hace falta la fe de un recién nacido.

Cuando un pequeño llora para que le den de mamar, sabe que a su madre no se le ocurriría negarle el alimento. Dios ha hecho que sepa instintivamente que si llama, ella responderá. Él parte de la base de que su pedido será atendido, y en efecto, así es. De igual modo, si nosotros, en calidad de hijos de nuestro Padre celestial, pedimos leche, sin duda que Él no nos dará una serpiente ni nada semejante (Lucas 11:10–13).

¿Qué extrae la leche del pecho de la madre? Cuando el bebé chupa, crea en su boca un vacío que hace brotar la leche. Orar es crear en nuestro corazón un vacío, un espacio que Dios llena.

Cuando la criatura es muy chiquita, la madre tiene que acercarle el alimento y mostrarle dónde está. Pero a medida que el nene va creciendo, ya sabe automáticamente dónde encontrar la leche, y él mismo la busca. De igual manera, cuanta más práctica adquiramos en recibir alimento de Dios, mejor sabremos dónde hallarlo. ¡Y mientras sigamos mamando, seguiremos recibiendo, por cuanto la capacidad de dar de Dios es ilimitada!

Jesús es la Palabra de Dios.



EL EVANGELIO DE JUAN COMIENZA con una de las declaraciones más significativas de toda la Biblia: «En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por medio de Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho» (Juan 1:1–3). Esa es una de las verdades más profundas de la Biblia: además de ser el Hijo de Dios, Jesús es el Verbo, la Palabra de Dios, la expresión de Dios.

¿Qué es una palabra? Una forma de comunicación. Cuando Dios quiso mostrarle Su amor al mundo, ¿qué hizo? El amor es invisible, y Dios también; por lo tanto, envió Su Palabra. Verbalizó Su amor, lo mostró, lo expresó y lo comunicó por medio de Jesús. Jesús cumplió todas esas funciones. Fue la expresión, el sentido y la vía de comunicación del amor de Dios. Habló del amor de Dios, lo dio a conocer, lo simbolizó y lo manifestó. ¡Fue y sigue siendo el mensaje de amor que Dios nos envió!

Cualquiera que entrega amor encuentra amor.



SI MANIFIESTAS VERDADERO AMOR, no te costará ganar amigos. Cuando te interesas sinceramente por los demás y los tratas con cariño, ellos se interesan por ti y hacen lo propio contigo. Si siembras amor, eso mismo segarás. Si plantas amistad, amistad recogerás (Gálatas 6:7). Siempre hay reciprocidad.

El amor es infalible. No importa a quién se lo demuestres: siempre te reportará grandes beneficios. Es imposible dar sin recibir. Si manifiestas amor e interés verdaderos, siempre recibirás cariño a cambio; y cuanto más des, más recibirás.

Hay a tu alrededor muchas personas que, al igual que tú, se sienten solitarias y ansían más amor. Seguramente están a la espera de que tú des el primer paso. Ve y procura hacer feliz a alguien. Descubrirás todo un mundo nuevo de amor que solo habías conocido en sueños.

Todo el amor que des te será restituido. Ese es un principio, una regla divina. Si hacemos felices a los demás, Dios nos hace felices. Así de simple.

«Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas» (Lucas 21:19).



EL DIABLO ES EL PROMOTOR DE LA PRISA.

Siempre procura que nos sintamos apremiados; sabe que así somos más propensos a cometer errores.

Jamás debemos adelantarnos al Señor ni tratar de forzar las situaciones por nuestra cuenta. Cuando los hijos de Israel vagaban sedientos por el desierto, Dios le indicó a Moisés que le hablara a una peña y prometió que con ese pequeño acto haría brotar agua en abundancia de la roca. Moisés, sin embargo, furioso por todas las quejas que recibía de la gente, asestó a la peña dos fuertes golpes con su vara. Su intención era buena, pero no su proceder. Aquel incidente irritó tanto a Dios que le dijo: «Por cuanto no creíste en Mí —la impaciencia airada denota falta de fe—, para santificarme delante de los hijos de Israel —manifestando más fe y reflejando mejor la infinita y amorosa paciencia que tiene Dios con Su pueblo—, por tanto, no entrarás con esta congregación en la tierra que les he dado» (Números 20:1–12).

(Oración:) Señor, haz que aprendamos a tener paciencia y fe, lo cual requiere tiempo. Enséñanos a no andar nunca con prisas y a no exigirnos demasiado, como si todo dependiera de nuestro esfuerzo. Amén.

El diablo procura agobiarte con presiones, pero Jesús quiere ser tu válvula de escape.



TU ENEMIGO ESPIRITUAL, EL DIABLO,

recurrirá a lo que sea para interponerse entre Jesús y tú; y uno de sus trucos preferidos es producirte una sensación de presión. Trata de acentuar el estrés que ya sientes señalándote que no estás logrando mucho o que no lo estás haciendo bien, o convenciéndote para que te fijas en todo lo que tienes pendiente. Sabe que si logra estresarte, muy probablemente conseguirá que no te tomes momentos de comunión con Dios, de oración, de lectura de la Palabra y de descanso y reposo en Él, los cuales contribuyen mucho a tu bienestar general. El estrés además te vuelve irritable, hace que tus allegados se sientan incómodos contigo y dificulta tu relación con los demás. ¡Puede llegar a quitarte el gozo de vivir!

La clave para sobreponerte a esa treta del diablo es pedirle a Jesús que te ayude a entender tus limitaciones y a no excederte. Ruégale que te ayude a reconocer tus límites, a replantearte tus prioridades y a organizar tu tiempo y tu trabajo. Luego haz una cosa a la vez. Te llevarás una grata sorpresa cuando descubras que el Señor está muy interesado en ayudarte con tu plan de trabajo. Quiere ayudarte a programar tus actividades y te dará instrucciones muy específicas al respecto. Te puede aliviar la presión y brindarte serenidad y paz interior.

¿Quién no ha sido alguna vez un hijo pródigo?



TAL VEZ SEAS UNA OVEJA DESCARRIADA O un hijo pródigo. Así y todo, por mucho que te hayas alejado, Dios te sigue amando; no ha perdido la esperanza en ti¹.

El plan que Dios ha trazado para ti no dejará de cumplirse. Eres Su hijo. Tarde o temprano lo comprenderás y volverás a la casa del Padre a toda prisa. La salvación tirará de ti con más fuerza que el cieno de la pocilga en que hayas hundido tus pies, y volverás corriendo a casa. Retornarás a la alegría del Espíritu Santo y a la comida, la abundancia, la calidez y la fraternidad del hogar.

Nunca es tarde. Aunque hayas dilapidado toda tu herencia, el Padre te ama y te recibirá con los brazos abiertos. Te estrechará amorosamente contra Su pecho y te engalanará con vestiduras nuevas de justicia y con un hermoso anillo nuevo de oro, un premio que no mereces. Además organizará en tu honor un banquete de acción de gracias para celebrar que ese hijo Suyo que estaba muerto revivió y volvió a casa. ¿Oyes la voz del Padre que te llama: «Hijo, vuelve a casa»?

Puedes transformar el mundo.



SI A VECES TE DESANIMAS viendo el estado en que se halla el mundo, ¡no te desespere! Puedes hacer mucho bien en este desdichado planeta ayudando a los demás a descubrir en Jesús alegría, felicidad, salvación y una razón para vivir.

Puedes empezar a transformar el mundo plantando de una en una semillas del amor de Dios en cada corazón, día tras día, dondequiera que estés. Dios hará germinar y crecer esas semillas. Al principio serán brotes minúsculos, insignificantes retoños verdes. ¿Qué es eso frente a todo el bosque que hace falta? Pues es el principio del milagro de una nueva vida.

¿Qué pierdes con intentarlo? Si llegas a transformar una vida, apenas una, con el amor de Dios, habrás transformado parte del mundo. Una sola vida transformada demuestra que otras también pueden cambiar. Quiere decir que el mundo puede transformarse por la iniciativa de una persona.

Y ¿quién sabe? A lo mejor llegarás a ver el día en que el mundo efectivamente sea diferente, en parte gracias a ti, porque transmitiste el amor de Dios.

Importante: Consulte el manual del Fabricante antes de utilizar este aparato.



CUALQUIERA QUE TENGA DOS DEDOS de frente estudia el manual de un aparato costoso antes de tocarlo siquiera o hacerlo funcionar. Así se ahorra mucho tiempo y esfuerzo, y evita causarle un daño irreparable. En cambio, quienes son muy impacientes para consultar primero el manual, o creen que ya saben cómo funciona el aparato, o que lo pueden ir descubriendo sobre la marcha, suelen meterse en un berenjenal.

Cuando Dios nos creó combinando nuestro cuerpo con nuestra mente y nuestro espíritu, hizo una máquina increíble, pero muy delicada. Eres una maravilla que Él diseñó; pero no durarás mucho ni serás muy útil si no te cuidas

Por eso tu Fabricante —Dios— encargó a varios de Sus hombres la redacción de un manual de instrucciones, la Biblia, que contiene diagramas detallados e indicaciones precisas para el complejo arte de vivir. Si no empiezas por leer el Manual, puedes desperdiciar mucho tiempo y causarte a ti mismo y a los demás una barbaridad de daño. No te arriesgues. Lee el Libro y sigue sus instrucciones.

«Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos» (Apocalipsis 21:4).



LA BIBLIA NO DICE QUE NO VAYA A HABER lágrimas en el Cielo. Cuando lleguemos allá y nos presentemos delante de Dios, seguro que todos derramaremos unas cuantas al recordar errores que cometimos y oportunidades que desaprovechamos. Lloraremos un poco al pensar en todo lo que habríamos podido hacer, en lo que dejamos a medias y en las personas a las que nos gustaría haber amado más y tratado con más consideración. Todos tendremos algo de qué lamentarnos o avergonzarnos.

Pero para que veas que el amor y la misericordia de Dios son maravillosos, la Escritura dice que Él enjugará todas esas lágrimas. Borrará por completo la memoria de esos malos años, y no habrá luego más dolor, ni muerte, ni tristeza, ni lágrimas. No habrá sino felicidad, alegría y un paraíso de ensueño por siempre jamás. De alguna forma Él subsanará todas nuestras equivocaciones y faltas.

Un poco más de tristeza, una pizca más de llanto, un poquitín más de dolor, y lo temporal dejará de ser. Las glorias del futuro nos harán olvidar los pesares del pasado.

Gloriosa salvación, plena y maravillosa liberación.



HEMOS SIDO RESCATADOS COMO TIZONES

arrebatados del incendio (Zacarías 3:2), como corderos descarriados que habían caído en las garras del Enemigo. ¡Deberíamos estar muy agradecidos! Hemos pasado de la oscuridad a la admirable luz de Jesús (Mateo 4:16). Estábamos en tinieblas, pero hemos sido iluminados (Efesios 5:8).

El Señor tuvo que romper las cadenas. No nos podíamos liberar solos. Él tuvo que lavarnos, limpiarnos y purificarnos. Nos ha dejado como nuevos. Ya no estamos sometidos al poder del diablo, el cual no puede hacernos ningún daño. Ahora pertenecemos al Señor, y el diablo no nos puede recobrar. Somos del Señor para siempre. Hemos nacido otra vez. Somos como bebés recién llegados a un mundo completamente nuevo. Se nos ha dado un corazón limpio, una mente pura y un nuevo espíritu regenerado.

El recuerdo de mis desenfrenos
me consumía cual llama viva.
Y aunque en el llanto busqué consuelo,
no pude hallar la paz que quería.
Jesús mi vergonzoso pecado
perdonó. ¡Sea Él siempre alabado!¹

«Misericordia quiero y no sacrificios» (Mateo 9:13).



CUANDO JESÚS DIJO QUE DESEABA

misericordia y no sacrificios, quiso decir que prefiere que seamos amorosos a que procuremos observar escrupulosamente las normas y preceptos por sentido del deber. Prefiere que amemos a los demás a que nos esforcemos por ser perfectos e intachables.

Los bebedores, las prostitutas y los pecadores acudían a Jesús en busca de amor y misericordia, y Él los trataba con ternura y bondad. Los perdonaba y les daba esperanzas, amor y las fuerzas que necesitaban para cambiar. Esos pecadores no iban a ver a los fariseos ni a los dirigentes religiosos severos, inflexibles, implacables y censuradores que les decían que si no eran perfectos irían al infierno. Acudían más bien a Jesús por el amor, la misericordia, el perdón, el aliento y la paciencia que les demostraba.

El amor tiende un velo sobre innumerables pecados (1 Pedro 4:8). Pero algunos son tan mojigatos que piensan que nunca se equivocan. El recordar lo pecadores que somos y los muchos errores que hemos cometido nos ayuda enormemente a tener una actitud humilde y evitar ese espíritu de orgullo farisaico que nos hace criticar y censurar a los demás. Cuando nos damos cuenta de que necesitamos mucho perdón y misericordia, somos más afectos a manifestar eso mismo a los demás. «Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia» (Mateo 5:7). Seamos, pues, misericordiosos.

Pronto reinará de verdad la paz en la Tierra.



LOS HIJOS DE DIOS DEBEMOS SER

pacificadores, que siembren paz en las personas —en su corazón, en su mente, en su espíritu y en su cuerpo— y en los países (Mateo 5:9). Pero nunca habrá paz en toda la Tierra hasta que el Señor quite de en medio a los de corazón malvado y belicoso. Gracias a Dios, así será ni más ni menos dentro de poco, cuando Jesús regrese para «destruir a los que destruyen la tierra» con su belicismo, su contaminación, la dilapidación de los recursos y la violencia desenfrenada (Apocalipsis 11:18).

Solo entonces los pacificadores, el Dios de paz y el Príncipe de Paz —Jesucristo— reinarán con justicia sobre la Tierra y establecerán la paz (Lucas 2:14), una paz perpetua. Por fin no habrá más guerras, estragos, hecatombes, ni crímenes atroces, absurdos y diabólicos, ni sufrimiento. No habrá más muerte, ruido ni confusión.

«No harán mal ni dañarán en todo Mi santo [reino]» (Isaías 11:9). En el reino de Dios en la Tierra no habrá maldad. Será un paraíso terrenal regido por Jesús y Sus seguidores.

Habrà paz por siempre —no más guerras—,
amor permanente,
mañana —en el futuro reino de Dios—.
Al fin libertad¹.

Dios espera que nos humillemos e imploramos Su ayuda.



EL ESPÍRITU SANTO DESCENDE CON

suavidad y se puede ahuyentar fácilmente. No se posa donde no es deseado. Dios se dirige a los corazones abiertos y receptivos que ansían la verdad. Él busca a los sencillos, a los humildes y a los contritos de corazón. Resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (1 Pedro 5:5). Si le pides ayuda, puedes confiar en que te responderá. Si lo buscas, te mostrará el camino. Si estás vacío, te llenará (Lucas 1:53).

Lo mismo sucede con la salvación: solo cuando reconoces que eres pecador sientes la urgente necesidad de buscar la salvación. Al tomar conciencia de tus culpas y comprender que te hace falta ayuda y perdón, le pides a Dios que te salve, y entonces Él responde y acude en tu auxilio. Dice: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13). Cuando clames afanosamente a Dios con el alma sedienta y vacía, y le pidas que te llene, Él lo hará.

Jesús no obliga a nadie a aceptarlo: se queda esperando amorosa y mansamente, y deja la decisión en nuestras manos. Pídele, pues, que te ayude. Dios cumplirá Su promesa y te enseñará «cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3).

Aunque el mundo se está yendo al traste, ¡la Palabra de Dios permanece firme!



TAL VEZ ALGÚN DÍA NO CUENTES CON MÁS Palabra de Dios que la que te hayas aprendido de memoria. Por eso es importante memorizar fielmente la Palabra. Así el poder de Dios te guardará, y hallarás consuelo en los momentos difíciles, tanto ahora como en el futuro.

¡Qué base tan firme, santos del Señor,
tenéis para vuestra fe en la Palabra de Dios!
¿Qué más va a decir que no os haya dicho ya
a todos los que en Cristo hallasteis solaz?

No temas por nada, que contigo estoy,
pues Yo soy tu Dios y Mi ayuda te doy.
Yo siempre te esfuerzo, te levantaré.
Mi diestra omnipotente te ha de sostener.

Esta es la letra de un antiguo himno, muy apropiado para estos tiempos en que nos hace mucha falta plantarnos firmes en la Palabra de Dios. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Él está con nosotros mediante Su Palabra, y Su Palabra está con nosotros. Podemos apoyarnos firmemente en ese cimiento incommovible, porque Él ha prometido guardarnos (Isaías 41:10; 43:2).

Porque amamos a Dios, Él hace que aun lo malo obre en favor nuestro.



«**A** LOS QUE AMAN A DIOS, todas las cosas los ayudan a bien» (Romanos 8:28). Esa es una promesa de Dios, y si aprendemos a aferrarnos a ella, veremos su cumplimiento.

Debemos procurar verle el lado bueno a toda situación, por terrible que parezca a primera vista. No hay mal que por bien no venga. Esa es una actitud que requiere un esfuerzo considerable y una buena dosis de oración, y no se logra de la noche a la mañana. Pero ayuda muchísimo cuando nos enfrentamos a problemas y contratiempos. Además, si no vemos los desengaños, las penas, las pruebas, las enfermedades y demás dificultades desde la óptica de Romanos 8:28, lamentablemente nos perderemos muchas valiosas enseñanzas que el Señor nos quiere comunicar y nos privaremos de la paz que se siente al confiar en esa importante promesa y principio.

Las pruebas son beneficiosas. Si comprendes y crees esta sencilla verdad, tu vida se enriquecerá y cobrará más sentido, y tú mismo serás más feliz. Hay una diferencia enorme entre encarar los escollos y desafíos temiendo que suceda lo peor, y afrontarlos con entusiasmo, con ansias de descubrir todo el provecho que el Señor les puede sacar.

El amor de Dios es la razón y el sentido de todas las cosas.



¿POR QUÉ HIZO DIOS ESTE MUNDO

maravilloso y te puso en él para disfrutarlo? Para que sepas que te ama. ¿Por qué quería que supieras eso? Porque quiere que tú lo ames a Él. Dios nos creó para amar.

¿Cuál es el todo del hombre? Salomón lo dice en Eclesiastés: «El fin de todo el discurso que has oído es: Teme a Dios y guarda Sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre» (Eclesiastés 12:13). Jesús lo redujo a algo todavía más simple: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón» y «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37–39). Propuso una relación más amorosa y personal entre Él y nosotros. En lugar de decir: «Teme a Dios», dijo: «Ama al Señor». Y no solo nos mandó guardar los mandamientos, sino amar al prójimo como a nosotros mismos. En eso se cumple «toda la Ley y los Profetas» (Mateo 22:40).

Sin Él no llegarás jamás a disfrutar plenamente de la vida, pues cuando creó tu corazón dejó en él un espacio sin nada, un hueco, un lugar desocupado, un doloroso vacío que solo Él puede llenar. Se reservó una parte de tu corazón, el centro mismo de tu vida. Te creó para que lo amaras. Eres una criatura Suya, eres Su hijo. ¡No sabes cuánto te quiere!

Toda obra genial debe ser producto de la inspiración.



TE SORPRENDERÁN LAS IDEAS que se te

ocurren si invocas la ayuda del Señor. La Biblia dice: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor» (Santiago 1:5–7). Es evidente que siempre nos falta sabiduría. ¡Por eso debemos acudir siempre al Señor!

Puedes orar y recibir una respuesta en el acto, mientras que si te apoyas en tu propio entendimiento y en tu propia prudencia, es muy probable que cometas errores lamentables. Si te dejas llevar por el orgullo y te fías exclusivamente de tus propias fuerzas, tus propias dotes, tus propios conocimientos y tu propia sabiduría, todo lo que hagas quedará en nada. En cambio, si lo «reconoces en todos tus caminos, Él hará derechas tus veredas» (Proverbios 3:6) «y tus pensamientos serán afirmados» (Proverbios 16:3).

Por muy pequeño e incapaz que seas, hay un Dios muy grande y muy capaz que está deseoso de ayudarte. Acude a Él. Apóyate en Él. Es más grande de lo que jamás llegarás a ser tú; y si Él te inspira y te guía, todo lo que hagas será excelente.

**«Conforme a tu fe —no la de otro— te sea hecho»
(Mateo 9:29).**



CUANDO PEDRO Y JUAN SANARON a un mendigo en la puerta del Templo, Pedro le dijo: «Míranos», e inmediatamente el hombre se curó (Hechos 3:1–9). Aquel cojo confió en la fe de ellos, y Dios lo bendijo. Sin embargo, Dios espera más que eso de los que conocemos las promesas de Su Palabra y entendemos la dinámica de la fe. Cuenta con que establezcamos contacto directo y personal con Él y demostremos nuestra fe invocando esas promesas. Quiere que aprendamos a depositar nuestra fe exclusivamente en Él, sin depender de la fe y las oraciones de otras personas o de la relación que otros tengan con Él.

Hay momentos, claro, en que conviene que pidamos a otros que oren con nosotros; pero eso no es lo mismo que depender de la fe de ellos. A veces debemos aprovechar el poder mayor que se genera al orar en compañía de otras personas (Mateo 18:19), o manifestar nuestra fe cumpliendo ciertas condiciones que Él ha fijado en Su Palabra, como pedir a otros que oren por nuestra curación (Santiago 5:14–16). Dios no oye ni responde las oraciones de unos más que las de otros, y el poder para curar no está en manos de los ancianos: «La oración de fe sanará al enfermo». Es nuestra fe la que Dios premia respondiendo, y lo hace cuando traducimos esa fe en acciones.

Debemos distinguir entre la compunción que inspira el Espíritu Santo y la condenación del diablo.



NO TODO LO QUE SALE MAL es necesariamente culpa nuestra o consecuencia de nuestros errores y pecados, del mismo modo que no todas las dificultades son castigos de Dios. Algunas son ataques del diablo, con los que pretende derrotarnos, denigrarnos, acusarnos, abatirnos y desanimarnos. Quiere convencernos de que hemos cometido demasiadas equivocaciones y fallos, y de que más nos vale rendirnos.

Dios, sin embargo, nunca deja de creer en nosotros. Aun cuando considera necesario corregirnos, lo hace con amor. Precisamente Sus castigos prueban el amor que nos tiene (Hebreos 12:5,6). A veces nos regaña y nos disciplina; pero luego siempre aplica el bálsamo del amor para aliviar nuestro dolor, alentarnos, consolarnos e infundirnos esperanzas de recuperación y redención. El ánimo que nos da después de corregirnos es como el sol que sale después de una tormenta.

De modo que no abandones la lucha, especialmente en los momentos en que el Enemigo de tu alma se esfuerce al máximo por desmoralizarte y deprimirte. Dios te perdonará tus errores. Todavía puede valerse mucho de ti. Simplemente reconoce y confiesa tus pecados, acepta el perdón que Él te ofrece y sigue viviendo para honra y gloria Suya.

Nuestra misión principal es ayudar a Dios a enriquecer espiritualmente a la gente.



PARTE DE NUESTRO DEBER como cristianos

consiste en dar a conocer al mundo un evangelio social, no solo personal. El propio Jesús casi siempre atendía las necesidades físicas de las personas antes de ocuparse de su mente, de su corazón y de sus necesidades espirituales. Viendo Su bondad, Su amor y Su interés por el prójimo, la gente comprendía que lo que Él ofrecía era auténtico.

Si bien no se le puede predicar el Evangelio a una persona que tiene el estómago vacío, lo principal es anunciar el Evangelio. Debemos visitar a los enfermos y a los presos, vestir al harapiento y dar de comer al hambriento; pero no nos olvidemos de nutrir sobre todo su alma.

Lo que más le preocupa a Dios es salvar el alma; luego Él se encarga del cuerpo. Lo más valioso que podemos dar a los demás es el secreto del éxito, la clave de la buena salud, la solución para la pobreza, que no es otra cosa que la fe en Dios, la cual conduce a la salvación. Quien acepta a Jesús se convierte en hijo de Dios. Y a partir de ese momento, Dios se hace cargo de cuidarlo. Él nunca abandona a los Suyos. Él puede satisfacer todas sus necesidades.

Gracias a Dios por las lágrimas. Nos lavan el corazón y nos despejan la mente.



PARA LOS ANTIGUOS GRIEGOS, la catarsis era

la limpieza o purificación de los sentimientos. En las tragedias griegas, la audiencia llegaba a sentir intensa tristeza, lástima o temor, todo lo cual, según Aristóteles, purificaba las pasiones y hacía que la gente abrazara los verdaderos valores de la vida. El dolor era considerado edificante.

Gracias a Dios que ni Él ni Su servicio son todo tristeza y tragedia. Sin embargo, Él nos envía algunas pruebas, sufrimientos y dificultades para sacar a la luz la dulzura que tenemos dentro y hacer aflorar nuestras mejores cualidades. Como una mano gigantesca que estruja un panal, Dios nos aprieta para sacar de nosotros la miel. Como quien prensa y aplasta una hermosa flor, nos somete a presiones, y entonces exhalamos fragancia. Es también comparable a la dulce melodía que brota de la garganta de un pájaro: pareciera que sufre; sin embargo, emite un canto. Aprendemos mucho de los pesares. Algunas de las enseñanzas más valiosas de la vida provienen de experiencias bien sombrías.

Oh Dicha envuelta en el pesar:
ya no te cierro el corazón.
Tras la tormenta se verá
el arco iris y al final
se borrará el dolor¹.

¹ George Matheson (1842–1906).

Tu territorio de trabajo es el mundo entero.



TENEMOS QUE VOLVER AL PLAN ORIGINAL

que dio Jesús a Sus primeros seguidores y que ellos pusieron en práctica, según relata el libro de los Hechos de los Apóstoles. Jesús lo expresó en términos muy sencillos: «Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15, NBLH). Eso y Juan 3:16 es todo lo que tenemos que saber para predicar el Evangelio.

Solo Jesús salva; pero no nos salva solo a nosotros: quiere salvar al mundo entero, y algún día lo hará. Necesita que nosotros demos a conocer Su amor. Quiere que comuniquemos Su amor y Su mensaje de salvación en la parte del mundo en que vivimos.

Si amas a Jesús y te preocupas por complacerlo, deberías sentirte responsable. Él te ha encomendado una tarea, una misión que debes llevar a cabo. «Te suplico encarecidamente [...] que prediques la Palabra y que instes a tiempo y fuera de tiempo» (2 Timoteo 4:1,2). Ama y gana almas. Difunde la Palabra. Propaga el mensaje. Transmite Su amor.

Él te necesita. Los campos ya están «blancos para la siega» (Juan 4:35), así que ruega «al Señor de la mies, que envíe obreros a Su mies» (Mateo 9:38). Y la primera persona a quien enviará serás tú.

«Herencia del Señor son los hijos» (Salmo 127:3).



UN NIÑITO TIERNO Y PURO es una

manifestación del amor de Dios y uno de los regalos más valiosos que puede recibir una persona. En el fondo, nuestros hijos no son nuestros, sino Suyos; pero Él nos los encomienda y quiere que los amemos y los formemos. Son regalos de Dios que requieren nuestros cuidados, como las flores de nuestro jardín. Son obsequios divinos, sí; pero también una tarea que Él nos encarga.

Si instruimos «al niño en su camino, [...] ni aun de viejo se apartará de él» (Proverbios 22:6). Los padres que educan, preparan y encaminan bien a sus hijos, y que son un modelo de conducta para ellos, les dan un bagaje para toda la vida. «Todos tus hijos serán enseñados por el Señor, y se multiplicará la paz de tus hijos» (Isaías 54:13).

Otra maravilla de los hijos es que los tendrás para siempre. Si los crías bien y llevas bien a cabo la obra que Dios te encomendó cuando te los obsequió, te sentirás muy agradecido cuando llegues al Cielo y veas que se los premia por su amor a Dios y por todo lo que hicieron por Él y por el prójimo. Eso no es todo: tú también participarás de sus recompensas por haber sido quien los orientó en ese sentido.

¿Por qué no pone Dios fin a tanta atrocidad como se comete en el mundo y a la crueldad de las personas para con sus semejantes?



EL LIBRE ALBEDRÍO ES FUNDAMENTAL en el plan de Dios, desde el Edén hasta el Apocalipsis. Dios nos trajo al mundo para escoger entre el bien y el mal, entre servirlo a Él o servirnos a nosotros mismos y al diablo.

Asimismo, el libre albedrío demuestra lo que pasa cuando se deja que las personas obren a su antojo prescindiendo de Dios. Él no impidió que Adán y Eva tomaran una decisión errónea en el Paraíso, aunque sí los castigó. Ver las consecuencias de nuestras decisiones y de nuestros actos, sean estos buenos o malos, nos enseña mucho y constituye una gran lección para todo el universo. Por eso permite Dios que las personas conviertan en una especie de infierno terrenal lo que Él creó como un paraíso: para que se vea el tremendo desastre que resulta cuando Sus criaturas se rebelan contra Él.

Dios tiene Sus motivos para permitir que el mundo haya llegado a este punto, y uno de los principales es darnos la oportunidad de escoger. ¿Qué eliges tú? ¿El plan de Dios o el tuyo?

Para un cristiano, una situación cómoda representa la mayor de las incomodidades.



EN EL MOMENTO EN QUE UNO llega a la conclusión de que ha logrado sus objetivos y se siente satisfecho de sí mismo, deberían encenderse las alarmas. Cuando uno empieza a pensar así, no avanza más. Según la ley del progreso que Dios estableció, si no se avanza, se pierde terreno. Cuando uno se siente complacido con lo que ha conseguido, se relaja y se pone a disfrutar de sus logros, lo pierde todo. «El que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Corintios 10:12). Cuando uno llega al punto en que solo aspira a quedarse inmóvil, está acabado.

En la vida cristiana es imposible permanecer en un estado estacionario. O se progresa y se asciende un poco más cada día, entregándose más y logrando más, o se resbala hacia abajo.

¿Estás vivo y avanzando, o muerto y estancado? No te pongas a vegetar como tantos. ¡Levántate y vive! Avanza con la vitalidad de Dios, o te quedarás atrás, sumido en la muerte de este mundo.

¡Alabado sea Dios por Su fidelidad!



DIOS TE AMA y se preocupa de cada detallito. Para Él no hay nada demasiado pequeño ni demasiado difícil. Él tiene un interés personal por ti y desea ayudarte en todo momento, en cada paso que des.

Tú le perteneces, y Él te ama y hace todo lo que puede por ti. No te apartes de Él, y nunca te defraudará. «Si somos infieles, Él permanece fiel, porque no puede negarse a Sí mismo» (2 Timoteo 2:13). No puede quebrantar las promesas que ha hecho en Su Palabra. «El que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1:6).

(Oración:) Me has hecho morar en lugares deleitosos, Señor, y me has dado mucho más de lo que hubiera podido pedir o imaginar (Salmo 16:6; Efesios 3:20). Hasta en las cosas más pequeñas que haces demuestras Tu gran amor y fidelidad. ¡Eres tan bondadoso conmigo! A pesar de todos mis defectos, pecados, errores, tropiezos y debilidades, Tú tienes misericordia y me cuidas, me proteges y provees para mí. «Ciertamente, el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida» (Salmo 23:6). ¡Qué bueno eres conmigo!

No es preciso que tú sepas todas las respuestas.



ES IMPOSIBLE QUE RESUELVAS por tu cuenta todos tus problemas. Sería un desatino depender de tu propia inteligencia o de tus esfuerzos por relacionar una cosa con otra. Debes buscar más bien la guía y orientación sobrenatural, milagrosa y poderosa del Espíritu Santo. Dios es quien nos debe guiar. ¡Solo Él es capaz de hacerlo!

Fíjate en las plegarias que elevó el profeta Daniel antes de recibir esas impresionantes revelaciones de Dios. El libro de Daniel es muy breve: consta de doce capítulos nada más. Sin embargo, dos o tres de ellos narran ocasiones en que Daniel acudió a Dios en oración ferviente. Daniel no sabía las respuestas. No tuvo, pues, más remedio que pedírselas a Dios. En el segundo capítulo, por ejemplo, ¿cómo podía interpretar el sueño de Nabucodonosor cuando ni siquiera sabía lo que el rey había soñado? ¡Dios se lo tuvo que revelar todo!

Por eso, cuando no sepas qué hacer, por el amor de Dios desiste de resolver las cosas por tus propios medios. ¡Sigue a Dios!, no tus propias ideas y planes. Consulta al Señor. Póstrate a orar y clama a Dios de todo corazón. Pídele que te hable con claridad y contundencia, que te dé revelaciones directas del Cielo y que te señale exactamente qué hacer. Clama a Dios y pídele las soluciones que necesitas. Él jamás te fallará.

Si Jesús nos guía, podemos ir tranquilos a cualquier parte.



JESÚS PROMETIÓ ESTAR CON NOSOTROS

«hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Sin embargo, antes de ir a ninguna parte, acuérdate de orar de todo corazón para averiguar la voluntad de Dios, pues Él es el único que conoce el mejor sitio para ti. Pídele que guíe cada paso que des, cada movimiento que hagas, cada cambio de dirección, y Él nunca te fallará. Siempre hará Su parte más rápido que tú la tuya. Siempre te llevará diez pasos de ventaja. «Cuando ha sacado fuera todas las [ovejas] propias, va delante de ellas» (Juan 10:4). Él sabe lo que hay delante y nos guía. Solo tenemos que seguirlo.

Puede que Dios te deje elegir el camino de tu preferencia. No obstante, Él sabe como ninguno lo que más te conviene. Por eso, lo más recomendable es buscarlo y pedirle que te indique la mejor opción. Luego haz todo lo que puedas por seguir Sus consejos. ¿Estás listo para ello? ¿Te sientes capaz? Dios siempre proveerá y te abrirá camino para que hagas Su voluntad, a condición de que tú le obedezcas y hagas las cosas a Su manera. Si Jesús va contigo, puedes ir a cualquier lugar.

¡Gustoso iré con Jesús por doquier!
Aquí o allá, ¡mi dicha será estar con Él!
Es un gran honor para mí llevar Su cruz.
¡Gustoso iré por doquier con Jesús!¹

Cuando se da testimonio, ¡siempre se sale ganando!



NUESTRA MISIÓN NÚMERO UNO es predicar

el Evangelio; y la número dos, procurar convertir a quienes se lo anunciamos. Conquistar almas es en realidad tarea de Dios, puesto que solo Él puede obrar en el corazón de una persona por medio del Espíritu Santo. Para ello, sin embargo, se vale de nosotros. Nosotros le servimos de conducto, de instrumento. Tenemos que exponer los hechos —la verdad de la Palabra de Dios—, manifestar Su amor y llevar a la gente al punto en que decide aceptar a Jesús o rechazarlo. En eso consiste nuestra labor.

Claro que tenemos la esperanza de que todos reciban a Cristo; pero en el fondo eso es obra del Espíritu Santo. Cada persona escoge lo que quiere. Aunque no ganemos un alma todas las veces, nos ganamos el favor de Dios al dar testimonio obedientemente, y así cumplimos nuestra misión.

Nunca se testifica en vano. Solo manifestando el amor de Dios y dando a conocer Su Palabra ya cumplimos nuestro cometido. Lo que haga luego la gente es cosa suya. Si estamos motivados por el amor de Dios y presentamos las cosas en un tono amoroso, ¿qué podemos perder? Estamos del bando de Dios, ¡y Él jamás pierde! De un modo u otro siempre acaba ganando. ¡Dar testimonio de Él no puede sino dar buenos resultados!

Debes representar el papel para el que Dios te ha creado.



DIOS LE DIJO AL REY SAÚL que haría de él otro hombre (1 Samuel 10:6). Lo mismo hizo con David: lo transformó totalmente. Se podría decir que es como interpretar un papel, solo que cuando Dios te asigna un papel y tú eres capaz de representarlo de todo corazón, con divino entusiasmo e inspiración, llegas a convertirte en esa creación de Dios.

Dios tiene Su plan y Su forma de proceder, y sabe bien lo que hace. Así que por el amor de Dios, averigua cuál es Su intención y déjalo actuar. Averigua lo que quiere que hagas tú y hazlo. Lo que no te conviene es perderte lo mejor que Él tiene para ti, lo más importante que desea que hagas, el lugar que quiere que ocupes en Su reino. Si te prestas a ser lo que Dios quiera —no la persona que eres, sino la que Él quiere que seas—, Él podrá valerle enormemente de ti.

¿Estás dispuesto, no ya a presentarle a Dios tu programa para que Él lo firme, ni a firmar el que Él te presente, sino a estampar tu firma en una hoja en blanco y dejar que Él la rellene, sin saber cuál será Su programa?

¿Quieres una corona?



LA CORONA CELESTIAL QUE NOS PROMETE el Señor no es la salvación. La vida eterna la tienes por medio de Su Hijo: es un regalo de Dios (Juan 3:36; Efesios 2:8,9). En cambio, la corona es un premio concedido únicamente a los corredores que ganan la carrera (2 Timoteo 4:7,8).

La Palabra de Dios nos anima a sufrir penalidades como buenos soldados de Jesucristo y a no enredarnos en los asuntos de este mundo, a fin de agradar a Aquel que nos llamó a ser soldados (2 Timoteo 2:3,4). Si defraudamos al Señor, nos quedaremos sin galardón, y otro recibirá la corona que Dios nos tenía reservada (Apocalipsis 3:11).

Por eso, vela y ora para no caer en una tentación que te desvíe del camino recto y angosto que conduce a la corona y a una gran recompensa. Pelea la buena batalla de la fe (1 Timoteo 6:12). No pierdas la fe, acaba la carrera, y obtendrás la corona. Pon los ojos en la meta, y no sueltes el arado (Lucas 9:62). «Dichoso el que resiste la tentación porque, al salir aprobado, recibirá la corona de la vida» (Santiago 1:12, NVI). Cuando esta vida se acabe, si obraste bien, resplandecerás por siempre como las estrellas (Daniel 12:3).

¡Ojalá inviertas bien tus talentos y obtengas un generoso galardón!



QUIENES MÁS AMAN AL SEÑOR y lo sirven con más fidelidad, quienes más se sacrifican por Él, serán quienes obtengan los mayores premios y bendiciones, tanto ahora como en el Cielo.

Cuanto más aprovechas tus recursos y más das, más te bendice Dios y más te devuelve. Cuanto más empleas lo que tienes, más te lo aumenta Dios. «El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará» (2 Corintios 9:6). En la parábola de los talentos, lo importante no es que a uno se le dio uno, a otro dos, y a otro cinco; lo determinante fue cómo invirtió cada uno lo que había recibido (Mateo 25:14–30). El resultado no depende de lo que tienes, sino de lo que haces con ello.

«Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo para Él no es en vano» (1 Corintios 15:58). ¡Lo que hagas te será recompensado!

Piensa en lo mucho que Jesús nos ama.



DIOS LE DIO A JESÚS LA OPORTUNIDAD de renunciar a Su misión. En el Huerto de Getsemaní, Jesús se enfrentó a una decisión. Podría haber optado por salvar Su pellejo; sin embargo, decidió sufrir y morir por nosotros para salvarnos. Eso es algo que invita a reflexionar. Dijo: «Padre Mío, si es posible, pase de Mí esta copa; pero no sea como Yo quiero, sino como Tú» (Mateo 26:39). Habría podido buscar una salida fácil, pero no lo hizo.

«Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15:13). Jesús fue ese amigo. Sufrió el castigo que nos correspondía a nosotros. «Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en Él» (2 Corintios 5:21). Para purificarnos Jesús tuvo que mancharse. La Palabra de Dios dice que «Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero [la cruz]» (1 Pedro 2:24).

Jesús hasta tuvo que permitir que Dios le diera la espalda. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Marcos 15:34). No solo sufrió físicamente, sino también espiritualmente, pues murió como un pecador no redimido de sus culpas y pasó tres días y tres noches en el infierno (Mateo 12:40).

¡Imagínate! Se ofreció a padecer todo eso con el fin de salvarnos.

El Cielo es nuestro hogar.



NUESTRO DESTINO ES la ciudad celestial, la Nueva Jerusalén, que descenderá del Cielo, de Dios, para estar entre los hombres. Esa ha sido la mayor esperanza de todos los tiempos: la maravillosa y cristalina ciudad dorada en que moraremos eternamente con Dios. Será algo así como la apoteosis de la sinfonía divina, y viene descrita en la parte culminante de la Biblia, los capítulos 21 y 22 del Apocalipsis. Nuestro hogar eterno será de una belleza tan esplendorosa que resulta completamente imposible imaginárselo. «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir» (Hebreos 13:14), «cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hebreos 11:10).

Las cosas más fabulosas que puede haber, que ni en sueños hemos concebido, ya existen en esa magnífica ciudad celestial, donde se encuentran en estos momentos nuestros amigos y familiares ya fallecidos disfrutando del Cielo y de todos sus deleites.

No apartemos, pues, los ojos de la meta, siguiendo el ejemplo de los personajes mencionados en Hebreos 11, el capítulo sobre la fe. Ellos estuvieron dispuestos a soportar todo tipo de pruebas y adversidades, y a ser aquí extranjeros y peregrinos, apátridas, sin vínculos con ciudad alguna, porque sabían que les aguardaba una celestial (Hebreos 11:13–16).

¡Yo prefiero la montaña!



«**C**UANDO JESÚS VIO A LAS MULTITUDES, subió al monte; y después de sentarse, Sus discípulos se acercaron a Él» (Mateo 5:1, NBLH). El Sermón del Monte, el más aclamado de la Historia, se lo predicó Jesús a un puñado de personas en una montaña.

Los picos de las montañas nunca están concurridos. ¿Por qué? Porque escalar es duro y peligroso. Para conquistar la cima de una montaña debes estar dispuesto a arrostrar la furia de los elementos y hacer un gran esfuerzo. Solo los pioneros escalan montañas, los que quieren superar lo que ya se ha realizado. Los pioneros deben tener una visión clara que les permita ver lo que nadie más ve; fe para creer lo que nadie más cree; iniciativa para ser los primeros en intentarlo, y coraje para llevar a cabo su propósito.

Algunos obstáculos que Dios te pondrá delante te parecerán insuperables; pero para las personas de fe no hay imposibilidades. ¿A qué esperas, pues? ¡Empieza a escalar! El ascenso quizá sea trabajoso, pero el panorama que se divisa desde la cúspide bien vale la pena. Mira adelante, levanta la vista hacia las alturas que pronto alcanzarás, imagínate esos paisajes que en breve te extasiarán si sigues luchando, escalando y venciendo dificultades sin darte por vencido.

Nuestras oraciones pueden hacer maravillas.



SI BIEN EL PODER DE DIOS ES ILIMITADO, Él mismo se restringe a obrar a través de nosotros y de nuestras oraciones.

Lo importante no es lo largas o frecuentes que sean nuestras oraciones, sino la fe que tengamos. Jesús dijo que si uno tiene fe como un grano de mostaza puede trasladar una montaña (Mateo 17:20). Si se cree de verdad, cada oración es escuchada y respondida. Pero si no se ora o no se cree, no ocurre nada. Muchísimo depende de nosotros. En cierta ocasión Dios le dijo a Israel que las desgracias que aquejaban al país obedecían a que nadie se esforzaba por invocarlo (Isaías 64:7).

El Señor deja que mucho dependa de nosotros, de nuestro interés y nuestras oraciones. Si apenas invocamos a Dios de medio corazón, recibiremos media respuesta. Pero si lo hacemos de todo corazón, recibiremos una respuesta clara y contundente. Él dice: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13).

Cuando uno se decide a orar más y a clamar fervientemente a Dios, por lo general los resultados se ven enseguida, porque el Espíritu Santo entra en acción. El Señor siempre responde cuando nos esforzamos por invocarlo de todo corazón. Así que, ¡oremos!

¡Dios nunca deja de amarte!



¿CÓMO ES DIOS? ALGUNOS LO IMAGINAN como un Ser airado, un ogro que todo lo ve, armado de un gran mazo y presto a aporrearnos; o como un tirano cruel que nos aterroriza y nos va a mandar al infierno. Pero en realidad Dios es amor (1 Juan 4:8), un Ser amoroso empeñado en que todos vayamos a parar al Cielo. Es un Ser muy cercano, muy íntimo, muy personal, afectuoso, lleno de bondad, de ternura, de dulzura, que se interesa por nosotros y nos aguarda con los brazos abiertos. Si nos persigue de un sitio a otro es únicamente porque tiene la esperanza de que nos demos la vuelta para que podamos fundirnos en un abrazo.

Él nunca nos rechaza ni nos priva de Su amor. Siempre cree en nosotros, por mucho que nos descarriemos. Si te sientes alejado de Él, quizá sea porque no has aceptado en tu corazón Su amor y Su perdón. No tienes por qué seguir recriminándote por los errores y pecados que has cometido; simplemente arrepíentete, pídele perdón y serás perdonado (Isaías 1:18; 1 Juan 1:9).

Basta con des unos primeros pasos en dirección a Dios, que te vuelvas hacia Él y empieces a buscar el camino de regreso a casa. El Padre entonces saldrá corriendo a recibirte con los brazos bien abiertos (Lucas 15:18–24).

Ya podemos disfrutar de un anticipo del Cielo.



LOS QUE CONOCEMOS Y AMAMOS A JESÚS ya gozamos de un cachito de Cielo. A pesar de las turbulencias del mundo actual, tenemos paz en nuestro corazón, una paz maravillosa, espléndida, exquisita, ¡una muestra especial del amor de Dios!

Ya disfrutamos de un poquito de Cielo. Está presente en nuestro corazón, en nuestros hogares, en nuestros seres queridos, en la misión que el Señor nos ha encargado, consistente en comunicar a los demás el cielo de Su amor. Ya vivimos en el reino de Dios, o mejor dicho, el reino de Dios vive en nosotros. Jesús dijo: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (Lucas 17:21, N-C). De todos modos, la Palabra de Dios dice también que esto no es más que una prenda de nuestra salvación, una pequeña muestra de ella (Efesios 1:14). Ahora bien, si esto es apenas una prenda de lo por venir, ¡imagínate cómo será el Cielo en toda su plenitud!

No hay que esperar a llegar al Cielo para descubrir cómo será. Ahora mismo puedes gozar del Cielo en tu corazón, tu vida, tu familia y tu hogar. ¿Te gustaría? Pues invita a Jesús a entrar en tu corazón aceptándolo como tu Salvador.

Al llenarte del Espíritu Santo estableces una relación mucho más íntima con el Señor.



LA INFUSIÓN O BAUTISMO del Espíritu Santo no solo te confiere audacia y te capacita para transmitir el amor de Dios, sino que además te ayuda a comunicarte personalmente con Jesús.

Jesús prometió a Sus discípulos que les enviaría un Consolador, el Espíritu Santo, para que los fortaleciera, los invistiera de poder y los guiara en su vida espiritual y relación con Él (Juan 14:16–18; 16:7,13,14). Mientras Jesús estuvo con ellos físicamente, ellos tenían la seguridad de que Él los amaba, y ese amor era correspondido. Disfrutaban de Su presencia y oían Su tranquilizadora voz, pero en realidad no lo conocían tan bien como lo conocieron más tarde en espíritu. Cuando se cumplió la promesa del Espíritu Santo el día de Pentecostés, los discípulos descubrieron que Cristo seguía con ellos por medio del Espíritu, y con más poder que nunca, a pesar de que Su cuerpo ya no estaba presente. No solo estaba con ellos, sino ¡dentro de ellos!

Si tú, al igual que los primeros discípulos, te has llenado del Espíritu Santo, puedes estar más cerca de Jesús y entender mejor Su verdad que ellos cuando estaban con Él físicamente y presenciaban los milagros que hacía, porque tienes Su poder y Su Espíritu en tu interior.

La oración en grupo tiene mucho poder.



ALGUNOS LES DA UN POCO de vergüenza orar con otras personas. Es probable que se acuerden de lo que dijo Jesús: «Cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público» (Mateo 6:6). Efectivamente, la oración en privado tiene su lugar; pero también hay ocasiones en las que conviene orar en grupo.

A veces es importante que des a conocer tus peticiones no solo a Dios, sino también a los demás. De ese modo ellos pueden orar contigo, manifestar contigo su fe y confesar contigo su dependencia del Señor. No vaciles, pues, en pedir oración cuando te haga falta.

A Dios le encanta responder nuestras oraciones; es más, se ve obligado a hacerlo cuando estamos unidos en amor, oración, propósito, mente, corazón y espíritu. «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por Mi Padre que está en los cielos, porque donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mateo 18:19,20). Dios ha dispuesto una dinámica del espíritu que funciona de manera sorprendente. La Biblia señala que mientras uno puede perseguir a mil, dos pueden hacer huir a diez mil (Deuteronomio 32:30), y eso es lo que ocurre cuando el Espíritu de Dios nos llena de poder.

¡Imita a Jesús!



SI HAS ACEPTADO A JESÚS como tu Salvador y tienes Su amor en tu corazón, serás como Él. Y si quieres saber cómo es Él, no tienes más que leer los Evangelios.

Jesús iba por todas partes haciendo el bien (Hechos 10:38), con el ánimo de hacer volver a los hijos de Dios a la verdadera adoración del Padre, de conducir a Sus corderitos al único y legítimo redil del Gran Pastor y al camino de la verdad sencilla, del amor y de la paz, del verdadero reino de Dios. Estudia los Evangelios y verás cómo actuaba Jesús. Estudia al gran maestro que no hablaba más que de amar y de compartir y que practicaba Sus propias enseñanzas, que vino por amor, vivió con amor y murió por amor para que nosotros pudiéramos vivir y amar eternamente.

Las Palabras de Jesús llenan las páginas más hermosas, inspiradas y alentadoras de la Biblia. Él fue casi siempre un pacificador. No presionaba a quienes no querían aceptar Su mensaje. Era todo voluntario. El tono de Su llamado era siempre «el que quiera...» (Apocalipsis 22:17). Era paciente, afectuoso, amable, clemente y compasivo; siempre guiaba, apacentaba, animaba y fortalecía a Sus corderitos. Fue el mayor modelo de amor, humildad y misericordia. Que Jesús nos ayude a ser como Él.

¿Qué necesita un nuevo cristiano? Oración, amor, la Palabra, Jesús y compañerismo.



CADA PERSONA A LA QUE AYUDAS a «nacer de nuevo» llevándola a aceptar a Jesús como su Salvador se convierte en tu *bebé*. Tienes el deber de cuidar a esa persona, y no debes olvidarte de orar por ella y procurar satisfacer sus necesidades.

Si olvidas a esos recién nacidos, defraudarás a Dios, habiendo engendrado pobres huerfanitos hambrientos y sin hogar. Aunque por lo general los huérfanos sobreviven, su vida suele ser muy dura, y muchos se resienten contra Dios por no haber tenido a nadie que los amara.

Un nuevo cristiano tiene cinco grandes necesidades. En primer lugar, necesita oración: debes pedirle a Dios que lo ayude a superar sus flaquezas y a progresar espiritualmente (Santiago 5:16). Además, necesita mucho amor: para que llegue a comprender el amor de Dios, debe sentir ese amor en ti (Efesios 3:17–19). Luego necesita nutrirse de la leche vivificante de la Palabra de Dios (1 Pedro 2:2). También necesita a Jesús: desde el momento en que se salva, Jesús ya está en él, pero igual debe afianzarse en Jesús (Colosenses 2:6,7). Y finalmente necesita compañerismo, tu compañía fraternal, así como tu amor, aliento, instrucción y oraciones (1 Juan 1:7).

«¿Me amas? —dice Jesús—. Pues apacienta Mis corderos» (Juan 21:15).

El diablo está condenado a perder.



EL DIABLO NO PUEDE DERROTARTE a menos que cedas frente a él. «Mayor es el que está en ti [Jesús] que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4). Jesús ya venció al diablo (1 Juan 3:8). En tanto que sigas combatiendo, el diablo no puede ganar.

La Biblia dice: «Resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7). Mientras sigas oponiendo resistencia, él seguirá huyendo; pero si dejas de resistir, se valdrá de mentiras y tentaciones para inducirte a abandonar. Pretenderá convencerte de que eres un caso perdido, de que más te vale darte por vencido y dejarle el campo libre. «Tu persistencia es inútil», te dirá.

¡No le hagas caso! Ponte firme y contraataca con «la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios» (Efesios 6:17). No dejes que te amedrente y te disuada de hacer lo que Dios quiere que hagas. ¡Plántate firme, lucha, y huirá de ti!

Pon tu confianza en el Señor y en Su Palabra: tienes el triunfo asegurado. Vístete de toda la armadura de Dios y lánzate al ataque con la verdad de Su Palabra (Efesios 6:10–18). La victoria será tuya. Con Jesús de tu parte, ¡estás destinado a ganar, siempre que no dejes de luchar!

¡Prepárate para la mayor tarea que hay!



SI EL ÚNICO PROPÓSITO de nuestra existencia es acceder a la salvación, ¿cómo es que el Señor no nos lleva al Cielo en cuanto nos salvamos? Porque tenemos una labor por delante, ¡una labor muy grande! Hay todavía mucha gente que necesita conocer a Jesús.

¿Cuál es, entonces, la tarea más importante del mundo? Hablarle a la gente del amor de Dios, demostrarle el amor de Jesús. Estamos en este mundo para dar testimonio y conquistar almas. La gran misión que nos encomendó el Señor es: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15), es decir, en todas partes.

Para el Señor no hay nada más importante que las almas inmortales. Por eso, no debemos dejar que nuestro interés por su bienestar eterno quede relegado a un segundo plano. Los que acepten a Jesús contigo serán tus hermanos en el Cielo y te estarán eternamente agradecidos de que les hablaras de Su amor.

Dios permite la oposición por un motivo muy claro.



DE NO EXISTIR UN ADVERSARIO, un bando contrario, el pueblo de Dios jamás sería puesto a prueba. Dios deja que Satanás se alce contra Él y dirija la oposición porque así Su pueblo es probado.

La oposición pone a prueba la fe, resolución y lealtad de quienes la padecen. Revela quiénes son fuertes y quiénes no. Asimismo obliga a declararse a los indecisos que no saben bien qué creer o a quién seguir.

Forma parte del proceso de selección que emplea Dios para separar el buen grano de la paja, el trigo de la cizaña, las ovejas de las cabras (Mateo 13:24–30; 25:31–33). Las auténticas ovejas conocen la voz del Buen Pastor y lo siguen; y no siguen al extraño (Juan 10:4,5). No hacen caso de la voz de los enemigos de la verdad.

Los que no están dispuestos a sufrir y soportar antagonismo por causa de su fe claudican y automáticamente pierden. En cambio, los auténticos y fieles seguidores invocan a Dios, ¡y Él siempre derrota al diablo y les da la victoria!

«Vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis [...] es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis» (2 Tesalonicenses 1:4,5).

**Jesús cumplió Juan 3:16;
a nosotros nos toca cumplir
1 Juan 3:16.**



«**D**E TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:16). Jesús nos abrió el camino de la salvación cuando ascendió al monte Calvario y murió en solitario por los pecados del mundo. Solamente Él podía hacer ese sacrificio por nosotros; ¡y lo hizo!

«En esto hemos conocido el amor, en que Él puso Su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1 Juan 3:16). Si estamos salvados y de verdad amamos a Jesús y a los demás, queremos llevar a otras personas al Cielo con nosotros. No podemos trabajar por nuestra propia salvación, pero sí por la de los demás. Tales obras no son un requisito para salvarnos; vendrán como expresiones espontáneas de nuestro amor por el Señor, manifestaciones de nuestra salvación y del amor que sentimos por Él y por nuestros semejantes. Una vez que nos salvamos, la tarea más importante que tenemos por delante consiste en entregar nuestra vida día a día en amoroso y solícito servicio al prójimo. Jesús vino para amar al mundo, y nos pide que hagamos lo mismo en cada faceta de nuestra existencia.

**«Haced esto en memoria de Mí»
(1 Corintios 11:24).**



LA EUCARISTÍA ES UNA RECREACIÓN de la ceremonia que realizó Jesús con Sus discípulos la noche antes de ser crucificado. Es una de las pocas ceremonias que hicieron juntos y la única que pidió a Sus seguidores que observaran en memoria Suya hasta que Él vuelva. Su intención era que fuera un símbolo, una sencilla ilustración con diversos significados. Es un acto conmemorativo y de acción de gracias, un testimonio y una manifestación de unidad.

La comunión tiene por objeto rememorar a Jesús y los sacrificios que hizo por nosotros: que Su cuerpo fue partido para darnos curación (Isaías 53:5) y que derramó Su sangre para limpiarnos de nuestros pecados (1 Juan 1:7). Es un acto con el que celebramos nuestra salvación integral.

Constituye un testimonio para las personas no salvas que presencian la ceremonia, para recordarles lo que hizo Jesús por nosotros y lo que quiere hacer por ellas. Es asimismo una buena ocasión para que los creyentes se unan en espíritu, renueven sus lazos fraternales, confiesen sus pecados, hagan las paces, le agradezcan a Jesús Su sacrificio, obtengan curación y den testimonio a todos de la bondad de Dios. Él nos bendecirá si hacemos lo que nos mandó. «Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga» (1 Corintios 11:26).

El Espíritu Santo nos ayuda a realizar nuestras tareas con ilusión y alegría.



CUANDO SE TIENE EL UNGIMIENTO DIVINO, la unción del Espíritu Santo, cada tarea resulta maravillosa. Todo lo que se hace, sea lo que sea, puedes realizarse en el Espíritu. En cambio, cuando uno se apoya exclusivamente en la energía de la carne o hace algo solo por cumplir la letra de la ley, termina deprimido y pierde la inspiración. «La letra mata, pero el Espíritu da vida» (2 Corintios 3:6).

Todo lo que te toque, con ilusión lo has de hacer.
Pon una nota de primor en cada menester.
Pelando papas, lavando ropa, sonando al niño,
hace falta ese no sé qué que a todo le da brillo¹.

Llámallo como quieras: inspiración, magnetismo, talento, personalidad o el Espíritu; has de tener un algo que te haga vibrar, que te incite a la acción.

¿Manifiestas el fogoso poder del Espíritu de Dios en todo lo que haces? Sin duda que puedes.

Si has nacido una vez nada más, morirás dos veces; pero si has nacido dos veces, no morirás sino una.



SI HAS NACIDO DOS VECES —la primera cuando naciste físicamente, y la segunda cuando naciste del Espíritu el día en que aceptaste a Jesús como tu Salvador—, solo morirás una vez, físicamente. En cambio, si solo has nacido una vez, físicamente, morirás dos veces: primero padecerás la muerte física y natural; luego la muerte espiritual, «la muerte segunda» (Apocalipsis 20:14).

Cuando fue crucificado, Cristo sufrió mucho más que un tormento físico: también padeció la angustia espiritual del pecador perdido que muere por sus pecados sin salvación y sin Dios, con la diferencia de que Él no murió por Sus propios pecados, sino por los pecados del mundo. Llevó sobre Sí el peso de todos los pecados de un mundo lleno de pecadores, ¡y lo hizo para que nosotros no tuviéramos que pasar por el horror de morir como pecadores, en total desamparo!

Los que rechazan la expiación de Cristo deben necesariamente sufrir por sus pecados, mientras que los que aceptan a Jesús ahora alcanzan el perdón absoluto y se libran definitivamente del castigo que merece el pecado. «La sangre de Jesucristo [...] nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1:7).

Convierte tus debilidades naturales en cualidades espirituales.



PUEDE QUE A VECES TE SIENTAS torpe e incapaz, pero eso no es ningún defecto si te impulsa a depender más de Jesús. En realidad esa reacción se constituirá en una cualidad tuya, porque cuando dependes del Señor y le pides a Él las respuestas a todas tus preguntas —como deberías hacerlo y como Él desea que lo hagas—, entonces te vuelves fuerte en Él. Se trata de una fortaleza derivada de la debilidad: eres consciente de que debes acudir a Jesús para obtener respuestas y lo haces fielmente.

Tu reacción inicial debería ser orar y plantearle todos tus interrogantes al Señor. Esa clase de debilidad es buena: te hace dudar de cuál es la mejor opción. Y aun cuando crees saber la respuesta, consultas al Señor y sigues humildemente Su guía. Eso es bueno, ya que así permites que el Señor cumpla Su voluntad obrando por medio de ti. Actuando así dejas las cosas en Sus manos, permites que sea Él quien tome las decisiones y haga las cosas a Su manera. Y entonces tu debilidad se convierte en fortaleza.

Nuncaerrarás el tiro si acudes continuamente a Jesús en oración, porque cuantas más cosas le consultes, más podrá obrar Él a través de ti. Cuanto más incapaz te sientas, ¡mejor te irá!

Si prescindimos de Jesús, nuestra supuesta integridad no vale nada.



LOS QUE SE SIENTEN TAN ORGULLOSOS de su propio éxito y de su integridad que dan gracias a Dios porque no son «como los otros hombres» (Lucas 18:11) tienden a mirar a los demás con desprecio en vez de tratarlos con misericordia, compasión y comprensión. A los ojos de Dios, sin embargo, esa soberbia, esa actitud de superioridad moral, es uno de los peores pecados que hay (Isaías 64:6).

Algunas personas necesitan pasar por muchos sinsabores para aprender humildad. Al rey David le sucedió eso. Probablemente era muy orgulloso y, antes que Dios pudiera valerse de él para conducir a Su pueblo, tuvo que ser humillado. Basta con recordar las hazañas que hizo antes de ascender al trono. Siendo aún un chiquillo se enfrentó a un león y a un oso para proteger las ovejas de su padre y los mató. Luego liquidó a Goliath, el gigante, y todo Israel ensalzó su gran valor (1 Samuel 17:34–37,49; 18:6,7). Por lo visto se envaneció y perdió el temor del Señor, tras lo cual cometió terribles pecados. Peor aún, se volvió farisaico, pues ocultó sus faltas y fingió ser un hombre recto. Finalmente cayó sobre él el castigo de Dios y lo perdió todo (2 Samuel, capítulos 11 y 12). Pero cuando el Señor abatió su orgullo, se operó en él una maravillosa transformación.

Todo lo que tenemos de bueno se debe a Jesús. Solo Él nos hace íntegros (Filipenses 3:9).

¿No sería fantástico que la gente simplemente hiciera lo que enseñó Jesús?



JESÚS NOS DIO LA CLAVE para vivir felices y en armonía cuando dijo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39). Por eso, cuando no tratamos con mucho amor a los demás, los conflictos no se hacen esperar. Es más, todos los males del mundo actual se pueden atribuir a nuestro poco amor por Dios y por nuestros semejantes. El sencillo amor a Dios y al prójimo sigue siendo la solución divina aun en una sociedad tan compleja y confusa como la actual. Si amamos a Dios, seremos capaces de amarnos unos a otros y de seguir Sus normas de vida, que conducen a la libertad y a la felicidad. De ese modo todo irá bien, y todos seremos dichosos en unión con Él.

Pide, pues, a Dios que te ayude a manifestar Su amor al prójimo. Y recuerda que el prójimo es cualquiera que se cruce en tu camino y necesite tu ayuda.

Un poquito de amor, de comprensión, de tolerancia y de generosidad con los demás podría contribuir muchísimo a resolver los problemas del mundo. De hecho, ese debería ser el objetivo de todo cristiano: amar a Dios y al prójimo como a sí mismo. Y también nuestros problemas se pueden resolver todos con amor.

Nunca caminarás solo si tienes a Jesús en tu corazón y te tomas de Su mano.



SI TIENES A JESÚS, nunca te faltarán amor y compañía. Donde sea que te encuentres, estarás en Sus manos, y Él cuidará de ti. Jesús es la única posesión a la que nunca tendrás que renunciar, que nunca tendrás que dejar atrás, que nunca perderás. Por mucho que lo regales a los demás, siempre lo tendrás contigo. Siempre estará cerca de ti (Mateo 28:20; Hebreos 13:5).

Él siempre está presente. No es que a veces se ausente: somos nosotros quienes por momentos nos alejamos. A veces nos vamos tras otros afanes y lo dejamos muy atrás. Pero Él nunca nos deja atrás a menos que no lo sigamos. Es así de sencillo.

En medio del viento,
en medio de la lluvia,
con tus sueños azotados y despedazados,
sigue, sigue adelante
sin perder la esperanza,
y nunca caminarás solo¹.

(Oración:) Acompáñanos, Señor. Es lo mejor que podemos desear: que recorras todo el camino con nosotros, y que nosotros no nos apartemos de Ti en ningún punto del recorrido.

¹ Oscar Hammerstein II (1895–1960).

Un cristiano no es perfecto, pero tiene sus faltas perdonadas.



ALGUNAS PERSONAS PARECEN PENSAR que todo es bueno o malo, blanco o negro, y que no hay tonos intermedios. La verdad de las cosas, sin embargo, es que en lo que a integridad se refiere, todos somos más bien grises. Nadie es ni totalmente malo, ni perfectamente limpio y puro, salvo por la fe en la sangre de Cristo. Solo Jesús es perfecto y nos puede ayudar; por eso tuvo que hacerse hombre.

Nadie puede llegar a ser todo lo bueno que debiera. Todos somos falibles, todos nos equivocamos, todos cometemos pecados. Solo estamos salvados por la gracia de Dios. Lo único que nos salva es Su amor, Su misericordia, Su gracia y Su sacrificio en el Calvario. Nada más. Absolutamente nada.

Gracias a Dios que nuestra salvación no está supeditada a lo buenos que hayamos sido o que seamos en este momento. Depende exclusivamente de nuestra fe en la misericordia y la gracia de Jesucristo. A pesar de todos nuestros pecados, defectos, fallos, equivocaciones y conducta poco santa, Dios nos ama y nos perdona. «No ha hecho con nosotros conforme a nuestras maldades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones» (Salmo 103:10,12).

«Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:10).



TODOS LOS DÍAS MILLONES DE CRISTIANOS de todo el mundo rezan: «Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra». La mayoría, sin embargo, probablemente no capta la impactante realidad de esa frase del Padrenuestro, ni lo textualmente que se cumplirá.

Jesús dijo a Sus discípulos: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (Lucas 17:21, N-C). Eso se aplica a todos los que conocemos y amamos al Señor. Ya disfrutamos del Cielo en nuestro corazón. No obstante, durante el venidero reinado de mil años de Cristo en la Tierra —el Milenio—, Él destruirá todo este infierno terrenal y establecerá Su reino de paz, justicia, bondad, misericordia y amor. No será el Cielo propiamente dicho, pero casi: el reino de Cristo en la Tierra. Su reino no solo estará dentro de nosotros, sino también a nuestro alrededor. «Ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán» (Hebreos 8:11).

A la noche la aurora sigue,
y a la aurora el pleno sol;
y el reino de nuestro Dios vendrá,
un reino de luz y amor¹.

¹ Henry Ernest Nichol (1862–1926).

La fe es...



LA FE ES OÍR LO INAUDIBLE, ver lo invisible, creer lo increíble y recibir lo imposible. La fe suele ir a contrapelo de lo que cabría esperar naturalmente y de los argumentos racionales.

La fe es pedir lo que uno necesita. Es crear un vacío en el corazón para que lo llene Dios. Es creer no solo que Dios puede hacer algo, sino que lo hará. Es lo contrario de las dudas y del temor. La fe no se sorprende de la respuesta: ya la esperaba.

La fe es guardar la calma en plena tormenta. La fe no está sujeta a circunstancias y condiciones. Cuando el hombre grita: «Atraca en el puerto», la fe replica: «Boga mar adentro». La fe no es pasiva: actúa conforme a sus convicciones.

La fe es permanecer firme cuando todos los demás desertan. Es quemar las naves para no poder volver atrás. Es estar dispuesto a realizar cualquier sacrificio. Es hacer hoy lo que Dios pide y creer que mañana Él hará lo que ha prometido. Es elegir a Dios por sobre las demás posibilidades. Es confiar en Su Palabra y no en lo que nos dicen los sentidos. Es estar dispuesto a morir confiando. ¡Esa es la clase de fe que obra milagros!

La fe es como un músculo: se tonifica con el ejercicio. La fe aumenta estudiando asiduamente la Palabra de Dios (Romanos 10:17).

La voluntad de Dios permite el ejercicio del libre albedrío, dentro de ciertos límites.



LA VOLUNTAD DE DIOS —lo que Él quiere que hagamos porque sabe que será lo mejor para todos— podría compararse a un túnel: restringe nuestros movimientos y limita nuestras posibilidades, pero aun así nos permite tomar decisiones y actuar según nuestra fe. Él nos mantiene dentro de ciertos linderos; pero nuestros movimientos dentro del túnel —a derecha o a izquierda, arriba o abajo— dependen mucho de nosotros y de nuestras preferencias. Nos da cierto margen de acción siempre que no traspasemos los límites que Él ha fijado. Nos permite abrirnos paso a través del túnel, pero por supuesto espera que cada paso que demos sea hacia delante y no hacia atrás.

El túnel siempre nos lleva en la buena dirección. Siempre conduce a un fin y, claro, dentro de él siempre existe una ruta que es mejor y más directa. Si nos sometemos a Dios y escogemos lo que Él escogería, si nuestro deseo primordial es agradar a Dios y hacer las cosas a Su modo, si nos deleitamos en Él, entonces avanzaremos en el sentido que Él quiere y permaneceremos en el centro de Su voluntad; no apartaremos la mirada de Su luz orientadora que brilla al fondo del túnel y lograremos importantes progresos.

No hay pesar en la Tierra que el Cielo no pueda sanar¹.



LA PALABRA DE DIOS ES SIEMPRE un consuelo, y la voz de Su Espíritu es siempre una fuente de ánimo en la hora de las mayores pruebas. La Biblia dice: «Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:18). El recordar eso nos ayuda a soportar algunas de las experiencias por las que nos toca pasar en esta Tierra.

«Por la noche durará el lloro y a la mañana vendrá la alegría» (Salmo 30:5). No debemos apartar la vista de Jesús y del final del camino de la vida. «Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Corintios 4:17).

Dios nos tiene reservado un porvenir maravilloso. Estaremos con Jesús y todos nuestros seres queridos, y «ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor» (Apocalipsis 21:4). Él enjugará nuestras lágrimas, y las cosas del ayer quedarán olvidadas en medio de las arrobadoras glorias del reino venidero.

A veces limitamos a Dios con nuestra escasa fe.



DIOS TRATA DE SER lo más bueno posible con nosotros, porque nos ama. Siempre que nos esmeremos por obrar correctamente y le pidamos lo que sea bueno para nosotros, Él nos lo dará. «Nada bueno niega a los que andan en integridad» (Salmo 84:11, NBLH).

Pero a veces, dice la Biblia, no tenemos porque no pedimos. (Santiago 4:2). De modo que si de veras necesitas algo, pídelo en oración. Eso sí, ten cuidado con lo que le pidas a Dios, pues muchas veces te tomará al pie de la letra, te dará exactamente lo que hayas dicho.

Cierta vez un hombre oró: «Señor, dame un auto. ¡Necesito uno urgentemente! Con cualquier auto viejo me conformo». Pues eso fue exactamente lo que obtuvo: ¡un verdadero cacharro! Habiendo aprendido de aquella experiencia, la siguiente vez que necesitó un auto se armó de fe, pidió uno bueno, ¡y lo consiguió!

Dios es muy claro, y tú debes ser muy claro con Él. Te dará lo que le pidas, conforme a tu fe (Mateo 7:7,8; 9:29). Así que deberías tener fe para conseguir lo que necesitas. Si existe una necesidad, también tiene que existir la solución para satisfacerla. Mira a tu alrededor y consíguela a base de oración.

No puedes ser amigo de Dios solo en tiempo de vacas gordas.



EN CIRCUNSTANCIAS Y SITUACIONES

normales y corrientes, la mayoría de los cristianos son capaces de confiar en que Dios hará por ellos lo que esperan. Sin embargo, cuando todo anda mal y parece ir en contra de lo que dice la Palabra y lo que es habitual, solamente los que tienen mucha fe pueden declarar como Job: «Aunque Él me mate, en Él esperaré» (Job 13:15). Lo que él estaba diciendo era: «Aunque parezca que Dios está faltando a Su Palabra conmigo, aunque me mate desdiciéndose de todas Sus promesas, seguiré confiando en Él».

Si solamente estás dispuesto a creer y obedecer a Dios mientras todo vaya sobre ruedas, no crearás ni obedecerás mucho, porque cuando se sirve al Señor hay muchas cosas que parecen salir mal. Mas aunque «muchas son las aflicciones del justo», la Biblia promete que «de todas ellas lo librará el Señor» (Salmo 34:19), sin importar cuántas ni cuáles sean. Continuemos, pues, confiando, alabando y siguiendo a Dios pase lo que pase.

Confía en Dios aun en la oscuridad.
Su mano toma hasta el amanecer.
Tras muchas vueltas, mucha adversidad,
despertaremos a imagen de Él¹.

Dios está retratado en Su Hijo.



NINGUNO DE NOSOTROS PUEDE LLEGAR a

comprender lo grande que es Dios Padre. La Biblia dice que Su grandeza es tal que el universo no puede contenerlo. Está tan por encima de nuestra comprensión que tuvo que crear un Ser que nos mostrara Su amor, que estuviera en nuestra dimensión, un Ser que pudiéramos ver, palpar y conocer de primera mano, que bajara a Dios y lo pusiera al nivel de nuestro entendimiento, un Hombre que fuera como Él, a quien llamó Su Hijo.

Dios se rebajó enviándonos a Su Hijo Jesucristo con la misión de que diera ejemplo de cómo es Dios. Jesús es el medio de comunicación con nosotros más destacado que tiene Dios. Por medio de Él, nos transmite Su amor.

Jesús es, por así decirlo, la punta del iceberg, la parte visible. La mayor parte del témpano —Dios Padre— queda fuera de nuestra vista. A pesar de que no vemos el resto del témpano, alcanzamos a formarnos una idea de cómo es por la parte que asoma fuera del agua, la parte que está en nuestra dimensión. La Biblia dice que Dios es amor (1 Juan 4:8), y sabemos que eso es cierto por la parte amorosa de Él que vemos en Jesús.

Puedes estar siempre orando, mientras haces cualquier otra cosa.



EN TODO LO QUE HAGAS, deberías estar orando y con los ojos puestos en Jesús, el autor y consumidor de la fe (Hebreos 12:2).

Orar es como respirar, como respirar continuamente el Espíritu Santo. Mantente en todo momento en comunicación con el Señor, piensa en Él constantemente y hazle preguntas sobre lo que estés haciendo. Así Él te ungirá y te guiará en todo mediante Su Espíritu. Si oras y le pides a Dios sabiduría, Él prometió que te la otorgaría (Santiago 1:5).

Jesús puede ahorrarte un montón de trabajo, de inconvenientes y de tiempo si oras antes de comenzar cualquier tarea. Pídele que te ayude y te guíe, aunque sea con una simple oración de pocas palabras. Puedes orar en una fracción de segundo y recibir la respuesta enseguida; mientras que si te apoyas en tu propia prudencia o en tu propia sagacidad, te arriesgas a cometer un lamentable error (Proverbios 3:5–7).

Consulta al Señor acerca de cada tarea que emprendas, cada problema que afrontes y cada decisión que debas tomar, y asegúrate de que haces lo que Él quiere y como Él quiere.

La Palabra de Dios es el cimiento de la fe.



¿CÓMO SE ADQUIERE FE? Es un don de Dios que está al alcance de cualquier persona que lo desee. Lo malo es que mucha gente no lo quiere hasta que lo necesita. Entonces se da cuenta de que no tiene la fe que precisa porque no está acostumbrada a confiar en la Palabra de Dios, le falta ese cimiento. Al fin y al cabo, ¿cómo puede tener fe en algo que conoce bien poco o nada?

Así como no se puede construir un buen edificio sin buenos cimientos, sin la Palabra la fe no tiene una base sólida. La fe en Dios está cimentada en Su Palabra. Por eso, si sientes que te falta fe, el remedio es muy sencillo: la Palabra de Dios te la aumentará.

La fe nace y crece oyendo la Palabra de Dios (Romanos 10:17). A medida que leas y estudies la Palabra, que medites sobre ella y hasta te la aprendas de memoria, con el estímulo de cada palabra que leas tu fe irá aumentando y fortaleciéndose. Llénate la mente y el corazón de pensamientos positivos, alentadores y fortalecedores procedentes de Su Palabra, pensamientos que edifiquen tu fe, y al poco tiempo te sorprenderás de la fe que tendrás: ¡fe verdadera, capaz de aguantar cualquier prueba y de hacer milagros, fe que perdura y se apoya sobre el cimiento sólido de Su verdad!

¿Tu cristianismo llega hasta tu bolsillo?



EL REY DAVID DIJO EN UNA OCASIÓN que no ofrecería al Señor algo que no le costara nada (2 Samuel 24:24). En realidad no cuenta hasta que te cuesta, hasta que representa un sacrificio y puedes decir: «El amor de Cristo me constriñe» (2 Corintios 5:14).

¿Recuerdas a la viuda que entregó como ofrenda sus dos últimas monedas? Jesús al verlo dijo que ella había dado más que los ricos, quienes solo habían depositado una parte de lo que les sobraba. A pesar de que las monedas que entregó tenían muy poco valor, eran todo lo que ella tenía, y por eso el Señor le reconoció más mérito que a los demás. Dio hasta más de lo que le correspondía, y el Señor la elogió por ello (Marcos 12:42–44).

«Dad y se os dará» (Lucas 6:38). Esa promesa es infalible. Es una ley de Dios más segura que la de la gravedad. Aunque dieras todo lo que tienes, no sufrirías ningún perjuicio, porque Dios premiaría tu acción. Si obras con buenas intenciones, Él bendecirá tu generosidad dándote aún más.

Da un paso por Jesús, y verás que Él no te defraudará.



¿LEES LA PALABRA DE DIOS? ¿Procuras ponerla por obra? ¿Pasas ratos de comunión con Jesús, orando, alabándolo y escuchando Su voz? ¿Te acuerdas sobre todo de expresarle tu amor? Si haces estas cosas, Él nunca te fallará. Eso sería imposible, porque en Su Palabra ha prometido que si cumples esas condiciones, Él te bendecirá y cuidará de ti.

Si das esos pasitos, Él dará los pasos grandes, pasos que te ayudarán a superar los obstáculos y las montañas de problemas que tienes delante. Pero hasta que no lo hagas, Él no puede dar los pasos grandes por ti. Si te quedas parado y esperas que el Señor lo haga todo, sin manifestar ninguna fe ni obediencia, no llegarás muy lejos. Él puede encargarse de lo que está fuera de tu alcance, pero primero tú tienes que hacer lo que te corresponde.

Jesús te está llamando. Él te ayudará.

Síguelo, da el paso, y a ti acudirá.

Por Jesús da otro paso. Él te sustentará.

Si por Jesús das el paso, hasta la cima te llevará.

Nunca es tarde para amar.



ALGO TAN SENCILLO COMO EL AMOR a Dios y al prójimo puede resolver todos nuestros problemas. Su amor es la solución para todo: salva almas, perdona pecados, purifica nuestra mente, rescata nuestro cuerpo, nos hace sentirnos satisfechos, nos gana amigos y hace que la vida valga la pena. Es capaz de superar casi cualquier dificultad, diferencia, debilidad, defecto, fracaso, falta, pecado u obstáculo. Es la única verdad, el único camino y la única paz.

El amor tiene incluso poder creativo, porque Dios es amor y es también el Creador (1 Juan 4:8). Puede convertir vidas deshechas en maravillosos hijos de Dios, productivos, felices, afectuosos y radiantes. Puede hacer cualquier cosa. Nada se resiste a su poder. Transforma todo lo que toca. ¡Es hermoso! No hay nada igual. Puede curar cualquier enfermedad y limpiar cualquier mancha. Es todopoderoso.

El amor no sabe de horas ni de días. Es constante, porque el amor es Dios, y Dios siempre es. Es como una corriente, como un río que fluye continuamente, pase lo que pase, debido al rocío del Cielo, Jesús.

Ah, amor, por fin me has hallado.
¡Cómo canta mi corazón!
Soñé contigo en el pasado.
¡Te esperé con ilusión!
Ah, amor eterno,
mis sueños se harán realidad¹.

De gran valor es la diligencia con los pequeños detalles.



NO DESDEÑES NINGUNA TAREA que el Señor te encargue, pues aun lo que puede parecer insignificante es importante para Él. Si te da la impresión de que lo que haces ahora no vale mucho, piensa que tal vez es tu escuela para algo más grande de lo que te imaginas. El Señor empieza probándote con tareas pequeñas, y cuanto más ve que te puede confiar, más te da. Sabe que a una persona minuciosa, diligente y cuidadosa con los detalles se le pueden confiar cosas mayores. Él dijo: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel» (Lucas 16:10).

Para Dios, los detalles tienen mucho valor. Él hace funcionar el mundo entero mediante cosas pequeñas, y nos juzga por cosas pequeñas. Todo el universo y también el reino de Dios están constituidos por cosas pequeñas. Sin ellas, no habría nada grande.

(Oración:) Señor, enséñanos la importancia de los detalles. No permitas que fallemos ni en el menor de ellos. Tu Palabra dice: «Lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel» (1 Corintios 4:2), que tenga fe y sea fiel en el cumplimiento de sus labores. Ayúdanos a ser diligentes en todo, tanto en lo grande como en lo pequeño.

**«Que vuestro ánimo no se
canse hasta desmayar»
(Hebreos 12:3).**



LA VIDA ES UNA LUCHA. ¡Hace falta fe, valor y mucho ánimo! Lo malo es que algunos nos rendimos cuando las cosas se ponen difíciles. Desfallecemos, nos damos por vencidos mental y espiritualmente.

Sin embargo, Dios dice: «Es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lucas 18:1, N-C), y Pablo dijo: «No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gálatas 6:9).

¡La voluntad es poderosa! «El ánimo del hombre le sostiene [...]»; pero ¿quién sostendrá el ánimo abatido?» (Proverbios 18:14, N-C). ¡Con frecuencia la fe y la voluntad ardientes vencen impedimentos aparentemente insuperables!

Cuando somos débiles, incapaces e incompetentes, Dios tiene oportunidad de demostrar en nosotros Su fuerza, Su capacidad y Su competencia. Así que no te rindas tan pronto, no te dejes rescatar prematuramente, no abandones justo antes del triunfo. ¡Pueden ocurrir maravillas en ese pequeño lapso de tiempo en que, en vez de abandonar, decides seguir creyendo y orando! Nunca te arrepentirás de haber confiado en Jesús. ¡Toda la eternidad te alegrarás de haber aguantado y haber seguido adelante!

**Tras la noche más oscura de
la historia de la humanidad
vendrá el amanecer más
luminoso.**



ESA NOCHE QUE RÁPIDAMENTE SE aproxima es la pesadilla de la Gran Tribulación; y el día, el regreso de Cristo.

Antes de mejorar, la situación debe empeorar; pero a pesar de los horrores que vendrán y de la creciente oscuridad que reina en este mundo, sabemos que todo terminará bien. La hora más oscura es justo antes del alba. ¡Cuanto antes empeoren las cosas, antes mejorarán! ¡Mantén, pues, la mirada dirigida hacia lo alto!

Tendremos que atravesar una tenebrosa etapa de pruebas y tribulaciones; mas luego saldremos al sol por el otro lado, y todo lo ocurrido antes se disipará como un mal sueño. Llegará el día en que Jesús detendrá el mundo y nosotros nos bajaremos. Dejaremos atrás toda esta confusión para disfrutar junto a Él de la paz, quietud, belleza, amor y maravillas de los lugares celestiales, de ese universo de ensueño que es la otra vida. ¡Solo un poco más y ya viene Su glorioso amanecer!

Es estupendo que oigas tú mismo la voz de Dios.



DIOS ESPERA QUE SUS HIJOS, los que han establecido una relación personal con Él y conocen Su voluntad y Su Palabra, se comuniquen con Él directamente en vez de depender de la fe o las oraciones de otros. Por eso lo más importante que puede aprender un cristiano —y que todos los que se inician en la fe deben aprender por sí mismos— es a escuchar cada día la voz de Dios y seguir Sus indicaciones.

Todos los días puedes y debes escuchar Su voz. Casi todo lo que recibas probablemente te llegará por intermedio de Jesús, puesto que Él es nuestro enlace con el Padre, hace de mediador (1 Timoteo 2:5). No siempre se dirige a nosotros con palabras audibles. Puede que no oigas más que un suave murmullo en tu interior (1 Reyes 19:12) y que a veces ni siquiera te hable con palabras. Dios no necesita comunicarse con palabras; puede sugerirnos sensaciones, imágenes e ideas.

Si de veras tenemos fe y le pedimos a Jesús que nos hable, Él no nos defrauda, y eso que captan entonces nuestros ojos y oídos espirituales es Su voz. ¡Es una experiencia muy alentadora! Si realmente quieres escucharlo, Él te hablará. Lo único que te hace falta es fe. ¡Jesús puede comunicarse con nosotros en cualquier momento, en cualquier lugar, si tenemos fe!

¿Te sientes presionado? ¡Cárgale la presión a Dios!



¡A DIOS LE ENCANTA PROVOCAR CRISIS! A veces permite que sucedan ciertas cosas para motivarnos a orar y a creer que Él nos dará la solución. Quiere que demos pasos concretos de fe haciendo peticiones específicas y esperando respuestas igualmente específicas. Las oraciones que son bien precisas ponen a Dios en una situación comprometida y nos ponen también a nosotros en evidencia; por otra parte demuestran nuestra fe, y eso agrada a Dios.

Hay quienes no le piden a Dios respuestas precisas por miedo a no obtenerlas, ¡lo cual podría poner su espiritualidad en entredicho y hasta dañar la reputación de Dios! «¿Y si no responde nuestra oración? ¿Qué pensará la gente de nuestra fe y de nuestro Dios?» Por eso se limitan a decir generalidades, para no quedar mal en caso de que no consigan respuesta.

Pero a Dios le fascina que lo pongan entre la espada y la pared porque sabe que no nos va a fallar si nosotros cumplimos las condiciones, ejercitamos nuestra fe en la oración y obedecemos Su Palabra. La respuesta, cuando llegue, dará testimonio de Su Palabra, de Su fidelidad y de nuestra fe para pedir una respuesta específica. ¡Dile, pues, exactamente lo que necesitas o lo que quieres que haga, y Él no te defraudará!

¿Te conmueve cómo está el mundo?



¿RECUERDAS CÓMO TE SENTÍAS cuando estabas solo y perdido sin Jesús y pensabas que no había amor ni esperanza? Eso debería conmoverte e impulsarte a orar y a hacer todo lo posible por darles a conocer a los demás el remedio para su soledad y sus otros problemas: Jesús y Su amor.

Debes escuchar el clamor del mundo. Amar es llorar con los que lloran, sufrir con los que sufren y sentir la angustia con la que viven los que tienen el corazón destrozado. Jesús lloró al ver a la multitud. Estaba cansado, pero al ver la muchedumbre se llenó de compasión. Tuvo lástima de la gente, sintió que tenía que hacer algo, que tenía que ayudar (Marcos 6:31–34).

(Oración:) Jesús, ayúdanos a cumplir Tus expectativas y a ser una bendición para todas las personas solitarias, desesperadas y desamparadas que necesitan Tu cariño. Tu salvación trae alegría y amor; es como un bálsamo curativo que limpia todo corazón. Muéstranos cómo podemos comunicar Tu precioso amor y las buenas nuevas de la felicidad y el amor que son para siempre. Conmuévenos, haznos más tiernos y compasivos. Que anhelemos ayudar a los demás, animarlos y acercarlos a Ti para que Tú los levantes y los sanes. Amén.

Los niños son en sí mismos una misión.



MUCHÍSIMA GENTE NO ALCANZA a comprender que el mundo del mañana lo forjan los adultos de hoy, según lo que decidan darle o negarle a la siguiente generación.

«Dejad a los niños venir a Mí y no se lo impidáis —dijo Jesús—, porque de los tales es el reino de los cielos» (Mateo 19:14). Los niños son lo más sincero que hay. Están en una etapa en que comienzan a reflexionar seriamente sobre la vida y quieren conocer y seguir la verdad de todo corazón. Están en una edad maleable, de descubrir, de escoger, de tomar decisiones. Comunicarse profundamente con ellos demanda tiempo, paciencia, comprensión y mucho amor genuino; pero en realidad es en esa etapa cuando la mayoría de la gente acepta a Jesús como su Salvador.

«Instruye al niño en su camino —dice la Biblia—, y ni aun de viejo se apartará de él» (Proverbios 22:6). Tenemos que educarlos, motivarlos, animarlos y por encima de todo acercarlos a Jesús y consolidar su fe en la Palabra de Dios.

Abre la puerta a los niños
que por los campos están;
llámalos con gran cariño,
sálvalos de la maldad¹.

¹ E. O. Excell (1851–1905) y Mary Kidder (1820–1905).

Jesús renunció a Su ciudadanía celestial.



AUNQUE ERA RICO, por nosotros se hizo pobre, a fin de enriquecernos por medio de Su pobreza (2 Corintios 8:9). No solo vino a vivir entre nosotros, sino que tuvo que hacerse como uno de nosotros. Tuvo que incorporarse a la comunidad humana.

Llegó como un bebé manso y apacible, débil e indefenso. No solo tomó nuestra forma corporal, sino que también se ajustó a nuestro modo de vivir. Era humano. Se cansaba, sentía hambre, se fatigaba. Se vio afectado por todas esas cosas igual que nosotros (con la única diferencia de que Él no pecó), para llegar a compadecerse de nosotros, conocer cómo nos sentimos, comprender lo que es el agotamiento y el dolor de pies, y entender que a veces uno ya no aguanta más.

Dios envió a Jesús para que se hiciera humano y así nos transmitiera mejor el amor de Su Padre, para que se comunicara con nosotros a un nivel que nos resultara accesible y nos tratara con más misericordia y paciencia que el propio Dios. ¡Imagínate!

«Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo» (Salmo 103:14), porque Él mismo estuvo en esa condición, y en ella sufrió y murió por amor a nosotros. Descendió a nuestro nivel para poder llevarnos luego al Suyo. ¡Qué milagro! ¡Y todo por nosotros!

«Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Colosenses 1:27).



DISTINTAS CONFESIONES CRISTIANAS tienen su propia doctrina sobre cómo se alcanza la santidad. Algunas sostienen que todos tenemos un lado bueno y otro malo, y que el único modo de santificarse es lograr que el bueno triunfe sobre el malo. Es lo que se llama la doctrina de la supresión.

Otros propugnan la doctrina de la erradicación: «Sí, tenemos una faceta buena y otra mala, y la única manera de alcanzar una vida de santidad es extirpar la mala y echarla fuera, como si fuera un cáncer». Luego presumen de que ellos ya se han vuelto perfectamente buenos. ¡En realidad no son más que unos santurrones que se creen superiores a los demás!

La verdadera doctrina del Espíritu Santo no es ninguna de esas. Jamás te santificarás reprimiendo tu lado malo o resistiendo por ti mismo las tentaciones o debilidades. Tampoco lo lograrás imaginándote que Dios puede arrancar de una vez por todas tu lado malo y dejarte solo con el bueno. ¡Ni siquiera tienes un lado bueno! Hasta el apóstol Pablo dijo: «Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien» (Romanos 7:18).

La verdadera victoria sobre el mal no está en nosotros, sino en Jesús. «Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 15:57). Solo Jesús es bueno, ¡lo suficiente para todos!

¿Por qué permite Dios las guerras?



«SI HAY UN DIOS TODOPODEROSO que maneja los hilos del universo —me suelen decir—, ¿cómo es que tolera guerras tan horribles? Si Él manda, ¿por qué no pone fin a todo eso?»

Dios detesta las guerras, aborrece a la gente sanguinaria y belicosa y pronto va a intervenir. No lo ha hecho todavía porque eso significaría invalidar uno de los aspectos fundamentales de Su gran proyecto: nuestra libertad de elección.

Los seres humanos, con sus pecados, se ocasionan todos esos males a sí mismos. Mueren por su propia mano por negarse a recibir la verdad, a seguir a Dios y a cumplir Su Palabra (Santiago 4:1–3). Si suficientes personas se volvieran al Señor, se arrepintieran y le pidieran perdón, Él levantaría la maldición, y se acabarían las guerras; ¡pero no quieren! De modo que Él tiene que permitir que sigan estallando conflictos. Tiene que dejar que la humanidad se acarree a sí misma todos esos horrores para que se vea lo perdida que está sin Él.

«Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5:9). Únete a los pacificadores. ¡Esfuézate por poner paz en el corazón, en la mente y en el alma de todos por medio del Príncipe de Paz, Jesús, que pronto tomará el poder y rectificará la situación!

Gracias a Dios por el aceite de Su Espíritu, con el que todo anda suavemente, sin ruido y sin fricciones.



PRÁCTICAMENTE NO HAY MECANISMO que funcione bien sin aceite o lubricación. Donde sea que haya dos piezas móviles que se rozan, hay fricción. La fricción genera calor, el calor produce fuego, y el fuego hace que partes de la máquina se quemen, se consuman. Pero al poner aceite en un mecanismo que rechina, este comienza a funcionar suavemente, sin ruido ni quejas.

Nuestro espíritu es igual: necesita limpieza y lubricación. Sin el aceite del Espíritu Santo nuestra máquina se oxida y avería, o bien se recalienta con el rozamiento, se agarrota y se detiene por completo. Sin el mantenimiento adecuado y una buena lubricación, al poco tiempo ya no realiza ningún trabajo útil, y solo sirve como chatarra.

Pero gracias a Dios, el aceite del Espíritu Santo lo lubrica todo: la cabeza, el corazón, el espíritu, la lengua e incluso los pies, para que vayamos a anunciar el Evangelio. Él vierte en nosotros el Espíritu Santo y nos llena hasta el borde, cubriendo hasta la última pieza. Así, en lugar de gruñir y chirriar, nuestra máquina runrunea con amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fe, modestia, templanza y otras buenas cualidades (Gálatas 5:22,23).

«Si no [...] os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3).



VALE LA PENA SER COMO UN NIÑO. Es más, el mismo Jesús dijo: «Dejad a los niños venir a Mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios» (Marcos 10:14). Debemos ser como niños —cariñosos, tiernos— y tener una fe sencilla, aceptar con fe infantil todo lo que tenga el Señor para nosotros.

Los niños son prototipos de los ciudadanos del Cielo. Parecen angelitos venidos de lo alto. Hace tan poco que salieron del Cielo que entienden lo que es la oración y otras cuestiones espirituales mejor que la mayoría de los adultos. Hablan con Dios, y Él les responde. Así de simple. Con su fe pura, candorosa e infantil no tienen ninguna dificultad para que Dios los escuche. Se les ha concedido el don de ser ricos en fe. Para ellos es de lo más normal. Creen todo lo que dice Dios, y nada les parece imposible.

El problema de mucha gente mayor es que sabe demasiado. Ha adquirido tantos conocimientos que ha perdido su fe infantil. Sin embargo, hay quienes tienen la fe y la confianza de un pequeñín y que a diario hacen cosas que los intelectuales incrédulos consideran imposibles. Por eso, procura ser como un niño. ¡Verás que pueden sucederte maravillas!

Jesús puede vencer cualquier cosa.



TODO EL MUNDO TIENE SUS DEBILIDADES, pues todos somos imperfectos y humanos. Lo que repetimos durante bastante tiempo acaba por volverse automático, y eso es lo que asusta de los malos hábitos. Sin embargo, el Señor puede transformar esas debilidades en cualidades, y un mal hábito puede sustituirse por uno bueno.

Eso es lo extraordinario de Jesús y Su poder: Él puede contra cualquier cosa, cualquier pecado, batalla, mala costumbre o rasgo negativo de la personalidad. No hay nada difícil para Él. Te librará de todo mal hábito que hayas adquirido. Basta con que pongas tu voluntad de Su parte y te decidas a combatir esa costumbre hasta superarla con Su ayuda.

Tendrás que esforzarte, pero lo más importante es que le pidas ayuda. No te limites a rogarle que haga lo que tú no puedes hacer, sino pídele también que te indique en concreto qué puedes y debes hacer para superar el hábito en cuestión. El siguiente paso es aceptar lo que te diga y hacerlo. Si no lo intentas, Él no podrá realizar el milagro.

Si verdaderamente lo deseas y haces lo que está a tu alcance, el Señor hará sin falta lo demás, pues te ama y quiere que seas feliz y te libres de ese estorbo. Haz la parte que te corresponde, y Él hará la Suya.

**Dios, si se lo permites,
aprovechará todo lo
que tengas.**



«**IRREVOCABLES SON LOS DONES** y el llamamiento de Dios» (Romanos 11:29). Es decir, Dios no cambia de idea después que ha repartido talentos; sabe bien a quién se los da. Y como ya te estaba preparando para que lo sirvieras desde antes que te salvaras, es indudable que tarde o temprano, si tienes paciencia y eres fiel, hará uso de todas las habilidades que te concedió.

Él te necesita, y desde luego desea valerse de ti para ayudar a otras personas. Hay mucho que hacer, y Él puede sacar provecho de cada pizca de talento que tengas. Conviene, pues, que le preguntes qué tiene para ti. Sopesa la situación: «Este es mi llamamiento, pero esto no. Tengo habilidad para esto, pero no para esto otro. Esto es lo que Dios quiere que haga; esto, no aquello». Si no descubres la labor para la que Él te ha dotado, podrías perderte las bendiciones que te tiene reservadas. Invierte sagazmente tus dones, y cosecharás una gran recompensa.

(Oración:) Señor, Tú sabes qué es lo mejor. Muéstrame el lugar que tienes para mí en Tu reino, el trabajo para el que estoy más capacitado. Y dame también la fe, el valor y la convicción para llevarlo a cabo.

**«Me hallan los que temprano
me buscan» (Proverbios 8:17).**



DEBERÍAS ACOSTUMBRARTE A ORAR un rato cada mañana, temprano, antes de comenzar tu jornada de trabajo, para pedirle a Jesús que te ayude, te guíe y te oriente. Apenas te despiertes, antes que nada, habla con Él. Escucha Sus instrucciones para ese día. Te sorprenderá la cantidad de problemas que Él te resuelve desde el primer momento si le prestas atención.

Lanzarte a hacer tus tareas sin detenerte a hablar con Jesús y escuchar Sus indicaciones es como si un músico decidiera dar un recital sin afinar su instrumento. Comienza el día leyendo la Palabra de Dios y orando. Lo primero de todo, sintoniza con Él.

No pienses que orar es engorroso o que no dispones de tiempo. Y si el día se presenta muy cargado, más motivos tienes para hacerlo y más rato debes dedicar a la oración. Verás que esos minutos que pases orando te ahorrarán después muchísimo trabajo. Si despuntas la jornada con oración, es menos probable que se te descosa. ¡Así de sencillo es!

«Pagará a cada uno conforme a sus obras» (Mateo 16:27).



NO PODEMOS MERECERNOS O GANARNOS a pulso la salvación: es un regalo. Pero sí nos podemos ganar elogios y honores de parte del Señor, así como premios en pago a nuestro trabajo. Dios no hace acepción de personas en lo que a la salvación se refiere (Hechos 10:34); pero sí hace distinciones, y muy claras, según las obras y las tareas que realicemos por Él y por Su reino.

El Cielo no será una sociedad sin clases. Allí habrá muchos grados y niveles de recompensas, así como muchos grados y niveles de castigos para los que no estén salvados. Cada persona brillará con una gloria diferente, según cuánto haya hecho por el Señor. Algunos héroes de la fe que fueron verdaderos santos y dieron la vida, por amor, para que otros se salvaran estarán donde merecen estar, arriba de todo, cerca de la corte del Señor. En cambio, los cristianos que desoyeron Su llamado a servir y fueron egoístas toda la vida recibirán pocas recompensas.

¿Haces todo lo que puedes por Dios? ¿Crees que te dirá: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor»? (Mateo 25:21).

No hay lugar más seguro en todo el mundo que el centro de la voluntad de Dios.



SI PERMANECES EN EL CENTRO de la voluntad de Dios, Él te guardará, sin importar dónde estés, cómo estés, quién seas o a qué te enfrentes. Es como llevar una vida de ensueño dentro de un círculo mágico. «El nombre del Señor es torre fuerte, a ella corre el justo y está a salvo» (Proverbios 18:10, NBLH). «El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente» (Salmo 91:1).

No te salgas de ese círculo protector, o te expones a que Dios deje que Satanás te cause problemas. Nuestros pecados de imprudencia, falta de oración, precipitación y desobediencia al Señor pueden acarrearlos bastante sufrimiento. Dios tiene que ceñirse a Sus propias normas y leyes, y si las contravienes, no puede protegerte. Si te apartas de Su voluntad, Él hasta puede permitir que caigas en una trampa del diablo.

(Oración:) No dejes que nos alejemos de Ti, Señor. Guárdanos en el centro de Tu voluntad, para que no tengamos nada que temer y estemos también en el centro de Tu provisión, Tu protección y Tus bendiciones; para que confiemos plenamente en Ti, seguros de que estamos obedeciéndote y cumpliendo Tu voluntad. Amén.

«La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lucas 12:15).



VIVIR DE VERDAD no tiene nada que ver con poseer muchas cosas, pues estas no brindan auténtica satisfacción. Podrán satisfacer temporalmente el cuerpo, pero jamás el alma o el espíritu de una persona, que busca en Dios, su Padre, la alegría, la felicidad y la satisfacción eterna que solo Él puede conceder.

Si crees que lo material te puede llenar, fíjate en los ricos que no tienen fe. Por muchas que sean sus posesiones, les falta algo, porque las cosas de este mundo no satisfacen el alma. El cuerpo quizá sí, pero no el corazón. Y cuando satisfacen sus deseos carnales, su felicidad es pasajera, porque la carne siempre pide más. Cuanto más tienen, más quieren, pues este mundo no sacia las necesidades del espíritu. Solo Dios puede hacer eso.

La vida, dice Jesús, es más que lo material. En realidad no importa que tengas poco o mucho. Importa lo que tienes dentro: el amor, la alegría, la felicidad auténtica que haya en tu corazón, tu paz interior. Los mayores tesoros están a tu disposición. Y el más valioso es que conozcas a Jesús, pues Él es la clave para acceder a todo lo demás (Romanos 8:32).

**¿Quieres ser feliz?
Haz felices a los demás.**



TODOS HEMOS CAÍDO ALGUNA VEZ en la depresión. Se trata de un estado de ánimo terrible, sobre todo porque es muy contagioso: siempre terminamos hundiendo a otras personas, porque nos resulta imposible ocultar nuestros problemas y nuestro decaimiento. Los demás, con solo echarnos un vistazo, se dan cuenta de que estamos con la moral por los suelos. Una expresión negativa y pesimista es tan difícil de disimular como una actitud optimista que irradie luz y alegría.

Cuando estamos abatidos, queremos que todo el mundo se sienta igual de infeliz, que todos se compadezcan de nosotros y participen de nuestra tristeza. Así es la naturaleza humana. Pero como seres espirituales que somos debemos procurar alentar a los demás y levantarles el ánimo, aunque nosotros mismos necesitemos a alguien que nos conforte.

Tu felicidad depende de ti. Una ley espiritual establecida por Dios, tan segura como la fuerza de gravedad, es que uno no alcanza la felicidad buscando su propia satisfacción o procurando que los demás lo hagan feliz. Persiguiendo la felicidad nunca la alcanzarás. Uno descubre la felicidad al procurarla para los demás. Si te preocupas de hacerlos felices, la felicidad te llegará. Tarde o temprano te alcanzará, y te darás cuenta de que eres feliz.

Dios quiere que tú ejerzas autoridad.



TODOS ESTAMOS EN MANOS DE DIOS; pero en cierto modo, Él también se ha puesto en las nuestras, porque ha prometido responder las oraciones de los que se esfuerzan por ser obedientes y cumplir Su voluntad, de los que desean complacerlo y glorificarlo, de los que obran con integridad, lo aman y tienen fe en Su Palabra (Salmo 37:4; 84:11; Mateo 7:7,8; Juan 15:7).

Gran parte de lo que hace Dios depende de lo que nosotros le pedimos y de cómo oramos. Él obra conforme a nuestra fe, y ha supeditado Sus acciones a nuestras peticiones. «No tenéis lo que deseáis, porque no pedís» (Santiago 4:2). Él espera que nosotros demos las órdenes.

El plan general de Dios es inmutable; pero en ciertos detalles uno puede hacerlo cambiar de parecer. De lo contrario, no tendría sentido rezar. Si las oraciones no cambiaran nada, ¿para qué orar? Las oraciones mueven la mano y el corazón de Dios. Él disfruta obrando por medio de nosotros. Le encanta poner Su majestuosa omnipotencia en manos de frágiles seres humanos. De modo que... ¡jora!

¿Crees que tu salvación depende de ti o de Dios?



MUCHOS PREGUNTAN: «¿Cómo te puedes considerar poseedor de la verdad? En el mundo hay centenares de religiones, y cada uno piensa que la suya es la única válida. ¿Cómo se puede saber cuál es la verdadera?» En realidad es un error eso de que haya cientos de religiones. Básicamente solo existen dos. Por supuesto que dentro de esas dos hay muchas sectas y diferencias de opinión; pero en definitiva son solo dos.

Una de ellas está constituida por todas las fes que estiman que uno puede ganarse la salvación haciendo buenas obras y observando diversas normas y mandamientos. La mayoría de las fes que hay en el mundo se encuadran en esa religión. La otra es la religión de los que se saben incapaces de salvarse a sí mismos y recurren a Dios para que los salve. La distinción viene determinada por una pregunta muy sencilla: ¿Crees que puedes ganarte la salvación portándote bien, o reconoces que necesitas a un Salvador que te libre de tus pecados y defectos? Si eres consciente de que te hace falta ayuda de lo alto, entonces Jesús es para ti.

Mi esperanza he puesto yo
en Cristo y Su salvación.
Sobre esa Roca firme estoy.
De arena otros suelos son¹.

¹ Edward Mote (1797–1874).

Nuestra deuda con Jesús es enorme.



JESÚS ESTUVO DISPUESTO A MORIR por nosotros para salvarnos, y espera que nosotros accedamos a sacrificarnos para salvar a otros (1 Juan 3:16). Él nos compró a precio de sangre. Ahora somos propiedad Suya, le pertenecemos. Dado que Él salvó nuestra alma para siempre, es lógico que le correspondamos haciendo lo que nos pide. Y ¿qué es eso? Que nos esforcemos por conquistar para Su causa a tantos como podamos.

Jesús no se quedó a mitad de camino de la cruz, no desistió cerca del final, sino que recorrió todo el camino y entregó toda Su vida por nosotros. Eso fue lo más importante que vino a hacer: morir en aquella cruz; y de la misma manera, nuestra principal labor consiste en llevar nuestra cruz. Él dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de Mí, este la salvará» (Lucas 9:23,24).

La plenitud de fe que anhelamos solo se encuentra por la vía de la obediencia total, cuando nos mostramos verdaderamente dispuestos a tomar nuestra cruz y negarnos a nosotros mismos, renunciando a nuestro orgullo y nuestra voluntad para seguir a Jesús. Cuando nos sometemos a Él, Él nos da las fuerzas para emularlo.

Dios espera que cumplas el propósito por el que te creó.



AUNQUE TE CUESTE CREERLO, Dios tiene un llamamiento particular para ti, algo que solamente tú puedes hacer. Él es quien diseña tanto las tareas como las herramientas para llevarlas a cabo. Sabe la clase de instrumento que eres, para qué sirves y la utilidad que quiere darte, así que más vale que te dediques a lo que Él sabe que puedes hacer mejor. Procura averiguar para qué te ha capacitado; y cuando lo descubras, persevera en ello.

¡Ojalá estuviéramos todos dispuestos a cumplir nuestra vocación! Si nos sintiéramos satisfechos con eso, sin desear nada más ni nada menos, Dios podría valerse mucho de nosotros, aparte de hacernos muy felices. Pero a veces somos la causa de nuestra propia infelicidad porque nos sentimos decepcionados con lo que Dios nos ha encomendado, pues a diferencia del apóstol Pablo no hemos aprendido a contentarnos cualquiera que sea nuestra situación (Filipenses 4:11). Todos tenemos que aprender a estar satisfechos y agradecidos por el lugar de servicio y la tarea que Dios nos ha asignado.

«Sean cada vez más diligentes para hacer firme su llamado y elección de parte de Dios. Porque mientras hagan estas cosas, nunca caerán» (2 Pedro 1:10, NBLH).

El amor de Dios por nosotros es perfecto.



CUESTA DESCRIBIR EL AMOR DE DIOS. Las palabras y expresiones humanas se quedan cortas. ¡Realmente es extraordinario, sorprendente! Casi diría que es increíble, si no fuera porque creo en él después de haberlo visto y conocido.

Él no nos ama en razón de nuestras buenas cualidades o de nuestros logros. Ni siquiera nos ama porque lo amamos a Él. ¡Nos ama porque sí! Él nos creó, lo sabe todo acerca de nosotros, ¡y aun así nos ama mucho!

Si todos entendieran la magnitud del amor del Señor —lo verdaderamente incondicional, enorme, profundo, amplio e inacabable que es—, ¡se solucionarían tantos problemas! La gente se liberaría de muchos temores, preocupaciones y remordimientos. Cuando sabemos que contamos con Su amor, tenemos la certeza de que Él hará que todo redunde en nuestro bien, pues controla hasta el más mínimo detalle, y Sus intervenciones en nuestra vida son perfectamente amorosas.

Es una pena que muchas personas no capten o no crean lo mucho que Dios nos ama. Tendrían tremenda fortaleza interior, consuelo, paz y una perspectiva de la vida radicalmente distinta si creyeran en ese amor, lo aceptaran por fe y le correspondieran a Dios de la misma manera.

Lo que no se hace hoy, mañana tampoco.



EL DIABLO SIEMPRE QUIERE PERSUADIRNOS de que dejemos las cosas para más tarde. Esa es una de las artimañas más astutas que emplea contra nosotros. Si ve que no puede detenernos, intenta retrasarnos. Si no logra disuadirnos, procura que posterguemos lo que íbamos a hacer. «Para que triunfe el mal, basta con que los hombres buenos no hagan nada»¹.

Debemos ser conscientes en todo momento de que lo más valioso que tenemos, aparte de nuestra alma, es nuestro tiempo. El tiempo que se desperdicia es irre recuperable. Perderlo es fácil, pero sale bastante caro. Invertir bien el tiempo exige mucho esfuerzo, energía, sacrificio y amor, pero por otra parte reporta beneficios eternos.

Si dejas la tarea que el Señor te ha encomendado para cuando acabes todo lo demás, nunca la harás, porque lo demás nunca se terminará.

Solo una vez se le da cuerda
al reloj de nuestra vida,
y nadie sabe en qué momento
pararán las manecillas.
Aprovechemos el presente
para amar y trabajar,
pues es posible que mañana
el reloj no ande más².

¹ Edmund Burke (1729–1797).

² Anónimo.

¿Por qué permite Dios que haya mal en el mundo?



EN TODA LA CREACIÓN DE DIOS hay lucha entre el bien y el mal, y Él hizo que fuera así con un propósito: para que se viera la diferencia. De no haber oscuridad, no valoraríamos la luz. De no existir el diablo, no apreciaríamos a Dios y a Jesús. Para comprender el bien, tiene que existir el mal.

En el Jardín del Edén, Dios tuvo que permitir que Adán y Eva comieran del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal para que entendieran la diferencia. Ya conocían el bien, pero posiblemente no entendían qué era ni cuán bueno era porque no tenían con qué compararlo; todo era bueno. No apreciaron de verdad el Paraíso hasta que lo perdieron.

Tiene que haber algunas cosas malas, cierta medida de maldad, para que valoremos lo bueno. Si no tuviéramos algunos problemas, no le agradeceríamos a Dios todo lo bueno que nos sucede. Si no nos topáramos con dificultades, no valoraríamos las soluciones que Él nos da. Él permite el mal para que estemos más agradecidos cuando las cosas andan bien, y particularmente para que lo estimemos más, ¡pues Él es el mayor de los bienes!

Vive el cristianismo en todo instante.



LA SALVACIÓN ES INSTANTÁNEA.

Cualquiera puede aceptar a Jesús ahora mismo, en este momento, y salvarse al instante; e instantáneamente comenzar a dar testimonio de Jesús y seguir Sus mandamientos. No hay necesidad de esperar; ¡se puede hacer en cualquier momento!

«Predica la Palabra; persiste en hacerlo, sea o no sea oportuno» (2 Timoteo 4:2, NVI), aunque lo mejor es hacerlo oportunamente. ¡Hay que evitar hacer las cosas a destiempo! Obedece al instante, testifica al instante, ora a cada instante, sirve al Señor a cada instante (Romanos 12:12). No pares de dar testimonio, de predicar el Evangelio y acercar a Jesús a otras personas. Dondequiera que vayas, donde sea que estés, manifiesta el amor de Jesús. Ama y sirve al Señor con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu mente, con todo lo que tengas, hasta el instante en que Él regrese para transportarte al Cielo en un abrir y cerrar de ojos. Entonces en un instante, con un movimiento súbito, sobrenatural, potente y milagroso de Su varita mágica, ¡zas!, todos los que somos de Jesús seremos transformados instantáneamente, nos elevaremos y nos quedaremos para siempre con Él (1 Corintios 15:52).

No puede haber victorias espirituales constantes sin constantes batallas.



CUANDO UNO VIVE PARA EL SEÑOR, nunca llega el día en que puede decir: «¡Ya gané la guerra! Ahora voy a acomodarme y disfrutar de lo que conseguí». La verdad es que hay ciertas batallas que seguiremos librando toda la vida, hasta el día de nuestra muerte.

Cada día es una batalla, sobre todo contra esos pecados que nos enredan y acorralan (Hebreos 12:1). Hay quienes piensan que pueden alcanzar una victoria definitiva sobre alguna debilidad y que nunca tendrán que volver a lidiar con ella. La verdad es que es previsible que el diablo nos ataque más que nada en nuestro punto débil, nuestro talón de Aquiles, nuestro pecado asediante, nuestra mayor tentación. El Señor, sin embargo, siempre tiene una victoria a nuestra disposición si acudimos a Él sin falta y le pedimos auxilio. Dice: «Bástate Mi gracia, porque Mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

Es emocionante volver la vista atrás y ver los progresos que hemos hecho, recorrer con los ojos la accidentada senda por la que acabamos de subir y ver cuánto hemos avanzado. ¡Y más emocionante aún es alzar la mirada hacia las alturas que pronto alcanzaremos e imaginarnos los paisajes que en breve nos extasiarán si seguimos luchando, escalando y venciendo dificultades sin darnos por vencidos!

«El obedecer vale más que el sacrificio» (1 Samuel 15:22, NVI).



MUCHA GENTE HACE lo que considera que es la voluntad de Dios, la obra de Dios, apoyándose en sus propias fuerzas y en su propia prudencia. Pero es imposible servir a Dios sin obedecerle. No podemos hacer simplemente lo que a nosotros nos parece bien, por muy bueno que sea. Lo mejor que se nos pudiera ocurrir a nosotros es insuficiente. Para hacer una buena labor necesitamos a Dios. Lo máximo que logremos hacer con nuestra fortaleza humana y presunta inteligencia se quedará corto.

Haz exactamente lo que Dios te indique, ni más ni menos. El rey Saúl creyó que estaba por encima de eso y perdió su puesto. Mientras obedeció, contó con el ungimiento y la bendición del Señor; pero en cuanto comenzó a obrar según sus propios impulsos y a desobedecer, lo perdió todo (1 Samuel 15:1–23).

A los ojos de Dios no hay pequeñas desobediencias. Toda desobediencia es grande. Lo que no está del todo bien no está bien. Para Dios es todo o nada. O eres obediente o eres desobediente. La Palabra de Dios dice que el que quebrante el más pequeño de los mandamientos y así enseñe a los demás será llamado muy pequeño en el reino de los Cielos (Mateo 5:19).

Espera y obedece. Esa es una de las enseñanzas más valiosas que puedes aprender con relación a tu servicio al Señor.

¿Por qué algunas oraciones tardan más que otras en ser respondidas?



DIOS SIEMPRE RESPONDE a nuestras oraciones, mas no siempre de inmediato ni como nosotros esperamos. A veces dice «sí», a veces dice «no», y otras dice «espera».

En nuestras oraciones por otras personas inciden diversos factores, entre ellos nuestra voluntad y situación, Dios y Su voluntad, y la situación de aquellos por quienes rezamos. Nosotros no determinamos del todo el efecto de nuestras oraciones, los demás tampoco, y Dios se ha impuesto límites muy concretos para no ser Él quien lo determine del todo. Esa es una de las razones por las que no siempre obtenemos enseguida una respuesta. Puede que los que impedimos la respuesta seamos nosotros mismos; puede que no sea el momento indicado para que Dios actúe; o quizás el obstáculo se halle en las personas por las que estamos orando. En todo caso, cuando las condiciones sean idóneas para el resultado que Dios considera óptimo, Él responderá.

El hecho de que el Señor no nos conteste de inmediato pone a prueba nuestra fe y nos lleva a acercarnos a Él; pero no hay que confundir Sus retrasos con rechazos (Santiago 1:3). No dudes ni por un instante que Dios obrará, y Él lo hará. Está obligado a hacerlo. Confía en Él y agrádecele la respuesta, aunque no se vea todavía.

No vale la pena ser orgulloso.



JAMÁS HE VISTO UN ASPECTO de la obra de Dios en el que el orgullo sea de algún provecho. Es más, los fracasos más resonantes que aparecen en la Biblia son los de grandes personajes que creyeron poder resolver las cosas por su cuenta, empleando su entendimiento natural, y terminaron yéndose de bruces contra el suelo. Samuel dijo a Saúl: «Aunque a tus propios ojos eras pequeño, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel y el Señor te ha ungido rey sobre Israel?» (1 Samuel 15:17). Pero cuando Saúl se volvió orgulloso y empezó a confiar en sí mismo, a apoyarse en su propia prudencia y en su brazo de carne en vez de hacerlo en el Señor, Dios tuvo que rebajarlo.

«Antes del quebranto está la soberbia, y antes de la caída, la altivez de espíritu» (Proverbios 16:18). Muchas veces el éxito es la antesala del fracaso, y la exaltación, el paso previo a la humillación.

(Oración:) Libranos, Señor, del espíritu de orgullo que nos hace creer que somos figuras cuando en realidad no lo somos (Gálatas 6:3). Si tuviéramos presente lo poca cosa que somos sin Ti, jamás abrigaríamos pensamientos que puedan conducir a la presunción. No permitas que intentemos ser grandes personajes con egos inflados; ayúdanos más bien a tomar grandes dosis de Ti y de Tu Espíritu Santo. Guárdanos muy junto a Ti, Jesús, en humilde serenidad, rendidos en Tus brazos. Amén.

Dios confirmará Su Palabra y tu testimonio por medio de milagros.



DIOS SIGUE SIENDO UN DIOS DE MILAGROS.

Lo que hizo antes, lo puede repetir ahora, si tienes una necesidad y lo crees posible. «Jesús es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8).

¿Sabes qué significa la palabra *milagro*? Deriva del latín *miraculum*, «hecho admirable», la cual proviene de *mirari*, «admirar», y esta a su vez de *mirus*, «asombroso». El propósito de los milagros es llamar la atención hacia el mensaje. Dios se vale frecuentemente de curaciones y hechos milagrosos para divulgar Su Palabra.

Cuando Pedro y Juan se encontraron con un cojo a la puerta del Templo, Dios escogió a alguien que todos los lugareños sabían que era lisiado de nacimiento. Pedro y Juan oraron en el nombre de Jesús para que sanara, ¡y eso fue lo que pasó! Entonces todos los presentes se llenaron de asombro. No acertaban a entender qué había ocurrido, y Pedro no vaciló en explicárselo. Aprovechó la situación para predicar el Evangelio, y como consecuencia se salvaron más de 5.000 almas (Hechos 3; 4:4).

Mientras el amor de Cristo te constriña (2 Corintios 5:14) y te motive, Dios te inspirará y confirmará tu testimonio mediante señales, maravillas y milagros (Marcos 16:17,18,20).

«Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros» (2 Corintios 4:7).



ANTES DE LLENARME DEL ESPÍRITU SANTO,

yo era tan tímido y retraído que no me atrevía a hacer casi nada. Pero a los 19 años oré fervientemente y le pedí a Dios que me llenara de Su Espíritu Santo. A partir de ese instante me volví más atrevido, se posesionó de mí una audacia, un valor que me infundió Dios. Dejé de importarme lo que pensara la gente de mí; me bastaba con saber que yo tenía razón y que lo que hacía y decía era correcto. Si sabía que estaba haciendo la voluntad de Dios, lo que Él quería de mí, entonces Su Espíritu me infundía ese denuedo. Dejé de preocuparme de mí mismo. Yo ya no importaba. Ya no pensaba en mí, sino en Cristo.

Cuando los discípulos fueron investidos del Espíritu Santo el día de Pentecostés, predicaron el Evangelio con arrojo (Hechos 2). Pedro había sentido tanto temor después de la detención de Jesús que había terminado negándolo tres veces. Pero en cuanto fue lleno del Espíritu de Dios, predicó valientemente a las multitudes. La transformación de Pedro demuestra que sus posteriores logros no se debieron a su propia grandeza, sino al poder de Cristo que se apoderó de él.

«Vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu del Señor levantará bandera contra él» (Isaías 59:19, RVR1909).



VIVIR PARA EL SEÑOR es a veces una verdadera lucha, pero el diablo no puede ganar si lo resistimos con la Palabra de Dios. La Biblia es la bandera de Dios, algo así como un pendón o estandarte que podemos agitar delante de la puntiaguda nariz del diablo para ponerlo en fuga (Santiago 4:7). Él no soporta la Palabra.

Cuando el diablo te tienta, ¿qué es lo primero que debes hacer? Pedirle al Señor un versículo para contrarrestar la mentira del diablo. Eso hizo Jesús: se limitó a citarle las Escrituras al diablo. Claro que este le respondió a Jesús de la misma manera, pero tergiversando los versículos y sacándolos de contexto. El Señor entonces repelió ese ataque lanzándole nuevos versículos debidamente aplicados: «Escrito está» (Lucas 4:1–13). Ante eso, ¡el diablo huyó!

La mejor manera de detener un ataque es contraatacar. La mejor defensa es una ofensiva. Sé combativo en tu lucha contra el diablo. Ora. Memoriza promesas de Dios y cítaselas al diablo e incluso a ti mismo para aumentar tu fe. Deja al diablo fuera de combate con la Palabra. ¡Sepúltalo bajo un alud de la verdad!

Al contemplar la gloriosa creación de Dios, nos damos cuenta de que todo está bajo Su perfecto control.



LAS ESFERAS CELESTES QUE DIOS CREÓ se mueven con precisión absoluta, como si fueran los engranajes de un gigantesco reloj. Durante miles de años, desde que Dios las creó, han recorrido sus trayectorias sin que su dirección y velocidad sufriera prácticamente ninguna variación. Nada funciona a destiempo; todo está perfectamente sincronizado y orientado. Además, todo eso perdurará tanto como el trono de Dios, es decir, para siempre (Salmo 89:36,37).

Imagínate los fabulosos sistemas de mando que debe de manejar Dios para controlar el universo y toda Su creación, tanto material como espiritual. Todo funciona dentro de los límites que Él determinó y está dirigido por Su Espíritu y Sus maravillosos sistemas espirituales de mando, los cuales rigen el movimiento de la Tierra, el Sol, la Luna, todos los planetas del Sistema Solar, las estrellas de la Vía Láctea con sus sistemas planetarios, y el universo entero.

Así pues, nada debería preocuparnos, sabiendo que la creación de Dios sigue su marcha indefectible y cumple a cabalidad el propósito para el que Dios la hizo, sin objeciones, sin preocupaciones, sin vacilaciones, con la certeza de que Dios lo tiene todo perfectamente controlado.

Si quieres averiguar qué debes hacer, comienza a seguir a Dios.



DIOS YA NOS HA DICHO en líneas generales lo que desea que hagamos: quiere que lo amemos y amemos al prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:37–39) y que prediquemos el Evangelio a todo el mundo, en todas partes (Marcos 16:15). Ahora bien, si no sabes por dónde empezar o cómo llevar a cabo esas instrucciones, simplemente empieza donde estás, y Él te guiará. Si cumples lo que sabes que Dios quiere que hagas, Él te señalará el siguiente paso; y cuando hagas eso, te revelará un poco más. Paso a paso, a medida que lo sigas, Él te irá indicando más. Pero si no te pones en marcha, no puede enseñarte nada. Si tú no obedeces, Él no puede abrirte camino.

Sigue a Dios como si todo dependiera de Él, pues así es. Haz lo que Su Espíritu Santo te indique, y no te apartarás del buen camino, sino que sabrás a dónde te diriges y llegarás a tu destino.

Me guía Dios, ¡qué bendición!
Palabras dulces de consolación.
No importa qué haga o dónde esté,
¡con cuánto amor me guía Él!¹

(Oración:) Señor, ayúdanos a seguirte de cerca, momento a momento, y a hacer caso de las indicaciones de Tu Espíritu Santo en todo paso que demos. De esa manera, nunca nos equivocaremos. Amén.

¡Aguanta!



A VECES CUESTIONAMOS POR QUÉ DIOS nos hace pasar por tantas pruebas y quebrantos. Pues bien, hay ciertas cosas que Él no nos puede revelar por adelantado porque aún no estamos listos para ellas. Tiene que hacernos pasar por esos trances sin que sepamos lo que nos deparará el futuro. Lo hace para probarnos y para ver si acudiremos y nos sujetaremos a Él. Con ello pone a prueba nuestra lealtad y fidelidad, mide nuestra fortaleza espiritual y comprueba si estamos dispuestos a hacer lo que sea que Él nos pida. Si desde el principio nos contara el final, todo sería muy fácil; sería como darnos las respuestas del examen antes de rendirlo. Entonces ya no sería una prueba.

Si bien a Dios le duele vernos sufrir, le gusta observar cómo salimos adelante a pesar de las pruebas y dificultades. Disfruta viéndonos competir y ganar la carrera, soportar las aflicciones, luchar hasta el final y vencer.

Si aguantas la prueba y la superas, Dios podrá hacer por medio de ti cosas aún mayores que antes. De hecho, esa es una de las principales razones por las que permite tales pruebas y batallas: sirven para prepararnos para la labor específica que ha dispuesto para nosotros. No te conformes, pues, con nada que no sea lo mejor que Él quiere para ti. La victoria te espera a la vuelta de la esquina, y bien vale la pena (Apocalipsis 3:11). ¡Tú aguanta!

Todo debe juzgarse desde el prisma del amor.



CUANDO JESÚS VINO, abolió todas las leyes religiosas del Antiguo Testamento y puso en su lugar una sola que cumple todos los preceptos de la Biblia: el amor a Dios y al prójimo. «“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”» (Mateo 22:37–39). La ley del amor que Jesús estableció lo abarca todo y tiene un alcance mayor que el conjunto de todas las demás leyes.

En la actualidad, la única ley de Dios es el amor. Con tal de que algo se haga con amor abnegado y sacrificio —con el amor de Dios—, para Él es lícito. Él no nos juzga según lo bien que guardemos los interminables y rigurosos mandamientos de la ley mosaica (Gálatas 2:16), sino según cuánto amor manifestemos y según si el amor es el principio orientador de nuestras acciones.

La regla por la que debemos guiarnos en todos los casos es: ¿Se hizo con amor? De acuerdo con la Palabra de Dios, si sabes que es Su amor lo que te motiva, puedes seguir adelante por fe.

La vía fácil es creer la verdad, la Palabra de Dios. Te ahorra tener que aprender mediante duras experiencias.



DIOS NOS DA LA OPORTUNIDAD de aprender de una forma bien fácil: obedeciendo lo que Él nos dice, aunque no siempre entendamos el porqué de las cosas. Pero si insistimos en aprender de la manera difícil, Dios es un buen Padre, que con amor y misericordia permite que aprendamos de nuestros errores.

Dios consintió que Adán y Eva desobedecieran y que aprendieran mediante amargas experiencias lo que no quisieron aprender por las buenas, mediante la enseñanza, mediante la Palabra. Cuando comieron del fruto del árbol prohibido, Dios tuvo que aplicar la vara, y desde entonces hemos sufrido las consecuencias de sus actos (Génesis 3; Romanos 5:12). Sin embargo, a raíz de la penosa experiencia de Adán y Eva, todos nosotros, sus descendientes, hemos aprendido cuál es el premio de la obediencia y los efectos de la desobediencia.

«A los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien» (Romanos 8:28). Ni siquiera nuestros errores son inútiles si aprendemos de ellos. Cuando escarmentamos, no se nos borra fácilmente de la memoria lo aprendido. No obstante, ¡cuánto más fácil y preferible es seguir la vía de la obediencia a la verdad de la Palabra de Dios!

La corona de la vida es más que una recompensa.



JESÚS PROMETIÓ: «¡SÉ FIEL hasta la muerte y Yo te daré la corona de la vida!» (Apocalipsis 2:10). Ese pasaje no se refiere a la salvación. La salvación es un don de Dios (Romanos 6:23), no algo que podamos ganarnos a base de esfuerzo. En cambio, la corona es nuestra recompensa, y aún más que eso: con ella se nos reconocerá delante de todos la buena labor que realizamos. Al aceptar a Jesús, quedamos salvados, así resistamos o no hasta el fin. No obstante, se nos otorgarán recompensas y condecoraciones especiales si nuestro aporte aquí en la Tierra es significativo (Daniel 12:3; 2 Timoteo 4:7,8; Santiago 1:12).

Claro está que te postrarás delante de Jesús y echarás tu corona delante del trono como los veinticuatro ancianos de Apocalipsis 4:10. Cada vez que alabes al Señor, te olvidarás por completo de esa ella y caerá a Sus pies. En todo caso, más vale que la recojas, que te la vuelvas a poner y que la llesves con orgullo, pues por algo te la habrá dado. Revelará lo que hiciste por el Señor, y Él querrá que el mundo vea esa señal de tu fidelidad: la corona de la vida.

No compliques el Evangelio.



LA MISERICORDIA DE DIOS no depende de tecnicismos teológicos. Jesús dijo: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3). Debemos ser como niños, y ellos no pierden el tiempo discutiendo teorías y dogmas teológicos.

Si creemos, al igual que Daniel Webster¹, que la Biblia fue escrita para la instrucción y conversión del mundo entero, ¿por qué habría Dios de encubrir su verdadero significado bajo tanto misterio que solo los críticos y filósofos pudiesen descubrirlo? Es el diablo el que crea confusión (1 Corintios 14:33). Pretende que la salvación parezca tan enrevesada y compleja que nadie la entienda.

No nos apartemos de la sencillez de la Buena Nueva del amor de Dios en Jesús. No todos comprenden las doctrinas profundas y las complejas interpretaciones teológicas; en cambio, todos entienden el amor. Concentrémonos en lo principal, en los dogmas fundamentales: Jesús, Su amor y Su salvación. No discutamos sobre doctrinas: salvemos almas.

¹ Daniel Webster (1782–1852), abogado, político y orador norteamericano.

Trabajemos juntos, bien unidos, y cantaremos juntos la victoria.



FORMAMOS PARTE DEL EJÉRCITO LEAL al

Señor, legítimo Rey y heredero del Cielo y de la Tierra.

Luchamos contra un usurpador, un rey impostor, el diablo.

Nuestra misión y objetivo es librar a las masas de la maraña de poder satánico y el dominio que ejerce el diablo sobre sus almas, y someter nuevamente el reino a la autoridad del legítimo Rey de reyes, Jesucristo.

Debemos trabajar codo a codo al servicio del Señor para encarar al enemigo común. Desde los albores de los tiempos, el lema del diablo ha sido: «Divide y vencerás». Cuando logra que la gente de Dios se enfrasque en luchas intestinas, consigue debilitarla de tal modo que se vuelve incapaz de enfrentarse al verdadero enemigo, y así queda sellada su derrota. No dejemos que el diablo nos divida y nos venza; más bien impongámonos a él y a sus fuerzas

Las cosas irán de mal en peor hasta que llegue el Fin. Por eso debemos colaborar cada vez más estrechamente, con mayor fuerza y unidad, para derrotar al diablo (2 Timoteo 3:13; Efesios 4:3). Imploramos la ayuda de Dios para fundirnos en el amor ardiente de Su Espíritu y combatir juntos contra el adversario.

Jesús vino para facilitarnos las cosas todo lo posible.



JESÚS SE ESFORZÓ POR QUE FUERA FÁCIL

llevar una vida cristiana, tanto que cualquiera pudiera hacerlo.

Recorrió caminos polvorientos y se dirigió a sencillos pescadores, a recaudadores de impuestos, a borrachos y ramera, para mostrarles que Dios los amaba a todos y que todos podían amarlo, ser cristianos, amarse los unos a los otros, servirse mutuamente y servir al mundo con el Evangelio.

Dios cambió por completo Su sistema cuando se comprobó que no éramos capaces de acatar Sus leyes. Ideó entonces una salida, una solución de misericordia, de perdón y de gracia: la salvación. Ya nadie tiene excusa para culpar a Dios de sus propios males, porque Él nos ha dado una salida, una vía para obtener la victoria, un camino para vencer nuestros pecados, errores, faltas, problemas y debilidades, sean cuales sean. Jesús es el camino, la verdad y la vida (Juan 14:6). Él compró nuestra salvación, nos abrió camino, nos dio la verdad, y solo Él puede ayudarnos a vivir como es debido.

No exige de ninguno de nosotros una conducta que esté fuera de nuestro alcance. Con Su ayuda y por Su gracia, podemos hacer cualquier cosa que nos pida. Mediante Su poder y Su amor podamos lograrlo (Filipenses 4:13).

«Esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (Juan 3:19).



¿POR QUÉ ELEGIRÍA ALGUIEN las tinieblas?

Porque parecen más cómodas. La luz es enegrecedora y ahuyenta las tinieblas. Mucha gente no quiere exponerse a que la luz extinga sus viejas costumbres.

Cuando alguien rechaza la verdad, Dios consiente que dé crédito a una mentira, ya que después de rechazar la verdad, lo único que puede creer es una mentira. Cuando se rechaza a Dios, no queda otro dios que Satanás. Eso les sucedió a Adán y Eva en el Edén: cuando hicieron más caso de las mentiras de Satanás que de lo que Dios había dicho, probaron el fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal (Génesis 3). Su mayor pecado no fue comer de ese fruto, sino rechazar la verdad de Dios y dar crédito a una mentira del diablo. Los que quieren creer las mentiras del diablo se las tragan, pero el Espíritu Santo ayuda a los hijos de Dios a discernir entre la verdad y la mentira.

Gracias a Dios por Su Palabra, que nos ha sacado de la oscuridad de este mundo y nos ha conducido a Su luz admirable y a la libertad del verdadero Evangelio de Jesucristo. «En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz» (Efesios 5:8).

No dejes que el diablo te instigue a hacer algo que no es lo que Dios más quiere.



¿SABÍAS QUE A VECES EL DIABLO nos

tienta a hacer cosas buenas? No todas las oportunidades son de Dios. Algunas son trampas del diablo, señuelos, callejones sin salida, pistas falsas, desvíos o verdaderas catástrofes con las que el diablo pretende distraernos. Si no logra detenernos, trata de evitar que hagamos lo más importante; nos distrae para que perdamos el tiempo con algo que nos ha hecho creer que es bueno y que a veces efectivamente lo es. Procura apartar nuestra atención de aquello en lo que más deberíamos concentrarnos, para que estemos ocupados en otros asuntos y entre pitos y flautas se pase la oportunidad de hacer lo que tenía más importancia.

¿Cómo puedes distinguir entre la voz de Dios y la del diablo? Muy simple: si una voz te dice que hagas algo malo, ya sabes que es la del diablo; y si te sugiere algo bueno, puedes estar bastante seguro de que es la de Dios. No obstante, el diablo puede tratar de engañarte, por lo que siempre conviene pedirle a Dios una confirmación. Si la primera voz era la del diablo, Dios te indicará que hagas otra cosa, que al final resultará mejor.

Que Jesús sea tu «primer amor» y ocupe siempre el primer lugar en tu vida (Apocalipsis 2:4).



SI ESTIMAS A CRISTO, tienes que estimarlo por encima de todo. Debes buscar primeramente al Rey y Su reino, y buscarlo primeramente quiere decir ante todo y por encima de todo, anteponiéndolo a cualquier otra cosa y dándole más importancia que a todo lo demás. Él debe ocupar el primer lugar.

Lo que Jesús más valora de nosotros es nuestro tiempo. Descuidar tu relación con el Rey de reyes por estar muy ocupado con los asuntos del reino puede ser desastroso para tu vida espiritual y tu comunión con Él. «No tendrás otros dioses delante de Mí» (Éxodo 20:3, NBLH), ni siquiera el servicio a Dios o las almas perdidas. Tienes, pues, el deber de dedicarle tiempo a Jesús, de pasar un rato con Él cada día sin falta.

Si pones primero a Jesús y te deleitas en Él por encima de todo, Él podrá confiarte otras cosas, pues estas no se interpondrán entre los dos. No acapararán tu atención ni te distraerán, sino que reforzarán tu servicio al Señor. En consecuencia, «todas estas cosas te serán añadidas» en el momento que Él disponga (Salmo 37:4; Mateo 6:33).

Orar fervientemente es clamar a Dios de todo corazón.



TODAS NUESTRAS ORACIONES SENCILLAS están muy bien. Dios las oye, sabe que son sinceras y contesta como corresponde. Pero debería haber también momentos en que no nos sentimos satisfechos con el curso habitual de las cosas, momentos en que acudimos con urgencia al Señor en oración acerca de algo que tiene que cambiar y nos desahogamos con Él.

Dios nunca falla. Siempre responde cuando clamamos a Él de todo corazón. Dice: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13). *De todo corazón* significa en el Espíritu, concentrándose con toda el alma en lo que se pide.

La oración ferviente es buena para nuestra salud espiritual. Nos hace bien saber que nos hemos desahogado completamente con el Señor. ¿Cuándo oras tú de verdad? ¿Cuándo te dejas llevar de veras por el Espíritu? ¿Cuándo fue la última vez que te desahogaste en oración, suplicándole a Dios acerca de una situación particularmente grave o intercediendo por alguna persona necesitada? Deberías hacerlo.

No dejes que el diablo te desanime.



EL DESALIENTO ES UNA DE LAS ARMAS

favoritas del diablo. Se esfuerza por que nos fijemos en nuestras faltas, pecados, debilidades y equivocaciones. El diablo, el acusador de los santos, nos echa en cara todas las cosillas, nuestras faltas más insignificantes. Y si no logra provocarnos desánimo de otra manera, nos denigra y resta importancia a lo que hacemos. Nos susurra al oído las mentiras que más fácilmente nos vamos a tragar, acerca de nosotros mismos o acerca de otras personas.

Pero la Biblia no dice que debamos poner los ojos en nosotros mismos o en los demás, ni en todos los problemas y contratiempos. Dice: «Pon los ojos en Jesús» (Hebreos 12:2).

¿Qué significa estar desanimado? Quiere decir no tener ánimos o tener el ánimo por los suelos. En realidad, el desánimo es una pérdida de fe.

«La fe es por el oír la Palabra de Dios» (Romanos 10:17). De modo que cuando estés desanimado, el remedio más efectivo es orar, leer la Palabra, recitar versículos y espetarle al diablo que es un mentiroso. Así se fortalecerá tu fe, y por ende las dudas huirán, y muy pronto te encontrarás nuevamente en la senda que conduce a la victoria. Cuando las cosas se vean muy negras, no mires hacia abajo. ¡Alza la mirada! Ponte a alabar al Señor, y muchas veces la alabanza te librará del hoyo al que el diablo pretende arrojarte.

La Palabra es nuestra guía, el patrón con el que medimos todo, incluidas las palabras que Dios nos comunica en la actualidad.



HAY QUIENES CREEN QUE DIOS no ha

vuelto a hablar desde que le reveló a San Juan, en la isla de Patmos, el Apocalipsis, el último libro de la Biblia, y consideran que desde entonces no ha abierto la boca. ¿No te alegras, sin embargo, de que Dios siga hablando a Sus hijos hoy en día? Una vez que uno empieza a progresar y a madurar como cristiano, puede recibir directamente del Señor la orientación y las instrucciones que necesita en su situación particular.

Pero ¿cómo puedes saber si lo que oyes es efectivamente la voz de Dios? ¿Cómo haces para comprobar que lo que recibiste fue inspirado por Él? Aplicando el criterio de la Escritura, que es la autoridad final para juzgar todo lo que se recibe. Puede que el Señor te explique algunos detalles o te dé algunas aclaraciones que llenen ciertas lagunas; pero las revelaciones auténticas jamás contradicen los principios fundamentales de la Biblia.

Por lo general las revelaciones son repentinas, pero luego hay que comprobar si existe algún precedente bíblico, si ya ocurrió algo similar. Busca situaciones semejantes en la Palabra. Aplica el criterio de las Escrituras. Sopesa lo que recibiste. Verifícalo en la Oficina de Pesos y Medidas, la Biblia.

**«Los que hemos creído
entramos en el reposo»
(Hebreos 4:3).**



CUANDO SABES QUE DIOS TE AMA, que se preocupa por ti y que te cuidará pase lo que pase, puedes gozar de completa paz y descansar en el Señor, pues tienes la certeza de que Él se hará cargo de todo (Isaías 26:3). Por contraste, si andas preocupado, confundido, impaciente y de mal humor es que no estás confiando. Aún no tienes la fe que debieras.

El secreto para tener calma, paz, tranquilidad, paciencia, fe y amor es descansar en el Señor. La confianza es una imagen de absoluto reposo, paz y serenidad de mente, corazón y espíritu. Da prioridad al Señor reservando cada día un espacio de tiempo para deleitarte con Su resplandor, reposar en Sus brazos, beber profundamente Su Palabra e inhalar Su Espíritu. Así, por muy ocupado que estés y por mucho que tu cuerpo continúe trabajando, tendrás una actitud y un espíritu sosegados.

Lugar hay donde descansar
junto al corazón de Dios;
allí no llega la maldad,
junto al corazón de Dios.

Jesús, del Cielo enviado,
del corazón de Dios,
te ruego que nos guardes
junto a Su corazón¹.

**Esta noche conmemoramos
Tu nacimiento, Jesús.**



ORACIÓN DE NOCHEBUENA:

Gracias, Jesús, por esta ocasión de celebrar Tu nacimiento. Para nosotros, cada día es Navidad, porque nos tratas tan bien todo el año. Sin embargo, esta fecha tiene particular significación, puesto que derramas Tu amor en mayor medida. Percibimos Tu amor en nuestros familiares, en nuestros amigos e incluso en los desconocidos. Tu cumpleaños tiene la virtud de inclinar el corazón y la conciencia de las personas hacia la paz, el amor y la buena voluntad. Saca a relucir lo mejor que hay en cada uno, porque Tú te haces presente, y Tú eres lo mejor que hay.

Por encima de todo, te damos gracias por el mejor regalo que pueda haber: Tú. Gracias por descender a la Tierra y vivir como cualquier ser humano para que entendiéramos el amor de Tu Padre. Gracias también por morir por nosotros para que conociéramos Su misericordia y perdón. Gracias por todo lo que hiciste para regalarnos la salvación y la vida eterna, todo por amor a nosotros. Ayúdanos a corresponder a ese amor manteniendo vivo el espíritu de la Navidad durante todo el año y compartiendo Tu amor con las personas que pongas en nuestro camino. Amén.

Oh, Santo Niño de Belén,
desciende en mi portal.
Hoy en mi ser ven a nacer
y límpiame del mal¹.

Jesús vino por amor, vivió con amor y murió por amor para que pudiéramos vivir y amar eternamente.



JESÚS NO SOLO DESCENDIÓ A LA TIERRA y vivió entre nosotros, sino que tuvo que renunciar temporalmente a Su ciudadanía celestial para hacerse como nosotros (Filipenses 2:6,7).

Vino a este mundo como una tierna criatura —tranquila, débil, indefensa— y adoptó nuestra condición. Era humano. Se cansaba, sentía hambre y agotamiento. Estuvo sujeto a todo eso, así como lo estamos nosotros, para transmitirnos mejor el amor de Su Padre y comunicarse con nosotros a un nivel que fuera comprensible para nuestro limitado entendimiento humano (Hebreos 4:15).

Al final, por el amor que sentía por nosotros accedió a hacer un sacrificio bárbaro. Le escupieron, lo maldijeron, lo condenaron como a un criminal y murió despreciado. Sin embargo, mientras pendía de la cruz, sufría en total ignominia y moría por los pecados de los mismos que lo habían crucificado, manifestó amor al mundo entero. «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15:13). Jesús es el amigo que nos amó tanto que entregó Su vida para que nos salváramos. Y todo empezó con el nacimiento de un niño en un establo.

De Sus palacios de buen marfil a un mundo de dolor,
por Su inmenso amor eterno vino mi Salvador¹.

Con la ayuda de Dios puedes hacer lo que sea, ir adonde sea y ser la persona que Él quiere que seas.



DIOS NO DESEA QUE INTENTEMOS O simulemos ser algo que no somos y que jamás llegaremos a ser. No obstante, Su Palabra enseña que casi cualquiera puede llegar a desempeñar prácticamente cualquier función si tiene fe y eso se ajusta a la voluntad de Dios.

Demasiados son los cristianos a los que se les han inculcado dos doctrinas contradictorias: por un lado, que no pueden llegar a ser santos y perfectos; y por otro, que a menos que lo sean, no irán al Cielo. Ambas doctrinas son diabólicas. Con razón tantos cristianos ni siquiera intentan hacer nada para el Señor. Pero lo maravilloso es que en realidad, con la ayuda de Jesús, puedes hacer cualquier cosa. «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13).

Por eso, cuando el diablo te mienta y trate de convencerte de que no vales nada, de que no eres nadie y de que jamás lograrás nada para el Señor, dale en las narices con las Escrituras. «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). Donde el pecado, los errores y los fallos humanos abundan, la gracia de Dios sobreabunda (Romanos 5:20). Eso es lo único que importa.

Sobre mí enarboló su bandera de amor (Cantares 2:4, NVI).



LA BIBLIA DICE QUE «DIOS ES AMOR»

(1 Juan 4:8), y podemos tener la seguridad de que lo mismo se aplica a la inversa: el amor es Dios. Jesús dijo que el mayor mandamiento es amar (Mateo 22:36–40), amar a Dios y amar al prójimo como a nosotros mismos. Eso es lo que debemos enseñar y predicar. Ese debe ser nuestro mensaje, nuestra vida, nuestro objetivo, nuestro todo.

El amor es una emoción, una fuerza que nos impulsa a hacer el bien; y estimulamos a otros a ponerse en movimiento con el amoroso poder del Espíritu Santo de Dios.

Así pues, da hoy un paso de fe: habla con otros del amor de Dios y procura hacerlos felices. Puedes disfrutar de las maravillas del amor con algún alma solitaria. Pruébalo. Si das amor, recibirás amor. Se multiplica como los panes y los peces, como el aceite de la vasija y la harina de la tinaja (Mateo 14:15–21; 1 Reyes 17:11–16; 2 Reyes 4:2–6). Cuanto más das, más recibes. Das más y más, y recibes más y más.

El amor no se te dio para guardarlo.
Solo llega a ser amor al entregarlo.

El amor, el Señor y los auténticos valores de la vida. ¡Qué desdeñable es todo lo demás!



EL ÚNICO QUE PUEDE DARTE verdadera

satisfacción es Jesús. Él es la solución. Pero mientras sigas buscando en el mundo cosas que te hagan feliz y te satisfagan, no hallarás la verdad (1 Juan 2:15–17).

La Palabra de Dios nos advierte: «No sean altivos ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas» (1 Timoteo 6:17). No seas como aquel hombre rico de la Biblia que quería construir graneros más grandes para acumular allí sus bienes en vez de compartirlos con los demás (Lucas 12:15–21). Su alma se volvió avarienta y materialista, y se dejó seducir por «el engaño de las riquezas» (Mateo 13:22). Si Dios te bendice económicamente, no ames el dinero ni deposites tu confianza en él (1 Timoteo 6:10). Confía más bien «en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1 Timoteo 6:17).

Allá tú con tus tesoros,
con tu plata y con tu oro.
El Espíritu no se vende,
pero es lo que más valoro.

(Oración:) Ayúdanos a desear, amar y anhelar Tu Espíritu, Tu amor y Tu sencillez, Señor, lo que es auténtico, no las cosas de este mundo que pronto se desvanecerán. «Las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Corintios 4:18).

Dios lo dispone y lo sincroniza todo.



DIOS TIENE QUE OCUPARSE del mundo entero y, sin embargo, de alguna manera lo mantiene todo bajo perfecto control y marchando en la dirección que Él quiere. Todo está planeado y dispuesto «decentemente y con orden» (1 Corintios 14:40). Nada ocurre que no se ajuste a Su voluntad. Todo lo que sucede es lo que debe suceder, o lo que Él permite por algún motivo. Todo está en Sus manos, y no acontece nada que no concuerde con Su voluntad, y menos a Sus hijos, a los que Él ama y siempre desea favorecer.

El Señor programa cada situación y tiene un buen propósito en todo, incluidos los apuros en los que nos vemos. «Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien» (Romanos 8:28). Por consiguiente, la próxima vez que te encuentres en una situación que no parezca muy prometedora, estúdiala bien. Puede que al principio no sea evidente, pero tarde o temprano Dios transformará lo malo en bueno.

(Oración:) Gracias por resolverlo siempre todo para nuestro bien, porque te amamos, y Tú nos amas, y porque lo has prometido. Ayúdanos a ver Tu accionar en cada situación y a asirnos a Tu mano pase lo que pase, convencidos de que Tú sabes lo que más nos conviene y solo deseas lo mejor para nosotros. Amén.

El tiempo apremia.



CADA VEZ QUEDA MENOS TIEMPO. El fin no está muy lejos. Por eso, más nos vale hacer todo lo que podamos y cuanto antes. Lo que menos tenemos ahora es tiempo. Si viéramos las cosas desde la perspectiva de Dios, seguramente postergaríamos hasta cuando lleguemos al Cielo muchas cosas que ahora nos parecen importantísimas. Tendremos toda la eternidad para disfrutar de ellas. No obstante, ahora estamos sujetos al tiempo, y es muy poco el que nos queda.

Debemos agradecerle al Señor cada día en que nos da la oportunidad de servirlo y contribuir a difundir el Evangelio. Cada día es valiosísimo. Más nos vale aprovechar las circunstancias favorables, concentrar nuestros esfuerzos en lo que más importa y sacarles partido. Es tarde, y debemos hacer las obras del que nos envió entretanto que el día dura, pues la noche viene cuando nadie puede trabajar, al menos no como lo hacemos ahora (Juan 9:4). Se hace tarde, y los tiempos que corren son malos. Tenemos que aprovechar el tiempo (Efesios 5:16). Debemos sacarle el jugo a cada día y esforzarnos seriamente por terminar la labor que el Señor nos ha encomendado.

¡Despidamos el pasado y démosle la bienvenida al futuro!



AL CONCLUIR EL AÑO, antes que se inicie el otro, conviene detenerse un momento y preguntarse: «¿Qué progresos he realizado este año? ¿He hecho todo lo que he podido por Jesús, teniendo en cuenta todo lo que Él ha hecho por mí? ¿Ha sido verdaderamente un año que le he dedicado al Señor, en el que he vivido para Él mediante Su poder, Su fortaleza y Su guía? ¿Lo he aprovechado para hacer Su voluntad? ¿He observado en mí los frutos del Espíritu, los frutos de Su Palabra? ¿Ha sido un año por el cual me siento agradecido? ¿Estoy seguro de haber complacido al Señor?»

También es una buena ocasión para recordar todo lo bueno que te ha acontecido. ¿Qué es lo que más agradeces del año que termina? ¿Cuál es tu oración o tu esperanza para el año nuevo? ¿Qué promesa de la Palabra de Dios invocas para el año que comienza?

(Oración:) Señor, al iniciar este año te pedimos que nos ayudes a mirar hacia adelante con fe. Danos fuerzas para hacer lo que Tú desees. Guíanos, oriéntanos, y no permitas que nos apartemos de Tu voluntad. Ayúdanos a vivir este año plenamente para Ti. Amén.

Comienza un nuevo año. Te vengo a pedir
que, espere yo o trabaje, lo viva para Ti¹.

Sobre el autor

David Brandt Berg (1919–1994) promovió un retorno a los fundamentos del cristianismo e inició un movimiento misionero internacional.

Sus padres eran pastores y evangelizadores, y desde temprana edad los acompañó en sus giras de apostolado. En 1941, poco después de incorporarse al ejército de los EE.UU., contrajo una neumonía que lo llevó a las puertas de la muerte. Cuando tomó la resolución de consagrarse de nuevo a servir a Cristo, se curó milagrosamente.

Buena parte de los siguientes 27 años se ocupó en labores pastorales y diversas iniciativas de evangelización, hasta que en 1968 Dios despertó en él la vocación de llevar el mensaje de Cristo a los hippies del sur de California. Allí, con el apoyo de sus hijos adolescentes, emprendió entre la juventud un apostolado que se fue expandiendo y con el tiempo derivó en el movimiento La Familia Internacional, que en la actualidad realiza labores misioneras y humanitarias en más de 90 países.

Berg alentó a sus seguidores a dedicarse plenamente a dar a conocer el amor y la salvación de Cristo a lo largo y ancho del planeta, sin ceñirse a convenciones ni tradiciones; también los exhortó a enseñar a otras personas a hacer lo mismo.

Deploró la descristianización y decadencia moral de la sociedad occidental, y consideró que los pasos que se han dado hacia un nuevo orden mundial allanan el camino para el surgimiento del Anticristo, impío dictador que, según la Biblia, dominará la Tierra poco antes del regreso de Cristo.

Por su dinámico estilo y su forma práctica y muchas veces rupturista de abordar cuestiones espirituales, sus escritos constituyen un significativo y singular aporte a la literatura cristiana.

ÍNDICE

Actuar

- 9 Primero vienen la fe y la obediencia; luego Dios responde.
- 34 Vivir por fe significa poner la fe en práctica.
- 190 Tú pon de tu parte y deja lo demás en manos de Dios.
- 193 Cada uno cree en el amor en la medida en que ama.
- 206 Antes de la unción viene la obediencia.
- 249 Puedes transformar el mundo.
- 333 Lo que no se hace hoy, mañana tampoco.
- 335 Vive el cristianismo en todo instante.
- 353 No dejes que el diablo te instigue a hacer algo que no es...
(V. también **Aprovechar el tiempo**)

Alabanza

- 46 Si quieres de verdad ahuyentar al diablo, ponte a alabar al Señor.
- 89 La alabanza atrae las bendiciones de Dios.
- 130 ¡Alabando se supera el desaliento!
- 177 Da gracias a Dios por algo bueno.

Alegría (v. Felicidad y alegría)

Alternativas (v. Decisiones)

Altruismo (v. Egoísmo / Altruismo)

Amor

- 45 El amor es...
- 122 De nada sirve todo tu talento si no manifiestas amor.
- 126 Amor es lo que más necesita el ser humano y la gran solución...
- 151 Hazlo todo para la gloria del amor.
- 178 El amor es superior a la moral.
- 193 Cada uno cree en el amor en la medida en que ama.
- 200 En nuestra religión lo esencial es el amor.
- 211 ¡Lo que todos necesitan es amor!
- 213 Si queremos progresar [...] espiritualmente, debemos crecer en amor.
- 215 Que se te conozca siempre por tu amor.
- 294 ¿No sería fantástico...?
- 308 Nunca es tarde para amar.
- 346 Todo debe juzgarse desde el prisma del amor.
- 362 Sobre mí enarboló su bandera de amor.

Amor al prójimo

- 122 De nada sirve todo tu talento si no manifiestas amor.

- 170 No hay verdadero amor sin humildad.
- 193 Cada uno cree en el amor en la medida en que ama.
- 200 En nuestra religión lo esencial es el amor.
- 215 Que se te conozca siempre por tu amor.
- 283 ¡Imita a Jesús!
- 294 ¿No sería fantástico...?
- 362 Sobre mí enarboló su bandera de amor.
(V. también **Relaciones interpersonales**)

Amor de Dios

- 4 Solo Dios puede darle auténtico sentido a la vida.
- 7 No es necesario entender a Dios para amarlo.
- 16 La creación de Dios evidencia el amor que Él te tiene.
- 59 ¡Dios quiere que seas feliz!
- 123 Jesús es la máxima expresión del amor de Dios.
- 189 ¡Solo Dios es capaz de satisfacer tu profundo deseo...!
- 211 ¡Lo que todos necesitan es amor!
- 239 El amor de Dios no conoce límites.
- 258 El amor de Dios es la razón y el sentido de todas las cosas.
- 268 ¡Alabado sea Dios por Su fidelidad!
- 279 ¡Dios nunca deja de amarte!
- 308 Nunca es tarde para amar.
- 332 El amor de Dios por nosotros es perfecto.
(V. también **Protección y asistencia divina**)

Amor por los perdidos

- 44 «Toda Biblia debería estar forrada en cuero de zapatos».
- 126 Amor es lo que más necesita el ser humano...
- 201 «¡Mírame, siénteme, tócame, sáname!» ¡Ese es el clamor del mundo!
- 286 ¡Prepárate para la mayor tarea que hay!
- 314 ¿Te conmueve cómo está el mundo?

Apostolado (v. Servicio)

Aprovechar el tiempo

- 147 La vida es una, y pasará. ¡Lo hecho por Cristo quedará!
- 333 Lo que no se hace hoy, mañana tampoco.
- 365 El tiempo apremia.
(V. también **Actuar**)

Arrepentimiento (v. Pecado y arrepentimiento)

Artimañas del diablo (v. Maquinaciones del diablo)

Asistencia divina (v. Protección y asistencia divina)

Buscar primero a Dios

- 30 Jesús, líbranos del excesivo ajetreo...
53 Tu tarea más importante es escuchar al Rey.
106 Si deseas agradar al Señor, Él [...] te dejará hacer lo que te agrada.
121 «[Dios] no quitará el bien a los que andan en integridad».
140 Dios no acepta quedar en un segundo lugar...
220 Disfruta de la vida, ¡y por encima de todo disfruta del Señor!
233 «Permaneced en Mí, y Yo en vosotros».
323 «Me hallan los que temprano me buscan».
354 Que Jesús sea tu «primer amor».
363 El amor, el Señor y los auténticos valores de la vida.

Castigos de Dios

- 209 Cuando Dios considera necesario corregirnos, [...] lo hace con amor.
261 Debemos distinguir entre la compunción que inspira el Espíritu...

Catástrofes (v. Designios divinos)

Cielo, el

- 128 «Se siembra en debilidad, resucitará en poder».
137 ¡El Cielo está aquí!
184 ¡Un día el Cielo vendrá a la Tierra!
198 ¡Gracias a Dios por el Cielo!
251 «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos».
276 El Cielo es nuestro hogar.
300 No hay pesar en la Tierra que el Cielo no pueda sanar.
(V. también **Recompensas**)

Comunión

- 149 «Tomad, comed; esto es Mi cuerpo...»
289 «Haced esto en memoria de Mí».

Confianza (v. Fe y confianza)

Constancia (v. Fidelidad / Constancia / Diligencia)

Consuelo y esperanza

- 1 Estamos en las mejores manos.
58 ¡Que se preocupe el Señor!
176 Dios puede hacer cualquier cosa menos fallar.
198 ¡Gracias a Dios por el Cielo!
218 No subestimes la ventaja de tener un impedimento físico.
223 Los santos pecadores nos dan esperanza.
261 Debemos distinguir entre la compunción que inspira el Espíritu...
263 Gracias a Dios por las lágrimas.

- 295 Nunca caminarás solo si tienes a Jesús en tu corazón.
300 No hay pesar en la Tierra que el Cielo no pueda sanar.
(V. también **Protección y asistencia divina; Pruebas y dificultades**)

Convicción

- 52 «Bienaventurados los que padecen [...] por causa de la justicia».
120 ¡Ten convicciones y lucha por ellas!
192 Cuidado con transigir.
277 ¡Yo prefiero la montaña!
287 Dios permite la oposición por un motivo muy claro.

Convivencia (v. Unidad)

Creación, la

- 14 «Dice el necio en su corazón: “No hay Dios”».
16 La creación de Dios evidencia el amor que Él te tiene.
48 La universo demuestra la existencia de su divino Arquitecto.
214 La vida misma es prueba de que Dios existe.
241 Los científicos sinceros y objetivos han admitido la existencia de Dios.
343 Al contemplar la gloriosa creación de Dios...

Crecimiento y madurez espirituales

- 74 Para aprender todo lo que Dios quiere enseñarnos...
108 «Aunque era Hijo, a través del sufrimiento aprendió...»
146 Jesús puede darte toda la ayuda que necesitas para vencer...
153 Jesús quiere que lleguemos a ser cristianos adultos y maduros.
159 «Dios es el que en vosotros produce...»
213 Si queremos progresar [...] espiritualmente, debemos crecer en amor.
284 ¿Qué necesita un nuevo cristiano?
317 «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria».
336 No puede haber victorias espirituales constantes sin [...] batallas.
347 La vía fácil es creer la Palabra de Dios.

Curación y salud

- 10 ¿Conoces al mejor médico del universo?
25 «Muchas son las aflicciones del justo».
26 Uno de los factores más importantes para curarse es la fe.
84 Solicita oración.
96 «Por Sus llagas fuimos nosotros curados».
149 «Tomad, comed; esto es Mi cuerpo...»
180 La fe en el poder sanador de Dios nace de las promesas...
227 Es preferible esforzarse por conservar la salud que [...] recuperarla.
237 La curación es un anticipo de la resurrección.
(V. también **Fe y confianza**)

Decisiones

- 131 Dios nos concede el privilegio de escoger entre Su voluntad...
133 Conviene que «esperemos en el Señor».
225 Nuestra conciencia es la presencia de Dios en nosotros.
299 La voluntad de Dios permite el ejercicio del libre albedrío...
(V. también **Designios divinos; Voluntad de Dios**)

Dependencia de Dios

- 5 La Palabra de Dios es como un mapa.
18 Todo lo que hay que hacer es seguir a Jesús.
88 Pide a Dios que te dé revelaciones directas y te indique [...] qué hacer.
98 Solo le das una oportunidad a Dios cuando te quitas de en medio.
119 Dios es nuestro sol.
163 Deja que Jesús guíe tus pasos.
233 «Permaneced en Mí, y Yo en vosotros».
259 Toda obra genial debe ser producto de la inspiración.
292 Convierte tus debilidades naturales en cualidades espirituales.
317 «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria».
321 Jesús puede vencer cualquier cosa.
344 Si quieres averiguar qué debes hacer, comienza a seguir a Dios.
(V. también **Escuchar la voz de Dios; Integridad / Perfección; Fortaleza y poder**)

Desánimo

- 46 Si quieres de verdad ahuyentar al diablo, ponte a alabar al Señor.
177 Da gracias a Dios por algo bueno.
261 Debemos distinguir entre la compunción que inspira el Espíritu...
356 No dejes que el diablo te desanime.
(V. también **Pruebas y dificultades; Consuelo y esperanza**)

Desarrollo espiritual (v. Crecimiento y madurez espirituales)

Desastres (v. Designios divinos)

Descanso (v. Reposo en el Señor)

Deserción (v. Volverse atrás)

Designios divinos

- 91 Hay cosas que Dios no puede hacer.
102 Una de las funciones del diablo es mantenernos a raya.
258 El amor de Dios es la razón y el sentido de todas las cosas.
266 ¿Por qué no pone Dios fin a tanta atrocidad?
318 ¿Por qué permite Dios las guerras?
334 ¿Por qué permite Dios que haya mal en el mundo?

- 343 Al contemplar la gloriosa creación de Dios...
364 Dios lo dispone y lo sincroniza todo.
(V. también **Decisiones; Voluntad de Dios**)

Desilusiones (v. Desánimo)

Detalles

- 219 Los detalles pueden determinar tu éxito o tu ruina.
309 De gran valor es la diligencia con los pequeños detalles.

Diablo (v. Maquinaciones del diablo)

Dificultades (v. Pruebas y dificultades)

Diligencia (v. Fidelidad / Constancia / Diligencia)

Dios

- 7 No es necesario entender a Dios para amarlo.
8 Pon a Dios a prueba. ¡Demuestra que existe!
14 «Dice el necio en su corazón: “No hay Dios”».
48 La universo demuestra la existencia de su divino Arquitecto.
76 ¡Lo único que tenemos que saber es que Dios funciona!
83 «Dios es Espíritu».
119 Dios es nuestro sol.
303 Dios está retratado en Su Hijo.
(V. también **Dependencia de Dios; Buscar primero a Dios**)

Disciplado

- 111 «Somos insensatos por causa de Cristo».
112 ¿Cuál es el deber de todo cristiano?
139 «Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres».
147 La vida es una, y pasará. ¡Lo hecho por Cristo quedará!
221 Cuando decides servir a Dios, ¡se desata un infierno!
330 Nuestra deuda con Jesús es enorme.
335 Vive el cristianismo en todo instante.
(V. también **Servicio**)

Diversión (v. Felicidad y alegría)

Dudas (v. Fe y confianza; Temor)

Egoísmo / Altruismo

- 240 Es imposible alumbrarle el camino a otra persona sin iluminar...
245 Cualquiera que entrega amor encuentra amor.
(V. también **Generosidad**)

Ejemplo

- 17 Que los demás vean en ti a Jesús.
44 «Toda Biblia debería estar forrada en cuero de zapatos».

115 ¡Tú eres la prueba de la eficacia de Jesús!
 156 La gente no necesita ver perfección.
 158 Nuestra actitud es contagiosa.
 215 Que se te conozca siempre por tu amor.
 283 ¡límita a Jesús!

Entusiasmo (v. Inspiración y entusiasmo)

Escuchar la voz de Dios

53 Tu tarea más importante es escuchar al Rey.
 70 Dios te dará soluciones que harán desaparecer las montañas...
 74 Para aprender todo lo que Dios quiere enseñarnos...
 88 Pide a Dios que te dé revelaciones directas y te indique [...] qué hacer.
 93 La oración es algo más que decirle a Dios todo lo que uno piensa...
 138 ¡Ora! ¡Jesús tiene la solución!
 145 Comienza bien el día: ¡consulta a Jesús!
 181 Enciéndete y sintonízate.
 196 Si sigues [...] al Señor, [...] tus primeras impresiones serán acertadas.
 269 No es preciso que tú sepas todas las respuestas.
 312 Es estupendo que oigas tú mismo la voz de Dios.
 323 «Me hallan los que temprano me buscan».
 357 La Palabra es nuestra guía.

(V. también **Dependencia de Dios; Revelaciones divinas**)

Esperanza (v. Consuelo y esperanza)

Espíritu Santo

19 El bautismo del Espíritu Santo es un bautismo de amor.
 56 Ya no ardo yo, mas arde Cristo en mí.
 77 ¿Te has llenado del Espíritu del amor de Dios?
 144 El que pide el Espíritu Santo, lo recibe.
 197 ¡Respira hondo!
 281 Al llenarte del Espíritu Santo estableces una relación [...] con el Señor.
 290 El Espíritu Santo nos ayuda a realizar nuestras tareas con ilusión...
 319 Gracias a Dios por el aceite de Su Espíritu.
 341 «Tenemos este tesoro en vasos de barro...»

Estrés (v. Paciencia; Fe y confianza; Reposo en el Señor)

Evolucionismo (v. Creación)

Éxito y fracaso

29 ¿El secreto del éxito? Optar por someterse a la voluntad de Dios.
 117 Cuando aprendemos de nuestros errores...
 146 Jesús puede darte toda la ayuda que necesitas para vencer...

223 Los santos pecadores nos dan esperanza.
 231 Sigue creyendo.
 233 «Permaneced en Mí, y Yo en vosotros».
 347 La vía fácil es creer la Palabra de Dios.
 356 No dejes que el diablo te desanime.

Fe y confianza

1 Estamos en las mejores manos.
 3 «Mis palabras no pasarán».
 9 Primero vienen la fe y la obediencia; luego Dios responde.
 15 Los retrasos de Dios no son rechazos.
 20 Tener fe es hacer lo que Dios te pide hoy.
 26 Uno de los factores más importantes para curarse es la fe.
 34 Vivir por fe significa poner la fe en práctica.
 43 No te preocupes, Dios proveerá.
 55 No dudaré aunque todos mis planes naufraguen.
 58 ¡Que se preocupe el Señor!
 73 Para ser «fiel hasta la muerte», basta con ser fiel hoy.
 76 ¡Lo único que tenemos que saber es que Dios funciona!
 78 «Por fe andamos, no por vista».
 79 La oración surte efecto.
 87 Quien confía cuando se halla en tinieblas triunfará al amanecer.
 130 ¡Alabando se supera el desaliento!
 157 Dios puede hacer por ti lo que ha hecho por otras personas.
 161 Sin la Palabra es imposible tener fe.
 165 ¡Fíate de lo que dice Dios!
 173 Lo fundamental es tener fe y confianza a pesar de todo.
 175 La fe es el título de propiedad.
 176 Dios puede hacer cualquier cosa menos fallar.
 180 La fe en el poder sanador de Dios nace de las promesas...
 229 ¡A Dios le encantan los misterios!
 243 Un bebé ilustra muy bien lo que es la fe.
 260 «Conforme a tu fe te sea hecho».
 270 Si Jesús nos guía, podemos ir tranquilos a cualquier parte.
 298 La fe es...
 301 A veces limitamos a Dios con nuestra escasa fe.
 302 No puedes ser amigo de Dios solo en tiempo de vacas gordas.
 305 La Palabra de Dios es el cimiento de la fe.
 310 «Que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar».
 313 ¡Cárgale la presión a Dios!
 328 Dios quiere que tú ejerzas autoridad.

338 ¿Por qué algunas oraciones tardan más que otras en ser respondidas?
(V. también **Paciencia; Reposo en el Señor**)

Fechas señaladas (v. Festividades y fechas señaladas)

Felicidad y alegría

4 Solo Dios puede darle auténtico sentido a la vida.
59 ¡Dios quiere que seas feliz!
81 Pasó el invierno. Llegó la primavera.
137 ¡El Cielo está aquí!
162 Todo lo que Dios creó es para nuestro bien y nuestro deleite.
166 Volvamos al Edén.
220 Disfruta de la vida, ¡y por encima de todo disfruta del Señor!
280 Ya podemos disfrutar de un anticipo del Cielo.

Festividades y fechas señaladas

1 Año Nuevo: Estamos en las mejores manos.
92 Pascua: ¡Jesús ya no está en la cruz!
207 ¡Todos los días pueden ser festivos en honor de Jesús!
359 Nochebuena: Esta noche conmemoramos Tu nacimiento, Jesús.
360 Navidad: Jesús vino por amor.
366 Nochevieja: ¡Despidamos el pasado y démosle la bienvenida al futuro!

Fidelidad / Constancia / Diligencia

27 Los triunfadores nunca se rinden.
51 Si no se reconocen aquí tus esfuerzos, se apreciarán en el Cielo.
73 Para ser «fiel hasta la muerte», basta con ser fiel hoy.
113 Solo el Señor puede mantenernos fieles.
117 Cuando aprendemos de nuestros errores...
129 Merece la pena servir a Jesús.
160 «No nos cansemos de hacer bien».
202 La habilidad más preciada es la disponibilidad.
205 «Esta ha hecho lo que podía».
217 Nuestras obras no son en vano.
219 Los detalles pueden determinar tu éxito o tu ruina.
238 La vida es como un jardín.
273 ¿Quieres una corona?
274 ¡Ojalá inviertas bien tus talentos y obtengas un generoso galardón!
290 El Espíritu Santo nos ayuda a realizar nuestras tareas con ilusión...
309 De gran valor es la diligencia con los pequeños detalles.
324 «Pagará a cada uno conforme a sus obras».
(V. también **Aprovechar el tiempo**)

Fortaleza y poder

18 Todo lo que hay que hacer es seguir a Jesús.
21 La Palabra de Dios es la verdad más poderosa de la Tierra.
30 Jesús, líbranos del excesivo ajetreo...
56 Ya no ardo yo, mas arde Cristo en mí.
61 Debemos aprender a vivir con las fuerzas que nos da Jesús.
64 No conocerás el verdadero poder del amor hasta que descubras...
71 De rodillas, ¡el más débil de los santos puede hacer huir al diablo!
76 ¡Lo único que tenemos que saber es que Dios funciona!
82 El secreto de la victoria está en la Palabra.
94 Si algo bueno hay en nosotros, eres Tú, Jesús.
111 «Somos insensatos por causa de Cristo».
133 Conviene que «esperemos en el Señor».
157 Dios puede hacer por ti lo que ha hecho por otras personas.
206 Antes de la unción viene la obediencia.
256 Aunque el mundo se está yendo al traste, ¡la Palabra de Dios...!
281 Al llenarte del Espíritu Santo estableces una relación [...] con el Señor.
310 «Que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar».
326 «La vida del hombre no consiste en [...] los bienes que posee».
337 «El obedecer vale más que el sacrificio».
340 Dios confirmará Su Palabra y tu testimonio por medio de milagros.
341 «Tenemos este tesoro en vasos de barro...»
361 Con la ayuda de Dios puedes hacer lo que sea.
(V. también **Dependencia de Dios**)

Fracaso (v. Éxito y fracaso)

Fraternidad (v. Unidad)

Generosidad

36 Dar de verdad es dar con alegría.
116 «Todo lo que gastes —dice Dios—, Yo te lo pagaré».
141 Nada que hagamos por Dios puede ser un sacrificio.
148 Si no puedes ser misionero, apadrina a uno.
168 No podrás llevarte tu dinero al más allá...
185 «Hay quienes reparten y les es añadido más...»
226 Para dar lo que tienes no necesitas ser millonario.
306 ¿Tu cristianismo llega hasta tu bolsillo?
(V. también **Provisión divina; Egoísmo / Altruismo**)

Gracia y la Ley, la

41 Con Juan 3:36 se acabaron todas nuestras preocupaciones.
54 Para Dios, la perfección está en el amor.

- 72 La salvación se obtiene mediante la gracia, la fe y nada más.
 132 El que la salvación sea eterna y por gracia significa...
 151 Hazlo todo para la gloria del amor.
 169 La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.
 200 En nuestra religión lo esencial es el amor.
 296 Un cristiano no es perfecto, pero tiene sus faltas perdonadas.
 329 ¿Crees que tu salvación depende de ti o de Dios?
 351 Jesús vino para facilitarnos las cosas todo lo posible.
 (V. también **Perdón y misericordia; Salvación;**
Pecado y arrepentimiento)

Grandeza

- 6 Si a veces te parece que no sirves para nada, ¡anímate!...
 195 ¡Toda labor es importante si se desempeña de corazón...!
 202 La habilidad más preciada es la disponibilidad.
 (V. también **Humildad / Orgullo**)

Gratitud (v. Alabanza; Optimismo)

Guerra (v. Paz / Guerra)

Guerra espiritual

- 13 No puedes evitar que los pájaros revoloteen sobre tu cabeza...
 27 Los triunfadores nunca se rinden.
 32 No tenemos por qué temer al diablo.
 39 «Nuestra lucha no es contra seres humanos...»
 46 Si quieres de verdad ahuyentar al diablo, ponte a alabar al Señor.
 55 No dudaré aunque todos mis planes naufragen.
 71 De rodillas, ¡el más débil de los santos puede hacer huir al diablo!
 107 «Os doy potestad [...] sobre toda fuerza del enemigo [del diablo]».
 110 No le des ninguna oportunidad al diablo.
 130 ¡Alabando se supera el desaliento!
 210 Si dejas entrar la luz, la oscuridad se desvanecerá.
 285 El diablo está condenado a perder.
 336 No puede haber victorias espirituales constantes sin [...] batallas.
 342 «Vendrá el enemigo como río...»
 356 No dejes que el diablo te desanime.
 (V. también **Convicción; Maquinaciones del diablo**)

Humildad / Orgullo

- 47 No alabes al hombre. ¡Alaba a Dios!
 170 No hay verdadero amor sin humildad.
 194 Señor, ayúdanos a ser humildes.
 255 Dios espera que nos humillemos e imploremos Su ayuda.

- 339 No vale la pena ser orgulloso.
 (V. también **Integridad / Perfección**)

Ideales (v. Metas e ideales)

Incredulidad

- 8 Pon a Dios a prueba. ¡Demuestra que existe!
 14 «Dice el necio en su corazón: “No hay Dios”».
 204 La única diferencia entre nosotros y otros pecadores...
 352 «Esta es la condenación: [...] los hombres amaron más las tinieblas».

Inspiración y entusiasmo

- 195 ¡Toda labor es importante si se desempeña de corazón...!
 259 Toda obra genial debe ser producto de la inspiración.
 290 El Espíritu Santo nos ayuda a realizar nuestras tareas con ilusión...

Integridad / Perfección

- 12 Nuestra salvación es exclusivamente por gracia, jamás por obras.
 54 Para Dios, la perfección está en el amor.
 94 Si algo bueno hay en nosotros, eres Tú, Jesús.
 111 «Somos insensatos por causa de Cristo».
 178 El amor es superior a la moral.
 191 No nos creamos tan buenos.
 223 Los santos pecadores nos dan esperanza.
 253 «Misericordia quiero y no sacrificios».
 293 Si prescindimos de Jesús, nuestra supuesta integridad no vale nada.
 296 Un cristiano no es perfecto, pero tiene sus faltas perdonadas.
 329 ¿Crees que tu salvación depende de ti o de Dios?
 (V. también **Humildad / Orgullo**)

Jesús

- 92 ¡Jesús ya no está en la cruz!
 108 «Aunque era Hijo, a través del sufrimiento aprendió...».
 123 Jesús es la máxima expresión del amor de Dios.
 142 En la cruz, Jesús cargó con los pecados del mundo entero.
 164 ¡El nombre de Jesús tiene poder!
 169 La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.
 171 Jesús es la puerta.
 244 Jesús es la Palabra de Dios.
 275 Piensa en lo mucho que Jesús nos ama.
 283 ¡Imita a Jesús!
 303 Dios está retratado en Su Hijo.
 316 Jesús renunció a Su ciudadanía celestial.
 351 Jesús vino para facilitarnos las cosas todo lo posible.

360 Jesús vino por amor.
(V. también **Comunión; Regreso de Jesús y el Milenio**)

Lecturas y películas

50 Vive en la Palabra.
67 Si quieres disfrutar de un libro maravilloso, lee la Biblia.
208 «Temo [...] que las mentes de ustedes sean desviadas...»
(V. también **Palabra de Dios**)

Ley (v. **Gracia y la Ley, la**)

Madurez espiritual (v. **Crecimiento y madurez espirituales**)

Maquinaciones del diablo

32 No tenemos por qué temer al diablo.
192 Cuidado con transigir.
221 Cuando decides servir a Dios, ¡se desata un infierno!
247 Jesús quiere ser tu válvula de escape.
261 Debemos distinguir entre la compunción que inspira el Espíritu...
333 Lo que no se hace hoy, mañana tampoco.
353 No dejes que el diablo te instigue a hacer algo que no es...
356 No dejes que el diablo te desanime.

Materialismo (v. **Riquezas y materialismo**)

Matrimonio

62 «No es bueno que el hombre esté solo».

Metas e ideales

80 No es de necios entregar una vida pasajera a cambio de un amor...
160 «No nos cansemos de hacer bien».
276 El Cielo es nuestro hogar.
277 ¡Yo prefiero la montaña!

Milagros

2 Lo mejor está por venir.
8 Pon a Dios a prueba. ¡Demuestra que existe!
79 La oración surte efecto.
157 Dios puede hacer por ti lo que ha hecho por otras personas.
174 Para Dios los milagros no tienen nada de particular.

Milenio (v. **Regreso de Jesús y el Milenio**)

Misericordia (v. **Perdón y misericordia**)

Misioneros

109 Dedícate a perder tu vida para servir al prójimo.
112 ¿Cuál es el deber de todo cristiano? Amar a los demás...
141 Nada que hagamos por Dios puede ser un sacrificio.

148 Si no puedes ser misionero, apadrina a uno.
262 Nuestra misión principal es ayudar a Dios a enriquecer [...] a la gente.
264 Tu territorio de trabajo es el mundo entero.
315 Los niños son en sí mismos una misión.
335 Vive el cristianismo en todo instante.
(V. también **Discipulado; Amor por los perdidos; Testificación**)

Muerte / La otra vida

101 Nuestros seres queridos no se esfuman para siempre.
150 La gracia para morir es una serenidad...
186 Si podemos confiarle a Dios nuestra vida...

Música

103 «¡Cantad al Señor cántico nuevo!»

Obediencia a Dios

9 Primero vienen la fe y la obediencia; luego Dios responde.
18 Todo lo que hay que hacer es seguir a Jesús.
108 «Aunque era Hijo, a través del sufrimiento aprendió...»
206 Antes de la unción viene la obediencia.
250 Consulte el manual del Fabricante antes de utilizar este aparato.
270 Si Jesús nos guía, podemos ir tranquilos a cualquier parte.
307 Da un paso por Jesús...
325 No hay lugar más seguro [...] que el centro de la voluntad de Dios.
337 «El obedecer vale más que el sacrificio».
347 La vía fácil es creer la Palabra de Dios.
(V. también **Sumisión**)

Optimismo

134 Todos ansiamos que nos elogien y valoren.
158 Nuestra actitud es contagiosa.
210 Si dejas entrar la luz, la oscuridad se desvanecerá.
236 Para persuadir a alguien hay que ser atrayente.
(V. también **Alabanza**)

Oración

15 Los retrasos de Dios no son rechazos.
35 Sé una fiel operadora: ora.
53 Tu tarea más importante es escuchar al Rey.
63 Espera a que el Señor obre.
70 Dios te dará soluciones que harán desaparecer las montañas...
71 De rodillas, ¡el más débil de los santos puede hacer huir al diablo!
74 Para aprender todo lo que Dios quiere enseñarnos...
79 La oración surte efecto.

84 Solicita oración.
 88 Pide a Dios que te dé revelaciones directas y te indique [...] qué hacer.
 93 La oración es algo más que decirle a Dios todo lo que uno piensa...
 99 Todos necesitamos el aliento y las oraciones de los demás.
 138 ¡Ora! ¡Jesús tiene la solución!
 143 Orar por una persona es lo mejor que podemos hacer por ella.
 145 Comienza bien el día: ¡consulta a Jesús!
 155 Dios deja que mucho dependa de nosotros, de nuestro interés...
 167 Puedes estar orando constantemente.
 181 Enciéndete y sintonízate.
 196 Si sigues [...] al Señor, [...] tus primeras impresiones serán acertadas.
 255 Dios espera que nos humillemos e imploremos Su ayuda.
 260 «Conforme a tu fe te sea hecho».
 278 Nuestras oraciones pueden hacer maravillas.
 282 La oración en grupo tiene mucho poder.
 301 A veces limitamos a Dios con nuestra escasa fe.
 304 Puedes estar siempre orando, mientras haces cualquier otra cosa.
 312 Es estupendo que oigas tú mismo la voz de Dios.
 313 ¡Cárgale la presión a Dios!
 323 «Me hallan los que temprano me buscan».
 328 Dios quiere que tú ejerzas autoridad.
 338 ¿Por qué algunas oraciones tardan más que otras en ser respondidas?
 355 Orar fervientemente es clamar a Dios de todo corazón.

Paciencia

63 Espera a que el Señor obre.
 133 Conviene que «esperemos en el Señor».
 188 Parte de nuestra formación consiste en [...] aprender a ser pacientes.
 246 «Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas».
 (V. también **Fe y confianza**)

Padres e hijos

104 En la mano que mece la cuna está el destino del mundo.
 265 «Herencia del Señor son los hijos».
 315 Los niños son en sí mismos una misión.
 320 «Si no os hacéis como niños...»

Palabra de Dios

3 «Mis palabras no pasarán».
 5 La Palabra de Dios es como un mapa.
 21 La Palabra de Dios es la verdad más poderosa de la Tierra.
 22 Puedes conocer tu futuro.

37 ¿Nutres tu cuerpo pero no tu alma?
 50 Vive en la Palabra.
 65 El cumplimiento de las profecías de la Biblia demuestra...
 67 Si quieres disfrutar de un libro maravilloso, lee la Biblia.
 82 El secreto de la victoria está en la Palabra.
 95 Deja que la Palabra de Dios te hable.
 127 Para descubrir la voluntad de Dios, hay que recurrir antes que nada...
 136 ¡La Palabra de Dios es como un hermoso collar de perlas!
 161 Sin la Palabra es imposible tener fe.
 165 ¡Fiate de lo que dice Dios!
 179 Llena tu corazón y tu mente de la verdad de Dios.
 180 La fe en el poder sanador de Dios nace de las promesas...
 244 Jesús es la Palabra de Dios.
 250 Consulte el manual del Fabricante antes de utilizar este aparato.
 256 Aunque el mundo se está yendo al traste, ¡la Palabra de Dios...!
 305 La Palabra de Dios es el cimiento de la fe.
 342 «Vendrá el enemigo como río...»
 357 La Palabra es nuestra guía.
 (V. también **Lecturas y películas**)

Paz / Guerra

23 «No se adiestrarán más para la guerra».
 68 En tu corazón puede reinar la paz gracias a Jesucristo...
 216 «Bienaventurados los mansos, porque recibirán la tierra por heredad».
 254 Pronto reinará de verdad la paz en la Tierra.
 318 ¿Por qué permite Dios las guerras?

Pecado y arrepentimiento

100 «Haced frutos dignos de arrepentimiento».
 182 ¿Por qué nos perdona Dios?
 204 La única diferencia entre nosotros y otros pecadores...
 212 Dios tiene que limpiarnos diariamente.
 225 Nuestra conciencia es la presencia de Dios en nosotros.
 321 Jesús puede vencer cualquier cosa.
 334 ¿Por qué permite Dios que haya mal en el mundo?
 (V. también **Gracia y la Ley, la; Salvación**)

Películas (v. Lecturas y películas)

Perdón y misericordia

66 Dios nos ofrece un indulto.
 97 ¡Qué maravilloso es conocer a Jesús y estar salvado!
 182 ¿Por qué nos perdona Dios?

- 191 No nos creamos tan buenos.
 204 La única diferencia entre nosotros y otros pecadores...
 212 Dios tiene que limpiarnos diariamente.
 253 «Misericordia quiero y no sacrificios».
 279 ¡Dios nunca deja de amarte!
 296 Un cristiano no es perfecto, pero tiene sus faltas perdonadas.
 351 Jesús vino para facilitarnos las cosas todo lo posible.
 (V. también **Amor; Amor al prójimo**)

Persecución

- 52 «Bienaventurados los que padecen [...] por causa de la justicia».
 187 Nada puede detenernos, ¡solo Jesús!
 287 Dios permite la oposición por un motivo muy claro.

Placeres (v. Felicidad y alegría)

Plan de Dios (v. Designios divinos)

Poder (v. Fortaleza y poder)

Preocupaciones (v. Fe y confianza; Temor)

Prisa (v. Paciencia)

Protección y asistencia divina

- 40 No sucede nada que Dios no disponga.
 59 ¡Dios quiere que seas feliz!
 68 En tu corazón puede reinar la paz gracias a Jesucristo...
 174 Para Dios los milagros no tienen nada de particular.
 235 Jesús nos da mejor trato que el que se dio a Sí mismo.
 257 Dios hace que aun lo malo obre en favor nuestro.
 268 ¡Alabado sea Dios por Su fidelidad!
 295 Nunca caminarás solo si tienes a Jesús en tu corazón.
 325 No hay lugar más seguro [...] que el centro de la voluntad de Dios.
 364 Dios lo dispone y lo sincroniza todo.
 (V. también **Consuelo y esperanza; Amor de Dios; Provisión divina**)

Provisión divina

- 43 No te preocupes, Dios proveerá.
 121 «[Dios] no quitará el bien a los que andan en integridad».
 129 Merece la pena servir a Jesús.
 185 «Hay quienes reparten y les es añadido más...»
 235 Jesús nos da mejor trato que el que se dio a Sí mismo.
 301 A veces limitamos a Dios con nuestra escasa fe.
 (V. también **Protección y asistencia divina**)

Pruebas y dificultades

- 3 «Mis palabras no pasarán».
 25 «Muchas son las aflicciones del justo».
 40 No sucede nada que Dios no disponga.
 55 No dudaré aunque todos mis planes naufraguen.
 75 ¿Por qué permite Dios que el diablo nos ponga a prueba?
 82 El secreto de la victoria está en la Palabra.
 87 Quien confía cuando se halla en tinieblas triunfará al amanecer.
 99 Todos necesitamos el aliento y las oraciones de los demás.
 100 «Haced frutos dignos de arrepentimiento».
 108 «Aunque era Hijo, a través del sufrimiento aprendió...»
 117 Cuando aprendemos de nuestros errores...
 130 ¡Alabando se supera el desaliento!
 173 Lo fundamental es tener fe y confianza a pesar de todo.
 188 Parte de nuestra formación consiste en [...] aprender a ser pacientes.
 194 Señor, ayúdanos a ser humildes.
 203 Estamos toda la vida superando dificultades.
 221 Cuando decides servir a Dios, ¡se desata un infierno!
 231 Sigue creyendo.
 251 «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos».
 302 No puedes ser amigo de Dios solo en tiempo de vacas gordas.
 310 «Que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar».
 334 ¿Por qué permite Dios que haya mal en el mundo?
 336 No puede haber victorias espirituales constantes sin [...] batallas.
 342 «Vendrá el enemigo como río...»
 345 ¡Aguanta!
 356 No dejes que el diablo te desanime.
 (V. también **Consuelo y esperanza; Desánimo; Fe y confianza**)

Recompensas

- 51 Si no se reconocen aquí tus esfuerzos, se apreciarán en el Cielo.
 80 No es de necios entregar una vida pasajera a cambio de un amor...
 116 «Todo lo que gastes —dice Dios—, Yo te lo pagaré».
 168 No podrás llevarte tu dinero al más allá...
 185 «Hay quienes reparten y les es añadido más...»
 205 «Esta ha hecho lo que podía».
 273 ¿Quieres una corona?
 274 ¡Ojalá inviertas bien tus talentos y obtengas un generoso galardón!
 324 «Pagaré a cada uno conforme a sus obras».
 348 La corona de la vida es más que una recompensa.
 (V. también **Cielo, el**)

Regreso de Jesús y el Milenio

- 23 «No se adiestrarán más para la guerra».
124 ¡Jesús viene pronto!
125 ¡Se acerca el día en que hasta los campos y los árboles se regocijarán!
199 «He aquí que para justicia reinará un rey [Jesús]...»
216 «Bienaventurados los mansos, porque recibirán la tierra por heredad».
217 Nuestras obras no son en vano.
254 Pronto reinará de verdad la paz en la Tierra.
297 «Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad».

Relaciones interpersonales

- 90 Ayúdanos a mantener una relación estrecha contigo...
134 Todos ansiamos que nos elogien y valoren.
158 Nuestra actitud es contagiosa.
191 No nos creamos tan buenos.
213 Si queremos progresar [...] espiritualmente, debemos crecer en amor.
222 Con amor es mejor.
236 Para persuadir a alguien hay que ser atrayente.
245 Cualquiera que entrega amor encuentra amor.
319 Gracias a Dios por el aceite de Su Espíritu.
(V. también **Amor al prójimo**)

Reposo en el Señor

- 30 Jesús, líbranos del excesivo ajetreo...
57 El secreto para tener paz es reposar en el Señor.
247 Jesús quiere ser tu válvula de escape.
358 «Los que hemos creído entramos en el reposo».
(V. también **Fe y confianza**)

Revelaciones divinas

- 88 Pide a Dios que te dé revelaciones directas y te indique [...] qué hacer.
95 Deja que la Palabra de Dios te hable.
127 Para descubrir la voluntad de Dios, hay que recurrir...
357 La Palabra es nuestra guía.
(V. también **Escuchar la voz de Dios**)

Riquezas y materialismo

- 37 ¿Nutres tu cuerpo pero no tu alma?
326 «La vida del hombre no consiste en [...] los bienes que posee».
363 El amor, el Señor y los auténticos valores de la vida.
(V. también **Generosidad**)

Sabiduría

- 42 ¡Ser sencillo es de sabios!

- 136 ¡La Palabra de Dios es como un hermoso collar de perlas!
208 «Temo [...] que las mentes de ustedes sean desviadas...»

Salud (v. Curación y salud)

Salvación

- 8 Pon a Dios a prueba. ¡Demuestra que existe!
12 Nuestra salvación es exclusivamente por gracia, jamás por obras.
31 Cristo está a la puerta de tu corazón.
38 Somos ciudadanos del Cielo por renacimiento.
41 Con Juan 3:36 se acabaron todas nuestras preocupaciones.
66 Dios nos ofrece un indulto.
72 La salvación se obtiene mediante la gracia, la fe y nada más.
97 ¡Qué maravilloso es conocer a Jesús y estar salvado!
132 El que la salvación sea eterna y por gracia significa...
137 ¡El Cielo está aquí!
142 En la cruz, Jesús cargó con los pecados del mundo entero.
166 Volvamos al Edén.
169 La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.
171 Jesús es la puerta.
224 «¿Acaso no sabéis que sois templo de Dios...?»
230 «Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador...»
252 Gloriosa salvación.
255 Dios espera que nos humillemos e imploremos Su ayuda.
291 Si has nacido dos veces, no morirás sino una.
(V. también **Amor de Dios; Gracia y la Ley, la**)

Sed espiritual

- 37 ¿Nutres tu cuerpo pero no tu alma?
50 Vive en la Palabra.
135 «A los hambrientos colmó de bienes...»
243 Un bebé ilustra muy bien lo que es la fe.
(V. también **Palabra de Dios**)

Sencillez

- 42 ¡Ser sencillo es de sabios!
320 «Si no os hacéis como niños...»
349 No compliques el Evangelio.

Servicio

- 33 No cambies lo mejor por lo que es apenas bueno.
49 «¿Me amas? Pastorea Mis ovejas».
80 No es de necios entregar una vida pasajera a cambio de un amor...
109 Dedicáte a perder tu vida para servir al prójimo.

122 De nada sirve todo tu talento si no manifiestas amor.
 129 Merece la pena servir a Jesús.
 140 Dios no acepta quedar en un segundo lugar...
 141 Nada que hagamos por Dios puede ser un sacrificio.
 147 La vida es una, y pasará. ¡Lo hecho por Cristo quedará!
 195 ¡Toda labor es importante si se desempeña de corazón...!
 202 La habilidad más preciada es la disponibilidad.
 205 «Esta ha hecho lo que podía».
 217 Nuestras obras no son en vano.
 234 «¡Espera en el Señor!»
 267 Para un cristiano, una situación cómoda representa...
 272 Debes representar el papel para el que Dios te ha creado.
 277 ¡Yo prefiero la montaña!
 286 ¡Prepárate para la mayor tarea que hay!
 288 A nosotros nos toca cumplir 1 Juan 3:16.
 322 Dios aprovechará todo lo que tengas.
 330 Nuestra deuda con Jesús es enorme.
 331 Dios espera que cumplas el propósito por el que te creó.
 333 Lo que no se hace hoy, mañana tampoco.
 335 Vive el cristianismo en todo instante.
 365 El tiempo apremia.
 (V. también **Discipulado; Testificación**)

Soberbia (v. Humildad / Orgullo)

Sumisión

11 La mejor manera de averiguar la voluntad de Dios...
 64 No conocerás el verdadero poder del amor hasta que descubras...
 86 «Mejor es [...] el que domina su espíritu que el conquistador...»
 98 Solo le das una oportunidad a Dios cuando te quitas de en medio.
 118 ¡Dios puede convertir en un verdadero santo a cualquiera!
 202 La habilidad más preciada es la disponibilidad.
 232 Un árbol es una imagen de perfección.
 272 Debes representar el papel para el que Dios te ha creado.
 (V. también **Obediencia a Dios**)

Temor

32 No tenemos por qué temer al diablo.
 58 ¡Que se preocupe el Señor!
 (V. también **Fe y confianza**)

Testificación

2 Lo mejor está por venir.
 17 Que los demás vean en ti a Jesús.

24 «Primeramente apóstoles».
 60 Para que nuestra testificación tenga mucho alcance...
 69 La vida no está en el sembrador, sino en la semilla.
 112 ¿Cuál es el deber de todo cristiano?
 115 ¡Tú eres la prueba de la eficacia de Jesús!
 116 «Todo lo que gastes —dice Dios—, Yo te lo pagaré».
 152 Si quieres que tu testificación tenga éxito, llena tu corazón...
 154 Solo nosotros conocemos el gozo de la salvación.
 156 La gente no necesita ver perfección.
 172 ¿Cuál es la Buena Nueva? Que «Dios es amor».
 215 Que se te conozca siempre por tu amor.
 230 «Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador...»
 236 Para persuadir a alguien hay que ser atrayente.
 240 Es imposible alumbrarle el camino a otra persona sin iluminar...
 249 Puedes transformar el mundo.
 262 Nuestra misión principal es ayudar a Dios a enriquecer [...] a la gente.
 264 Tu territorio de trabajo es el mundo entero.
 271 Cuando se da testimonio, ¡siempre se sale ganando!
 284 ¿Qué necesita un nuevo cristiano?
 314 ¿Te conmueve cómo está el mundo?
 315 Los niños son en sí mismos una misión.
 340 Dios confirmará Su Palabra y tu testimonio por medio de milagros.
 344 Si quieres averiguar qué debes hacer, comienza a seguir a Dios.
 349 No compliques el Evangelio.
 362 Sobre mí enarboló su bandera de amor.
 (V. también **Ejemplo; Amor por los perdidos; Servicio**)

Tiempo (v. Aprovechar el tiempo)

Tiempo del Fin

22 Puedes conocer tu futuro.
 124 ¡Jesús viene pronto!
 187 Nada puede detenernos, ¡solo Jesús!
 311 Tras la noche más oscura vendrá el amanecer más luminoso.
 (V. también **Regreso de Jesús y el Milenio**)

Transigencia (v. Convicción)

Unidad

90 Ayúdanos a mantener una relación estrecha contigo...
 228 ¡Qué magnífico lugar para reunirnos, a los pies de Jesús!
 282 La oración en grupo tiene mucho poder.
 350 Trabajemos juntos, bien unidos, y cantaremos juntos la victoria.

Vejez

28 Haber vivido con amor es un cielo.

Visión (v. Metas e ideales)

Voluntad de Dios

- 11 La mejor manera de averiguar la voluntad de Dios...
18 Todo lo que hay que hacer es seguir a Jesús.
29 ¿El secreto del éxito? Optar por someterse a la voluntad de Dios.
33 No cambies lo mejor por lo que es apenas bueno.
63 Espera a que el Señor obre.
88 Pide a Dios que te dé revelaciones directas y te indique [...] qué hacer.
95 Deja que la Palabra de Dios te hable.
105 Dios es capaz de abrir puertas que nadie puede cerrar.
106 Si deseas agradar al Señor, Él [...] te dejará hacer lo que te agrada.
114 Una forma de averiguar la voluntad de Dios es pedir una señal.
127 Para descubrir la voluntad de Dios, hay que recurrir...
131 Dios nos concede el privilegio de escoger.
133 Conviene que «esperemos en el Señor».
163 Deja que Jesús guíe tus pasos.
196 Si sigues [...] al Señor, [...] tus primeras impresiones serán acertadas.
229 ¡A Dios le encantan los misterios!
234 «¡Espera en el Señor!»
270 Si Jesús nos guía, podemos ir tranquilos a cualquier parte.
272 Debes representar el papel para el que Dios te ha creado.
299 La voluntad de Dios permite el ejercicio del libre albedrío...
331 Dios espera que cumplas el propósito por el que te creó.
353 No dejes que el diablo te instigue a hacer algo que no es...

Volverse atrás

- 192 Cuidado con transigir.
248 ¿Quién no ha sido alguna vez un hijo pródigo?
267 Para un cristiano, una situación cómoda representa...
279 ¡Dios nunca deja de amarte!

Nuevas fuerzas para cada día...

- **Breves lecturas contundentes y estimulantes para cada día del año**
- **Alientan, reconfortan y renuevan el espíritu; el tónico que necesitas para sacarle el jugo a cada jornada**
- **Con palpitantes aplicaciones de principios bíblicos que te llevarán a disfrutar de más alegría y éxitos en la vida**
- **Consejos prácticos para superar dificultades**
- **Índice temático**

«Fortaleceos en el Señor y en Su fuerza poderosa»
(Efesios 6:10).



A - S P - B A - D V - 0 0 5 - H

 **aurora**

www.auroraproduction.com